LOLES LÓPEZ

CAMPANILLA OLVIDÓ *volar*



zafiro

ÍNDICE

Portada
Dedicatoria
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21

Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Epílogo
Agradecimientos
Biografía
Nota
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre** **Comparte**

Para todas esas personas que han recordado, o aprendido, lo que era volar.

PRÓLOGO

Sentirse atraído por alguien en una boda podría considerarse un tópico, algo con lo que algunos fantasean cuando asisten a un evento como ése, es como una manera de gritarle al mundo que no se casan no porque no quieran, sino más bien porque no tienen con quién. Pero ni Julen ni Abril eran de ese tipo de personas. Ella estaba demasiado ocupada organizando aquel enlace tan importante para su pequeña empresa y él había asistido porque era el mejor amigo del novio, aunque se sentía bastante incómodo fuera de su entorno y deseaba que aquella celebración finalizase lo antes posible. Pero un cruce de palabras no muy acertadas, una sonrisa tímida de ella y una mirada penetrante de él hicieron que se sintiesen atraídos el uno por el otro. ¿Y si el causante de aquella atracción era aquel lugar tan romántico y sensual? Julen no sabía la respuesta, pero desde que había oído hablar a Abril, no había podido apartar la mirada de ella. Era tan risueña, tan trabajadora, tan diferente a lo que estaba acostumbrado y tenía esas contestaciones tan irónicas, que le costaba dejar de mirarla. Intentaba verle algo que la asemejase a sus anteriores conquistas, pero no lo lograba…

Comenzó a no prestar atención al enlace, era como si aquella mujer lo hubiese hechizado, quería probar aquellos labios tan gruesos y tan bien definidos, fundirse en ellos y demostrarse a sí mismo que Abril era una mujer como las demás, no la bomba sexual que su mente creaba a pasos agigantados. Debía hacer algo para salir de su error, porque sabía que la estaba idealizando hasta el

extremo, así que la embaucó, algo que no le resultaba difícil, ya que era como un don que poseía y del que echaba mano siempre que podía. Y por fin, a la luz de la luna llena de aquella isla griega de Corfú, posó su boca sobre aquellos labios tan tentadores… Pero lo que sintió no fue lo que esperaba y, de repente, el tiempo se detuvo a su lado y sólo la sintió a ella, ese beso suave, sin prisas, tan delicado como una pluma, pero tan intenso que podía prender un rascacielos.

Julen se apartó como si los labios de Abril quemasen y la miró entre nervioso y asustado, aunque manteniendo las formas en su presencia; debía parar aquello allí mismo, Pablo no le perdonaría jamás que sedujera y sacara a mitad de la celebración a la organizadora de su boda. Los pasos que dio para separarse de ella fueron los más duros que había dado en toda su vida, lo desgarraban por dentro, como si algo lo empujase hacia aquella mujer rubia, como si ella fuera la cura de su enfermedad, la única capaz de despertarlo de aquel letargo... Sí, la deseaba. La deseaba más que a nada en el mundo, pero tuvo que hacer lo mejor para ambos. Aun así, no pudo quedarse quieto y marcharse sin más, y le escribió una nota que luego dejó en el bolso de ella. Era su sello, no podía remediar esa parte de él que era innata. Al fin y al cabo, era todo un experimentado donjuán.

Se marchó de la boda con la sensación agridulce de saber que cometía un error, que debía dar media vuelta y acabar lo iniciado. A lo mejor si saciaba aquel deseo ardiente que sentía por esa mujer, aquello se evaporaría y volvería a su vida cotidiana, sin rastro de la sonrisa eterna de la rubia que lo había cautivado en tan pocas horas, con su carisma y su sarcasmo que lo hacía sonreír sin remediarlo. Pero no podía, debía ser listo y esperar una oportunidad mucho mejor que la boda de su mejor amigo.

Julen no era de los que creían en el destino y no iba a empezar a hacerlo en aquel preciso momento. Era el conductor de su propia vida, quien dirigía el timón de aquel navío que era su existencia. Mientras salía de aquella paradisíaca isla griega, comenzó a pensar

en la mejor manera de volver a encontrarse con ella, eso sí, de una manera casual, como Julen creía que les gustaba a las mujeres; pero detrás de esa «casualidad» estaría él, moviendo los hilos para reencontrarse con Abril y así cumplir la promesa que le había escrito en aquel pequeño trozo de papel:

Quiero que estés preparada para cuando nos volvamos a encontrar. No sé dónde ni cuándo, pero sé que no voy a poder darte solamente un beso. Nos vemos pronto o, por lo menos, eso espero.

JULEN

1

Abril se sentía satisfecha del trabajo que habían realizado Maca y ella en Corfú. La boda de Pablo y Elisa había ido mejor de lo que había supuesto y, aunque había tenido algún contratiempo con cierto amigo del novio, se sentía orgullosa de todo lo realizado. Después del enlace, Maca y ella se quedaron unos días en la isla para relajarse y desconectar un poco. Al principio no pudo dejar de pensar en aquel apuesto hombre que se había atrevido a besarla en mitad de la boda que ella organizaba. Su mirada y la atracción que sintió por él la perseguían cuando cerraba los ojos. Pero Abril se sentía aliviada de que no hubiese ocurrido nada más entre ellos, lo último que deseaba en aquellos momentos era complicarse más la vida.

—¿Te vas ya a casa? —preguntó Maca en el interior del taxi que habían cogido nada más aterrizar el avión en el aeropuerto de Manises.

—Sí, dejo la maleta y me voy a ver a mi padre —contestó Abril distraídamente, mientras observaba el denso tráfico de su ciudad natal.

—¡Estos días en Corfú han sido geniales!

—Sí, lo hemos pasado muy bien… De nuevo te agradezco que te hayas hecho cargo de todos los gastos de estos días que hemos pasado tras la boda, eres un solete —comentó mirándola a los ojos, emocionada por el gran gesto que había tenido su amiga con ella.

—¡Ya te tocaba tener vacaciones, Abril! —exclamó Maca, apretándole el brazo con cariño—. No paras de trabajar y necesitabas desconectar un poco de tus obligaciones; además, ya verás cómo nos salen más bodas. Ésta nos abrirá más puertas y podremos disfrutar más de la vida.

—Eso espero… —bufó Abril, poniendo los ojos en blanco—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Me iré a tomar unas cañas con Almu y los demás. Estaría genial que te vinieses…

—Ya… A mí también me gustaría verlos, pero lo primero es lo primero —sonrió Abril—. A la próxima, estoy ahí la primera.

—Te noto como ausente, ¿no estarás así por el tío ese de la boda? —preguntó Maca mirándola fijamente.

—¡¿Qué?! ¡¡No, qué va!! —exclamó, asombrada de que pensara eso—. No es por eso, es que quiero que la empresa comience a tener beneficios de una manera más continua y así poder trabajar exclusivamente en esto y de paso pagarte todo lo que has invertido para que empezáramos a trabajar.

—Ya… Yo también quiero que nos salgan más bodas. Y por lo del dinero no te agobies, Abril, hoy por hoy no necesito que me lo devuelvas… —susurró Maca con ternura.

—¿Tú también quieres centrarte en la empresa, so guarra? —soltó Abril con una sonrisa—: Eres la envidia de todas las mujeres del planeta Tierra. A mí me encantaría pasarme el día haciéndoles fotos a fornidos modelos con poca ropa y no pasando comida por un lector de código de barras. ¿De verdad no necesitan una maquilladora de tabletas de chocolate? Yo me ofrezco voluntaria, ya lo sabes —bromeó, guiñándole un ojo y haciendo reír a su amiga.

—La verdad es que, viéndolo desde tu punto de vista, soy una tía con suerte. Y tranquila, cuando esté vacante ese puesto, entras de cabeza. —dijo, guiñándole también un ojo—. Pero ahora en serio, el supermercado es un trabajo temporal, Abril. Vales para organizar bodas. Fíjate en Pablo y Elisa, están encantados con el trabajo que

has hecho. Yo sólo me he dedicado a hacer fotos, el resto lo has creado tú. Ya verás como dentro de poco esto empieza a funcionar.

—Sí, haremos que funcione —comentó Abril esperanzada, sintiendo que las dos juntas podrían lograrlo.

El taxi se detuvo primero en el edificio de Maca, el taxista sacó la maleta y continuó la carrera hasta la casa de Abril, que se encontraba a unas calles de donde vivía su mejor amiga y socia. Ambas eran vecinas del barrio de Benimaclet, Maca en una de las zonas más nuevas y Abril en una de las más antiguas. Ésta pagó el taxi y se dirigió al portal de su edificio, de aspecto estropeado y con bastantes años en sus cimientos, pero era lo que se podía permitir con sus escasos ingresos. Su piso estaba en la quinta planta, un pequeño apartamento de dos habitaciones, con grandes ventanales donde la luz natural entraba por unos estores amarillos que se había podido comprar en uno de esos grandes almacenes de decoración tan económicos.

Dejó la maleta en su dormitorio, donde tenía una cama grande, un armario empotrado, una mesilla con una lamparita y una mesa de escritorio pegada a la única ventana que había en aquella estancia; los colores predominantes eran el del haya de los muebles y el naranja de las cortinas y sábanas. Se detuvo un instante en el único cuarto de baño, situado entre los dos dormitorios; era pequeño, pero contaba con lo esencial. Los sanitarios eran de color blanco, los básicos que tenían todos los pisos, y los azulejos de un tono crema mate.

Se miró en el espejo, cerciorándose de que llevaba bien el maquillaje, se tensó la prieta coleta y suspiró profundamente. Volvía a la vida normal y eso equivalía a trabajar muy duro y sin descanso para conseguir lo que tanto ansiaba. Cogió su pequeño bolso y salió de su piso.

Cuando bajaba en el ascensor se miró de nuevo al espejo, no se había cambiado de ropa, llevaba un mono corto de un estampado muy alegre y colorido, con el verde como tono predominante. Ese color le quedaba muy bien a su piel ligeramente bronceada durante

los días de descanso y a su cabello rubio. Le encantaba vestir siempre de alegres colores, pensaba que eso daba aspecto de jovialidad sin importar cómo se sintiese de verdad. Sus ojos oscuros reflejaban más de lo que ella quería revelar y por eso siempre intentaba usar pintalabios de colores vivos, para que los demás fijaran la mirada en aquella parte de su rostro que podía controlar.

Salió a la calle y se dirigió caminando hacia la casa de su padre. Era un soleado y cálido día de últimos de septiembre; la humedad hacía que la sensación térmica fuese de mayor calor y Abril tuvo que buscar la sombra para resguardarse un poco de aquel verano interminable que parecía no querer abandonar la ciudad de Valencia. Llegó al edificio donde creció, abrió el portal y subió al tercer piso. Cuando estuvo ante la puerta de casa de su padre, llamó al timbre, esperó unos segundos y abrió con su llave.

—¡Papá! —llamó mientras entraba.

—Estoy en el salón —contestó su padre—. Hija, pero ¡qué guapa estás! —dijo, levantándose del sofá para darle un par de besos a Abril.

—Me han venido bien estos días de descanso —contestó ella, mientras el hombre se sentaba de nuevo y ella lo hacía a su lado—. ¿Qué tal todo por aquí?

—Como siempre…

Sonrió mientras cogía la mano de su hija y la apretaba con cariño. Salvador tenía sesenta y seis años, era un hombre alto, con el cabello entrecano y una mirada que reflejaba la bondad que residía en su corazón. Siempre había considerado que Abril era un milagro para él. Después de muchos años buscando un bebé, su mujer y él la concibieron cuando todas sus esperanzas se habían esfumado; casi por sorpresa, cuando Salvador tenía cuarenta años y la madre de Abril treinta y nueve. Fue el mejor regalo que les habían dado en toda su vida. Con aquel rostro angelical y aquellos caracolillos rubios que se le enredaban en la nuca, era como la lluvia de abril, tan necesaria para las cosechas y para seguir viviendo… Aunque también hubo un tiempo en que temió no volver a verla

nunca más, pero eso era agua pasada y se sentía dichoso de tenerla a su lado.

—¿Has visto a Zoe? —preguntó Abril, apoyándose en el respaldo del sofá marrón. Le encantaba aquella casa, siempre la hacía sentirse en paz consigo misma.

—Ayer la vi de lejos, estaba en el parque, pero ella no me vio.

—Podrías haberte acercado a ella…

—No me apetecía verle la cara a Ernesto —replicó Salvador, haciendo sonreír a Abril.

—Él no te tiene que cohibir para acercarte a Zoe.

—Lo sé, pero es que lo veo y me descompongo. No puedo con él, lo siento hija —concluyó con resignación—. Dime, ¿qué tal fue la boda?

—Muy bien, papá. Los novios han quedado muy contentos con nuestro trabajo.

—Sé que llegarás muy lejos, Abril. Eres igual de terca que tu madre e igual de trabajadora que yo —comentó con cariño.

—No sé si llegaré lejos o a la vuelta de la esquina, pero nunca me culparé de no haber luchado por mis sueños —dijo su hija con convicción.

El teléfono móvil de Abril comenzó a sonar, ella abrió el bolso y lo sacó.

—Sí, ¿dígame?

—Hola, ¿estoy hablando con Enlaces el Hada Vestida de Verde? —preguntó una voz femenina.

—Sí. Hola, buenas tardes, me llamo Abril, ¿en qué puedo ayudarla?

—Encantada, Abril, soy Carola y me gustaría concertar una cita con vosotras para poder hablar de mi boda. La verdad es que estoy en una nube. ¡Justo ayer me lo pidió y ya ando buscando organizadora! —dijo entre risas.

—Es bueno ser previsora. Dígame, ¿desde dónde me llama? —Abril sacó la agenda de su bolso y comenzó a garabatear en ella, bajo la atenta mirada de su padre.

—De Madrid.

—¿Cuándo le vendría bien quedar con nosotras?

—¡Lo antes posible! Tengo disponibilidad absoluta.

—Hoy es domingo… —dijo, más bien para sí misma, echándole una ojeada a su agenda—. ¿Sería demasiado precipitado quedar mañana por la tarde? Tengo un hueco y no tendría problema para viajar a Madrid.

—¡Oh, estupendo! —exclamó la joven con euforia—. La verdad es que quiero empezar lo antes posible con los preparativos, ya que no disponemos de mucho margen de tiempo. Aunque ya te lo contaré mañana cuando nos veamos. ¿Quedamos a las seis de la tarde en Embassy? Está en el paseo de la Castellana.

—Perfecto. Ahí estaré, Carola —dijo Abril, apuntándose la hora y el lugar de la cita.

—Muchas gracias, Abril. Estoy deseando poder comenzar a trabajar juntas —comentó con alegría—. Nos vemos mañana.

—Hasta mañana —se despidió ella con una sonrisa. Colgó la llamada y se quedó mirando a su padre—. ¡¡Tengo una cita con una clienta!! —exclamó con júbilo, mientras bailoteaba en el sofá, haciendo reír a su padre con esa demostración de efusividad.

—Me alegro, hija. Empiezas a recoger los frutos de tu duro trabajo. Pero… ¿mañana por la mañana no trabajas en el supermercado?

—Sí, pero la tarde la tengo libre. Prefiero viajar mañana, a partir del miércoles lo tendré mucho más complicado para moverme fuera de Valencia.

—Ya sabes que si yo te puedo echar una mano…

—Lo sé, papá. ¡Eres un solete! —exclamó, sentándose a su lado y dándole un tierno abrazo.

—Ay, hija… Si estuviera en mi mano, sólo trabajarías en tu empresa.

—No te preocupes por eso, papá. No me asusta trabajar…

—Lo sé… —dijo él, sintiéndose orgulloso.

Después de hablarle de las vacaciones a su padre, de enseñarle las pocas fotos que ella hizo, al contrario que Maca, que no se pudo separar de su cámara de fotos ni en Corfú, fue a prepararse para el día siguiente.

Llegó a su pequeño piso, se duchó y se puso el pijama. Después cenó un pisto con longaniza que le había dado Salvador en un táper, habló por teléfono con Maca, que seguía de fiesta, para comentarle la cita que tenía al día siguiente, y se fue temprano a la cama. Antes de apagar la luz de su lamparita de noche, miró la fotografía que tenía sobre la mesilla. En ella, Zoe sonreía al objetivo. Abril suspiró con nostalgia y apagó la luz. Al poco se quedó profundamente dormida, pensando en Zoe y en la nueva vida que estaba construyendo.

Bip… Bip… Bip… Bip… Bip… Bip… Bip…

—Son treinta euros con cincuenta y dos céntimos —dijo Abril con una sonrisa, mientras ayudaba a colocar la compra en la gran cesta de mimbre que se había traído la clienta.

—Ay, nena… ¡Cómo se va el dinero ahora! —exclamó la mujer, abriendo el monedero.

—Volando —contestó Abril, al tiempo que cogía los billetes y las monedas que le daba.

—Que pases un buen día, Abril —dijo la mujer, que era clienta habitual, mientras acarreaba la pesada cesta.

—Lo mismo le digo, Purita —contestó ella sonriente, tras darle el tique y el cambio—. Cuídese ese resfriado, que hoy la veo un poco pachucha.

—Ay, sí, hija, estos cambios de tiempo es lo que tienen —respondió la mujer.

—¿Vas a cerrar? —preguntó Amparo, la encargada del área de las cajas, acercándose a Abril y observando que no tenía gente en la cola.

—Sí, me queda colocar los yogures y me voy ya —dijo ella, mientras ponía la cadena para que nadie pasase por su caja y fueran a las otras que había abiertas.

—Perfecto.

Abril llevaba despierta desde las seis de la mañana y no había parado un solo segundo de trabajar. La función que desempeñaba en aquel supermercado de barrio era, aparte de cobrar a los clientes, reponer los alimentos que faltaban en las estanterías. Por tanto, las horas se le pasaban a una velocidad de vértigo, no tenía tiempo de aburrirse. Pero ya le quedaba poco para coger su Fiat Punto naranja y salir hacia Madrid para conocer a su futura clienta. Eso hacía que el cansancio se evaporara con la ilusión de tener una nueva boda que organizar y estar más cerca de poder dedicarse en exclusiva a la pequeña empresa que había fundado junto con su amiga, con tanto cariño y entrega.

Después de colocar los yogures, se metió en el vestuario, se comió allí mismo unas empanadillas de atún con tomate, se cambió de ropa, cogió su bolso y fue hacia donde estaba estacionado su coche. Tenía casi cuatro horas de trayecto por delante. Dejó a un lado una botella grande de Coca-Cola, arrancó y salió hacia la cita, mientras la música llenaba el pequeño espacio y ella se iba animando a medida que iba haciendo kilómetros. Le encantaba conducir, sentir la velocidad, desplazarse por las interminables carreteras que unían una ciudad con otra, por eso casi no se dio cuenta de las horas que transcurrían hasta que llegó a la capital de España.

Fue directamente a un parking privado del centro, no quería perder tiempo buscando aparcamiento en una ciudad tan grande como ésa. Antes de salir del coche, cogió la botella vacía de refresco para tirarla en una papelera, se colgó al hombro el bolso amarillo, que hacía juego con sus zapatos de tacón, y echó a andar hacia el lugar de encuentro. Se estiró el vestido, de media manga y en tonos morados oscuros que llevaba; era de una tela que no se arrugaba y caía con soltura por su esbelto cuerpo, dándole el toque de seriedad

y modernidad que le quería ofrecer a aquella mujer, para poder captarla como clienta.

Llegó al lugar donde había quedado con Carola. No sabía a quién buscar, por tanto observó a todas las personas que estaban sentadas en la terraza y, al no ver indicios de que esperasen a alguien, se fue hacia el interior. Nada más entrar, vio a una mujer alta, morena, con el cabello suelto formando unas ondas perfectas y brillantes, que no apartaba la mirada de la puerta. Abril le sonrió y ella le devolvió la sonrisa: había encontrado a su clienta.

—¿Carola? —preguntó, acercándose a aquella mujer tan bella.

—Sí —dijo la otra con una sonrisa encantadora, mientras se levantaba de su silla y le daba un par de besos—. Es un placer conocerte en persona, Abril. Estoy súper entusiasmada. Me han hablado tan bien de ti y de todo lo que hiciste en la boda de Elisa y Pablo, que ya me tienes como clienta segura —le comunicó con entusiasmo.

—Me alegra muchísimo que me digas eso, Carola. Aunque siempre solemos explicarles a nuestros clientes cómo sería su boda organizada por nosotras, antes de firmar ningún papel. Para nuestra empresa lo principal son los novios y que ese día sea único y especial. Y dime, ¿cómo nos has conocido?

—Unos amigos asistieron al enlace que organizasteis en Corfú y me hablaron tan bien de esa boda, que no pude evitar pedirles que me averiguaran vuestro número de teléfono. ¡No quería arriesgarme contratando a alguien sin experiencia! —explicó con soltura—. ¿Qué quieres tomar? —preguntó, al ver que el camarero se acercaba a su mesa.

—Un café con leche, por favor.

—Un té con leche —pidió Carola—. Tengo que obligarme a tomar más infusiones, ahora debo cuidarme más que nunca. —Hizo una mueca de culpabilidad que hizo sonreír a Abril.

—Cuéntame un poquito cómo sería tu boda ideal y qué piensa el novio de tu idea —dijo ella, sacando la agenda de su bolso para empezar a anotar los gustos de la mujer.

—Antes de nada, te quiero pedir disculpas en nombre de mi prometido. Ha intentado venir a la cita, pero a última hora lo han llamado para una reunión y no ha podido aplazarla para otro día. Espero que os conozcáis lo antes posible, porque él también quiere darte su punto de vista, aunque no difiere mucho del mío… —añadió con una sonrisa encantadora—. Mira, te voy a ser sincera, desde que era una mocosa he pensado en este día, en cómo sería y dónde se celebraría. Cuando Richie me pidió la mano, le conté cómo deseaba casarme y le encantó mi idea, aunque él dice que le pongamos también algo masculino al enlace, para que no sea todo tan rosa. —Rio despreocupada, mientras Abril apuntaba en su agenda lo más significativo, para poder trabajar después con esas ideas.

—Entonces, quieres tu cuento de princesas, pero que no sea todo de tul rosa, ¿verdad? —preguntó, adivinando sus deseos.

—¡Sí! —exclamó Carola con júbilo—. Eso es lo que quiero. Quiero ser la princesa que se casa con el príncipe azul. Lo quiero todo, sin importarme cuánto me va a costar. Eso es lo de menos, no hay límite de presupuesto. Haz lo que quieras, pero quiero sentirme como si estuviese dentro de un cuento de hadas.

—De acuerdo, creo que entiendo lo que deseas. A ver… ¿algún lugar especial para celebrarlo?

—Te dejo libertad, no nos importa si es aquí o en otro país, lo que queremos es sentirnos especiales. Eso sí, una cosa muy importante: necesitamos seguridad al cien por cien. Mi prometido tiene muchos amigos famosos y no queremos que ningún paparazzi acceda a nuestra boda…

—De acuerdo. Ahora necesitaré hacerte unas preguntas rutinarias para cerciorarnos de lo que más se ajusta a ti, para poder organizar tu boda de ensueño.

—Perfecto. Cuando quieras —dijo con una sonrisa, mientras observaba al camarero posar las consumiciones sobre la mesa.

Abril empezó con el cuestionario que Maca y ella habían confeccionado a los pocos días de fundar la empresa; era tipo test, preguntas sencillas, que dejaban claros los verdaderos gustos de los

novios sin que éstos se dejaran llevar por las modas o por la familia. Aunque el mayor peso de la empresa lo llevaba Abril, ya que Maca sólo se dedicaba a las fotografías del enlace y a montar su correspondiente álbum de fotos, Abril intentaba informarla de todos los pasos que daba. No podía quejarse de que Maca no se involucrara más en la empresa, sin los ahorros de ésta no hubiese podido empezar a trabajar, sin su ayuda, aquel sueño que fue creciendo en las sobremesas, se hubiese quedado sólo en eso, un sueño. A la media hora había terminado la valoración.

—De momento con todo esto puedo trabajar y ofrecerte tu boda ideal —comentó Abril—. Sólo falta que me digas más o menos en qué fecha queréis casaros.

—Sí… —musitó Carola, mordiéndose los labios nerviosa—. La cuestión es que debemos casarnos antes de dos meses…

—¡¿Menos de dos meses?! —exclamó Abril, asombrada ante todo el trabajo que tendría que hacer en tan poco tiempo.

—Sí… bueno, la verdad es que no es por capricho… Estoy embarazada de un mes y no quiero estar muy gordita el día de la boda.

—¡Enhorabuena! —exclamó ella con una sonrisa, observando su rostro radiante, que reflejaba la felicidad que sentía—. Tranquila, haremos todo lo que esté en nuestras manos para que tengas la boda que siempre has soñado. Sólo nos faltaría hablar con el novio y así poder empezar a trabajar en el acto.

—Oh… ¡gracias, Abril! —exclamó Carola emocionada—. Claro, es lógico. Si quieres, puedes venir conmigo ahora y te lo presento. Me vendrán a recoger aquí para llevarme a su empresa…

—Me encantaría, te seguiré con mi coche. Lo tengo en un parking cercano.

—¡Genial! Le va a encantar conocerte, Abril. Dime, ¿eres de aquí?

—No, soy de Valencia. Pero no te preocupes por la distancia. La boda se puede organizar sin problema.

—Ah, vale… Es que quiero tenerte disponible para cuando necesite tus consejos y que me vayas diciendo cómo va todo.

—No te preocupes. Ten mi tarjeta, ésta es mi dirección, mi móvil que ya lo tenías y mi mail. —Le tendió una pequeña cartulina blanca y verde—: Estaremos en contacto todos los días. Cuando haya hablado con el novio y sepa sus preferencias, empezaré a trabajar y os haré un boceto. Vosotros sois los que mandáis. Si no os gusta cualquier cosa, lo reharemos sin problemas.

—Estupendo —contestó Carola, impresionada por la profesionalidad de aquella joven, y miró el móvil, que le había sonado avisando de un nuevo mensaje—. Acaba de llegar el chófer, ¿nos vamos?

—Claro —contestó Abril, guardando su agenda y terminándose el café con leche.

Carola se dirigió a la barra y pagó las consumiciones, luego la esperó para salir juntas de la cafetería.

—Me gustas, Abril. Creo que mi boda no puede estar en mejores manos —dijo con convicción—. Mira, ahí está. —Señaló un lado de la calle—. Podrías venir ahora conmigo y luego te acercamos al parking.

—No, gracias, prefiero ir en mi coche. En cinco minutos estaré aquí, llevo un Fiat Punto de color naranja.

Se fue a paso rápido hacia el parking subterráneo, pagó y salió hacia donde estaba el flamante BMW negro esperando para que los siguiese a saber adónde. Mientras conducía detrás del vehículo donde iba sentada Carola, miró la hora. La cita se estaba alargando más de la cuenta y llegaría a Valencia de madrugada…

El BMW se detuvo delante de un edificio moderno con grandes ventanales, con un luminoso y gran rótulo con el nombre IMAGINA PRODUCCIONES S.L. Abril apagó el motor de su coche y se bajó admirando el lugar. Carola llegó a su lado y la guio por el interior de aquel enorme espacio moderno y de estilo minimalista, donde el acero y el color negro predominaban.

—¿Tu novio trabaja aquí? —preguntó en un susurro, sintiendo que se introducía en un mundo totalmente nuevo para ella.

—Richie es el dueño de todo esto —contestó Carola con orgullo —. Impresionante, ¿verdad?

Abril asintió, observando boquiabierta en las paredes del pasillo que recorrían los carteles de las películas producidas por la empresa: muchas de ellas las había visto en cine o en DVD. En ese momento comprendió por qué querían seguridad, para salvaguardar la intimidad de los amigos del novio, ya que éstos serían esos actores fotografiados en los distintos carteles que decoraban aquella preciosa empresa.

Se entusiasmó con la idea, aquello sería muy beneficioso para ellas. El nombre de su pequeña empresa recorrería los círculos del mundo cinematográfico y supo, que cuando se lo contara a Maca, ésta se volvería loca de emoción al ver que estaban cada vez más cerca de conseguir el prestigio que querían.

—Julen, ¿está Richie en su despacho?

Al oír ese nombre, Abril olvidó los carteles, las películas que tantas veces había visto, los actores con los que había soñado, la idea de verse trabajando en exclusiva en su empresa, la alegría de Maca al saber quiénes serían sus próximos clientes y buscó con la mirada el rostro del hombre con el que hablaba Carola. No podía ser, era imposible, no podía ser el mismo Julen que ella había conocido hacía una semana...

—Sí, puedes entrar —dijo él, acercándose a ellas.

El mundo dejó de dar vueltas, Abril incluso sintió que le faltaba el aire… ¿Cómo era posible que tuviese delante de ella al hombre que conoció en Corfú?

¡Y pensar que se había sentido afortunada de no tener que verlo nunca más, de no saber nada más de él! Y no, no le importó que desapareciera después de darle aquel breve beso, entonces incluso se lo agradeció, ya que temía no haber podido parar y luego tener que arrepentirse de algo más... Aquella sensación de falta total de

autocontrol cuando estuvo entre sus brazos a Abril no le había gustado nada, ella odiaba sentirse de esa manera.

Respiró hondo y lo miró a los ojos, sintiéndose perdida en aquel mar oscuro que eran sus iris. Intentó controlar sus nervios, notando que le flaqueaban las piernas y que su corazón cabalgaba desbocado sólo con verlo sonreír. ¿Y ahora qué se suponía que debía hacer?

2

—¿Julen? —susurró Abril, observándolo detenidamente.

Estaba de pie, al lado de una gran puerta negra e iba vestido de una manera mucho más informal que cuando lo conoció: pantalones vaqueros y una camiseta de rayas en tonos azules. Decir que estaba guapo era quedarse corta. Era como el dulce más apetitoso de una pastelería; imposible no fijarse en él e imposible no desear saborearlo. Moreno, ojos negros, tez morena y una sonrisa que dejaría ciega a cualquiera. Era demasiado para Abril, demasiado atractivo y peligroso para ella.

—¿Os conocéis? —preguntó Carola sorprendida, mirando alternativamente a Julen y a Abril.

—Coincidimos en la boda de Pablo… —susurró él, sin dejar de mirarla.

—¿Estuviste en la boda de Elisa y no me habías dicho nada? —exclamó Carola frustrada, haciendo un mohín.

—No he tenido tiempo… —contestó él con una sonrisa encantadora.

—Perdóname, Abril, Julen es un buen amigo de Richie y la verdad es que no sabía que hoy iba a estar aquí y mucho menos que os conocierais… ¿Acabas de llegar de Escocia?

—Sí, llegué ayer. Me has pillado por los pelos, me iba ahora mismo a casa, sólo he pasado para saludar a Richie… —explicó, sin dejar de posar sus ojos color azabache, de la misma tonalidad que el cielo en una noche sin luna, sobre Abril, que no sabía cómo

reaccionar ante aquella casualidad y la intensa mirada que no la dejaba ni pensar.

—Nosotras íbamos a hablar con Richie de la boda. Abril va a ser nuestra organizadora. ¡Estoy deseando escuchar todas sus ideas! —exclamó Carola.

—¿Va a ser vuestra organizadora? ¡Genial! La he visto trabajar y es muy buena —comentó él con una sonrisa seductora.

—Gracias —contestó Abril, recuperándose de la sorpresa que se había llevado al volver a verlo y rehaciéndose para que él no sospechase cuánto la había afectado aquel reencuentro—. Ha sido un placer coincidir de nuevo contigo, Julen. Carola, ¿vamos dentro? Voy un poco justa de tiempo…

—¡Claro! —exclamó la joven, avanzando y abriendo la puerta.

—Espera, Abril —dijo Julen, cogiéndole una mano para detenerla.

Ella miró la mano que la sujetaba y se soltó, mirándolo a los ojos con desconfianza.

—Me ha encantado volver a verte. ¿Te apetece tomarte un café conmigo cuando acabes de hablar con Richie?

—Lo siento, Julen, tengo que salir hacia Valencia en cuanto acabe —dijo ella, mientras se acercaba a la puerta abierta del despacho.

—¿Ahora? Vas a llegar de madrugada… —replicó, mirando su reloj de pulsera.

—Sí, lo sé —contestó con una sonrisa radiante, antes de entrar en el despacho y cerrar la puerta, para no dar más pie a más réplicas por parte de él y poder desprenderse de aquel halo de seducción que lo rodeaba.

Se dirigió hacia el hombre que estaba con Carola, a la que cogía por la cintura, de pie delante de la enorme mesa de despacho que presidía aquella luminosa estancia.

—Muchísimas gracias por venir hasta aquí, Abril. Es un placer para mí conocer a la organizadora de nuestra boda. Por favor, toma asiento —dijo, señalando una zona del despacho donde había dos sofás de color negro y una mesita auxiliar de cristal en medio.

Abril se sentó en el extremo de uno de los sofás y Carola y Richie juntos en el que quedaba enfrente. Él se veía bastante más mayor que la dulce y delicada Carola, que parecía sacada de una revista de modelos tipo los ángeles de Victoria's Secret. Era corpulento, de semblante amable, cabello negro como el carbón y los ojos de un tono verdoso oscuro muy llamativo. Era atractivo, no lo podía negar, aunque no de la misma manera en que se lo resultaba Julen. Cuestión de gustos…

Abril procedió a hacerle las mismas preguntas que a Carola antes. Quería conocer también sus gustos para cuadrar la oferta que iba a presentarles y dar en el clavo con sus preferencias.

—Quiero complacer a Carola en todo lo que desee. Para mí, tenerla a ella es ya un regalo —dijo Richie al terminar de contestar las preguntas de Abril.

—Pero ¿habrá algo especial que quieras que haya en tu boda?

—Sí, que esté ella cogiéndome la mano y… que no abuses del color rosa —añadió, guiñándole un ojo y haciendo que Abril se riera —. Además del tema de la privacidad. Vendrán bastantes personas famosas y no quiero que los paparazzi anden molestando a mis invitados.

—No hay problema, haré especial hincapié en ese tema. — Subrayó ese punto en su agenda y la cerró mientras se la guardaba en el bolso—. De acuerdo, con todo lo que tengo empezaré a trabajar. Dentro de unos días os enviaré un correo electrónico con la primera propuesta y me decís si os parece bien. Si por el contrario no os gusta o queréis hacer cambios, os enviaré otras propuestas que encajen con vuestras exigencias. Cuando obtenga el visto bueno, os enviaré una copia del contrato, donde se estipula la cantidad a cuenta que me tendréis que dar para empezar a trabajar, el presupuesto total de la boda y el precio de los extras, como por ejemplo maquillaje, peinado o tratamiento de belleza.

—Perfecto. Esperamos con ansia tus noticias —dijo Richie, levantándose y tendiéndole la mano, dando por finalizada aquella breve reunión.

—Estamos en contacto, Abril —comentó Carola, besándola en las mejillas.

—Ha sido un placer conoceros y Enlaces el Hada Vestida de Verde hará que vuestra boda sea inolvidable —dijo Abril a modo de despedida, haciendo que los novios sonriesen.

Salió de IMAGINA PRODUCCIONES con la certeza de que todo iba por buen camino. Tenía otra boda que preparar y sin límite de gasto, algo que hacía la idea mucho más tentadora y atractiva. Se despidió del guarda de seguridad, que estaba al lado de la puerta de la salida, y se dirigió a su coche, estacionado a pocos metros de la entrada.

—¿Ya te marchas? —preguntó alguien detrás de ella.

Se dio la vuelta y vio a Julen apoyado en la pared, con los brazos cruzados y con los ojos posados en ella como si fuera una atracción de feria, irresistible para la mirada.

—Sí, ¿me estabas esperando? —soltó Abril, alzando la barbilla para poder mirarlo a los ojos y enfrentarse a la seducción que destilaba por todos sus poros, y que la atraía hacia él sin remedio.

—Tenía la esperanza de que te apiadases de mí y aceptaras tomar un café conmigo… —dijo Julen, mientras se le acercaba despacio, como si ella fuera una presa y él el rey de la selva.

—¿Apiadarme de ti? —Abril rio a carcajadas ante la absurda situación que estaba viviendo y rompiendo de golpe aquella telaraña de atracción que se cernía sobre ella—. Ay, Julen, creo que has perdido el tiempo esperándome.

—Desde la noche en que nos conocimos en Corfú no he dejado de pensar en ti… Esto es una señal para retomar lo que dejamos a medias —dijo con voz pausada, recorriéndola con la mirada y deteniéndose en sus labios, que sólo había probado de pasada y que le habían hecho sentir tanto.

—Te equivocas, esto no es ninguna señal, es una mera casualidad. Y si te soy sincera, menos mal que todo quedó como quedó. Aún no entiendo qué me ocurrió, no suelo hacer ese tipo de cosas y mucho menos cuando estoy trabajando…

—Entonces, fui la excepción… —dijo él, elevando una ceja y sonriendo con picardía.

—Una excepción que nunca más se repetirá —aseveró ella con rotundidad, abriendo el coche con el mando a distancia—. Adiós, Julen.

—Hasta pronto, Abril… —contestó, sin poder disimular la diversión que sentía ante las contestaciones de aquella mujer, mientras observaba cómo entraba en su pequeño coche naranja.

Abril se puso el cinturón de seguridad, arrancó y salió hacia la carretera. Por el retrovisor vio a Julen, que seguía de pie donde lo había dejado, observando cómo se alejaba de él y de aquella tentación en mayúsculas que suponía para ella. Con mucho esfuerzo lo apartó de su mente.

Los kilómetros pasaron casi sin darse cuenta. Conducir era como una terapia para ella, la ayudaba a poner orden en sus pensamientos y controlar sus inquietudes para así no preocupar a la gente que quería. Pero durante las cuatro horas que duró el trayecto Madrid-Valencia, en lo único que pudo pensar fue en aquel hombre.

Sabía que había hecho bien al no aceptar su invitación, no podía permitirse una distracción tan peligrosa en su ya de por sí loca y frenética rutina; no quería que él lo estropeara todo. Llevaba luchando muchos años para lograr estar en el punto donde se encontraba, con una cierta estabilidad, libre de hombres, de problemas y sintiéndose más o menos bien con la vida que tenía. Se había concentrado al máximo para conseguirlo y lo último que quería era que Julen acabara con todo, poniendo su vida patas arriba, creándole aún más inseguridades y haciéndola volver a sufrir de nuevo...

Era posible que estuviese siendo demasiado drástica, pero prefería serlo. Ya había visto lo que les hacían los hombres como Julen a las mujeres cuando ya no les interesaban, y no quería volver a vivirlo.

Llegó a su piso bien entrada la madrugada, tomó un vaso de leche con galletas y se puso el pijama. Quedaban pocas horas para

que el despertador sonase y la avisase de que un nuevo día había comenzado… Cerró los ojos y soñó con dejarse llevar en los brazos de aquel hombre tan seductor, sin importar que ella pudiese salir lastimada, obviando todo lo que había vivido en sus veintiséis años de vida, sin que contara nada más que la atracción que sentía cuando él la miraba y le hablaba con aquella voz cargada de tantas promesas tentadoras, incluso para Abril…

A la mañana siguiente se levantó por inercia. Se sentía exhausta, pero debía trabajar en el supermercado. Se tomó un café con leche deprisa y corriendo y salió hacia su trabajo mientras se repetía que aquello sería temporal, hasta que la empresa empezara a tener ingresos de una manera gradual y lograra beneficios, y poder así dedicar sus esfuerzos y su tiempo a un trabajo que la hacía sentirse plena.

—¿Dónde estás?

—Saliendo de trabajar… Estoy muerta, Maca —susurró casi arrastrándose por el camino que separaba el supermercado del parking, sintiendo cómo el cansancio se le caía encima de golpe.

—Vente a comer conmigo, que a partir de mañana será más caro el verte y además quiero que me cuentes todos los pormenores de la cita de ayer.

—En diez minutos estoy ahí. Eso sí, prepara un litro de café bien cargadito, porque no te prometo ser la alegría de la huerta.

—Es que estás loca, tía. ¿A quién se le ocurre hacer un viaje tan largo en el mismo día?

—Lo que no te mata te hace más fuerte, pequeño saltamontes —dijo Abril en broma, haciendo reír a su amiga—. Te cuelgo, voy a subir al coche.

—¡Te espero!

En el tiempo que había previsto, llegó a la casa de Maca, aún con el uniforme del supermercado y con ojeras, pero sin que la abandonase su sello personal: aquella sonrisa luminosa y el buen

humor que siempre la acompañaba, aunque su vida no fuese de las más fáciles ni de las mejores.

—Ven aquí y dame dos besos, viajera —dijo Maca cuando la vio aparecer por su pequeño *loft*.

—Hummm… ¡Qué bien huele!

—Asado de pollo con trocitos de verdura y caldito casero —la informó su amiga con una sonrisa.

—Eres la mejor y con el hambre que traigo… ¡madre mía! —exclamó Abril de manera teatral, mientras dejaba el bolso sobre el sofá negro y blanco que presidía el amplio salón.

Se sentaron las dos a la mesa del centro de la cocina, que quedaba abierta al salón, y comenzaron a comer el asado, mientras Abril, entre bocado y bocado, le contaba a Maca todos los pormenores de la cita con Carola, la visita a la productora del novio y el encuentro con Julen.

—La verdad, Abril, es que no logro entenderte… —comentó su amiga, mientras, sobre los mantelitos individuales, dejaba el café y unos dulces de chocolate que a Abril le encantaban—. El tío está bueno, le interesas, te gusta y le dices que no… A ver, ¡que me lo expliquen!

—No quiero volver a pasarlo mal, Maca…

—Joder, Abril…¡¡que no todos los tíos son como el Innombrable!!

—Eso espero, por el bien de la humanidad, pero te digo yo que Julen es bastante parecido. Se nota a lo que va…

—¿Y por qué no puedes hacer tú lo mismo?

—¿Hacer qué?

—Jugar con ellos, Abril… Nada más que eso.

—Ya sabes que no puedo, o no debo, hacer esas cosas.

—Ya… —farfulló Maca, cayendo en lo obvio—. Aunque podrías permitírtelo a modo de despedida. Para darte un homenaje con ese partidazo.

—No sé si sabría hacerlo… Estoy desentrenada —dijo Abril entre risas—. De verdad, no te preocupes por mí en ese aspecto. No me hace falta un hombre para nada… ¡Ni para tener orgasmos! —

exclamó, haciendo que su amiga por poco se atragantara con el café.

—Deberían hacerle una estatua al inventor de los vibradores.

—Amén, hermana.

Se miraron y no pudieron contener las carcajadas.

—¿Sabes algo de Zoe?

—No… pero mañana ya la veo —dijo Abril con una sonrisa radiante.

—Oye… ¿ qué has pensado para la boda de Carola y Richard?

Ella sonrió y comenzó a contarle su idea. A medida que la desgranaba, Maca estaba más entusiasmada.

—¡Les va a encantar! —exclamó con alegría.

—Me voy ahora mismo para casa a empezar a trabajar en la propuesta.

—¿No te vienes a tomar un café con Almu y los demás?

—Ay… Ya sé que te dije que a la próxima no fallaba, pero es que no puedo. A partir de mañana no tendré tanto tiempo disponible y necesito adelantar hoy el trabajo. ¡Lo primero es lo primero! Además, piensa que dentro de quince días me tendrás disponible para todos los cafés, cervezas y copas que organicéis —dijo, guiñándole un ojo y levantándose de la silla—. Muchas gracias por la comida. ¡Estaba buenísima!

—No trabajes tanto, rubia… —contestó Maca, dándole un tierno abrazo.

—Y tú haz muchas fotos de guapos modelos, para luego ponerme los dientes largos y hacerme babear por las esquinas —dijo, mientras cogía su bolso—. Hablamos.

—Sí, guapa. Descansa, que hoy te veo molida.

—Nada que un buen café no pueda arreglar —respondió Abril con una sonrisa, al tiempo que abría la puerta del *loft* de Maca y salía hacia el ascensor.

Lo primero que hizo cuando llegó a su piso fue darse una ducha y ponerse ropa cómoda para estar por casa: unos pantalones desgastados con alguna que otra mancha de lejía y una camiseta

holgada. Después se dirigió hacia su dormitorio, donde tenía la pequeña mesa de escritorio que utilizaba para trabajar y sobre la que descansaba el ordenador portátil que le había regalado su padre años atrás. Se sentó y empezó a trabajar en su idea para darle forma y convertirla en una realidad. Cuando hacía eso era como si el tiempo no contara. Estaba tan absorta navegando por internet para ver los mejores lugares, llamando por teléfono para averiguar la disponibilidad de éstos, o enviando correos, que las horas pasaban sin que se diera apenas cuenta de todo el trabajo que adelantaba.

Fuera se había hecho de noche, pero Abril continuó trabajando hasta que su estómago la avisó de que tenía que hacer un paréntesis para cenar. Después de comerse un sándwich de pavo con queso de pie en la pequeña cocina en tonos verdes, volvió a su mesa de trabajo. Quería acabar el boceto lo antes posible, para poder enviárselo a los novios y empezar a trabajar enseguida, pues en ese caso el tiempo corría en su contra.

Al día siguiente salió de su casa con ganas de comerse el mundo. Había dormido como un lirón sabiendo que la propuesta ya estaba en la bandeja de entrada del correo electrónico de sus clientes y sólo quedaba que la estudiaran y le dieran su opinión. Fue caminando hasta el supermercado. Había salido con tiempo y prefería dar un paseo que coger el coche; aunque todavía no había amanecido, parecía que ese primer día de octubre iba a ser soleado. Al entrar por la puerta trasera del centro, saludó a sus compañeros y, mientras hablaba con unos y otros de lo que habían visto en la televisión la noche anterior, empezó su jornada laboral. Al poco, el establecimiento abrió al público y, entre reponer los productos que faltaban en las estanterías y atender en la caja, las horas pasaron veloces.

Antes de salir del trabajo, hizo una pequeña compra, pagó y se fue caminando hasta su casa, tenía el tiempo justo de comer y volver a salir para ver a Zoe…

—¿Abril? —preguntaron al lado de ella, que se volvió y vio al último hombre que creía poder ver en su barrio.

Llevaba unos vaqueros grises y una camiseta blanca de manga corta, que mostraba unos fuertes y bien torneados brazos morenos, y sujetaba con despreocupación una americana azul marino.

—¡¿Julen?! Pero… ¿qué haces aquí? —preguntó extrañada, parándose de golpe.

—Carola me dio tu dirección y he venido a verte… Llevo un rato buscando el local de tu empresa, pero la tarjeta que le diste debe de estar equivocada, porque el número corresponde a un edificio…

—De momento no tenemos local… La dirección que consta en las tarjetas es la de mi casa… —explicó Abril—. ¿Has venido adrede a Valencia a verme?

—No exactamente, he venido por trabajo… —dijo él distraídamente—. ¿Por qué vas vestida así? —preguntó señalando su uniforme.

—Trabajo en un supermercado.

—¿Eres pluriempleada? —soltó entre extrañado y asombrado.

—Digamos que este trabajo me ayuda a pagar las facturas y el otro es el que me ayuda a levantarme todos los días de la cama. ¿Algo más, Julen? La verdad es que tengo un poco de prisa para soportar tus interrogatorios…

—Siempre tienes prisa, debes aprender a relajarte…

—Me relajaré en la tumba, de momento tengo que aprovechar el tiempo de que dispongo estando viva.

—Disfruta conmigo tomándote un café…

—Aún no he comido.

—Mejor me lo pones. Te invito a comer.

—Tengo que dejar la compra en casa, lo siento.

—Bueno, pues invítame tú a tu casa a comer.

—Lo siento Julen, no suelo meter a desconocidos en mi casa.

—No soy un desconocido. Ya nos hemos visto tres veces.

Abril sonrió mientras se pasaba la bolsa con la compra de una mano a otra.

—Eres incansable, ¿eh?

—Cuando sé que el resultado merecerá la pena, no tengo límites.

—¿Quieres decir que hasta que no te diga que sí vas a continuar persiguiéndome?

—Más o menos —dijo Julen con una sonrisa.

—Esto se podría considerar acoso, ¿lo sabes?

—Yo no lo considero así. Me gustas, Abril, eso no te lo puedo negar, y el destino nos ha vuelto a dar otra oportunidad, ¿no lo ves? Yo creía que no te iba a volver a ver y, de repente, te encuentro en la productora de Richie…

—Hace tiempo que dejé de creer en el destino, Julen… —bufó ella con una sonrisa.

—Ah, ¿no crees en el destino? —preguntó impresionado.

—No. Creo que tenemos que trabajar para crearnos nuestro futuro y no dejarlo todo a merced de fuerzas no humanas que, sinceramente, dudo que existan.

—Es interesante, me podrías explicar todo esto en tu casa, mientras comemos… —contestó Julen con una sonrisa encantadora.

—No, además ya voy retrasada. Lo siento, pero has perdido el tiempo viniendo hasta aquí —añadió, dando un paso hacia delante.

—Pero ¿no vas a tener un poco de lástima de este chico que ha venido en busca de un café? Si no te apetece un café, te puedo invitar a una Coca-Cola con sus cubitos y todo —dijo, guiñándole un ojo y con una sonrisa capaz de derretir el glacial más grande del Polo Norte.

—Ese chico tiene muchos recursos como para que me dé pena. Nos vemos, Julen —respondió ella echando a andar hacia su casa, alejándose de él y de todo lo que conllevaba estar a su lado.

—Pues te acompañaré, eso no me lo puedes impedir. Estamos en un país libre…

—Mira, te voy a facilitar las cosas para que luego no me reproches nada en el futuro… No soy lo que tú andas buscando —explicó con una seriedad que Julen nunca le había visto.

—¿Y eso cómo lo sabes? —inquirió, extrañado por su rotundidad.

—Lo sé, se te ve a la legua lo que quieres de mí y no soy de ésas.

—Quiero conocerte, sólo eso…

—Sé sincero, Julen. —Lo miró de reojo, desenmascarando sus intenciones.

—Bueno, vale, además me gustaría acostarme contigo.

—¡Al fin algo sincero! —exclamó entusiasmada, alzando al cielo la única mano que tenía libre en señal de júbilo—. Olvídalo, soy extremadamente complicada, de esas que os hacen romperos la cabeza para saber qué le ocurre, que cambia de parecer cada dos por tres, con problemas, dificultades… Vamos, para resumir, lo peor de lo peor.

—No sabía que fueras tan exagerada. Creo que te escudas en esas excusas para no aceptar simplemente que no te gusta el sexo. Asúmelo, no pasa nada por decir la verdad —contestó, aguantándose la risa que le provocaba mantener una conversación con aquella mujer.

—No es eso. No voy acostándome con el primero que me hace ojitos y me regala los oídos.

—Yo no te hago ojitos —replicó él, mientras abría los ojos de una manera exagerada, haciendo que Abril negase con la cabeza.

—Ahora mismo lo estás haciendo —dijo, deteniéndose en el portal de su casa y sacando las llaves—. Que te vaya bien en el trabajo y que disfrutes de Valencia.

—¿Y si me haces de guía turística? —preguntó Julen, en un intento desesperado por seguir un poco más en su compañía y así poder derribar aquella muralla que Abril había levantado entre ellos.

—Hay cientos de mujeres que me dan mil vueltas. De verdad, olvídate de mí; no merezco la pena. —Abrió la puerta del edificio—: Bueno, que te vaya bien por Valencia.

—Cuando acabe de trabajar vendré a buscarte. Me debes un café y no acepto una negativa. No te estoy pidiendo una noche de sexo desenfrenado, sólo un café, conocernos, hablar con una mesa en medio y perfectamente vestidos. Nada más que eso…

—No voy a tomar un café contigo, Julen…

—Bueno… eso ya lo veremos —contestó él con una sonrisa provocadora, mientras se daba la vuelta y se alejaba.

Abril entró en su edificio y se dirigió al ascensor, mientras pensaba en lo absurdo que había sido intentar que ese hombre entrase en razón. ¿Es que no podía darse por vencido y ya está? No quería nada con él, ¡ni con nadie! ¿Era tan difícil de entender? Sí, era cierto que en Corfú habría accedido a todo con él, y que estuvo a punto de sucumbir al placer, e incluso lo hubiese implorado, porque hacía mucho tiempo que ningún hombre la besaba de aquella manera tan sensual y provocadora... Pero aquello fue un lapsus, algo que ocurrió en aquel momento por las circunstancias que estaba viviendo, un fallo técnico, un error en el sistema; algo que sabía que no hubiese ocurrido fuera de ese entorno. Allí, metida en su rutina y con todos sus quebraderos de cabeza, no necesitaba tener a alguien como Julen en medio, ¡ni encima, ni debajo! Aunque una noche de sexo le podría venir de maravilla para poder cerciorarse de una cosa…

«¡No!», se dijo, entrando en su casa. No podía dejarse llevar por la pasión, ni por la lujuria, ni por un calentón, ni por como quisiera llamarlo; tenía que recordar lo que le ocurrió la última vez que hizo algo semejante. ¡Se había hecho una promesa a sí misma! Nunca volvería a acostarse con un hombre sin conocerlo antes. Nunca más se mostraría vulnerable delante de ellos. ¡Nunca!

3

Nunca le había ocurrido algo así, sentirse tan obsesionado con una mujer, tan cegado que había llegado a fijar él mismo una cita, en contra de la voluntad de ella, imponiendo su deseo. Pero seguramente era eso, la novedad, lo que le hacía tener más ganas de ver a Abril, de poder conocerla mejor y quitarle, poco a poco, esa coraza que había descubierto hacía unos días. Si no hubiese sido tan imbécil en la boda de Pablo, ya habría probado esos labios embaucadores y hubiese podido desprenderse de la espina que no lo dejaba avanzar desde el día que la conoció. Le gustaba, tanto que había hecho todo lo posible para volver a encontrarse con ella, y ahora que había obtenido la oportunidad que necesitaba, no la iba a desperdiciar por la cabezonería de aquella rubia que lo llevaba loco desde hacía una semana.

Se dirigió andando hacia la gran avenida que había cerca del edificio de Abril, detuvo un taxi y le dio la dirección de la revista donde le habían indicado que tenía que ir. Cuando lo llamó su representante para comentarle que tenía que viajar a Valencia, pensó que no podía tener mejor suerte. ¡Era la excusa perfecta para volver a ver a Abril! Claro que no contaba con el hecho de que ella lo apartase de su lado casi sin despeinarse, como si no quisiera nada con él; algo inédito en sus anteriores relaciones.

Sonrió al recordar que, en la boda donde se conocieron, ella creyó que él era policía. ¿Cómo podía sacarla de su idea cuando le mostraba aquella sonrisa deslumbrante? Incluso parecía que le

encantase esa idea. Por eso no dijo nada, incluso añadió un poco de melodrama al decirle que no podía contarle a qué cuerpo pertenecía porque era secreto. Le gustó ese anonimato, que ella lo mirase a él, no al nombre que tenía y que se había trabajado duramente años atrás. Pero también hacía que aquello fuese más difícil. Julen estaba acostumbrado a entrar en un local de moda y que diez mujeres, para todos los gustos, hicieran cola delante de él. Abril no era de ese tipo, ni siquiera tenía nada en común con esas otras, y eso a Julen, lejos de preocuparle, le encantaba.

El taxi se detuvo en el edificio donde estaba la famosa revista, pagó al taxista y se bajó del vehículo con paso decidido. Se había acostumbrado a todo eso, llevaba unos años viviendo de la publicidad y de *realities* a los que era invitado por haber sido quien era, aunque en esos momentos se estuviese encontrando de nuevo a sí mismo, algo que intentaba ocultar a los demás, pero que cada día que pasaba le urgía más solucionar.

—Buenas tardes, señor Blanch. Le estábamos esperando —lo saludó la joven y bonita recepcionista cuando lo vio.

—Buenas tardes. Por favor, llámame Julen —rogó con su mejor sonrisa, haciendo que la chica se sonrojase y titubease, nerviosa por tenerlo delante.

—Claro… Por favor, sígueme —vaciló agitada, mientras pasaba delante de él y le mostraba el camino.

Eso era a lo que Julen estaba acostumbrado: sonrisas vergonzosas, rubores en las mejillas, titubeos al hablar, cierto temblor de piernas perfectamente perceptible para él… En cambio, cuando hablaba con Abril no había rastro de nada parecido, sólo desconfianza, ironía y carácter… La recepcionista lo acompañó primero a una estancia donde debía cambiarse de ropa —traje oscuro, camisa blanca y unos lustrosos zapatos negros, y sin corbata, para darle un toque más informal—, para después llevarlo hasta donde se encontraba la profesional que le haría las fotos para el número de la revista en el que aparecería.

—Maca, ya está aquí el señor Blanch para la sesión fotográfica —anunció la recepcionista, entrando en el estudio fotográfico—. Perdón, Julen —puntualizó, avergonzándose al haber vuelto a hablarle de usted.

Él sonrió al reconocer a la amiga de Abril. Al final, aquel viaje le estaba saliendo mejor de lo que pensaba.

—Vaya… a ti te conozco —comentó Maca acercándose con paso decidido, haciendo sonar sus pesadas botas militares sobre el parqué.

—Y yo a ti.

Julen sonrió, fijándose en que las dos amigas no podían ser más dispares a la hora de vestir. Maca iba con unos vaqueros holgados y una camiseta ancha negra, con un look menos femenino al de aquella rubia en la que no podía dejar de pensar.

—En la boda no te reconocí… —murmuró casi para sí misma mirándolo de arriba abajo, dándose cuenta entonces de que no había caído en quién era el hombre que intentó encandilar a Abril—: Y creo que mi amiga no sabe quién eres en realidad, ¿verdad?

—No, no lo sabe —contestó, orgulloso de que fuera así, mientras se tocaba distraídamente el pelo.

—Estoy deseando ver cómo reacciona cuando se entere. —Se colgó la cámara del cuello y rio divertida negando con la cabeza, al pensar en la reacción de Abril—. Acompáñame por aquí, te van a maquillar y peinar.

—¿Por qué dices que estás deseando ver cómo reacciona? ¿Es que crees que no se lo va a tomar bien? —preguntó, extrañado por la ambigüedad de sus palabras, mientras la seguía de cerca en dirección a una sala con grandes espejos en las paredes y unos confortables sillones enfrente.

—¿Vas a volver a verla? —preguntó Maca, indicándole que se sentase en uno de los sillones y haciéndole una señal a la chica encargada de aquella sección.

—Me gustaría, aunque ella no está muy a favor de la idea —contestó, al tiempo que la maquilladora empezaba a aplicarle cremas

y polvos en la cara para matizar los brillos de la piel.

—Es normal, Julen. ¡Mírate! —exclamó Maca con una sonrisa, señalándolo con una mano—. Sin saber quién eres en realidad, ya supuso que eres un Casanova. Si es que mi Abril tiene un ojo para estas cosas… A veces creo que tiene un radar. Oye… ¡que la tía no falla en sus predicciones! Aunque si por mí fuese, te alentaría a que la sedujeras. Sí, no me mires así. Yo a mi amiga la quiero mucho y si alguien le hace daño me tiro a su cuello sin pensarlo, pero creo que le toca pensar también en ella y dejarse llevar para poder disfrutar un poco de los placeres terrenales, tú ya me entiendes...

—Gracias, supongo… —farfulló Julen, creyendo entender lo que Maca había querido decir de una manera bastante ambigua—: Entonces, ya que estás de mi lado, ¿qué puedo hacer para que me diga que sí?

—A ver, vayamos por partes: yo no estoy de tu lado y, por tanto, eso lo vas a tener que descubrir tú. Como dice mi madre: quien algo quiere, algo le cuesta —replicó, regodeándose ante la situación.

—No me estás ayudando nada, incluso ando más perdido que antes —protestó él, mientras la peluquera lo peinaba con cuidado, aplicándole fijador para que el cabello tuviese un aspecto despeinado y moderno.

—Piensa que soy la mejor amiga de la mujer a la que te quieres follar…

Julen abrió los ojos ante la rotundidad de Maca.

—Si te ayudo —continuó ella—, Abril no me lo perdonaría en la vida, porque, por ese currículum brillante de conquistas que tienes, sé que cuando consigas lo que deseas, la dejarás.

—Me pintas muy mal, no soy tan cabrón —contestó con seriedad.

—Es posible que no lo seas, e incluso que seas un tío de puta madre, pero en estos temas le haces más caso a tu polla que a tu cabeza y eso, querido mío, es lo que te pierde. Venga, dejémonos de tanta cháchara y comencemos a trabajar. ¡Que el tiempo es oro! — Dio una palmada en el aire y se volvió para colocarse delante de la escenografía que había preparado para aquella sesión fotográfica.

Julen se levantó, ya maquillado y peinado, y posó como estaba acostumbrado a hacer, sonriendo a la cámara o poniéndose seductor delante del objetivo cuando Maca se lo pedía. Mientras ella lo bombardeaba con el flash, él pensaba en todo lo que le había dicho de su mejor amiga y también de sí mismo. ¿Tan mala fama tenía? Sabía que en los últimos años estaba saliendo más en las revistas del corazón que en los periódicos, pero lo achacaba al momento que estaba viviendo y no a su persona.

Después de aguantar estoicamente la sesión, ya no pudo volver a hablar con Maca, pues las personas que trabajaban en la revista le pidieron que se hiciese fotos con ellos y que les firmase unos autógrafos, a lo que no pudo negarse. Cuando terminó y se cambió de ropa, no la volvió a ver. Salió del edificio, se subió a un taxi y le dio la dirección al conductor sin pensar siquiera en lo que estaba haciendo. Observó la noche que comenzaba a imponerse en la ciudad, intentando poner orden en sus pensamientos y así trazar un plan de seducción que haría caer a Abril en sus redes, para poder desprenderse de una vez de aquella obsesión que no lo dejaba avanzar.

—Ya hemos llegado, señor —le dijo el taxista, viendo que Julen no se movía.

—¿Ya? —se asombró. El tiempo se le había pasado volando pensando en Abril, en cómo debía hacer para que ella le diese una oportunidad…

Tras pagarle al taxista y bajar del automóvil, se quedó observando el portal donde vivía Abril, mientras se alisaba la americana. Suspiró e hizo lo que creyó conveniente para llegar hasta ella sin darle opción de rechazarlo: llamar a algún vecino para que le abriese la puerta. No fue fácil, a esas horas no dejaban entrar a cualquiera, pero a la tercera intentona obtuvo lo que quería: acceder al edificio. Subió en el ascensor, sintiéndose culpable de forzar tanto las cosas. Maca tenía razón en parte al pensar que era un Casanova, pero no quería jugar con Abril, sólo la deseaba y no lograba quitarse de la mente aquellos labios tan tentadores que había podido probar

casi de pasada en Corfú. Se había propuesto que sería legal con ella, que no jugaría con sus sentimientos, sólo sexo o, mejor aún, amigos con derecho a roce, eso sería lo ideal para ambos, sobre todo para él.

Al llegar delante de la puerta de Abril, llamó al timbre. Desde fuera se oían gritos de júbilo y música muy alegre que no pudo reconocer. Al poco le llegó su voz pizpireta diciendo que había oído el timbre, luego descorrió el cerrojo de la puerta y al fin apareció ella…

—¿Es que no sabes aceptar un no por respuesta? —preguntó de malas maneras, cambiándole el semblante por completo cuando lo vio.

Julen se quedó mirando cómo iba vestida y se quedó totalmente extrañado de su indumentaria. Llevaba un tutú verde lima, una camiseta del mismo color y unos *leggins* negros. Su cabello rubio estaba recogido de mil formas imposibles, con gomas de diferentes colores, y en medio de aquel despropósito de peinado brillaba una pequeña tiara de plástico dorado; el rostro estaba maquillado en exceso, con chorretones de rímel, sombras demasiado grandes, los labios mal pintados en color rosa, como si no hubiese atinado al reseguir la línea de éstos. Era una imagen difícil de catalogar, no sabía ni siquiera qué pensar y en su rostro se reflejó la incertidumbre de verla de aquella guisa.

—Em… Abril… ¿por qué vas así?

—Mami, mami… ¿quién es?

Julen oyó la voz de la niña antes de verla aparecer. Al verlo a él, la pequeña se abrazó a las piernas de Abril, que la miraba con cariño mientras le acariciaba la menuda cabecita. Era una muñeca, su rizado cabello rubio caía con gracia en lindos tirabuzones, y llevaba también una tiara, en este caso dorada con piedrecitas rosa, a juego con su precioso y abultado vestido rosa de princesa.

—No es nadie, cariño —dijo Abril con ternura, sin dejar de mirarla—. ¿Por qué no vas al salón y preparas la película que querías ver?

—Pero quiero palomitas —apuntó la niña, haciendo un mohín que a Julen le recordó a su madre.

—Claro, mi vida. Ahora voy y hago palomitas. Corre y prepárala, enseguida estoy ahí —la apremió, agachándose para poder hablar con ella a su misma altura.

—Vale… —siseó la pequeña, mirando con el rabillo del ojo a Julen, que no podía disimular la cara de asombro.

—¿Es…? —susurró él en voz baja, mientras señalaba por donde se había ido la niña y sin poder disimular la cara de pánico al descubrir aquella parte de la vida de Abril.

—Sí, es mi hija.

—Pero… tú eres muy joven para ser madre… —titubeó, intentando encontrarle lógica a todo aquello.

—Te he advertido que soy una mujer complicada, Julen. Pero aun así, aquí estás… Ahora que ya has descubierto que soy madre de una niña de seis años, a la que adoro por encima de cualquier cosa, ¿me vas a dejar en paz de una vez? —soltó cansada al ver cómo se le había transformado la cara cuando había visto aparecer a su hija.

—Em… Sí, claro… Yo sólo venía a…

—Sí, ¡claro!, sólo venías a —dijo, cortando su absurda disculpa—. Adiós, Julen.

Él se quedó observando impasible cómo cerraba la puerta de la casa, sin entender aún qué acababa de presenciar… ¡¿Abril era madre?! Se marchó de allí cabizbajo, intentando que el pánico que había sentido al verla con una niña al lado desapareciese pronto. ¿Por qué no le había hecho caso? Ella se lo había dicho varias veces, pero aun así, él se había empeñado en seducirla… Pero ahora eso era inviable. Una cosa era pasar una noche con una mujer espectacular, sin obligaciones y sin preguntas… y otra bien distinta era hacerlo con una mujer con una hija… De repente se detuvo de golpe al darse cuenta de una cosa que se le había pasado por alto: esa niña tendría un padre… ¿y si ese padre aún estuviese con Abril? Salió del edificio maldiciendo por dentro. No le gustaban esas historias extrañas, donde las parejas tenían libertad para tener

relaciones extramatrimoniales. No quería ni pensar en que él podría haber sido «el otro», el amante, el culpable de que esa adorable niñita no pudiese tener a sus dos padres juntos.

Echó a andar hacia la gran avenida y caminó hasta encontrar un taxi libre, al que le dio la dirección del hotel donde se alojaba aquella noche. Al día siguiente se marcharía a Madrid y ya no volvería a ver nunca más a Abril, y se olvidaría de todas las complicaciones de esa mujer rubia que lo había encandilado hacía una semana, cuando aún no sabía que era una mujer casada y madre de una niña rubia como ella…

Entró en la habitación del hotel derrotado, sintiéndose un cretino por haberse fijado en una mujer casada. Se tumbó en la cama y cogió el móvil, que había comenzado a sonar insistentemente.

—Hola, Carola… —murmuró sin ganas de hablar.

—¿La has visto? —preguntó ella sin preámbulos.

—Sí…

—Bueno, ¡cuenta! —lo apremió, ansiosa por saber el desenlace.

—Joder, Carola… Abril tiene una hija —dijo, como si aquello fuese lo peor que le pudiese ocurrir a alguien.

—¿Una hija? Vaya… —musitó la joven, intentando asimilar aquella sorprendente información—. Bueno, no pasa nada. ¡Eso no te tiene que importar!

—¿Cómo que no me tiene que importar? Joder, Carola… ¡Yo no quiero ser el culpable de que una relación se rompa!

—¿Me estás diciendo que Abril sigue casada? —inquirió asombrada.

—¡Claro!

—¿Te lo ha dicho ella?

—No, pero es lo lógico. Esa niña tiene seis años, es muy pequeña para que sus padres se hayan divorciado.

—¡Ay, madre del amor hermoso! —exclamó ella sin dar crédito a lo que escuchaba—. Julen, las parejas se divorcian sin importar la edad que tengan sus hijos. Creo que antes de acusar de algo tan

deshonesto a Abril, deberías preguntarle si continúa con el padre de su hija.

—Bah… eso ya me da igual —bufó de mala gana.

—¡¿Qué?! —gritó Carola—. No me fastidies, Julen, ¿eh? Ahora que has averiguado que es madre, ya no te interesa, ¿verdad? En serio, ¡qué asco dais los hombres!

—Oye, no te pases… —le advirtió con un hilo de voz, sabiendo que había metido la pata con ella al decirle eso.

—¿Que no me pase? Pero ¡serás sinvergüenza! Desde que te dije que me iba a casar, me has estado dando la lata para que llamase a esa chica y que me organizara la boda, todo para volver a verla y conquistarla porque creías que era tu alma gemela, la mujer que te haría echar el freno, sentar la cabeza y miles de patrañas más, según me aseguraste con el corazón en la mano... ¿Para qué? Dime, ¿para qué tanto esfuerzo? ¿Para que cuando te encontrases una piedrecita en el camino salieses por patas? ¡Ser madre no es algo vergonzoso ni un impedimento para nada! —exclamó envalentonada.

—Ya sé lo que te dije para que aceptaras ayudarme y también sé que no es deshonroso ser madre, pero Carola, entiéndeme, yo no quiero líos ni rollos de ese tipo en mi vida…

—Claro, es mucho mejor perseguir a las tías, tirártelas y si te he visto no me acuerdo… Muy bonito, Julen, así vas a conseguir muchas cosas en la vida. Ahora eres conocido y las mujeres te acosan porque sales en las revistas, pero dime, ¿y dentro de unos años qué pasará? Te lo digo yo, estarás más solo que la una, sin que ya nadie te conozca y únicamente habrás logrado una milésima parte de todo lo que siempre has ansiado. De verdad, empieza a madurar ya y no te dejes llevar por el camino fácil, no es bueno para ti ni para nadie.

—Carola, yo no estoy preparado para tener una relación seria con nadie. Y si Abril no estuviese casada, no podría acercarme a ella, porque sería como una obligación para mí saber que tiene una niña y que mis actos podrían afectar también a esa criatura…

—¡Cuánta tontería junta! —replicó, hastiada de su comportamiento—. Julen, ya tienes treinta y tres años, debes empezar a sentar la cabeza y arriesgarte. Me aseguraste que esta mujer era distinta a las demás, que por eso querías conocerla mejor y que por eso necesitabas mi ayuda, ¿y ahora qué?

—Nada, ahora nada —dijo con un hilo de voz.

—Pues quiero que sepas que no la voy a despedir. Nos ha gustado mucho su propuesta y queremos que nos organice la boda.

—Ni quiero que lo hagas. Abril es una buena profesional, una cosa no quita la otra.

—Pero eso implicará que la volverás a ver.

—Bueno, da igual. La veré en la boda, la saludaré y punto final.

—No te reconozco, Julen. La fama ha hecho de ti alguien atroz.

—No es eso… ¡está casada! ¿Es que no lo entiendes?

—Eso lo averiguaré yo, ya que tú has dado por sentado algo que ni siquiera has confirmado.

—¡Haz lo que quieras! —exclamó, harto de aquella conversación —. Bueno, te dejo, mañana nos vemos.

—Claro que mañana nos veremos y me tendrás que escuchar —lo amenazó Carola.

—¿Aún más?

—¡Sí, aún más! No me ha gustado nada cómo te has comportado con esa chica y quiero saber todos los detalles de vuestra conversación.

—Bueno, como quieras, hasta mañana… —musitó él, imaginándose lo que tendría que pasar al día siguiente.

—Hasta mañana, Julen.

Éste colgó, apagó el teléfono móvil y se quedó pensativo, observando el techo blanco de aquella habitación de hotel. ¿Era posible que se estuviese equivocando con Abril? Podía ser que hubiese sacado demasiado rápido aquella conclusión y que Abril estuviese separada o divorciada, pero… ¿cambiaba algo para él? No. Lo tenía claro. Abril era madre y eso era demasiado. Si no hubiese tenido aquella niña, en esos momentos estaría intentando seducirla

con todas las armas que conocía, pero no podía hacerle frente a un hijo, ni propio ni mucho menos de otro hombre.

¡Él era Julen Blanch! Alguien con un brillante futuro. Aunque estuviese pasando por un bache, nadie lo sabía. Era reconocido por su trabajo y por sus ideas y todo eso lo había catapultado a lo más alto. En esos momentos no necesitaba complicarse la vida. Dentro de pocos días tendría otra mujer a la que seducir, sin complicaciones, sin niñita con tirabuzones rubios mirándolo con desconfianza, sin exmaridos a los que tratar por educación y por el bienestar de aquella criatura que al fin y al cabo no tenía culpa de nada.

Era lo mejor para él, sin duda alguna. Volvería a Madrid, a su vida desordenada, a su trabajo que cada día se le hacía más cuesta arriba, y todo sin aquella mujer de sonrisa perfecta, con aquellos labios tan tentadores que se había quedado con ganas de volver a probar…

4

Zoe correteaba alegremente por el parque, jugando con sus amiguitas del colegio, mientras Abril la observaba con atención, sin perderla de vista, preocupada por su bienestar.

—¿Sigue sin llamarte? —preguntó Maca, que había ido a acompañar a su amiga aquella tarde para poder conversar un rato con ella.

—¿Aún tenías dudas? No me llamará y no lo volveré a ver. —Sonrió mientras miraba a su hija, que había empezado a bailar en medio del parque. Se parecía tanto a ella que le hacían gracia las similitudes—. Estoy pensando seriamente en comprarme una camiseta que diga: «Atención hombres. ¡Soy mamá! No se acerquen porque puede ser contagioso».

—Es buena idea, la verdad es que te ahorrarías tiempo —dijo Maca riendo y siguiéndole el juego.

—¡Ya ves! —resopló Abril frustrada—. No lo entiendo, Maca, le dije que me dejará en paz, que era complicada… Si sé que con sólo decirle que era madre se hubiese ido por patas, seguro que lo habría hecho.

—Ya, pero en tu subconsciente esperabas que fuese distinto.

—¿Distinto? Creo que a todos los hombres los han hecho con el mismo molde…

—Igual igual no es… ¡Joder, Abril, te has dado un pico con Julen Blanch! —exclamó entusiasmada.

—Bah… —bufó ella sin darle importancia—. Si hubiese sabido que era famosete ni siquiera me habría acercado a él.

—Famosete dice… Si día sí día también sale en las revistas del corazón de la mano de alguna actriz o modelo despampanante.

—Pues Maca, yo ni lo reconocí…

—¡Ni yo! Hasta que vino a la revista para hacerse fotos para un reportaje tampoco lo asocié. La película que lo llevó a la fama se estrenó hace más de tres años y, por el momento, no se ha oído decir que vuelva a hacer ninguna más.

—Pues que le aproveche —sentenció Abril, a la que le daba igual la vida profesional de ese hombre—. Cambiando de tema, ¿al final has podido cambiar el día?

—No… me ha sido imposible.

—Bueno, no pasa nada, ya iré yo a enseñarles el sitio que he encontrado para celebrar la boda.

—Seguro que les va a encantar. ¿Qué vas a hacer con Zoe? Este fin de semana te tocaba a ti, ¿no?

—Sí… Se va a quedar con mi padre. Está loco de contento por tener a su nietecita.

—Me lo creo. La verdad es que tu padre es un cielo de hombre.

—Sí, no sé qué haría sin él. Bueno, ya es hora de volver a casa; ahora toca baño, deberes y jugar un poco con la peque.

—No sé cómo lo haces, Abril. ¡Eres mi heroína!

—Exagerada… Hago lo que hacen mil millones de madres todos los días… —Sonrió mientras se levantaba y llamaba a Zoe para que se despidiera de sus amiguitas.

—Sí, pero sin marido.

—No soy la única madre soltera del mundo, Maca.

—Lo sé, pero para mí eres la mejor madre, la mejor amiga y la mejor persona que puede haber en el mundo. Y, ¡qué leches!, ya te toca encontrar el amor de una vez por todas.

—Ay, el amor… —dijo ella con una sonrisa socarrona, mientras salían del parque—. Me da a mí que ese tren no llegará nunca a esta estación.

—Nunca es tarde, Abril. Oye, cuando estés en Francia, llámame y me comentas qué les ha parecido todo a los novios —le pidió Maca, que caminaba a su lado.

—Claro. Nos vemos. Zoe, dile adiós a la tía —le dijo a su hija, que las miraba con una sonrisa.

—Adiós, tía Maca.

—Adiós, tesoro. Pórtate muy bien, ¿vale? —dijo ésta, dándole dos besos en las mejillas.

—Yo siempre me porto bien —afirmó Zoe, haciendo que sonriesen las dos al ver su desparpajo.

—Cuando sea mayor se los llevará a todos de calle —dijo Maca alejándose de ellas, mientras Abril asentía ante sus palabras, pensando que tenía razón.

—Mami… —susurró Zoe, cogida de la mano de Abril—, ¿por qué papi y tú no vivís juntos?

—Cariño, de eso ya hemos hablado muchas veces… —dijo ella con ternura y Zoe la miró con los ojos muy abiertos y brillantes—: Papá y yo nos queremos, pero no lo suficiente como para vivir juntos.

—Pero los papás de mis amiguitas sí que viven juntos…

—Lo sé, mi vida. Y eso es algo maravilloso, porque significa que se aman. ¿Ves la diferencia? Aunque papá y yo nos queramos, no nos amamos como para estar juntos…

—Pero a mí papá me ha dicho muchas veces que no vive con nosotras porque tú no quieres —balbuceó con pena, haciendo que a Abril se le encogiese el corazón al ver que su hija pensaba aquello, y maldijo por dentro a Ernesto por la idea que le había metido en la cabeza.

—No es por eso, mi amor. Papá y yo no éramos felices juntos y nos separamos, pero que vivamos en diferentes casas no significa que no te queramos a ti, eso es imposible. Porque para nosotros tú eres la persona más importante del mundo mundial.

—Ya… pero no estáis juntos —susurró con tristeza.

—Bueno, piensa una cosa, tú tienes dos casas, dos habitaciones de princesa y muchos, muchos juguetes, y tus amiguitas no.

—Sí, eso es verdad —dijo Zoe con una sonrisa.

Abril le estrechó la mano y suspiró con tranquilidad al ver que, como casi todos los niños, daba más importancia a tener cosas que a tener a sus padres juntos. Algo que temía que, con el paso de los años, no sería tan fácil de conseguir… Por otro lado, debería hablar seriamente con Ernesto; no era bueno que le dijera esas mentiras a Zoe, pues era una niña muy sentimental, que se tomaba muy a pecho todo lo que le sucedía y no quería que pensase cosas que no eran. Cuando fuera lo bastante mayor para entender las relaciones, le hablaría con sinceridad y le contaría las razones por las cuales Ernesto y ella se separaron mucho antes de su nacimiento. Hasta entonces, debía aguantar el tipo, hacer de tripas corazón cuando tuviera que hablar con él y ser educada, todo por el bien de Zoe; pero lo que no iba a consentir era que Ernesto malmetiera en su contra con su hija. ¡Eso no! Hablaría seriamente con él para dejarle claro cómo iba el tema de la educación de Zoe y no aceptaría ninguna excusa, porque el Innombrable era dado a inventarlas al vuelo.

Después del baño, de ayudar a Zoe a hacer deberes, de jugar un poco a la Wii U con ella y de cenar juntas, Abril se puso con el ordenador en el salón, mientras su hija veía Bob Esponja en la televisión hasta que fuera la hora de ir a dormir. Terminó de atar los últimos cabos para la visita del día siguiente.

Estaba frenética y ansiosa por ver con sus propios ojos la reacción de Carola y Richard cuando contemplasen in situ el lugar que les había buscado para la boda. Cuando lo descubrió, supo que era perfecto para ellos. Tan romántico, tan especial, tan de cuento de hadas, con el toque justo de masculinidad que Richard le había pedido… que no dudó un segundo en sugerirlo como primera opción. Cuando al día siguiente Carola la llamó por teléfono diciéndole que le encantaba, se sintió pletórica y comenzó a planificar ese fin de semana. No le fue fácil conseguir que en el trabajo le diesen libre la

mañana del sábado, pero después de pedirle el favor a su encargada y de prometerle que trabajaría el siguiente sábado completo, al fin logró lo que ansiaba. Además, Carola fue puntual al ingresarle el adelanto estipulado en el contrato y Abril pudo utilizar parte de ese dinero para pagarse el viaje.

—Vamos, cariño, hay que ir a la cama —dijo con ternura, mirando la hora en su reloj de pulsera.

—Mami, no tengo sueño… —comentó Zoe, haciendo un mohín con su pequeña boquita.

—Pero si mañana te espera un día súper especial con el abuelo, ¡no me puedes decir que no tienes sueño! —añadió de manera teatral—. Mira, vamos a hacer una cosa, si te lavas los dientes rápido y te metes en la cama, te contaré un cuento.

—¿Sí? —preguntó Zoe, abriendo los ojos de par en par.

—Claro, ¿uno de princesas?

—¡Sí! Quiero que me leas *La Bella Durmiente*.

—Pero si ése te lo he leído mil veces… ¿Por qué te gusta tanto?

—Porque su vestido es rosa —contestó la niña, con el tono de estar diciendo algo muy obvio.

Abril no pudo evitar sonreír mientras la ayudaba a levantarse y la acompañaba al cuarto de baño.

—Mami, ¿y cuándo vendrás a buscarme?

—El domingo, cariño. Mamá tiene que trabajar un poco más de la cuenta este fin de semana y por eso te tienes que quedar en casa del abuelo. Pero a ti te gusta quedarte con él, ¿verdad?

—Sí, mucho. Me lleva a la feria, al circo, al cine y me compra palomitas.

—¡Menuda suerte tienes, Zoe! Y yo trabajando… ¿Por qué no te vas tú a trabajar y yo me quedo con el abuelo?

—No, mami, tú eres más vieja y te tienes que ir a trabajar. Yo soy aún pequeña y debo divertirme —concluyó Zoe con sensatez.

—Tienes toda la razón y quiero que el domingo me cuentes todo lo que has hecho con el abuelo, ¿vale? Seguro que lo pasas

fenomenal —dijo, aguantándose la risa ante las contestaciones de su querida hija.

—Claro, mami. El abuelo es más divertido que tú.

—¿Que yo? No puede ser, Zoe. ¡Yo soy la reina de las fiestas!

—No, mami, el abuelo es el rey de las fiestas —replicó con una sonrisa.

Abril no se pudo aguantar más y rio mientras su hija la miraba desconcertada. Era increíble que aquella criatura tuviese respuesta para todo y que le dijese esas cosas sin inmutarse. Le encantaba estar con ella, se había acostumbrado tanto a tenerla en su vida que, cuando le tocaba ir con Ernesto o por motivos laborales no podía estar a su lado, se sentía sola y perdida. Para Abril, Zoe lo era todo.

Después de que la niña se lavara los dientes y ella la arropara, cogió de la pequeña estantería que había al lado de la cama de color rosa el libro que Zoe le había pedido que le leyera.

—«Había una vez un rey y una reina que vivían en un gran palacio que tenía cuatro torres y un jardín enorme, con más de cien árboles y más de cien fuentes» —comenzó a leer Abril, bajo la atenta mirada de Zoe.

Antes de que acabase de explicarle el cuento, la pequeña ya se había quedado profundamente dormida. Abril salió del dormitorio sin hacer ruido, entornó la puerta y se fue de nuevo al salón. Antes de acostarse dejaría hecha la pequeña maleta que se quería llevar a Francia: una muda limpia y algo de ropa formal por si cenaban por los alrededores. Terminó de resolver sus pequeñas dudas sobre el viaje, se pasó información a su correo electrónico para así poder tenerla a mano en su teléfono móvil, lo apagó todo y se fue a su habitación a terminar de preparar las cosas para ese día que confiaba que fuera perfecto.

Miró por enésima vez la hora en su reloj de pulsera. Había llegado pronto, como había planificado, pero aun así se sentía

ansiosa por contemplar la cara de Carola y Richard cuando viesen todo aquello en persona. Ella misma se había quedado boquiabierta ante el *château* de Challain, en Challain la Potherie, en el valle del Loira, Francia. Decir que era precioso, romántico, sublime y el lugar donde toda mujer hubiese querido pronunciar el «Sí quiero», era quedarse corta. Era el romanticismo en mayúscula, el cuento de hadas y el broche de oro para un amor de película. Era perfecto, de estilo neogótico, construido en piedra caliza en el año 1847. La majestuosa obra se terminó seis años después, un récord para la época. Estaba rodeado de frondosos árboles y un cuidado césped, lo que lo convertía en un lugar mágico, donde parecía que todo fuese posible.

Abril pensaba que a Carola le encantaría y esperaba convertir su boda en el cuento de hadas que ella le había pedido con tanto entusiasmo. Miró de nuevo la hora. Había llevado a Zoe a casa de su padre, cogido el coche y se había dirigido al aeropuerto de Valencia para coger el vuelo a Francia. Una vez allí, había alquilado un coche y conducido hasta aquel precioso castillo. Aunque llevaba despierta desde muy temprano, no notaba el cansancio, ya que la ilusión y el nerviosismo de ver la reacción de sus clientes hacía que no se acordara de todo lo que había hecho hasta llegar allí.

Se acercó más a la enorme escalinata de la inmensa edificación. A lo lejos había una pérgola que se podría utilizar para la ceremonia nupcial, decorándola con flores y tul blanco, y colocando sillas vestidas con telas de colores neutros. El canto de los pájaros y el sonido de la suave brisa entre los frondosos árboles creaban una melodía única; el sol le calentaba la piel tímidamente y, al volver de nuevo la vista hacia el acceso al palacio, vio por fin acercarse a los novios a pie, admirando el paisaje mientras gesticulaban emocionados por lo que contemplaban sus ojos. Abril echó a andar hacia la feliz pareja, que no disimulaban el efecto que les producía aquel lugar.

—Buenos días, pareja —saludó con una sonrisa.

—¡Oh, madre mía, Abril! Esto… ¡¡esto es un sueño!! —exclamó Carola, visiblemente impresionada—. Lo había visto por internet y me pareció el lugar más maravilloso para casarnos, pero ahora que estoy aquí, admirando este majestuoso castillo, estos jardines y este paisaje de ensueño, sólo te puedo decir que has conseguido lo que he deseado toda mi vida —dijo, temblándole la voz a causa de la emoción.

—Eso es lo que yo quería, Carola —contestó Abril, estrechándola en un afectuoso abrazo.

—Lo has conseguido, ¿verdad, Richie? —preguntó la joven con un hilo de voz, agradeciendo aquella muestra de cariño.

—Es perfecto, Abril. Tanto para ella como para mí —dijo Richard —. Tiene ese punto varonil que yo pedía, incluso puedo decirte que me recuerda alguno de los palacios que han aparecido en la serie de *Juego de tronos*.

—¡Oh, sí, es verdad! —exclamó Carola, admirando de nuevo el lugar, pero con ese punto de vista tan distinto al de ella.

—Me alegro muchísimo de que os guste por fuera, pero no sólo hemos venido a admirar la fachada y los jardines. ¿Me esperáis un segundo y hablo con Pierre? —preguntó Abril, señalando el edificio —. Me ha pedido que lo avisara cuando llegarais; quiere enseñaros el castillo por dentro.

—Claro, ve tranquila, Abril. Nos quedaremos deleitándonos con este lugar tan magnífico —comentó Richard con una sonrisa.

Abril subió la escalinata del castillo, que por dentro aún era más bonito que por fuera, una fiesta para la vista, como diría su padre si en ese momento estuviese allí con ella. Encontró al encargado, con el que había concertado aquella cita, y le comentó que ya habían llegado los novios; mientras salían de nuevo para recibirlos como era debido, le explicó que lo que ellos querían para ese día era únicamente el alquiler del castillo, ya que Abril lo organizaría todo. Además hizo especial hincapié en que no trascendiese el nombre de los novios en la prensa, pues buscaban privacidad total para ese día tan importante.

—Por nuestra parte no se sabrá el nombre de sus clientes. Me comentó usted que también quieren seguridad privada. Le podría recomendar alguna agencia que ya ha trabajado para nosotros —dijo Pierre.

Era un hombre alto, delgado, de rostro serio y con un bigote que casi le tapaba los labios.

—Se lo agradecería —dijo Abril en un perfecto francés, mientras bajaban la escalera y se encontraban con los novios.

Hizo las presentaciones en inglés, un idioma que Richard y Carola entendían a la perfección, y comenzaron la visita por las instalaciones de aquel lugar tan especial, con el encargado explicándoles en ese idioma universal la historia y los detalles de aquel castillo tan deslumbrante.

Abril insistió en que los novios preguntasen cualquier duda que tuvieran y al final del recorrido, después de haberles enseñado las preciosas habitaciones donde se podían alojar tanto los contrayentes como los invitados más allegados, Pierre se despidió y volvió al interior de aquella magnífica morada, dejándoles libertad para que exploraran mejor el lugar por su cuenta.

—¿Qué os ha parecido? —preguntó Abril, mientras paseaban por el jardín.

—Es perfecto. Por dentro es… ¡uf!, un sueño. ¿De verdad nos quedaremos a dormir en la suite? —preguntó Carola entusiasmada.

—Claro. Lo único malo de este sitio es que sólo hay habitaciones para unas treinta personas y no podremos alojar aquí a todos vuestros invitados. Pero no os preocupéis por eso, he buscado un hotel cercano, que ahora visitaremos. En el castillo se pueden quedar los más cercanos.

—Es una idea estupenda —opinó Richard.

—Entonces, ¿aquí es donde queréis casaros? —preguntó Abril con una sonrisa.

—¡Sí! —exclamó Carola, cogiéndose del brazo de su novio, que la observaba con adoración.

—Disculpadme un minuto —dijo Richard, para coger su teléfono móvil, que había empezado a sonar; se alejó un poco de ellas para poder atender la llamada con privacidad.

—Abril, muchas gracias, de verdad —dijo Carola con los ojos brillantes de emoción volviéndose de nuevo para admirar el esplendor del castillo—. Has superado mis expectativas.

—Éste es el primer paso, aún queda mucho camino por recorrer para convertir el día de vuestra boda en todo lo que habéis soñado.

—Sé que lo lograrás —dijo la joven con una sonrisa, mirándola a los ojos con afabilidad—. Abril, me gustaría hacerte una pregunta personal…

—Dime.

—¿Estás casada?

—No, no lo estoy —contestó ella con una sonrisa nerviosa.

—Pero ¿lo has estado alguna vez?

—Em… No —dijo, mirándola con extrañeza ante su insistencia—. ¿Te ha comentado algo Julen?

—Bueno… sí, la verdad es que nos comentó que tienes una hija, aunque yo dudé de que fuera verdad, porque eres muy joven… —titubeó, sofocada por su intromisión—. Quería saber, bueno… un poco más de ti… ¡Ay, qué vergüenza! No pienses mal de mí, Abril, es que antes de que él me lo comentara, había pensado que sería normal que organizases bodas tan especiales si tú habías encontrado el amor de tu vida… —terminó Carola como pudo, intentando salir del atolladero en el que ella misma se había metido.

—Es cierto que tengo una hija, a la que adoro por encima de todo. Pero no me llegué a casar… Creo que por eso me gusta organizar las bodas de los demás; por lo menos puedo vivir ese día a través de mis clientes e intentar que cumplan su sueño.

—Entonces, ¿has criado a tu hija sola? —preguntó Carola, mientras se acariciaba el vientre en un acto de reflejo.

—Más o menos. Es largo de contar y ahora estamos aquí para hablar de vuestra boda, de todo lo que queréis para ese día y de las

ideas que tengo para hacerla aún más espléndida —dijo con una sonrisa, dando por zanjado aquel difícil tema.

—Claro, para eso estamos aquí. Perdona, Abril. La verdad es que me caes muy bien y sólo quería conocerte un poquito más… —se disculpó Carola, apretándole el brazo con cariño.

Abril sonrió sin darle importancia a sus preguntas, pues ella también empezaba a cogerle cariño.

—Además, me gustaría sincerarme contigo, ya que al principio no he podido hacerlo, pero ahora, visto lo visto, lo veo incluso necesario…

—¿Sincerarte? —preguntó Abril extrañada.

—Carola, mira quién viene por ahí —dijo Richard, interrumpiendo la confesión de su novia, mientras se acercaba a ellas y señalaba a un hombre que acababa de salir de un automóvil rojo—. ¿Le has dicho tú que viniese?

Abril no entendía nada. Carola la miró con los ojos muy abiertos, nerviosa, intentando decir algo con esa mirada, mientras el hombre, con vaqueros claros y una camiseta negra, avanzaba hacia ellos. Cuando estuvo lo bastante cerca como para que se pudieran apreciar los rasgos marcados de su rostro y aquella mirada oscura llena de tantas intenciones, Abril supo quién era… No podía ser otro que él, aunque en su interior hubiese deseado que fuese otra persona.

—Abril… —susurró Carola, acercándose a ella con disimulo para que Julen no se diese cuenta de que le estaba hablando—, lo siento mucho, pero él me pidió que lo ayudase y yo… Bueno, entiéndeme, es mi hermano y no podía decirle que no.

—¡¿Julen es tu hermano?! —preguntó Abril, mirándola a la cara.

Carola asintió, mientras se mordía el labio, arrepentida de haber engañado a la encargada de materializar su sueño.

—Él no sabía que estabas aquí. Te prometo que luego te lo cuento todo… Ahora sonríe, que te está mirando y no tiene que notar que su presencia te afecta. Como dijo aquella famosa tonadillera: dientes, dientes…

Ella cerró los ojos e intentó tranquilizarse. ¡Aquello era de locos! Abrió los ojos de nuevo y lo vio tan guapo como siempre, observándola con extrañeza. Abril esbozó una amplia sonrisa. Carola decía la verdad, no parecía que Julen esperase que ella estuviese allí.

5

Abril dejó la pequeña maleta sobre la cama y empezó a sacar las prendas que se arrugaban con facilidad para colgarlas en el armario de aquella preciosa habitación de hotel. Después de la sorpresa inicial de ver a Julen en el *château* de Challain y de descubrir, de una manera un poco extraña, que era el hermano de la novia, Carola y Richard decidieron ir al hotel donde se alojarían aquella noche y ver de primera mano el lugar donde iban a hospedar al resto de invitados, para así, después de dejar el ligero equipaje, salir a comer por los alrededores y luego dedicarse a visitar aquel precioso rincón del valle del Loira donde celebrarían la despedida de solteros, la comida pre-nupcial y la boda. Todo organizado por Abril, pero requería del visto bueno de los novios para hacer la oportuna reserva para el día señalado. El hotel que había elegido se encontraba bastante cerca del castillo. Era también un palacio, aunque menos esplendoroso y más moderno que el escogido para el enlace.

Abril se sentía intranquila por tener que pasar ese fin de semana con Julen. Había supuesto que no lo volvería a volver a ver hasta el día de la boda y se había relajado, e incluso había olvidado el pequeño encaprichamiento que había sentido por ese hombre tan atractivo. Pero tenerlo allí, tan cerca, sabiendo que él la había descartado sólo porque era madre y que, según le había contado Carola, incluso había pensado que seguía casada, la hacía sentirse

extraña, incómoda y sin saber muy bien qué hacer o no hacer en su presencia.

No podía negar que le gustaba, era absurdo negar algo tan obvio. Desde que lo vio por primera vez en Corfú la atrajo ese halo de intriga y seducción que desprendía. Pero desde entonces habían pasado muchas cosas, la más importante era que había intuido sus verdaderas intenciones: acostarse con ella y no volver a verla más. No era que Abril no lo hubiese supuesto, no era tan ilusa y disponía de una especie de alarma cuando tenía a alguien de esa calaña delante. Pero sus sospechas se afianzaron aún más cuando descubrió a lo que se dedicaba. Sabía que era de ese tipo de hombres que utilizaban a las mujeres como pañuelos de papel.

Antes de salir de la habitación, Abril entró en el moderno cuarto de baño para mirarse el maquillaje y, ya de paso, comprobar que su modelito, unos pantalones pitillo negro y una blusa en color rojo de media manga, le quedaba tan bien como ella creía en un principio. Los tacones le daban aún mayor altura y sofisticación. Después de retocarse los labios con un poco de carmín rojo, cogió el bolso y la chaqueta negra y salió de la habitación hacia el vestíbulo del hotel, donde habían quedado todos para ir a comer.

Bajó del ascensor y caminó hasta el centro del vestíbulo. De espaldas, observando por las ventanas el paisaje de aquel lugar tan singular, estaba Julen, el primero en llegar. Abril cuadró los hombros, sonrió y se dirigió hacia él con paso seguro, asombrada por el cambio radical que había dado ese hombre cuando se enteró de que era madre.

—¿Somos los primeros? —preguntó cuando llegó a su lado.

—Eso parece… —contestó él, sin dejar de mirar por el gran ventanal.

—Es precioso, ¿verdad?

—Sí… —dijo con un hilo de voz, mientras apartaba la mirada de la ventana y la centraba en ella—. No sabía que ibas a estar aquí…

Abril no dijo nada y esbozó una sonrisa encantadora.

—Quería hablar contigo sobre lo que ocurrió la última vez que nos vimos, en tu casa…

—No tienes que intentar quedar bien, Julen. Lo entiendo, de verdad. He conocido a muchos hombres como tú y por eso te advertí que era una mujer complicada…

—¿A muchos como yo? —repitió, sorprendido por sus palabras—. Bueno, sólo me quería disculpar por mi reacción. No me esperaba que tuvieras una hija.

—La próxima vez lo diré junto con mi nombre y así no habrá sorpresas embarazosas —replicó jocosa.

—Es una lástima, lo habríamos pasado muy bien juntos… —dijo él, recorriendo su cuerpo con la mirada, deteniéndose más de lo necesario en sus insinuantes curvas.

—Sí que es una lástima, porque has perdido la oportunidad de conocer a una mujer como yo. ¡Una verdadera pena! —contestó Abril con coquetería, apartándose la perfecta coleta de la espalda con un gesto muy provocador que le daba las fuerzas suficientes para seguir delante de él.

—Yo… —tartamudeó Julen, embelesado por el carisma de aquella mujer que no había dado muestras de flaqueza, aun cuando él había dado un paso atrás al enterarse de la verdad.

—Mira, Julen, he pensado que, por el bien de este enlace, debemos llevarnos bien y olvidar ese pequeño desliz que tuvimos en Corfú. Al fin y al cabo no ha significado nada para ninguno de los dos. Es absurdo hacer una montaña de ello, ¿no te parece?

—Sí, claro —contestó él extrañado por el giro que había dado la conversación y percibiendo que era ella la que lo apartaba y no al revés—. La verdad es que eres una profesional magnífica. Carola y Richard están muy contentos con todo lo que has planeado para la boda.

—Muchas gracias. Si ellos están contentos, yo también lo estoy —respondió sonriente.

—Sentimos el retraso —dijo Carola, que llegó cogida de la mano de su prometido.

—No os preocupéis, nosotros acabamos de llegar también… —contestó Abril sonriéndoles.

—¿Nos vamos? —preguntó Richard—. ¡Estoy hambriento!

—¡Andando! Hay un restaurante cercano del que tengo magníficas referencias. Entonces, ¿os gusta este hotel para los invitados?

—¡Es espectacular, Abril! Nos encanta —dijo Carola.

—Perfecto. Pues vamos a por nuestra siguiente parada —concluyó Abril, mientras salían a la calle.

Fueron en coche a un restaurante bastante famoso de la zona. Iban todos en el mismo automóvil, el flamante BMW negro que Richard había alquilado al llegar. Julen ocupaba el asiento del copiloto y Carola y Abril iban detrás, haciendo como si no hubiese ocurrido nada entre ellas.

—Este lugar es maravilloso, Abril —comentó Carola admirando el paisaje.

—Sí, es mágico… —musitó ella con una sonrisa—. ¿Habéis pensado ya adónde iréis de luna de miel?

—Justo lo estábamos hablando antes de bajar al vestíbulo del hotel. Habíamos pensado en las islas griegas, pero después de ver este lugar, creo que nos vamos a quedar aquí. ¿Es posible que nos dejen hospedarnos más días en el castillo donde nos casaremos? —preguntó Carola.

—Claro, no habrá ningún problema. Luego hablo con Pierre y le comentó vuestra decisión.

—¡Perfecto!

—Además os detallaré todos los lugares que podéis visitar. El valle del Loira está repleto de sitios sorprendentes, y también podréis visitar otros castillos de ensueño.

—¿Has oído, Richie? —preguntó Carola tocándole el hombro, entusiasmada con la idea de quedarse allí más tiempo.

—Claro, querida. Abril, eres estupenda.

Ella sonrió, contenta de que sus ideas fuesen tan bien recibidas por parte de los novios.

Mientras, Julen la miraba en el reflejo del cristal, sintiendo que la boca se le secaba cada vez que la veía sonreír o gesticular al hablar, y maldiciendo por dentro sentirse así de atraído por ella.

Entraron en el restaurante y se dirigieron a la mesa que Abril tenía reservada, a la que tuvieron que añadirle un cubierto más. El maître les llevó la bebida mientras hojeaban la carta con los platos que servían en aquel lugar tan sofisticado.

—Abril, quisiera que me aclarases una duda que tengo y que mi querida Carola tampoco ha sabido explicarme —comenzó a decir Richard, entregándole las cartas al camarero después de haber hecho todos su elección—. ¿De dónde salió el nombre de tu empresa? Ojo, que no digo que no me guste, es simplemente que me sorprendió cuando lo leí en la tarjeta que le diste a Carola.

—Me alegra mucho que no te disguste, la idea es más bien de mi hija que mía —explicó con una sonrisa al recordar cómo surgió—. Cuando Maca, mi socia, y yo decidimos poner en marcha este proyecto, se lo expliqué a Zoe y, cuando acabé de comentarle lo que íbamos a hacer, ella, con la dulzura y espontaneidad que poseen todos los niños, me dijo: «¡Mami, vas a ser como Campanilla!». Claro, como comprenderéis, me eché a reír por su salida, pero luego, cuando me explicó sus razones para creer que yo sería como esa hada vestida de verde, no dudé en utilizarlo, pues, como Zoe dice: «Tú haces realidad los sueños de los demás», y eso es lo que Maca y yo pretendemos hacer.

—Ooohhh… —susurró Carola emocionada—. Y lo hacéis, Abril. Yo creía que nunca encontraría el lugar perfecto para casarme, y tú, en poco tiempo, me lo has mostrado. Eres una maravillosa profesional y, por lo que veo, una espléndida madre.

—Tu marido debe de estar muy orgulloso de ti —comentó Julen apretando los dientes y sin apartar la mirada de ella, dispuesto a saber la verdad.

—No tengo marido.

—Vaya… eres una mujer muy valiente, Abril —comentó Richard asombrado—. No todo el mundo podría sacar adelante a una hija y

un negocio solo.

—Mi hija tiene padre, pero yo no tengo marido; y sola, lo que se dice sola, no estoy. Tengo la suerte de tener a mi lado a un padre excepcional y a una amiga que vale su peso en oro.

—Aun así eres una mujer muy valiente y estoy muy contenta de haberte conocido —comentó Carola tocándole el brazo con cariño—. Y ya que no tienes marido, ¿has visto qué guapo es nuestro maître?

Esa pregunta la pilló por sorpresa y buscó con la mirada al hombre que les había tomado nota y en el que no se había fijado hasta ese momento. No estaba mal, pero no podía compararse con el que tenía sentado enfrente. De repente, cayó en lo obvio del asunto, Carola quería que Abril sacara a la mujer seductora que llevaba dentro y que le diese una lección a su hermano. Era eso o su intuición comenzaba a emitir con interferencias.

—Sí que es guapo —contestó, sin apartar la mirada del maître, que al ver que lo miraba se acercó a la mesa.

—¿Todo bien? —preguntó en un español bastante básico, con un marcado acento francés.

—Sí, todo muy bien. Mira, te quería hacer una pregunta, pero antes te diré que soy madre de una niña de seis años, aunque nunca he estado casada. Aun así, ¿saldrías conmigo a tomar algo algún día? —soltó Abril casi sin pensar, dejando a los ocupantes de la mesa y al propio camarero con la boca abierta.

—Madame, no la he entendido —susurró confuso.

Abril, con una sonrisa resplandeciente, se lo tradujo al francés.

—*Mon Dieu!* —soltó él ante la propuesta de aquella joven que no dejaba de sonreír mientras esperaba su respuesta—. Ahora mismo estoy trabajando, pero estaría encantado de tomar una copa contigo cuando acabe mi jornada.

—Perfecto. Pues luego quedamos, guapo —soltó ella como si nada, cogiendo la copa de vino y apurándola de un trago para calmar su nerviosismo por haber tenido que llegar a ese extremo sólo para darle una lección al hombre que no dejaba de mirarla.

—Claro. Con permiso —dijo el maître antes de retirarse para atender otras mesas, contento por haber sacado un plan sin proponérselo.

—Joder con Campanilla… —farfulló Julen en voz muy baja, pero lo bastante audible para Richard.

—Me da a mí que vuela muy alto, o te das prisa o se te adelantan, macho —susurró su futuro cuñado, tapándose la boca con la servilleta y observando a Julen, que puso los ojos en blanco dando aquella causa por perdida.

—¡Olé las mujeres con lo que hay que tener! —exclamó Carola, contenta por la iniciativa de Abril—. Di que sí. Las mujeres de hoy en día somos decididas, y lo que nos gusta nos lo llevamos y lo que no lo dejamos apartado.

—Totalmente de acuerdo —dijo ella, aparentando tranquilidad, aunque se sintiese abochornada y nerviosa por el paso que acababa de dar.

—Entonces ¿aplazamos nuestros planes de después? —preguntó Richard con curiosidad.

—Oh, no. Nuestro plan no se verá afectado por esta cita. Ya quedaré con el maître cuando acabemos —contestó Abril como si aquello fuera algo normal para ella—. Después del almuerzo quiero enseñaros el sitio que he buscado para celebrar la despedida de solteros y el salón para la comida pre-nupcial que se realizará el día antes de la boda, para que os juntéis con vuestros familiares, y también me gustaría enseñaros la floristería con la que voy a trabajar, para que me digáis qué tipo de flores os gustan más para adornar la pérgola del castillo y los alrededores, además de las que deben componer el ramo de la novia.

—Perfecto. ¡Ya estoy deseando verlo todo! —exclamó Carola, entusiasmada ante sus planes.

Comieron charlando de la ceremonia, de los preparativos y de todo lo que rodeaba aquel enlace que debía organizarse en tan poco tiempo, ya que quedaban menos de dos meses para dejarlo todo

listo antes de la fecha fijada por los novios días atrás: el cinco de diciembre.

Después de que Richard pagase la comida, se encaminaron hacia la primera visita de aquella tarde: un espacioso restaurante con una sala muy amplia al lado, donde podrían celebrar conjuntamente la despedida de los novios. El local era espacioso, moderno y con todo lo necesario para hacer de aquella noche algo especial para todos. Cuando los novios le dieron el visto bueno, Abril concretó en situ la reserva para dos noches antes de la boda. Después, de allí se fueron a un precioso restaurante de estilo victoriano que no estaba lejos del epicentro de la celebración, donde charlaron con el responsable, que les mostró lo que allí podían degustar antes de la boda.

Julen se mantuvo en un discreto segundo plano mientras Abril explicaba y charlaba sin parar de todo lo que tenía pensado hacer, para aquel acontecimiento tan importante para Carola y Richard, y él no podía dejar de pensar en aquella mujer tan llena de energía, de entusiasmo y de optimismo. Se había equivocado al pensar que seguía casada y, por lo que parecía, no tenía problemas para concertar citas con otros hombres, a los que no les importaba que fuese madre…

Bueno, sí, había cometido un error al sacar esa conclusión tan precipitada, y tenía que darle la razón a Carola, porque había desechado la idea desde el mismo instante en que la estaba verbalizando. Pero aun sabiendo que era soltera, pensaba que él no podría tener nada con ella, ni siquiera un pequeño acercamiento, porque no podía dejar de pensar que tenía una hija con otro hombre…

6

—Echad un vistazo. Las flores típicas de Francia son las gerberas, las rosas, los lirios, los girasoles y los narcisos, pero con las exportaciones entre países y los invernaderos podéis elegir las que queráis —explicó Abril, después de que entraran en una enorme floristería impregnada por completo por el aroma de las delicadas flores.

—¿Éstas son las gerberas? —preguntó Richard, señalando unas flores de tallo grueso, con unos pétalos de mucho colorido.

—Sí, son flores muy utilizadas. Se puede trabajar muy bien con ellas gracias a su largo tallo —contestó Abril, parándose allí con él, mientras Carola y Julen continuaban admirando la tienda.

—¿Qué pretendes, Carola? —susurró Julen, cogiendo a su hermana del brazo y llevándola entre varios puestos de flores de gran tamaño, para poder hablar con cierta privacidad, alejados de Abril.

—Elegir flores, ¿y tú? —preguntó tan tranquila.

—Sabes que no me refiero a eso. Me llamaste ayer casi llorando para que viniese a ver el lugar donde os casabais, porque no sabías si te gustaría o no, que estabas hecha un lío y que me necesitabas. Te pregunté si Abril estaría y sólo te faltó jurarme que no podía venir porque tenía que quedarse con su hija… —resumió Julen en voz baja, intentando que la conversación no llegase a los oídos de aquella rubia pizpireta—. Y cuando llego me la encuentro aquí, a tu

lado, haciéndoos de guía por los diferentes lugares relacionados con la boda… ¿Qué me estás ocultando, Carola?

—A última hora nos llamó para confirmar que al final venía —contestó su hermana, encogiéndose de hombros con indiferencia—. Yo no tengo la culpa de que ahora no quieras verla. Antes hubieses dado un brazo por tener la oportunidad que tienes este fin de semana.

—Antes no sabía que era madre.

—Pero no está casada, ya la has oído, y por lo que veo no tiene problema en quedar con hombres. Mira lo que ha hecho en la comida con el maître.

—Ella puede hacer lo que quiera, ya no me interesa —replicó malhumorado al recordarlo.

—Pues mira, te digo una cosa, me alegro de que así sea. Porque Abril no se merece que nadie juegue con ella. Me cae bien, es una mujer muy valiente, con una gran fortaleza, y, además, llena de grandes ideas. Es mejor que esté pendiente de nuestra boda que de ti —susurró Carola, apuntándolo con el dedo y clavándoselo en el pecho a medida que pronunciaba las palabras.

—Oye, parece que la prefieres a ella antes que a mí —se quejó su hermano, disgustado, acariciándose el pecho donde ella lo había tocado.

—Pues mira, ya que me lo preguntas, sí, la prefiero a ella. Tú llevas un tiempo más pendiente de salir de fiesta y enrollarte con mujeres que de pararte a pensar cuáles son las cosas verdaderamente importantes. Yo sólo te digo que, como sigas así, te vas a quedar más solo que la una.

—Joder, Carola, no seas así conmigo…

—Debo serlo, Julen. ¡Mírate! Llevas tres años siendo un veleta, de mujer en mujer, sin sentar la cabeza, sin volver a tener una idea que llevar a cabo, dando tumbos sin hacer nada más que salir de fiesta por las noches. Te fijas en una que merece la pena y a las primeras de cambio la descartas por una tontería…

—Para mí no es una tontería.

—¿A ti te gustaría que a mí me hicieran lo mismo?

—No se puede comparar, tú eres mi hermana.

—No es excusa, Julen, y lo sabes —contestó Carola con voz afilada—. Creo que cuando nazca el bebé tampoco vas a querer nada conmigo. ¿Tanto miedo te dan los niños?

—No me dan miedo los niños, es todo lo que conllevan… Bah, ¡déjalo! Se nota que estás de su parte y las hormonas no te dejan ver lo que te quiero explicar.

—No son las hormonas, Julen, eres tú que no tienes razón y espero que te des cuenta pronto.

—¡Parece como si Abril fuera la única mujer buena en el mundo!

—No te he dicho eso, no te equivoques. Pero sí creo que es buena para ti y lo que necesitas para poner orden en tu vida.

—¿Crees que necesito a una mujer con complicaciones? Hermanita, creo que las hormonas te afectan más de lo que pensaba.

—Y yo creo que si miraras más allá de tu ombligo, verías lo que yo he visto en ella que me gusta para ti, algo que no tenían tus anteriores ligues y que espero que descubras en breve —contestó, inclinándose para oler las flores—. Abril, ¿puedes acercarte un momento? —preguntó en voz alta, dando por finalizada la conversación que estaba manteniendo con Julen.

Éste dio un paso atrás y se fue hacia otro lado. No sabía qué intenciones tenía su hermana, pero alguna idea le rondaba la cabeza. Carola estaba cansada de la manera de vivir de él y se había propuesto que echara el freno lo antes posible. Pero a Julen no le gustaban aquellas encerronas. Abril lo llenaba todo con su luz y lo hacía sentirse de una manera difícil de describir…

Abril se miró en el espejo de la habitación del hotel, se dio la vuelta para poder ver desde todos los ángulos cómo le sentaba aquel ajustado vestido negro y se dio unas figuradas palmaditas en la espalda por haber metido esa ropa en la maleta y no otra menos

deslumbrante. Habían llegado hacía poco, tras estar en la floristería, admirando todas las flores y haciéndose ella una idea clara del gusto de los novios. Al llegar al hotel, quedaron en verse al cabo de una hora para salir a cenar y dar un paseo por los bares que habría abiertos ese sábado por la noche.

En cuanto llegó a la habitación, Abril se duchó, se alisó el pelo, se maquilló a conciencia y se puso el precioso vestido. Necesitaba sentirse atractiva y poderosa, capaz de solventar cualquier situación, aunque después no sucediera nada con nadie, ya que no buscaba ningún tipo de relación con ningún hombre; incluso sabía, en el mismo instante en que comenzó a coquetear con el maître en el restaurante donde habían comido, que no quedaría con él… No porque no le gustase, ése no era el principal motivo de su negativa, era que llevaba muchos años sin salir con ningún hombre y quería continuar así, ajena a ese mundo de citas y coqueteos que años atrás había dejado casi a la fuerza.

Miró la hora en su reloj y cogió el móvil para hablar con su hija antes de que se fuera a dormir. Detestaba no poder estar con ella cuando le tocaba; sólo disponía de quince días al mes y los aprovechaba al máximo. Para Abril, Zoe era el eje principal de su vida, por encima incluso de ella misma. Era el amor más incondicional que jamás había sentido, la entrega total, la abnegación más pura y la felicidad más verdadera cuando la veía contenta y bien. Su dulce voz siempre le daba fuerzas, su sonrisa le daba esperanza y su presencia le daba la ilusión para seguir luchando.

Después de hablar un rato con su querida hija y de que ésta le contase todo lo que había hecho con su abuelo, de mandarle mil besos telefónicos y de darle las buenas noches, colgó con un nudo en el estómago que intentó apaciguar pensando que sus propuestas estaban siendo muy bien recibidas por parte de sus clientes. Guardó el móvil en el bolso, cogió la chaqueta negra y salió de la habitación haciendo repiquetear sus finos tacones negros sobre el mármol. Dentro del ascensor se dio un último vistazo en el espejo: llevaba el

pelo suelto y se sentía guapa, eso era lo más importante para equilibrar el atractivo casi cegador de Julen. Se comportaría con toda la soltura que no tenía, pero que debía demostrar para no sucumbir a los encantos de ese hombre que la había besado semanas atrás, en aquella idílica isla griega.

Al salir del ascensor, se dirigió al fondo del vestíbulo, donde vio a Carola de pie frente al gran ventanal, admirando la noche de aquel lugar tan maravilloso. Iba muy elegante, ataviada con un delicado vestido color crema que le caía con gracia. Al volverse hacia ella, la pedrería del corpiño brilló, haciendo aún más bella la prenda.

—¿Estás sola? —preguntó, extrañada de que su novio no estuviese a su lado.

—¡Estás preciosa, Abril! —exclamó Carola mirándola de arriba abajo y dándole mentalmente el visto bueno; su hermano se fijaría en ella—. Richie está hablando con el director de un proyecto que tenían a medias y Julen supongo que estará al bajar…

—Ya que estamos solas, me podrías explicar todo el tema este de Julen…

—Sí, creo que te lo debo ya —contestó la joven con una avergonzada sonrisa—. Antes de nada, quiero que sepas que no suelo meterme en los asuntos de Julen, él ya es mayorcito para arreglárselas solo, pero en este caso he visto que está metiendo la pata… Mira, Abril, al poco de volver él de Corfú, Richie me propuso matrimonio y Julen vio una oportunidad de volver a verte. No fue casualidad que os encontraseis en la productora de Richie, todo fue planeado por él y yo fui su cómplice.

—Pero ¿por qué? —preguntó ella, extrañada ante esa revelación.

—Es obvio, Abril: le gustaste aquella noche y quería volverte a ver.

—Aunque no esperaba que tuviese una hija…

—Exacto, incluso te añadió un marido, por eso te lo pregunté…

—Entiendo, pero muchas molestias para luego nada, ¿no?

—Pues ¡eso digo yo! —exclamó molesta—. Julen es el mejor hermano que se pueda tener, pero en cuestiones del corazón parece

que padezca una especie de alergia: cuando ve complicaciones, pone tierra por medio. No sé por qué, pero desde hace mucho tiempo no sale en serio con nadie, su vida se está convirtiendo en un caos, aunque él ni siquiera se dé cuenta... Sí, tiene amigas, lo pasa bien, pero al poco se deshace de ellas aludiendo cualquier fallo inexistente y la verdad es que me está preocupando esa conducta. No es bueno para él ni para nadie que siga por ese camino tan superficial, más pendiente de su persona que de lo que en verdad siempre ha anhelado.

—Entiendo… —repitió Abril—. Aunque no comprendo por qué me cuentas todo esto.

—Porque me gustas. Creo que serías la mujer perfecta para él, la que podría lograr que sentase la cabeza y pudiera ser feliz con las pequeñas cosas que nos da la vida.

—No soy tan perfecta, y menos para tu hermano. No somos compatibles, eso lo puede ver cualquiera, y no entiendo esta patraña que se ha montado. En Corfú sólo tuvimos un pequeño encuentro, nada importante, y todo esto la verdad es que me queda demasiado grande.

—Te entiendo, por eso quería sincerarme contigo, para que tuvieses la información que te falta y pudieras actuar en consecuencia. Adoro a Julen, de verdad, pero necesita que alguien se plante delante de él y le diga que no siempre puede hacer lo que quiere.

—¿Y esa mujer soy yo? —preguntó Abril desconcertada.

—No —contestó Carola con una sonrisa, dándole la vuelta para que viera acercarse a ellas al protagonista de la conversación, ataviado con un traje oscuro, camisa blanca y sin corbata.

Era un adonis. Tan guapo y cautivador que dolía a la vista, era de ese tipo de hombres que podían conquistar a cualquier mujer que se propusiesen. Abril se irguió y clavó la mirada en él, que contenía una sonrisa socarrona mientras le echaba un buen vistazo a las bien torneadas piernas de ella y a cómo aquel vestido se ceñía a la perfección a su tentador cuerpo.

—Buenas noches, bellas damas. Por lo que veo, habéis estado destripando a alguien en ausencia de los hombres —dijo Julen en tono jocoso cuando llegó a su lado.

—No lo sabes tú bien —farfulló Carola, haciendo que, por poco, Abril se atragantase con su propia saliva.

—¿Y tu amantísimo prometido?

—Por ahí viene —respondió Carola, mientras se le iluminaba el semblante al ver a Richard acercarse a ellos, perfectamente vestido con un traje gris y una corbata roja.

Cuando estuvieron los cuatro reunidos, entraron en el salón del restaurante del hotel, se sentaron a una mesa redonda y el maître les tomó nota.

—Acabo de hablar con Steve, su película suena mucho para llevarse varios premios este año, y hablando de todo un poco me ha preguntado por ti, quería saber si ya estás trabajando en una nueva película —comentó Richard dirigiéndose a Julen, al tiempo que se colocaba la servilleta en el regazo.

—Algo tengo en mente… —respondió Julen, intentando que no se notase que seguía perdido en un mar de dudas y sin inspiración.

—¡Eso es estupendo! Cuando tengas el proyecto, me lo presentas a mí primero, ¿vale?

—Claro… —dijo él con una tímida sonrisa.

—¿Has visto la película de Julen, Abril? —preguntó Carola como por casualidad, introduciendo a ésta en la conversación.

—No, la verdad es que ahora prácticamente sólo veo películas de dibujos animados —contestó distraída, ordenando los ya ordenados cubiertos.

—Tienes que verla, es una historia fascinante, con ella ha alcanzado toda su fama —explicó Carola.

—¿Es de acción o comedia? —preguntó Abril, sin recordar haber visto ni siquiera el tráiler.

—Es un thriller psicológico, donde introduzco al espectador en la mente enferma de un psicópata enamorado de una joven cantante de pop —resumió Julen, orgulloso de su primer y único trabajo.

—Ah… ¿y cómo se llama? —preguntó ella, tratando de recordar si había leído o visto algo de esa película.

—*El secreto de tu voz*.

—Bonito título, pero la verdad es que no me suena... —dijo, mientras se colocaba la servilleta en el regazo e intentaba no fijar la mirada en él, que se encontraba justo enfrente.

—Es curioso que no la conozcas, tuvo mucha repercusión cuando se estrenó y, al salir en DVD, la gente hacía cola para llevársela a casa —explicó Julen, sorprendido de que Abril ni siquiera hubiese oído hablar de su ópera prima.

—El mundo del cine es muy interesante, aunque últimamente estáis muy centrados en hacer películas de esas raras, donde aparece gente que nunca te encuentras por la calle. No sé, hablo sólo como espectadora, ya lo sabéis, pero llevo tiempo fijándome en que no hay películas como las de antes, en las que puedas verte reflejada. A mí me gustaría que en ellas se hablara de la vida real, de los problemas que tiene la gente de a pie, con su atisbo de esperanza de que todo puede cambiar y que las cosas que les suceden pueden sucederle a uno mismo o a la vecina del quinto —comentó Carola con entusiasmo.

—En las películas se busca la originalidad, para ver una vida normal y corriente no pagas una entrada de cine —contestó Julen con cariño.

—Depende de qué vida sea. No te estoy hablando de una aburrida, donde lo único interesante sea si se cambia de marca de suavizante, sino una vida en la que se puedan concentrar varias cosas que podrían suceder de verdad. No psicópatas, muertes o disparos… eso no es lo cotidiano, sino problemas reales: enfrentamientos, envidias, amor, odio, enfermedades, superación personal... Creo que estaría bien que alguien volviese a hacer ese tipo de películas que te encogen el corazón, que te hacen reír con ganas y en las que, además, se te puede escapar alguna lagrimilla…

—Vamos, que tu película perfecta sería un cóctel de risas y lágrimas —dijo Julen con una sonrisa.

—Más risas que lágrimas, pero sí, algo así —replicó Carola con alegría.

—Es interesante lo que comentas —intervino Richard, que había estado muy pendiente de la conversación—. Es cierto que nos hemos dejado llevar un poco por el ansia de la ficción hasta límites insospechados y es posible que debamos retomar el camino a la inversa, haciendo una película basada en hechos reales de alguien cotidiano, con sus virtudes y defectos. Una especie de *Lo imposible*, algo que pueda suceder, que muestre a la gente con su verdadera naturaleza, que puedan verse reflejados en la pantalla. Me gusta, cariño —añadió, mientras se sacaba del bolsillo el teléfono móvil y apuntaba la idea que le había dado su prometida.

—Por ejemplo, Abril misma puede tener una historia que conmueva el corazón de los telespectadores —prosiguió Carola, volviendo a introducirla en la conversación, ya que había estado callada durante la misma.

—No te creas, mi vida es bastante normalita. —Se sintió nerviosa al convertirse de golpe en el centro de atención, por lo que cogió la copa de vino tinto y le dio un buen trago—. Soy de las que limpian la casa con el pelo recogido de cualquier manera, con la música alta para poder hacer la tarea más llevadera y bailando con la escoba. Vamos, lo normal… —Sonrió intentando controlar sus movimientos y, sobre todo, su mirada nerviosa.

—Sí, pero no todos tienen una hija pequeña, trabajan por la mañana en un supermercado y por la tarde dirigen su propia empresa… —intervino Julen, observando que Abril se sentía cada vez más incómoda con aquella conversación centrada en ella, y sintiendo el impulso casi irrefrenable de saber las razones de aquel cambio tan drástico.

—Eso tampoco es nada del otro mundo… —Hizo un gesto con la mano, dando a entender que lo que ella hacía era sencillo—. Oh, mirad, ya nos van a servir la cena. ¡Estoy hambrienta! —exclamó, intentando desviar la atención de su persona y que aquel calvario finalizase.

Julen se quedó observando sus movimientos, su sonrisa nerviosa, sus ojos brillantes, que no paraban quietos, sus finas manos, que movían los cubiertos de un lado a otro... Eso era señal de que ocultaba algo, algo que él necesitaba saber, porque podía ser el principio de otra película suya, ¡de otro éxito!, como había comentado su futuro cuñado y productor; algo que podría volver a encauzar su carrera, en pausa por falta de ideas frescas y la decreciente fama que tenía en esos momentos.

Cogió su copa y bebió un poco de vino. Aquella mujer era todo un hallazgo, tras su sonrisa resplandeciente se escondía algo —lo intuía— y estaba decidido a descubrirlo costara lo que costase. Podía ser lo que llevaba años buscando, alguien que lo sacase de aquel zulo negro desprovisto de imaginación en que se había convertido su carrera como director.

7

Luz tenue, música suave y ambiente distendido, eso fue lo primero que percibió Abril al entrar en aquel bar de copas de la ciudad. Habían cenado fantásticamente bien en el hotel y, después de barajar las posibilidades para la noche, habían decidido tomarse una copa para dar por concluida la escapada al valle del Loira. La velada había sido amena; después de esquivar con más o menos gracia que la conversación girase en torno a ella, Abril pudo disfrutar de la charla de sus clientes, que le hablaron del arduo trabajo cinematográfico, de los actores a los que habían conocido en todos esos años y de los festivales de cine a los que habían asistido. Para tranquilidad de ella, Julen se portó de una manera muy cortés durante la cena, dejando a un lado sus discrepancias y centrándose en hablar de la única película que había dirigido y de su apasionante profesión, que lo llevaba de una ciudad a otra.

—¿Has quedado con el maître aquí? —le preguntó Julen casi a bocajarro, cuando se hubieron sentado en un sofá de color negro en el bar de copas, él al lado de su futuro cuñado y Abril al lado de su clienta.

—No, ¿por qué lo preguntas? —contestó Abril, fijándose en que la expresión de Julen se había endurecido en un segundo, y que incluso su voz sonaba distinta.

—Porque ahora mismo lo estoy viendo entrar por la puerta —respondió, mientras se apoyaba en el respaldo del sofá y señalaba con la mano al protagonista de la conversación.

Abril, sin pensar en las consecuencias, se volvió para mirar, con tan mala fortuna que los ojos del maître se encontraron con los de ella, haciendo que el rubor le subiese a la cara al verse acorralada por su propia mentira.

—Mira tú qué bien, pues tendré que ir a saludarlo —dijo con una alegría que no sentía, levantándose y alisándose el ceñido vestido—. Perdonadme.

—Tranquila y disfruta —contestó Julen, sin perder detalle de la expresión de ella, que no paraba de sonreír.

—¿No vas a hacer nada para evitarlo? —le preguntó Carola cuando Abril se hubo alejado de ellos para encontrarse con el maître.

—No, ya no me interesa como antes. Ahora quiero otra cosa de ella… —murmuró, sin apartar la vista de los gestos de la llamativa rubia que charlaba con el maître en medio del local.

—¿El qué? —preguntó su hermana, sin entender a lo que se refería.

—Quiero saber su historia… —susurró él, concentrado en adivinar de qué estarían hablando ese hombre y Abril.

—¿Para qué?

—Creo que puede sacarme de mi bloqueo —explicó esperanzado.

—¡Eso es genial! Y dime, ¿por qué no le pides que te la cuente? —preguntó Richard cruzando las piernas.

—Porque sé que no lo hará, no he entrado con el mejor pie…

—¿Y entonces cómo vas a obtener la información? —preguntó Richard con curiosidad.

—Lo único que puedo hacer para descubrirlo es introducirme en su vida —contestó él, irguiendo los hombros con resolución.

—No sé cómo lo lograrás, Julen... Pero ¿por qué ella? —preguntó Richard, cada vez más interesado.

—Porque intuyo que nuestra Campanilla no es como se nos muestra —contestó, sin apartar la mirada de Abril y de su acompañante, que charlaban a unos metros de distancia—. Y que

detrás de esa mujer sonriente hay una fantástica historia que necesita ser plasmada en la gran pantalla.

—Puede que te estés equivocando… —dijo Richard, intentando aportar un poco de sensatez a la idea de su futuro cuñado.

—Puede, pero no pierdo nada por averiguarlo.

—Yo sólo te pido una cosa: no le hagas daño —intervino Carola con gesto serio, apartando la vista de aquellos dos hombres tan importantes para ella, para centrarla en la mujer rubia que había vuelto a captar el interés de su hermano.

—Lo intentaré —dijo éste.

Julen no quería hacerle daño, no quería que Abril saliese lastimada, pero tampoco sabía qué debía hacer para abrirse un hueco en su confianza. Para él ya no era una posible conquista, alguien a quien seducir para llevársela a la cama; por momentos, Abril se había convertido en su musa, por así decir, una mujer que le podría contar lo que él deseaba escuchar: una historia única.

Era posible que su instinto se equivocase y que después de introducirse en la vida de Abril descubriese que ésta era normal y corriente, con una vida aburrida. Pero algo en sus acciones, en su manera de moverse y de gesticular le decían que no era así. Se había dado cuenta del cambio cuando su hermana había sugerido que podía tener una vida interesante que contar; su mirada, sus gestos, la delataron. Y ahora Julen quería saberlo todo de ella, hasta el más mínimo detalle, quería que confiase en él y que le contase todos sus secretos, pero no sabía cómo hacerlo. ¿Cómo hacerse amigo de una mujer con la que había estado a punto de tener una simple aventura? Ésa era la cuestión y le quedaban pocas horas para llegar a resolver ese problema tan complicado. Horas para que ella volviese a Valencia y él a Madrid… horas para no volver a verla.

De repente, el encuentro que estaba teniendo lugar en segundo plano cambió y la simpatía que caracterizaba a Abril se evaporó delante de sus ojos, haciéndola más irascible ante aquel hombre que había tenido la suerte de que se fijase en él. Abril dio un paso atrás, todavía con su sonrisa perenne, aunque sus movimientos no

acompañaban ese gesto conciliador, y el maître, ajeno a ese imperceptible cambio, avanzó un paso hacia ella.

Julen no sabía qué pasaba por la cabeza de esa mujer, era incapaz de entender su razonamiento y sus acciones, pero parecía que no quisiera nada con aquel hombre. Sin pensárselo dos veces, Julen se puso de pie y echó a andar hacia ellos con paso seguro, consciente de que era admirado por muchas mujeres bellas e incluso reconocido y envidiado por algunos hombres. Él era así, intenso, fuerte, intimidante gracias a aquellos rasgos tan marcados de su rostro y a su constitución atlética; irresistible y capaz de todo —de cualquier cosa—, por conseguir su objetivo. Por eso había conseguido que Richard le produjese su primera película, no había descansado hasta que el mejor dentro de su campo estuviera detrás de su idea. Después llegó el enamoramiento de Carola y su productor, algo que a él lo beneficiaría a posteriori, no lo podía negar. Pero podía estar orgulloso de sí mismo al saber que el primer paso lo había dado solo, sin ayudas externas, nada más él, su fuerza de voluntad, su perseverancia y su valía. Si había sido capaz de conseguir al mejor productor siendo un completo desconocido, sabía que podía conseguir que Abril confiara en él, aunque tuviera que pisar un terreno que le era totalmente desconocido y aunque le diese pánico poner las cartas sobre la mesa.

Abril estaba sólo a unos pasos, de espaldas, hablando en francés con aquel hombre que se la comía con los ojos. Y no era para menos, pensó Julen, pues con ese vestidito había despertado el interés de más de uno de los presentes en la sala y estaba consiguiendo a marchas forzadas que él mismo se olvidase del motivo por el que se había acercado hasta allí.

—¿Todo bien? —preguntó en inglés, casi con un gruñido, mientras miraba al maître de manera desafiante.

—¿Eh? Sí, claro que sí —dijo Abril en el mismo idioma, sin dejar de sonreír y apartando su preciosa melena hacia atrás—. Sólo estábamos charlando un poco, pero él ya se tiene que ir, ¿verdad?

—Hummm —titubeó el francés, mirando alternativamente a uno y a otro—. Sí, claro…

Luego se dio la vuelta y se alejó de ellos sin despedirse, sin decir nada más. Ya había escuchado demasiadas excusas por parte de Abril y al ver a su acompañante con aquella actitud implacable, supo que no tenía nada más que hacer que retirarse.

—¿Estás bien? —preguntó Julen, al ver que ella no paraba quieta y se tocaba el cabello una y otra vez, mirándose las puntas y echándoselo a un lado o al otro, sin quedar satisfecha con la decisión.

—Sí, perfectamente. Lo que no sé es para qué has venido. Sólo estábamos hablando… —Chasqueó la lengua, mientras le daba una última vuelta a su cabello, esta vez echándoselo hacia atrás.

—Ya… hablando… —dijo Julen con una sonrisita que a ella le pareció irresistible, pero súbitamente se obligó a salir de aquel encantamiento—. Desde lejos parecía más bien que no quisieras nada con él, pero que él sí contigo.

—Pues te ha fallado la vista, porque no era así —replicó Abril con desdén, apoyándose una mano en la cadera con un gesto muy coqueto y a la vez desafiante—. Y no sé qué hacías mirándome.

—No te lo tomes a mal, pero eras lo único interesante de este local… Carola y Richie están hablando del embarazo y de posibles nombres de bebés, algo que a mí me aburre soberanamente y tú estabas enfrente…

—Bueno, eso ya da lo mismo, tu distracción se marcha —informó, echando a andar hacia donde estaban sentados Carola y Richie.

—Espera un segundo, Abril —pidió él, mientras la cogía de la mano para detener su avance—. Quería hablar contigo a solas…

—No sé de qué quieres hablar, Julen. Creo que ya nos lo hemos dicho todo —replicó en tono afilado, soltándose de su agarre.

—No todo. Ven conmigo. Sólo una copa a solas. Prometo ser bueno —dijo, levantando la mano a modo de juramento.

Abril lo miró negando con la cabeza y sin dejar de sonreír por la promesa que le había hecho. La embarazosa conversación con el maître la había hecho sentirse sedienta y pensó que una copa con él no le haría daño…

—Vale, sólo una copa, ¡y sin trucos!

—Sin trucos —confirmó Julen, echando a andar hacia el otro extremo del local, donde no podían ver, ni ser vistos por Richard ni Carola.

Se sentaron en un pequeño sofá de dos plazas, llevando las copas que habían pedido antes en la barra. Abril lo hizo a una distancia prudencial de Julen. Seguía sin fiarse de él, y tenerlo cerca, tras la ingesta de varias copas, algo a lo que no estaba para nada acostumbrada, se le hacía difícil. Le costaba mantener la mente lúcida para poder encarar las posibles triquiñuelas que Julen pudiese usar con ella. Él la observaba en silencio, mientras le daba un trago a su copa de vodka. Se la veía fuerte como una roca, valiente como un corsario y feliz como si nunca hubiese sabido lo que era la tristeza.

—Tú dirás —lo apremió Abril, consciente de que la mejor táctica era fingir que era una mujer de mundo, acostumbrada a aquellas escenas con hombres tan atractivos como él.

—Sé que hemos empezado de una manera un poco rara y creo conveniente que suavicemos un poco nuestra relación, ya que por lo visto vamos a tener que vernos más de lo que yo pensaba.

—Te recuerdo que esto ya lo hemos hablado esta misma mañana… —soltó Abril, cruzando las piernas de una manera que a Julen le pareció demasiado sexy como para no fijar la vista en aquella parte de su cuerpo al descubierto.

—Sí, lo recuerdo. Pero también debes reconocer que yo no he dicho mucho, tú has llevado la voz cantante.

—Porque he visto que no tenías nada que decir, no por otra cosa…

—Es que tampoco me has dejado más opción.

—Claro que te la he dejado, lo que pasa es que te has bloqueado y, claro, he tenido que tomar yo las riendas para decir lo que tú no te atrevías a pronunciar.

—Hablas mucho, ¿no? —preguntó él aguantándose la risa y levantando una ceja.

—No te creas. —Sonrió con coquetería—. Me callo más de lo que hablo, a veces hasta temo que me salgan subtítulos.

—Creo que tú y yo somos muy parecidos —contestó Julen riéndose por su contestación—. Te dan igual las adversidades, sólo te importa el objetivo.

—Bueno, perdona que discrepe de tu teoría, pero dudo mucho que tú y yo tengamos algo que ver. A simple vista se ve que somos como la noche y el día.

—¿Por qué dices eso?

—Porque he conocido a muchos hombres como tú y sé de lo que vais.

—A lo mejor te equivocas conmigo…

—Lo dudo —siseó, haciendo un mohín que a Julen le recordó a aquella niñita que había visto aferrada a las piernas de ella.

—Háblame de tu hija —soltó con tranquilidad, haciendo que Abril se sorprendiese ante su petición.

—Uy, no. No vaya a ser que sea la responsable de que te dé urticaria y tengamos que llevarte a urgencias —contestó con calma, haciéndolo sonreír con sus originales respuestas.

—¿Por qué me tendría que dar urticaria?

—Vamos a ver, Julen, no pasa nada, es mejor aceptarlo que negarlo y quedar mal. Se nota a kilómetros de distancia que no te gustan los niños, más bien los detestas.

—Tanto como detestar yo no diría… Y tampoco es que no me gusten, lo único que ocurre es que no estoy en ese punto de mi vida.

—Pero vas a tener un sobrino dentro de poco —soltó sin pensar.

—¿Cómo sabes que voy a tener un sobrino? —preguntó extrañado, porque él no le había dicho en ningún momento el

parentesco que lo unía con los novios.

—Uy —dijo ella, llevándose la mano a la boca y maldiciendo haber hablado antes de pensar—. Bueno, ¿para qué te lo voy a negar? Sé que Carola y tú sois hermanos.

—¿Y… desde cuándo lo sabes? —preguntó interesado, acercándose un poco más a ella.

—Desde esta mañana.

—Ya veo —susurró, comprendiendo que ya no tenía la ventaja que creía tener—. ¿Y cómo te lo has tomado?

—¿El qué? ¿Que me mintieras o que haya descubierto que habías planeado nuestro «casual» encuentro? —preguntó, sintiendo que en ese momento tenía la sartén por el mango.

—Vaya con Carola… le ha faltado tiempo para contártelo todo —masculló, tocándose el cabello distraídamente.

—¿Por qué lo hiciste, Julen?

—Me gustaste.

—Pero no lo suficiente —apuntó Abril con rotundidad, haciendo que él cerrase los ojos para poder pensar con claridad y saber qué responderle.

—Mira, Abril, llegados a este punto, veo innecesario mentirte, no sería justo para ti ni para mí, ya que te voy a tener que ver a menudo… —Hizo una pequeña pausa para armarse de valor y poder continuar—: Soy un mujeriego. Sí, ya sé que eso no es un descubrimiento para ti, pero es la primera vez que lo asumo. Me encantan las mujeres, no lo puedo evitar, y cuando veo a alguna que me gusta, intento seducirla hasta el final. Lo que me ocurrió contigo en Corfú fue algo peculiar para mí, porque no pude llegar hasta donde yo quería; más por mi amigo, que no le hubiese gustado que me fuese de su boda con su organizadora, que por otro tipo de razones. ¡Soy así! No lo puedo evitar, de verdad, Abril. Cuando una mujer me gusta voy a por todas e intento con todas mis fuerzas que sea para mí.

»Durante los siguientes días después de conocerte no podía dejar de pensar en ti. Sé que cuando nos reencontramos te dije que era

cosa del destino, ahora ya sabes que no fue así. Yo no creo en fuerzas no humanas capaces de juntar o separar a la gente, como tú tampoco lo crees. Pienso que uno tiene que jugar bien sus cartas para obtener lo que desea y eso es lo que hice para llegar a ti de nuevo. Mi hermana me contó lo de su boda y no dudé en utilizarla para poder volver a verte, de una manera que pareciese espontánea, para que no pensases que estaba desesperado y añadirle también cierto romanticismo de ese que a vosotras tanto os gusta.

—Pero estabas desesperado —reveló con serenidad.

—Sí, lo estaba. —Sonrió mientras cogía su copa y le daba otro trago—. No suelo encapricharme tanto de una mujer. En serio, no me mires de esa manera, que te estoy siendo sincero, más de lo que nunca lo he sido con una mujer.

—Perdona que lo ponga en duda.

—¿Sabes?, hacía tiempo que no hablaba con una mujer de esta manera.

—Mira tú por dónde, eso sí me lo creo. Seguro que tus conversaciones serán: «¿En tu cama o en la mía?».

—Siempre es en la suya, no hay otra opción —contestó Julen sin que le afectase esa visión tan acertada de él.

—¿Por qué?

—Así puedo marcharme cuando quiera y no tener que prologar la velada más de lo necesario.

—Buf… —resopló Abril, exasperada por su confesión—. Es deprimente comprobar que no evolucionáis.

—No es malo que a los hombres nos guste el sexo.

—No es malo si no afecta a otra persona. Cuando sí lo hace, es peor que malo —bufó ella, cogiendo su copa para darle un trago y quitarse el mal sabor de boca que le estaba causando aquella parte de la conversación.

—¿A vosotras no os gusta el sexo?

—Habrá de todo, supongo. —Sonrió nerviosa.

—¿Y a ti?

—Sí, claro… —farfulló en voz baja, mientras jugueteaba con el borde de su vestido.

—Seguro que habrás tenido a muchos hombres haciendo cola para que te fijaras en ellos.

—Sí, tengo en mi puerta un expendedor de tíquets para que vayan en orden —ironizó.

—Me cuesta entenderte, Abril —dijo Julen, acercándose para mirarla más de cerca—. Eres distinta.

—¿Distinta? ¡No te creas! Soy una mujer normal y corriente; lo único distinto es tu manera de mirarme. A mí ya no me ves como a una presa, por eso charlas conmigo, te sinceras y sientes que soy distinta. Pero no soy yo, eres tú. Si les dieses la misma oportunidad a las demás mujeres con las que te quieres acostar, entenderías de qué te hablo. Dime, ¿alguna vez, con alguna de ellas, has mantenido una conversación fuera del tema sexual?

—Sinceramente, no. No me han interesado hasta ese punto, pero tú… No dejas de quitarte importancia, aunque conmigo no lo consigues. Se nota que eres especial, que tienes algo que las demás ni siquiera saben lo que es —comentó, apoyando el brazo distraídamente en el respaldo del sofá, haciendo que Abril se sintiese incómoda al tenerlo tan próximo.

—Especial dice. —Rio con ganas, rompiendo el momento tierno que él había creado con su voz, su acercamiento y sus palabras—. Julen, puedo ser muchas cosas, pero especial no es una de ellas. Soy una madre soltera corriente, que intenta sacar adelante a su hija de seis años; que procura llevarse medianamente bien con el padre de la niña; que trata de llegar a fin de mes con el sueldo de cajera de un supermercado de barrio y que ansía que su pequeño negocio empiece a crecer para poder dedicarse totalmente a él. No soy especial, ni mucho menos. Soy una mujer que ha tenido que trabajar muy duro para estar donde ahora me ves, pero no soy la única que lo hace en el mundo. Hay miles y miles de mujeres que lo hacen todos los días y nadie les dice que son especiales ¿Por qué a mí sí y a ellas no?

—Porque ellas no esconden algo detrás de esa sonrisa que no paras de mostrarme —declaró Julen, perdiéndose en sus brillantes ojos que lo miraban extrañados, y sintiendo el impulso irrefrenable de tocarla una vez más. Sin pensar, llevó la mano al rostro de ella y la acarició con ternura, deleitándose con su suavidad, deseando poder recorrer ese mismo camino con su boca.

Abril se irguió y lo miró con frialdad, haciendo que él detuviese su caricia, que había alcanzado ya la parte que más deseaba probar: los labios.

—Creo que esta conversación ha terminado —dijo, levantándose del sofá y dejándolo descolocado, tanto por su propia reacción como por la de ella.

—No huyas, Abril —pidió, en un intento desesperado.

—Eres un encantador de serpientes, Julen. A lo mejor con otras te funciona esta táctica, pero conmigo no.

Él se quedó inmóvil en el sofá, observando cómo se alejaba de nuevo de él. Se maldijo por no haber podido tener las manos quietas, por no haber frenado ese impulso que le gritaba que tocara la piel de Abril. Esa táctica con ella nunca funcionaría, le había dicho. Parecía como si le hubiese leído la mente, sabía cómo era en realidad, algo que en parte le daba miedo y en parte lo excitaba.

Cogió su copa y apuró el contenido de un trago. Cada vez se sentía más ansioso por saber qué escondía Abril tras aquellos muros de felicidad que se había fabricado.

8

Abril miró el reloj antes de cruzar la calle. Acababa de dejar a Zoe en clase de karate y había quedado con Maca para tomar un café en el bar de al lado. Desde que volvió de Francia, hacía tres días, había estado liada con el trabajo, el colegio de la niña, los deberes, el parque y continuar ultimando la boda de Richard y Carola, con la que había quedado en verse la semana siguiente para empezar a mirar vestidos de novia. Con todo ese trajín no había podido quedar con su amiga, con la que hablaba casi a diario, pero aun así las dos necesitaban esos ratos de confidencias. No había vuelto a saber nada de Julen, algo que agradecía mucho, pues no se sintió muy cómoda cuando la última noche en el valle del Loira estuvo a punto de volver a besarla. ¿Es que no se daba cuenta que ella no quería absolutamente nada con él? Después de ese pequeño acercamiento por su parte, no había vuelto a aproximarse más de lo estrictamente necesario y Abril había podido hablar con los novios y dar por finalizado aquel fin de semana repleto de sorpresas y situaciones un pelín embarazosas para ella.

La vuelta a casa fue más o menos tranquila y aprovechó el trayecto en avión para organizar la agenda y anotar las siguientes tareas que tenía pendientes antes del día señalado. Pero aunque hubiese querido que no fuera así, el recuerdo del masculino rostro de Julen, de su mirada penetrante y de aquella sonrisa que a veces esbozaba, la perseguía cuando cerraba los ojos o miraba por la ventanilla del avión, maldiciendo cuando se daba cuenta de lo que

estaba haciendo. ¡No quería, ni podía, dejarlo entrar en su mente, y mucho menos en su vida!

Cuando llegó a casa de su padre y Zoe se abalanzó sobre ella para darle un fuerte abrazo, la sensación de desasosiego que le producía el recuerdo de ese hombre se disipó como si fuese una tenue nube y disfrutó de los besos y las anécdotas de su querida hija. Poco a poco, la rutina, el ajetreo de su atareada vida hizo que olvidase lo que sentía cuando Julen la miraba y pudo volver a concentrarse en lo que de verdad le importaba: Zoe y su trabajo.

—Hola, reguapa —la saludó Maca cuando la vio aparecer casi a la carrera.

—Hola, bicho —dijo ella, dándole dos besos y sentándose en la silla de enfrente. Dejó la chaqueta colgada en el respaldo y el bolso en la silla de al lado y le pidió un café con leche al camarero que acababa de acercarse a la mesa.

—Hija, no paras —comentó Maca al ver el nerviosismo con el que había llegado su amiga.

—Ni durmiendo, pero cuando Zoe está con su padre no sabes cómo la extraño —comentó con melancolía, sabiendo que esa semana era la última para poder disfrutar de su hija.

—Lo sé, no hay más que verte la cara cuando la tiene el Innombrable para saber que no estás bien.

—Ay, pues sí… —dijo con un suspiro—. Venga, ponme los dientes largos, ¿a quién has fotografiado últimamente?

—Julen…

—A Julen lo fotografiaste la semana pasada; digo hoy —contestó con cariño.

—No, Abril. Julen está aquí.

—¿Cómo va a estar aquí? —preguntó, volviéndose y mirando hacia donde Maca no dejaba de mirar—. ¡Mierda!

Allí estaba él, sentado a una mesa al fondo de la cafetería, leyendo el periódico como si fuese lo más normal del mundo estar en aquel lugar, y en una ciudad que no era la suya. Abril se volvió de nuevo hacia Maca, que no dejaba de mirarlo sin disimulo.

—Joder… ¡cómo está el chaval!

—Buf… —resopló Abril, dejando sitio al camarero que le traía el café que había pedido y abriendo el azucarillo—. Demasiado atractivo para mi gusto.

—Nunca se es demasiado atractivo para una —apuntó Maca con rotundidad, haciendo que Abril riese—. Lo malo es que yo no le gusto…

—Tírale la caña, es posible que pique.

—No… Se nota que no le gustan las mujeres como yo —respondió tan tranquila, mientras se tomaba su café solo.

—Pues él se lo pierde —comentó Abril, dándole un sorbo al suyo con leche.

—¿No vas a ir a hablar con él?

—No.

—Abril, dale alegría a ese cuerpo serrano que tienes, que se te va a quedar mustio del poco uso que haces de él.

—No me apetece darle alegría con ese hombre.

—Si está como un queso.

—Pues que se lo coman los ratones.

—Yo sí que me lo comería, no le dejaría ni los huesos —contestó Maca, mordiéndose el labio sin apartar la mirada de él.

Abril se rio por su respuesta.

—Viene hacia aquí —dijo su amiga.

—Buf… —resopló de nuevo, hastiada de tener que hablar con él —. ¡A ver qué narices quiere ahora!

—Habéis tardado en llegar, chicas —dijo Julen, sentándose en medio de las dos amigas, que se miraban extrañadas de que él estuviese pendiente de sus horarios.

—¿Es que me has estado vigilando, Julen? —preguntó Abril con una tranquilidad que no sentía, mientras cogía su taza de café y le daba un pequeño sorbo, fingiendo que no la afectaba su presencia.

—He hecho un par de comprobaciones, quería saber por dónde te movías…

—Joder, macho, ya podrías disimular un poco y disfrazar la verdad —sugirió Maca.

—Ya no me la quiero jugar, Maca. Con ella debo ser sincero —replicó él con seguridad.

—¿Ah, sí? —preguntó Abril sorprendida, levantando una ceja—. Entonces, dime, ¿qué haces aquí?

—He venido a pasar más tiempo contigo para poder conocerte mejor.

—¿Para qué?

—Quiero ser tu amigo.

—Mientes —soltó con rotundidad, sin apartar la mirada de la de él, desafiándolo.

—Quiero llevarme bien contigo por mi hermana —volvió a probar Julen.

—Vuelves a mentir.

Él sonrió al ver su actitud implacable; además, no sabía cómo, pero se daba cuenta todas las veces que le mentía.

—Quiero saber qué se esconde detrás de esa sonrisa.

—¿Por qué? —preguntó Abril, sabiendo que decía la verdad.

—Porque creo que tienes una fantástica historia que puedo utilizar para mi siguiente película.

—¡La madre que me parió! —soltó de repente Maca, abriendo los ojos como platos—. ¡Sí, sí y sí! Aunque ella te diga que no, no le hagas caso, yo te doy mi consentimiento casi firmado y por notario, que para eso soy su mejor amiga.

—Maca, no —dijo Abril con seriedad, frenando de golpe su entusiasmo y haciendo que Maca le sacase la lengua por haberle cortado de raíz la ilusión de ver su historia en la gran pantalla.

—Me gustaría poder explicártelo a solas… —susurró Julen, mirando de reojo a Maca, que tenía los codos apoyados sobre la mesa, atenta al encuentro.

—Ella es de confianza, puedes hablar sin problema —dijo Abril.

—Pero trabaja en una revista y no quiero que esto llegue a la prensa —contestó Julen con gesto serio—. No te lo tomes a mal,

Maca —añadió mirando a ésta, que negaba con la cabeza sin importarle que desconfiase de ella.

—Maca nunca diría nada —saltó Abril, saliendo en defensa de su amiga.

—¡Da igual, Abril! Voy a ver el entrenamiento de Zoe, luego vuelvo y seguimos hablando —dijo Maca, levantándose y cogiendo su mochila negra y su chaqueta de cuero del mismo color, antes de alejarse de ellos para salir de la cafetería.

—¡De verdad, cuánto secretismo! —protestó Abril, colocando la taza de café vacía en el centro de la mesa.

—Sólo quiero cubrirme las espaldas, porque lo que te voy a contar no lo sabe nadie fuera de mi círculo más íntimo.

—¿Y quién te dice que yo no iré a la prensa a contarlo todo? —soltó ella como último recurso para que él abandonase la idea de entablar conversación.

—No hay más que mirarte a la cara para saber que era una mujer de fiar —contestó Julen con una sonrisa, acercándose más.

—Buf… —resopló, aburrida de las palabras zalameras de aquel hombre—. Bueno, cuenta, que no tengo toda la tarde.

—¡Siempre con prisas! —rio divertido, acercando aún más la silla a la de ella—: Como ya sabes, hace tres años que se estrenó mi primera y única película, que me ha supuesto cierta fama y prestigio en mi campo. Pero un director no puede vivir eternamente de una sola película, aunque ésta sea una obra maestra. La cuestión es, Abril, que desde que ideé esa trama que me ha llevado a ser lo que soy, no me he vuelto, cómo decirte, a sentir inspirado…

—A ver que lo entienda… —dijo ella, interrumpiendo su monólogo—. Pero ¿para este tipo de cosas no existen los escritores o guionistas?

—Sí, pero después de haber leído algunos guiones que me han llegado a las manos, y que he desechado tras leer las primeras páginas, creo que debo seguir mi línea, la misma que utilicé para mi primera película. Creo que conseguí llegar al espectador porque trabajé el proyecto desde cero, poniendo todo mi ser para que

funcionase y no quiero que mi siguiente película sea una sombra de la primera. Soy perfeccionista, demasiado, y quiero que la próxima sea aún mejor que la primera…

—Pero no has vuelto a tener nuevas ideas…

—No, me siento bloqueado, como si nada mereciese la pena ser retratado, como si ya lo hubiese contado todo en mi primera película. Pero desde aquella última noche en el valle del Loira, es como si hubiese abierto de nuevo los ojos. Siento el mismo entusiasmo, las mismas ganas que sentí cuando comencé a trabajar en mi primer proyecto… Mira, Abril, me ha costado entender que tú sólo me harás caso si te digo la verdad, algo que me cuesta hacer con las mujeres… pero quiero que sepas que estoy aquí, en tu ciudad, para saberlo todo de ti, conocer tu pasado, tu presente, tus miedos, tus alegrías… Todo. Y poder aprovecharlo para hacer otra película, mucho mejor que la anterior.

—Te estás equivocando, Julen. Te aburrirás como una ostra. Yo no soy para nada interesante y no veo que mi vida pueda ocupar la pantalla de un cine.

—Eso lo valoraré yo después. Pero no sé cómo explicártelo, tengo una especie de corazonada, algo que me dice que tú vas a ser la que me ayude a superar este bloqueo y la que logre que vuelva a dirigir una película.

—Pierdes el tiempo, Julen. No quiero jugar a esto contigo… —contestó nerviosa.

—Soy de los que pelean con uñas y dientes. No aceptaré un no por respuesta, Abril. Compréndeme, después de tanto tiempo buscando algo, o a alguien, que me pudiese inspirar, no me voy a rendir ahora que sé que lo tengo delante.

—Pero es que será una pérdida de tiempo, tanto para ti como para mí. ¡No soy tan interesante! Ya no sé cómo decírtelo para que lo comprendas —declaró agotada de aquel tema.

—Lo oigo decir de tu boca, pero tus ojos no me dicen lo mismo —susurró él, mirándola fijamente.

—Ya, claro… —refunfuñó, levantándose de la silla. Cogió sus cosas y se dirigió a la barra a pagar—. Me voy a recoger a mi hija. Adiós, Julen.

—Abril, no me digas adiós. Hasta que aceptes mi propuesta no me iré de aquí y te perseguiré a donde vayas hasta que lo consiga —dijo Julen con decisión, poniéndose también de pie y acercándose a ella.

—¡Qué castigo me ha tocado contigo, de verdad! —exclamó Abril exasperada mientras salía a la calle, con él detrás.

—Podrías ponerle solución aceptando mi trato —dijo con voz pausada, caminando a su lado.

—¿Vas a venir también a recoger a mi hija? —preguntó ella, enarcando una ceja, a sabiendas de que no le gustaban los niños.

—Claro, ya te he dicho a lo que he venido —contestó Julen encogiéndose de hombros y sorprendiéndola con su respuesta.

Abril lo miró y maldijo por dentro. Era el hombre más presuntuoso, creído y pesado que había conocido. Aún no entendía cómo se había fijado en él en Corfú, seguramente por la influencia de la luna o del romanticismo que desprendía aquel lugar... Pero ahí lo tenía, a su lado, pidiéndole que le contase su vida. Su vida, uf… Prefería mantenerla oculta incluso para sí misma, recordar era doloroso y la llenaba de tristeza. Prefería sonreír, vivir el día a día y poder disfrutar de los pequeños placeres de su rutina. No quería hurgar en el pasado, ¡no podía! Pero ahí estaba Julen, que no sabía cómo, había intuido que poseía una historia diferente que contar.

¿Por qué no podía ser una mujer normal y corriente carente de pasado? Hubiese dado todo el dinero que tenía por no haber tenido que pasar por las vivencias que la dejaron marcada, de una manera u otra, para siempre. Pero como decía siempre su padre: somos como somos por lo que hemos vivido, por lo que hemos llorado y por lo que hemos sufrido.

Abril miró de reojo a Julen, que continuaba a su lado; era el último hombre con el que se sinceraría. Ni siquiera el Innombrable sabía nada de su pasado, sólo migajas de todo lo que ella había

visto; los únicos que sabían la verdad eran su padre y su amiga Maca. Nadie más y prefería que continuase siendo así, por su propio bien.

—¿La has visto entrenar? —le preguntó Abril a Maca, que esperaba en la puerta del polideportivo.

—Sí, la enana es una máquina —respondió orgullosa, mientras miraba de reojo a Julen, que no se había separado aún de su amiga.

—¡Mami! —exclamó Zoe cuando salió de su clase y la vio esperándola—. Hoy me ha dicho el profe que he dado muy bien los golpes y que si sigo así, dentro de poco podré conseguir el siguiente color de cinturón.

—Eso es genial, tesoro —contestó Abril mientras la estrechaba con dulzura y le daba miles de besos en su dulce carita.

—¿Quién es? —preguntó Zoe, mirando fijamente a Julen.

—Hola, soy Julen, un amigo de tu mamá. ¿Sabes que yo de pequeño también iba a karate? —dijo él en un tono muy suave y conciliador, que hizo que las dos amigas se mirasen sorprendidas.

—¿Sí? —preguntó la niña con los ojos abiertos por la sorpresa—. ¿De qué color era tu cinturón?

—Negro.

—¿Negro? —repitió emocionada—. El mío ahora es amarillo, pero me ha dicho mi profe que podré conseguir el naranja dentro de poco.

—¡Eso está genial! —exclamó con simpatía Julen, centrándose en aquella pequeña que se parecía mucho a Abril.

—Bueno, cariño, ¿nos vamos a casa? —preguntó su madre, interrumpiendo la conversación.

—¿Vas a venir a cenar a casa? Me gustaría que me enseñases algunos movimientos de karate, mi mami no sabe y la tía Maca tampoco… —dijo Zoe haciendo un mohín.

—Estaré encantado de poder enseñarte alguna cosas —contestó él con una sonrisa.

—Cariño, Julen no puede venir a cenar a casa —susurró Abril con delicadeza.

—¿Por qué? —preguntó Zoe, mirándolos a los dos.

—¡Claro que puedo ir! Ahora no tengo nada que hacer y me apetece mucho enseñarle algunos movimientos a mi nueva amiguita —dijo Julen con tranquilidad.

Zoe saltó de alegría y le dio la mano para echar a andar, alejándose de Maca y Abril, que los miraban pasmadas, mientras la niña hablaba animadamente con él.

—Tranquilízate y disfruta de la velada —susurró Maca—. Mira a Zoe, está entusiasmada con él. Eso sí, mañana espero un resumen de todo lo que ocurra.

—Maca, ven conmigo —musitó ella, mirando cómo su hija y Julen no paraban de hablar mientras caminaban despacio, cogidos de la mano, como si fuesen grandes amigos que se conocieran desde hacía mucho tiempo.

—No seas boba, ¿qué hago yo ahí? Anda, relájate, ¿vale? —dijo su amiga. Luego le dio un beso en la mejilla y le guiñó un ojo—. La vida es corta, Abril, recuérdalo.

Ella la miró cómo se alejaba y se volvió para mirar a Zoe, que estaba encantada con las atenciones de Julen. Pero ¡si cuando descubrió que tenía una hija, parecía que le había dado un síncope! ¿Qué hacía dándole conversación a ahora y riéndose con las contestaciones de la niña? Se irguió y comenzó a caminar detrás de ellos. Sabía que Julen estaba utilizando a su hija para llegar a ella y lo que no quería Abril era que Zoe se encariñara demasiado con él. Era la primera vez, en los seis años que tenía, que un hombre cenaba en su casa… No sabía cuánto iba a durar aquella pantomima, pero lo que no consentiría nunca, era que su hija se viese envuelta en uno de los trucos de aquel hombre que no aceptaba un no por respuesta.

9

Abril estaba removiendo la crema de calabacín con una cuchara de madera y sobre otro fuego de la vitrocerámica había puesto una sartén donde se estaban friendo unas salchichas de pavo. Desde la pequeña cocina podía oír cómo su hija reía y parloteaba con Julen, que estaban pasándoselo en grande en el salón de su casa, mientras ella preparaba la cena. Se dirigió hacia la nevera para sacar lechuga, un tomate, un aguacate y preparar una ensalada variada, sin perder detalle de todo lo que hablaban y sintiéndose incómoda en su propia casa. En cambio, él parecía que se encontrara en su salsa enseñándole a Zoe movimientos de karate, ayudándola a perfeccionar los ya aprendidos y riéndose de buena gana con las sinceras respuestas de Zoe.

Cuando tenía medio preparada la cena, comenzó a poner la mesa del salón. Julen y su hija ni la miraban cuando iba y venía de la cocina.

—Zoe, lávate las manos, en un minuto cenamos —dijo Abril, dejando la jarra del agua sobre la mesa ya preparada.

—¡Voy, mami! —exclamó jubilosa, mientras daba un brinco y se dirigía al cuarto de baño.

—¿Te ayudo con algo? —preguntó Julen acercándose a ella, que acababa de volver de la cocina, esta vez con los platos y un recipiente con la crema de verduras.

—Ya está todo —dijo volviéndose a marchar hacia la cocina.

—Julen, siéntate aquí a mi lado —pidió Zoe, tomando asiento en una de las sillas y señalándole a él otra.

Julen lo hizo.

—Siéntate bien, Zoe, y sopla —dijo Abril, mientras se sentaba enfrente de su hija.

—Mami —comenzó a decir ésta cogiendo la cuchara y soplando la crema—, ¿sabes que Julen sabe muchos movimientos de karate?

—No, no lo sabía —contestó ella, mientras comenzaba a llenar los vasos con agua y observaba a Julen, que había empezado a cenar también.

—Ay, mami, no te enteras de nada… —protestó con gracia Zoe—. Julen es cinturón negro, eso quiere decir que sabe mucho más de karate que yo.

—Ah, muy bien, cariño. Dime, ¿te han dicho las notas de algún examen hoy? —preguntó Abril, intentando desviar el tema de aquel hombre que estaba sentado a su lado cenando tranquilamente y al que no quería volver a ver.

—No —respondió Zoe. A continuación, cogió su vaso y bebió un poco de agua—. Mami, me ha preguntado Irene si puede venir mañana a merendar a casa.

—Claro, luego hablo con su mamá para que venga a merendar contigo.

—¡Yupiii! —exclamó con alegría—. ¿Sabes qué, mami? Irene no se cree que tengo dos casas, dos habitaciones y muchos, muchos, juguetes. El otro día, cuando vino a merendar a casa de papi, se lo dije y me llamó mentirosa —explicó, haciendo un mohín.

—¿Irene fue a merendar a casa de papá? —preguntó extrañada, ya que él no solía invitar a las amigas de su hija.

—Sí —contestó la niña—. Su mamá también vino, pero ella se quedó hablando con papi, mientras Irene y yo nos íbamos a jugar a la habitación… Pero ¿sabes qué, mami? Seguro que aquí se lo pasa mejor, porque tú nos harás una fiesta de princesas, ¿verdad?

—Claro, cariño… —contestó con una sonrisa—. Y, dime tesoro, ¿qué hicisteis en casa de papá?

—Jugar en la habitación, luego papi nos trajo la merienda y ya está… Yo quería que nos maquillara como princesas, pero claro, papi no sabe hacerlo.

—Claro, cariño. ¿Y la mamá de Irene qué hizo?

—Hablar con papi sin parar —dijo Zoe con gesto aburrido, dando a entender que lo que la mujer hizo fue fastidioso—. Julen, ¿tú tienes dos casas, como yo?

—Tengo tres —dijo él mirándola con afabilidad.

—¿Tres? Pero eso es imposible…

—No, mira. —Se secó los labios con la servilleta para poder explicárselo—. Tengo la casa de mis padres, que viven en un pueblecito cerca de Madrid, tengo un piso en Madrid y una cabaña en un pueblo muy bonito de Escocia.

—¿Qué es Escocia? —preguntó la niña arrugando los labios.

—Un sitio precioso que seguro que te encantaría —contestó con voz suave.

—¡Yo quiero ir! —exclamó Zoe entusiasmada—. ¿Hay parques?

—Claro, y también bosques, valles, montañas y praderas.

—Pero ¿para qué quieres tantas casas? —preguntó, apartando el plato hondo de la crema, ya vacío, para que, acto seguido, Abril le acercara el que contenía las salchichas.

—La de Escocia la utilizo para poder estar solo. De vez en cuando lo necesito para mi trabajo. La de Madrid es donde vivo y en la de mis padres sólo estoy cuando voy a visitarlos… —explicó con tranquilidad.

—Pero ¿tus papás viven juntos? —preguntó ella, mientras sostenía en alto el tenedor donde tenía pinchado un trozo de salchicha.

—Sí —dijo Julen mirando de reojo a Abril, que estaba con gesto serio, sin apartar la mirada preocupada de su hija.

—Jolín… ¡qué morro! Todos tienen papás que viven juntos —protestó Zoe haciendo pucheros.

—No todos cariño, ¿a que los papás de Irene tampoco viven juntos? —preguntó con dulzura Abril.

—Ahora no, pero antes sí.

—Sé cómo te sientes, pero tienes que entender que hay papás que ya no siguen enamorados y por eso ya no viven en la misma casa; pero eso no significa que dejen de querer a sus hijos. —Hizo una pequeña pausa y observó el gesto apesadumbrado de su hija—: Vamos, Zoe, si te terminas las salchichas podemos jugar un rato a la oca, ¿quieres?

—¡¡Sí!! —exclamó con euforia, olvidándose por completo del tema que tanto la preocupaba—. Julen ¿tú sabes jugar a la oca?

—Hace tiempo que no juego, ¿me ayudarás?

—Claro, además está chupado —contestó con una sonrisa, pinchando con el tenedor otro trozo de salchicha.

Abril siguió cenando mientras escuchaba a Zoe y a Julen conversar sobre el juego de la oca y todo lo que debía recordar antes de ponerse a jugar. Cuando acabaron de cenar, recogió la mesa con la ayuda de él, que comenzó a llevar platos a la cocina en tanto Zoe preparaba en la mesita auxiliar de enfrente del sofá el tablero de la oca con las fichas.

—¿Preparada para que te gane? —preguntó Abril. Apagó la luz de la cocina y dejó todos los platos en el fregadero para lavarlos después.

—¡Te voy a ganar yo! —exclamó su hija, acabando de preparar los cubiletes con el dado dentro—. ¿Qué color quieres, Julen? Yo me elijo la ficha roja, que es el más parecido al rosa; y mamá siempre se elige la verde.

—Pues entonces elijo la azul —dijo él, sentándose sobre la alfombra que había en el suelo, cerca de la mesita auxiliar.

—Vamos a ver quién empieza —anunció Abril, moviendo su dado en el cubilete verde y tirándolo sobre el tablero—: ¡Un cuatro!

—Yo un seis y Julen un uno. ¡¡Empiezo yo!! —gritó con dicha la niña.

La partida comenzó y Abril apreció el entusiasmo que sentía Zoe al tener a alguien más en la casa, además de comprobar, otra vez, la

carencia de su hija, que no tenía bajo el mismo techo a sus dos progenitores.

Miró el reloj y calculó lo que debía durar la partida antes de que llegara la hora de que Zoe se fuera a la cama, y, lo más importante para ella en esos momentos, de dar por finalizada aquella velada impuesta por Julen. Poco a poco, el malestar que sentía se fue disipando a medida que el juego avanzaba, y las risas de su hija y la competitividad de Julen lo hacían más divertido y ameno. Al final no pudieron resistir la tentación de comenzar una nueva partida cuando, en un golpe de buena suerte, él ganó en tres tiradas, dejando a Zoe boquiabierta y pidiendo la revancha. La siguiente partida fue incluso más divertida, pues los comentarios de Julen de que iba a volver a ganar, el recelo de Zoe por que no fuese así y las risas incontrolables de Abril al verlos de aquella guisa, hizo que se olvidase del mal sabor de boca que le había producido enterarse de que el Innombrable había invitado a merendar a la madre de Irene…

—¡He ganado! —gritó Zoe entusiasmada, al ver que había caído en la última casilla.

—Olé, mi niña —dijo Abril orgullosa, estrechándola entre sus brazos—. Venga, dale las buenas noches a Julen, que nos vamos a la cama.

—Jolín, mami, yo no quiero ir a dormir ya —murmuró con pena.

—Lo sé, pero mañana hay cole —le recordó ella con dulzura, levantándose del suelo y ayudando a su hija a que hiciese lo mismo.

—Julen, ¿te vas a quedar a dormir? —preguntó de sopetón Zoe, haciendo que los dos adultos se mirasen asombrados.

—No, yo me voy a dormir a un hotel —contestó él.

—¿Vendrás otro día a cenar con mami y conmigo?

—Claro, cuando tú mamá quiera —dijo con una sonrisa.

—Si mami no quiere, no pasa nada. Ven porque yo sí quiero jugar otro día contigo y que me enseñes más movimientos de karate —anunció la pequeña, acercándose a él con paso seguro—. Buenas noches —dijo y le dio un dulce beso en la mejilla, que hizo que él se sorprendiese por aquella muestra de cariño por parte de la niña.

Le sonrió y le acarició la mejilla con ternura, sintiendo cómo en su interior crecía un cariño especial hacia la hija de Abril.

—Buenas noches, princesa —susurró Julen, mirándola alejarse cogida de la mano de Abril.

Después de que Zoe se pusiera el pijama, se lavara los dientes y se acostase en la cama, Abril se sentó unos segundos a su lado, cogiéndole la mano y acariciándole la cabeza con cariño.

—Descansa, mi amor.

—Mami —dijo la niña en un susurro, haciendo que Abril sonriese —, tu amigo me gusta.

—Buenas noches —musitó ella, dándole un beso en la frente y apagando la luz de la habitación.

Salió al salón con el corazón encogido. Aquello era lo que nunca había querido para su hija, que le cogiese cariño a un extraño, a alguien a quien no volvería a ver nunca más… Al llegar al salón vio a Julen sentado en el único sofá que había, con el tablero sobre la mesita auxiliar totalmente recogido, mirando la televisión a volumen muy bajo. Al oír pasos se volvió y la miró con una de sus mejores sonrisas.

—Tienes una hija maravillosa —comentó, sin dejar de mirar cómo avanzaba hasta él y se sentaba a su lado.

—Lo sé —contestó ella con un suspiro—. Pero no tendrías que haber llegado a este extremo.

—No te entiendo.

—Zoe es una niña muy cariñosa, que intenta comprender por qué no vive con sus padres, y haberte tenido aquí esta noche se lo dificulta todo mucho más. Ella ya te ha cogido cariño, quiere que vuelvas otro día y los dos sabemos que eso no va a pasar.

—Bueno, yo le he dicho que soy un amigo…

—Ella aún no entiende la diferencia entre amigo y algo más. ¡Mira lo que ha contado de su padre! No sé, Julen… Lo único que deseo, por encima de todas las cosas, es que mi hija esté bien y no salga lastimada.

—Te comprendo, de verdad… —dijo con convicción—. ¿Qué pasó con el padre de Zoe?

Abril sonrió al oír esa pregunta y lo miró a los ojos, divertida, mientras negaba con la cabeza. Tenía delante a una persona aún más tozuda que ella, dispuesta a hacer lo que hiciese falta para conseguir su fin.

—Te lo contaré, pero mi hija no te tiene que volver a ver nunca más. No quiero que se encariñe contigo y que luego me pregunte por ti.

—De acuerdo —dijo con rotundidad.

Abril miró hacia atrás para comprobar que la puerta seguía entornada y que su hija dormía ajena a ellos dos. Suspiró y comenzó a hablar en voz baja y pausada:

—Conocí a Ernesto con diecinueve años, fue mi primer novio y mi primer todo… Me sentía dichosa por haber conseguido que se fijara en mí el chico más guapo que jamás había visto, y pasé esos cuatro meses que estuvimos juntos como si estuviese viviendo un sueño. Pero como todos los sueños, tuvo un final, y el nuestro vino de la mano de nuestro primer encuentro sexual, que recuerdo con desagrado. No te puedo decir que fue bonito, porque no lo fue. Las prisas de él, mi inexperiencia, el lugar elegido y la falta de tacto por su parte, hizo que yo no disfrutase en absoluto y, para más inri, me quedase embarazada. Cuando se lo dije, empezó a llamarme de todo, insinuando que yo lo había hecho adrede y mil patrañas más que te puedes imaginar; ése fue nuestro final definitivo, ya que la noche en que concebimos a Zoe, yo ya empecé a barajar la posibilidad de dejarlo… Pasé el embarazo sola, ajena a todo el mundo que me miraba por encima del hombro, creyendo una cosa que no era. Cuando nació Zoe, Ernesto vino al hospital con sus padres e intentaron obligarme a aceptar el apellido de su hijo para la niña y a que me casara con él. Yo dije que no, no quería nada con ese hombre que me había apartado cuando más lo necesitaba. Por tanto, por mediación de sus abogados y de los míos, llegamos a un acuerdo…

—Debió de ser duro.

—Lo fue, pero eso es agua pasada. Ahora estoy bien, tengo a mi hija, trabajo y estoy luchando por cumplir mi sueño —dijo con una sonrisa—. Ahora que ya sabes mi historia, ¿me dejarás en paz?

—No sé toda tu historia… —murmuró él, perdiéndose en su mirada cálida y risueña.

—Buf… —resopló frustrada—. Infancia feliz, bicicleta rosa, me torcí un pie con ocho años, conocí a Ernesto, tuve una hija y me conociste en una boda.

—Menudo resumen más escueto.

—Hay poco que decir. Ya te advertí que era aburrida —contestó encogiéndose de hombros—. Julen, ya es tarde y mañana tengo que madrugar.

—Sí, lo siento —dijo él, levantándose del sofá—. Gracias por la cena.

—De nada y te recuerdo que me has hecho una promesa —comentó ella, acompañándolo a la puerta.

—Lo sé. Nos vemos, Abril —musitó, sin ganas de abandonar aquel pequeño apartamento donde se había sentido tan a gusto.

—Adiós, Julen —se despidió ella y cerró la puerta.

Julen bajó en el ascensor y salió a la calle, luego se dirigió a la avenida Primado Reig, donde detuvo un taxi para que lo llevase al hotel donde se hospedaba. Se sentía confuso, había esperado una historia sustanciosa, de esas que a uno lo dejan helado, pero lo que había escuchado aquella noche era una vida normal y corriente, con algún traspié, pero nada importante como para dejar al espectador con ganas de más. El taxi se detuvo en la puerta del Hotel Olympia Events, Julen pagó y se quedó en la calle, admirando el cielo estrellado y notando la temperatura suave pero húmeda de aquella ciudad con tanto encanto. ¿Era posible que hubiese perdido su sexto sentido?

Oyó unas risas detrás de él y se volvió inconscientemente hacia ellas. Al ver el rostro de una de las mujeres que hablaba animadamente, casi a gritos, por la calle, sonrió.

—¡Hombre, Julen! —gritó Maca, deteniéndose a su lado, mientras la chica que la acompañaba se quedaba en un discreto segundo plano—. ¿Qué haces por aquí? ¿Abril ya te ha echado de su casa? —preguntó socarrona.

—Me hospedo en este hotel y casi me echa de allí con agua hirviendo … Pero bueno, he conseguido que me contase su historia. ¿Qué haces por esta zona de la ciudad?

—Hemos salido a tomar unas copas con unos amigos que viven por aquí y ya nos íbamos de retirada. ¿Has conseguido que Abril soltase la lengua? —preguntó Maca, dándole una palmada en la espalda.

—Bueno, más o menos, tampoco me ha contado mucho, ya sabes, sobre todo el tema de cómo se quedó embarazada de Ernesto. La verdad es que debió de ser duro para ella pasar sola el embarazo y que al dar a luz la presionaran para que se casara con el padre de la criatura…

—¿Eso es lo que te ha contado? —soltó casi aguantándose la risa y mirando de reojo a su amiga, que la miraba con cara de no saber de qué estaban hablando.

—Sí, ¿por qué te ríes?

—Porque Abril te ha contado la versión light —comentó, riéndose ya a carcajadas.

—¿Cómo? —preguntó sorprendido—. Me ha contado esa historia y luego se ha reafirmado en que tiene un pasado muy aburrido, con infancia feliz y bicicleta rosa —añadió, molesto por la patraña que intuía que le había soltado Abril y que él se había tragado sin poner en duda sus palabras.

—Te puedo asegurar que no ha tenido una infancia feliz y tampoco una bicicleta rosa. Se lo ha inventado para saciar tu sed y que así la dejaras en paz. ¡Menuda es mi Abril! —dijo, sin poder parar de reírse ante las salidas de su mejor amiga.

—Joder, pero ¿por qué me ha mentido? Le había hecho una promesa de no volver a verla más…

—Ay, Julen, a Abril no le gusta ser el centro de atención de nadie, y menos de un director de cine que está buscando una historia que contar. Mira, ella lleva mucho tiempo intentando ocultar su pasado y, a causa de eso, no ha aprendido a vivir con él. Es posible que tus ganas de saber más la puedan ayudar a enterrar los fantasmas…

—¿Sabes que me has dado aún más ansias de averiguar la verdad? —preguntó con una sonrisa amigable.

—Lo sé, por eso te lo he dicho —dijo ella guiñándole un ojo y dando un paso hacia su amiga—. Te estaré vigilando, Julen. Espero que seas legal y que Abril no salga lastimada, si no, tendré que ir a por ti.

Él sonrió mientras observaba cómo se alejaba seguida de su amiga, agitando la mano a modo de despedida. Se quedó unos minutos más en la calle, sin dejar de mirar a las dos mujeres, que cada vez estaban más lejos, haciendo difícil la tarea de reconocer quién era quién, y dándole vueltas a lo que Maca le había contado de Abril y cómo ésta lo había engañado casi sin inmutarse. Echó a andar hacia el interior del hotel, con una sonrisa en la cara. El trato que había hecho con Abril había quedado anulado por completo al saber que ella había mentido, había hecho trampa sólo para quitárselo de encima.

Con una nueva idea en la cabeza y con la esperanza de haber encontrado una joya en bruto, se fue a dormir. Debía trazar un plan, algo que ella no fuese capaz de capear con su soltura, algo que hiciera que Abril le contase, de una vez por todas, su historia; y así poder trabajar en el proyecto para su próxima película.

10

Madrugar un lunes siempre cuesta, pero más para Abril, que acababa de peinar a su hija, prepararle el almuerzo y darle un beso a la puerta de la escuela, sabiendo que hasta dentro de quince días no la volvería a ver. Había aprovechado el fin de semana lo mejor que pudo, habían ido al parque, al cine, a la bolera… Había intentado que Zoe se divirtiese y que ella pudiera olvidar el hecho de que, dentro de unas horas, volvería a tener su pequeño piso vacío y en silencio. Era curioso que con el tiempo no se hubiese acostumbrado a no tenerla tanto como quisiera. Mientras caminaba hacia su trabajo, desechó la melancolía que la inundaba en esos momentos. Era una tontería ponerse así, se dijo; al cabo de dos semanas volvería a tener a Zoe en casa. Ahora debía centrarse en su trabajo y en la boda de Carola. Había quedado con ella al día siguiente, en que tenía fiesta en el supermercado, para acompañarla a buscar el vestido de novia. Eso era lo importante en esos momentos: la boda y que Carola y Richard estuviesen contentos con la labor que ella estaba desempeñando.

Entró por la puerta trasera al supermercado, saludó a sus compañeros, dejó su bolso en la taquilla y comenzó su jornada laboral, que ese día empezaba un poco más tarde de lo habitual. Las horas pasaron veloces a medida que ella iba de un lado a otro, reponiendo algunas veces, cobrando en caja otras y así hasta cumplir su horario y poder recoger su bolso para despedirse hasta el miércoles…

—¡Al fin llegas! —exclamó Julen, que se encontraba apoyado en la pared cercana al portal de la casa de Abril.

—¿Qué haces aquí? —soltó ella, sin disimular que no le gustaba aquella visita inesperada.

—He venido a verte.

—Creía que eso había terminado —farfulló Abril, moviendo la mano con desgana.

—Oh, no… Esto sólo acaba de empezar —dijo él con una sonrisa que reflejaba su intención.

—Mira, no tengo tiempo para tus tonterías —le soltó ella, sin ganas de enredarse de nuevo en un juego de palabras que, al fin y al cabo, no llegaría a ningún lado y que la dejaría frustrada cuando Julen se hubiese marchado.

—Ahora no tienes la excusa de tu hija; sé que ya le toca estar con su padre…

—Ya… —gruñó Abril, abriendo el portal.

Julen entró tras ella, sin ser invitado.

—¿Te has propuesto amargarme la existencia? De verdad que no entiendo la fijación que te ha dado conmigo —le espetó ella, disimulando una vez más lo que le producía tener tan cerca a ese hombre.

—No es nada personal, bueno sí, pero no como tú crees. Me ha dicho Carola que ha quedado contigo mañana por la mañana en Madrid —añadió, mientras la seguía hacia el ascensor.

—Sí, por eso te he comentado que ando liada. Tengo que prepararme, porque mañana, a primerísima hora salgo hacia allí.

—Por eso estoy yo aquí —dijo Julen, entrando en el ascensor con ella—. Te voy a llevar en mi avión.

—Buf… —resopló Abril, alzando los ojos al techo y apretando el botón de su planta—. No me hacen falta aviones para desplazarme a Madrid, sé conducir, ¿recuerdas?

—Sí y también recuerdo que te encanta hacerlo, pero así llegarás esta noche y podrás cenar con Carola, que en estos momentos estará preparando su especialidad culinaria.

—¿Cenar? Pero si no me había dicho nada —susurró ella, extrañada ante la información.

—Le dije que no lo hiciera —comentó Julen, entrando en el pequeño apartamento—. Cógete algo de ropa y nos vamos. Tengo reservada la pista para dentro de una hora.

—Yo no voy a ir a ningún sitio contigo.

—Oh, claro que vendrás. No quieres quedar mal con mi hermana y con mi futuro cuñado, que están preparando con mucho cariño esta cena previa a la elección del vestido. Ya sabes que a Carola le gusta celebrarlo todo…

—Vale, está bien, dame cinco minutos —farfulló, dejando el bolso en la silla y dirigiéndose hacia su dormitorio para preparar el equipaje.

Julen sonrió mientras cogía su teléfono móvil y escribía, veloz, un escueto mensaje. Cuando ella salió, él estaba sentado en el sofá, esperándola.

—¿Sólo llevas eso? —preguntó al ver una pequeña bolsa de viaje.

—Nada más me voy a quedar una noche, tampoco me voy a llevar medio armario —contestó Abril, cogiendo su chaqueta y el bolso.

—Pues entonces, ¡vámonos! —exclamó él, levantándose del sofá para dirigirse a la puerta—. ¿Qué haces? —preguntó a continuación, al ver que ella estaba escribiendo algo en su móvil.

—Voy a reservar hotel.

—No te preocupes por eso. Carola es más previsora que tú y ya lo ha hecho. Vamos, que al final se nos echará la noche encima.

—¿No me da tiempo a prepararme un bocadillo para comérmelo por el camino? No he almorzado.

—Ya comerás luego. Venga, Abril, que no tenemos todo el día —la apremió él de malos modos, haciendo que ella achicara los ojos mirándolo con antipatía.

—De verdad, qué prisas te han entrado —soltó, mientras salía de su casa y cerraba con llave, maldiciendo por dentro ante aquella imposición de llevarla a Madrid.

Se dirigieron en taxi a un aeródromo que estaba cerca de la capital del Turia y por el camino ni siquiera hablaron. Abril le envió un mensaje a Maca para anular la cena de esa noche y comentarle los nuevos planes y también le envió otro mensaje a Carola preguntándole —haciéndose la loca—, por qué su hermano la estaba llevando hacia un avión.

Carola le respondió lo mismo que le había dicho Julen: que habían preparado una cena para celebrar la elección del vestido.

Al llegar al aeródromo, fue con él hasta el avión, una nave blanca alargada, con unas líneas rojas en los extremos, donde cabían un máximo de cuatro personas. En su interior reflejaba el poder adquisitivo de su dueño: grandes asientos de piel, mesas de madera noble con detalles plateados y un sinfín de detalles que hacían de aquel reducido espacio un lugar confortable. A Abril se le cerró de golpe el estómago, olvidándose del hambre que tenía, aunque intentó hacerse la valiente y que Julen no notase que estaba aterrorizada por ir a volar en aquella aeronave pilotada por él. Además de estar asustada, había que añadir el hecho de que tendría que estar encerrada en un reducido espacio con aquel hombre que, cada vez que la miraba fijamente, hacía que se le erizase la piel y se le secase la boca, algo que la preocupaba, ya que nunca se había sentido así con nadie.

—¿Tienes mucha experiencia pilotando estas cosas? —preguntó con un hilo de voz, mientras se abrochaba el cinturón de seguridad del asiento del copiloto, en el interior del reluciente avión, e intentaba no mirar lo que hacía Julen.

—No, ésta es la primera vez —dijo él en tono serio, empezando a tocar multitud de botones.

—Me estás vacilando, ¿verdad? —dijo, al tiempo que se volvía para observar su cara de concentración al poner en marcha el avión.

—Relájate y disfruta del vuelo, Abril —sugirió, guiñándole un ojo y poniéndose unos cascos enormes—. Aquí Learjet treinta y cinco A, listo para despegar —comenzó a decir.

—Aquí torre de control, luz verde Learjet treinta y cinco A.

Ella suspiró intentando controlar la histeria que sentía y observó con detenimiento lo que estaba haciendo Julen para poner en marcha el aparato. El estruendo del motor hizo que se sobresaltase y se aferrase al asiento como si su vida dependiese de ello, cerrando los ojos cuando sintió que se movían.

—¿Tienes miedo, Campanilla? —preguntó Julen sonriendo socarrón.

—No tengo miedo y no te permito que me llames así —dijo Abril, abriendo los ojos con toda la entereza que pudo mostrar.

Julen negaba con la cabeza, sin disimular lo bien que se lo estaba pasando en esos momentos.

La avioneta comenzó a coger velocidad por la pista, primero poco a poco, pero adquiriendo cada vez mayor celeridad. En un nanosegundo, la aeronave se levantó del suelo y Abril se cogió con todas sus fuerzas del asiento, haciendo que los nudillos se le pusieran blancos del esfuerzo e intentando no gritar. El suelo comenzó a alejarse a pasos agigantados y la sensación de pánico iba in crescendo en su estómago. Cerró los ojos, a sabiendas de que él no la estaba mirando y se centró en tranquilizarse, controlando su respiración y repitiéndose mil veces que aterrizarían sanos y salvos. Al poco notó que la nave se había estabilizado y los abrió, admirando maravillada un paisaje sin igual y olvidándose por completo del temor que le había producido volar en aquel pequeño avión.

—Entonces, hasta dentro de quince días no vuelves a ver a Zoe, ¿verdad? —comenzó a decir Julen sin dejar de mirar el cielo que se abría delante de ellos.

—Sí, ahora está con Ernesto.

—Pero si tú quieres verla en esos días, ¿no puedes hacerlo?

—En teoría no, aunque a veces he ido a la puerta del colegio para verla salir casi a escondidas… Estas restricciones las observamos por su bien, así no creamos conflictos y le damos una cierta estabilidad en su ya de por sí caótica vida.

—Ya, entiendo. La verdad es que tienes una hija muy inteligente y cariñosa.

—Sí, lo sé, pero gracias.

—¿No te llevas bien con su padre?

—Digamos que no me llevo… —contestó en un susurro—. Pero intento que no se me note mucho cuando Zoe está delante. Al fin y al cabo, es su padre.

—¿Y él hace lo mismo?

—Bueno, eso es otro cantar —dijo con una sonrisa—. Ernesto no disimula delante de nadie el rencor que siente por mí.

—¿Y por qué siente rencor? ¿No fue él quien te apartó cuando te quedaste embarazada? —preguntó mirándola de reojo.

Ella se mordió el labio y miró hacia delante diciendo:

—¡Eso digo yo! Pero como los hombres venís sin manual de instrucciones, aún estoy intentando comprender por qué está enfadado conmigo… —murmuró Abril tratando de salir de aquel atolladero en el que se había metido sola.

Julen sonrió mientras la miraba de reojo y pilotaba el avión con soltura.

—Creía que íbamos a llegar antes volando… —dijo ella al cabo de un buen rato en silencio, y viendo en su reloj de pulsera que llevaban más de una hora en el aire.

—Nos queda un poco.

—Tenías que haberme dejado ir en coche, seguro que hubiese llegado antes… —protestó Abril, aun sabiendo que eso era imposible, pero cansada de estar en un reducido espacio al lado de Julen, sin saber de qué hablar con él y sin saber cómo debía comportarse para mantener a raya sus intenciones.

—Dudo mucho que hubieses llegado antes —respondió con parsimonia.

—Se va a hacer de noche y tengo hambre —volvió a protestar ella, comportándose como su hija cuando viajaban juntas.

—En la mochila que tienes detrás encontrarás algo de comer —le indicó Julen.

Abril alcanzó la mochila y la abrió. Dentro había varios sándwiches envasados al vacío y un par de botellas de agua.

—¿Por qué no me habías dicho que tenías comida aquí? —preguntó molesta, mientras abría el envase de uno de los sándwiches y le daba un gran mordisco, deleitándose con el sabor y llenando el vacío que sentía en el estómago.

—Creía que se te había pasado el hambre —comentó él con una sonrisa, divertido al verla comer con tanto entusiasmo.

—¿Ahora mismo qué estamos sobrevolando? —preguntó Abril con curiosidad, dando otro gran mordisco al sándwich, sin importarle guardar las formas delante de él.

—Los Pirineos.

—¿Los Pirineos? —repitió ella casi atragantándose—. No sabía yo que para ir a Madrid hubiese que sobrevolar los Pirineos.

—Y no hay que hacerlo —dijo Julen con tranquilidad, sin apartar la vista del cielo, que se estaba tornando anaranjado.

—Entonces… ¿adónde me llevas? —preguntó, con el sándwich detenido a medio camino de su boca y mirándolo con los ojos muy abiertos, asustada por aquel cambio de rumbo.

—A un lugar donde no podrás escabullirte con mentiras y medias verdades —explicó él con calma, mientras apretaba un par de botones en el control de mandos de la aeronave.

—¡¡¿Qué?!! —gritó Abril, dejando el sándwich encima de su regazo—. ¡Mañana tengo que estar en Madrid, Julen!

—No te preocupes por eso ahora, mi hermana está al tanto de todo y hay tiempo de sobra para comprar el vestido. Esto es mucho más urgente.

—¿Es más urgente secuestrarme? —soltó enfadada.

—No te estoy secuestrando, sólo estoy utilizando los últimos recursos que tengo para que te sinceres de una vez por todas conmigo.

—¡Estás loco! —exclamó indignada.

—Gracias, un buen director de cine debe tener cierto punto de locura —dijo con una sonrisa.

—Ay, madre mía… —siseó Abril, tapándose la cara con angustia, olvidándose del hambre que tenía instantes antes, de lo que sentía

cuando lo tenía delante y confusa por aquel cambio de planes—. Pero ¿por qué? De verdad es que no logro entender qué manía te ha dado conmigo.

—Sé que me mentiste en tu casa y que no me has contado la verdad sobre tu vida. Este viaje que vamos a hacer es para solventar ese punto tan importante de nuestra relación —explicó con serenidad.

—El miércoles tengo que volver al trabajo, no puedes llevarme a saber dónde y encerrarme.

—No te preocupes por tu trabajo, ya está todo arreglado.

—¿Cómo que está todo arreglado? —preguntó cada vez más alterada.

—Maca llamará el miércoles a tu encargada para decirle que estás enferma.

—¿Maca sabe todo esto? —soltó indignada, sintiéndose una marioneta de todos.

—Sí.

—La mato, juro que cuando la vea la mato —siseó con rabia, apretando los puños.

—Ella te quiere mucho y sólo desea ayudarte.

—¿Ayudarme? Me ha dejado en manos de un hombre obsesionado con mi vida, que sólo quiere sacar partido de ella para venderme y degradarme.

—No te quiero degradar, quiero que, al contarme tu historia, te liberes de tu sufrimiento.

—¿Qué te ha explicado Maca? —replicó con desconfianza.

—Poca cosa, sólo que tienes un pasado nada convencional.

Abril lo miró con hostilidad, no sabía qué truco habría utilizado para ganarse la complicidad de Maca, ni qué le habría contado para que su amiga aceptara aquella locura con ese hombre que tanto la intimidaba, tanto la enloquecía y tanto la atraía, y se la llevara de España rumbo a lo desconocido…

—No me mires así, Abril. Esto te lo has buscado tú solita. Me hiciste prometerte que no involucraría a tu hija y he cumplido mi

palabra. Pero tú, amiga mía, no has cumplido la tuya. Me debes la verdad y la quiero con pelos y señales —especificó categóricamente.

—¡Eres odioso! —exclamó molesta.

—¡Hombre, si Campanilla también se enfada! —dijo en tono guasón.

—¡¡Que no me llames Campanilla!! —gritó ella, dándole un puñetazo en el hombro, descargando así su frustración.

—Oye —dijo él tocándose el sitio donde lo había golpeado—, para lo blandengue y edulcorada que pareces, tienes mucha fuerza.

—Vale, Julen, tú ganas. Te lo contaré todo sin ocultar nada, pero debes dar media vuelta.

—Ah, no —replicó él con decisión—, te conozco lo suficiente como para saber que me contarás una décima parte de tu vida para que me quede tranquilo y así poder desaparecer. Por eso vas a vivir conmigo en Escocia durante unos días, y en ese tiempo no tendrás más remedio que contarme tu historia.

—¿Escocia? —repitió con un hilo de voz—. No llevo ropa para estar allí unos días…

—No te preocupes por eso, mi hermana me dejó prendas de abrigo para ti —dijo, señalando la parte de atrás del avión, donde se podía ver una maleta grande.

Abril lo miró conmocionada. La tenía entre la espada y la pared. Cerró los ojos y maldijo por dentro. ¿Y ahora qué se suponía que debía hacer?

11

Lo primero que sintió al bajar del avión fue el viento húmedo y fresco de Glasgow, se arrebujó aún más en su chaqueta, deseando que ésta fuese un poco más gruesa, ya que el frío que hacía en esa ciudad era bastante distinto al de su ciudad natal. Suspiró mientras seguía a Julen, que caminaba con soltura por el aeródromo, pensando que lo único que deseaba en esos momentos era volver a su casa, a su rutina y a la tranquilidad que le daba no tener que hacerle frente a cierto hombre, bastante cabezota, que se había empecinado en que le contase su vida con fines lucrativos.

—¿Tienes frío? —preguntó Julen sin detenerse.

—Un poco.

—Enseguida llegamos al coche y podrás entrar en calor —contestó con tranquilidad.

Abril lo miró con el rabillo del ojo, era increíble que permaneciera tan impasible, sabiendo que la estaba obligando a quedarse con él sólo para utilizarla.

—Podría llamar a la policía y hacer que te detengan —comentó con indiferencia, mientras entraban en el parking del aeropuerto.

—Lo sé, pero también sé que no lo harás —dijo Julen, accionando el mando a distancia de su coche, que los recibió deslumbrándolos con las luces al abrirse.

—¿Y por qué, según tú, no lo haré?

—Porque eres una gran profesional y no quieres quedar mal con tu cliente que, casualidades de la vida, es mi única hermana —

explicó, dejando el equipaje en la parte trasera de su camioneta pick-up roja 4×4.

—Nunca hubiese sospechado que Carola y tú fueseis ni siquiera parientes. ¡No os parecéis en nada! —exclamó molesta, mientras abría la puerta del copiloto y se sentaba en el confortable asiento, sabiendo que él tenía razón y que, al fin y al cabo, no haría nada porque no quería quedar mal con sus actuales clientes.

—Nos lo dicen mucho. Yo he heredado la belleza y ella la gracia —dijo guiñándole un ojo y poniendo en marcha el motor de su potente automóvil.

—Ya te gustaría a ti… —masculló de mala gana—. Dime, ¿qué se supone que haremos aquí?

—Conocernos mejor.

—Parece una encerrona para que caiga en tus redes de seducción —comentó divertida, haciendo que él la mirase preocupado.

—No es ésa mi intención, quiero que te quede claro. No voy a intentar nada contigo en ese aspecto, sólo necesito material para comenzar a perfilar mi nueva película.

—Uy, sí, no vaya a ser que te contagie alguna enfermedad mortal o, peor aún, que se te pegue la paternidad y, de repente, tengas ganas de tener hijos con la mujer perfecta —replicó con ironía Abril.

—Qué graciosa… —contestó Julen, haciendo una mueca—. Me gustas, no de la misma manera que me gustaste en Corfú, pero sí como posible amiga.

—¿Has tenido alguna vez una amiga?

—Claro que sí.

—¿Con la que no te acostaras?

—Hummm… No, nunca.

—Es bueno ser la primera en algo —sentenció ella con una sonrisa, admirando el bello paisaje que recorrían con la camioneta.

—¿Habías visitado alguna vez Escocia? —preguntó Julen.

—No.

—Aprovecharemos nuestra estancia para recorrer los alrededores y mostrarte lo preciosas que son estas tierras.

—Ah, entonces ¿no me vas a tener encerrada en tu cabaña a pan y agua? —soltó con socarronería.

—No, claro que no. Haremos turismo, senderismo o cualquier cosa que nos apetezca; eso sí, juntos todo el día. Porque quiero que poco a poco te abras a mí y me cuentes toda tu vida.

—A lo mejor no me apetece ir a ningún sitio contigo —chasqueó la lengua enfadada.

—No tengo prisa, Abril, quiero que lo sepas. Hasta que te abras a mí, estaremos en este lugar —explicó con calma.

—Y si te la cuento hoy mismo, ¿podría volver ya a España? Te lo digo para que no nos confundan con siameses…

—Tranquila, que no nos confundirán. Además, quiero asegurarme de que no me ocultas nada y poder trabajar en el proyecto teniéndote a mi lado. Ya sabes, por si me surgen dudas…

—Claro, no vaya a ser que no puedas contactar conmigo, con… no sé… ¡un teléfono! —comentó con sarcasmo.

—Abril, quiero que me comprendas. He intentado hacerlo a las buenas, pero tú me mentiste en mi cara. Y, como ya te expliqué, me tengo que aferrar con uñas y dientes a esta sensación de, después de muchos años, haber encontrado la inspiración.

—¿Has pensado que tal vez no quiero contar mi historia para no sufrir de nuevo?

—Sí, pero Maca me comentó que no lo habías superado y espera que contárselo a alguien de fuera de tu entorno más próximo te ayude a enterrarlo de una vez por todas y poder así pasar página.

—Joder con Maca… —farfulló Abril, prestando de nuevo atención al paisaje—. ¿Te dijo también cuánto tiempo tardé en sincerarme con ella?

—No.

—Dos años —lo informó sin apartar la mirada del paisaje verde y frondoso que se abría ante ellos, y que, a pesar de que ya estaba anocheciendo, ofrecía una preciosa estampa—. Dos años de

verdadera amistad, de comprobar que podía confiar en ella, que no me haría daño contarle algo que me hace sentir indefensa… ¿Cómo crees que en tan poco tiempo te lo voy a contar a ti? —soltó mirándolo.

—No lo sé, Abril. Pero como dice Maca, no puedes seguir sufriendo en silencio.

—Ya no sufro, Julen. Ya pasó, ya lloré y he olvidado. Por eso no quiero volver a recordarlo. Maca tampoco lo entiende, cree que es porque no lo he superado, pero no es eso. Es que, simplemente, lo quiero olvidar.

—Pero nuestro pasado nos marca para siempre.

—Es posible, pero yo prefiero ocultarlo para que no me afecte más.

Julen la miró de reojo y se dio cuenta de que el brillo de sus ojos había desaparecido. Lo que deseaba ocultar aún le hacía daño, la hacía ser distinta a como se mostraba. Giró a la derecha y se dirigió hacia su cabaña, su refugio, el lugar donde acudía cuando necesitaba encontrarse a sí mismo o la inspiración, aunque esto segundo no lo había podido lograr hasta el momento en ningún otro sitio que no fuese junto a Abril. Siguió conduciendo hasta una pradera por donde serpenteaba un estrecho camino; lo tomó, y se acercó poco a poco a una pequeña casita de madera, con una chimenea de piedra. Apagó el motor del vehículo enfrente de la puerta principal y se volvió hacia Abril que miraba embelesada su cabaña.

—¿Te gusta? —preguntó con una sonrisa.

—No te hacia viviendo en un lugar como éste —murmuró ella, emocionada por la bella estampa—. Pensaba que vivirías en una casa ultra moderna que rompiera el encanto del paisaje —contestó de malas maneras, todavía molesta con él por haberla engañado para llevarla allí.

Salió de la camioneta y admiró la casa de Julen, era pequeña y parecía sacada de un cuento de hadas. Tenía un tejado a dos aguas, pequeñas ventanas delanteras y a un lado un porche con el sofá

balancín que Abril siempre había soñado tener. Observó el sitio donde estaba construida, una pradera verde donde lo único que se veía en todos los puntos cardinales era vegetación y unas montañas a lo lejos.

Julen sacó las maletas de la parte trasera de la camioneta para meterlas en el interior de la casa y Abril, sin poder remediarlo, lo siguió hacia el interior de aquella preciosa cabaña. Al entrar se quedó totalmente enamorada de aquel refugio en medio del monte. Todo era de madera, los pocos muebles que había no desentonaban con la belleza de la estructura. El blanco de las cortinas, de las alfombras y de los cojines del sofá creaban la luminosidad justa para que los tonos oscuros de la madera que los rodeaba no hiciesen de aquél un lugar lúgubre, sino, al contrario, un espacio cómodo que invitaba a quedarse. La chimenea era de un color semejante al cobre y se encontraba en la esquina que daba a los dormitorios, delimitada por el aseo y la cocina, en una situación perfecta para que toda la casa recibiera calor por igual.

—Ven conmigo, te mostraré mi santuario —dijo con una sonrisa Julen.

Abril lo acompañó, sin disimular su malestar, hacia las dos únicas habitaciones que había en la casa, que se encontraban justo a la izquierda del amplio salón; una doble, que era la utilizada por él, donde los colores predominantes eran los mismos que en el resto de la casa y una gran cama con un cálido edredón de plumas blanco debía de hacer las delicias del dueño, y un pequeño dormitorio con una cama más estrecha, que era la de las visitas, con un edredón de plumas también blanco. Los dos dormitorios se comunicaban con el salón por la pared de al lado de la chimenea. Enfrente de la puerta principal, pasada la tupida alfombra del salón y el sofá color chocolate, se encontraba el único cuarto de baño, lo bastante grande para dos personas y repleto de todo tipo de detalles. Justo al lado estaba la cocina, con una mesa cuadrada pegada a la pared, y desde donde se podía ver a través de la ventana el precioso paisaje de aquel lugar.

Abril se quedó maravillada con todos los rincones de aquel hogar e incluso se vio preparando en la cocina alguna de sus especialidades, ya que ésta, con su encimera blanca en forma de «L», era todo un sueño para ella, acostumbrada a la que tenía en su casa, demasiado pequeña para su gusto.

—Voy a encender la chimenea para caldear esto —dijo Julen, yendo hacia allá—. Mañana a primera hora saldremos a comprar comida, creo que en la despensa tengo algunas latas y pasta que podemos utilizar para cenar…

—¿Por qué te compraste una casa en Escocia? —preguntó Abril con curiosidad, olvidándose por un instante de que estaba allí contra su voluntad.

—Ya te lo he dicho…

—No, podrías habértela comprado en la sierra de Madrid, ¿por qué aquí? —preguntó, mientras se sentaba en el confortable sofá, sin dejar de observar la destreza de Julen para encender la chimenea.

—Porque en este lugar vuelvo a ser un niño que se apasiona con un mundo que, por desgracia, ya no existe —contestó en tono melancólico—. Y así, con esas sensaciones que me despiertan estas tierras repletas de historias de héroes, de highlanders, de amor, de guerra y desamor, poder lograr mi mayor sueño.

—¿Y cuál es? —dijo con un hilo de voz, asombrada por su explicación.

—Ser bueno en lo que hago. No con una película, sino con una carrera llena de éxitos y reconocimientos.

—Vamos, que quieres ser todavía más famoso. —Chasqueó la lengua, confirmando que Julen era como ella creía en un principio.

—No es sólo fama lo que ansío, es mucho más complejo que todo eso… Lo quiero todo, Abril. Quiero sentarme un día en el porche con mis nietos, mis hijos y mi mujer y saber que he vivido al máximo, que he logrado todo lo que me he propuesto y que he sido feliz.

—En cierta manera, todos deseamos eso, ¿no? —susurró nerviosa, acariciándose el borde del jersey.

—No, hay gente que se deja llevar, que con respirar les vale. Yo quiero vivir a fondo y haré todo lo posible para lograr mis metas —dijo levantándose y acercándose al sofá y a ella.

—Sigo molesta contigo —recordó al verlo acomodarse a su lado.

—Lo sé y espero que me perdones. No quería llegar a este extremo, en serio. Pero no he visto otra salida…

—No es excusa, Julen.

—Tienes razón, pero somos personas adultas, podemos hacer de esto un intercambio comercial, una experiencia o una terapia, lo que tú prefieras. —Hizo una pausa para observa su rostro contrariado—. Dime, ¿tú qué esperas de la vida, Abril?

—Yo ya no pienso tanto en mí como lo hacía antes… —comenzó a decir ella, hipnotizada por la danza de las llamas en la chimenea—. Lo que más deseo en este mundo es que mi hija sea feliz y que nunca eche en falta nada. Si Zoe está bien, yo también lo estaré.

—Pero te has metido en un negocio, no creo que lo hagas también por ella.

—En cierta medida sí. En el supermercado no cobro mucho y mi esperanza es que mi empresa funcione bien para que económicamente no nos falte de nada.

—Pero ¿te gusta lo que haces?

—Claro, mucho. Me encanta poder convertir el sueño de las novias en una realidad tangible —contestó con una sonrisa.

—Y dime, aparte de trabajar ¿qué haces en tu día a día?

—Poca cosa, cuando tengo a Zoe me centro en ella y cuando la tiene su padre, a veces quedo con Maca y sus amigas…

—¿A veces? —preguntó sorprendido.

—Sí, a veces, cuando me apetece o cuando no estoy muy cansada. Piensa que ya soy madre y no juego en la misma liga que las demás —comentó en broma, guiñándole un ojo y sonriendo, sintiéndose cada vez más cómoda en su compañía y dejando un

poco de lado el malestar que había experimentado al enterarse de la encerrona.

—¿Sabes una cosa, Abril? No me creo ese personaje que te has creado. Ese que no paras de mostrarle a la gente que te rodea, tanto a amigos como a desconocidos. Esa Abril de «Soy más feliz que una perdiz. Mira cómo giro y bailo sobre nubes algodonosas rosadas mientras me rodea un arco iris y unos pajaritos se acercan a mí para ponerme una corona de palitos en la cabeza» no existe. Tú quieres que exista, incluso te la crees, pero a mí no me la cuelas. Te he observado detenidamente y a veces esa alegría que juras tener no se aprecia en tus ojos, que son los únicos incapaces de mentir.

—¿Y tú qué sabrás? —soltó molesta, al escuchar la visión que le ofrecía de ella.

—Más de lo que crees. Pero no le des la vuelta a la conversación, que eres una profesional haciéndolo. Dime, ¿por qué ocultas tus verdaderos sentimientos?

—¿Y qué quieres que haga? ¡Dime! ¿Van a solucionarse las cosas si me enfado o lloro? No, ¿verdad? ¡Pues deja que ría, baile y haga lo que me dé la gana! Por lo menos con eso consigo que la gente que me quiere no se preocupe por mí. Luego, con el tiempo, todo se arreglará —comentó, levantando la voz más de lo necesario.

—¿Cuánto tiempo? ¿Cinco años? ¿Diez? ¿Cuarenta? Es ahora, Abril. ¡Ahora! El tiempo pasa demasiado rápido como para dejarlo escapar.

—No lo sé, Julen. Ojalá pudiese responderte a esa pregunta, pero no tengo ni idea de cuánto tiempo necesitaré para poder recuperarme totalmente. Lo único que sé es que si no pienso en ello me siento bien.

—¿Siempre?

—Siempre.

—No me mientas.

—Bueno, no se pueden frenar eternamente los pensamientos.

—¡Ahí lo tienes! —exclamó él señalándola con el dedo, contento de haber dado en el clavo—. Es importante zanjar el pasado para

vivir el presente. No puedes simplemente aparcarlo.

—No me va tan mal…

—No es lo que dice tu amiga.

—Maca me quiere mucho y sólo desea que sea feliz.

—¿Y tú no quieres ser feliz?

—Soy feliz cuando tengo a Zoe a mi lado, el resto del tiempo intento sobrevivir.

—No puedes ser feliz por otra persona. Debes ser feliz por ti misma, en tu interior, a solas o acompañada, lloviendo o con sol.

—Dime, lumbrera, ¿tú eres feliz?

—No estamos hablando de mí.

—¡Ah no! O jugamos todos o se rompe la baraja —sentenció con seriedad, posando su curiosa mirada en él—. Aunque, visto lo visto, supongo que no lo eres, que necesitas seguir trabajando y que lo único que deseas es más y más reconocimiento. Sin importarte los demás, si les haces daño o la vida que puedan querer tener.

—Sólo deseo ayudarte.

—¡Mientes! Lo que quieres es comercializar mi historia. ¡Esto es absurdo! —exclamó, levantándose de golpe del sofá.

—Puedo pagarte, Abril.

—¿En serio crees que sería capaz de coger ese dinero? —preguntó mirándolo con mala cara.

—Lo único que digo es que te recompensaré. Aunque te cueste contar tu historia, ese dinero te puede venir bien.

—Mira, Julen, me entran ganas de salir de esta cabaña y de no volver a verte nunca más. ¡Eres desquiciante! —exclamó fuera de sí.

—Me han dicho cosas peores y, además, los dos sabemos que no te atreverías a marcharte de aquí.

—Lo sé y no sabes la rabia que me da que sea así… —gruñó con impotencia, sentándose de nuevo en el sofá y sintiéndose prisionera en aquella cabaña—: Vale, acabemos con esto lo antes posible. Coge papel y lápiz, porque no se va a volver a repetir —dijo Abril con rotundidad—. ¡Ah! Y que te quede una cosa clara, no lo hago por ti,

lo hago porque tu hermana es clienta mía y no quiero perder esa boda.

Julen asintió con la cabeza mientras alcanzaba la libreta y el bolígrafo que tenía sobre la mesa auxiliar de delante del sofá. Luego la miró en tono serio, deseoso de escuchar lo que ella había vivido.

—Espero que no sea uno de tus trucos para despistarme —susurró, observándola con atención.

—No, esta vez te lo voy a contar todo. Haz lo que te dé la gana con mi historia, pero te prohíbo que me menciones en ella o en ninguna de las entrevistas que te hagan a posteriori. Di que te la inventaste, que es totalmente ficticia, no quiero que nadie sepa lo que me ha tocado vivir... Ni siquiera me gusta la idea de contártelo a ti, pero veo que es la única solución para que me dejes en paz de una vez por todas y pueda seguir mi vida con tranquilidad.

—Cuando quieras —susurró Julen observando sus facciones, que se habían endurecido al tomar aquella decisión tan dura para ella.

12

Abril observó la chimenea, donde la madera ardía con fuerza; suspiró, consciente de que debía afrontar aquel paso para que Julen la dejase en paz de una vez y, sin mirarlo a la cara, más pendiente del crepitar de las llamas que de él, comenzó a hablar con un hilo de voz en tono de pesar y de rencor, algo que sorprendió a Julen, que no estaba acostumbrado a esa faceta tan distinta de aquella mujer tan risueña.

—Mis padres me tuvieron cuando ya eran mayores, algo extraño para esa época en que las parejas acostumbraban a tener hijos siendo más jóvenes; pero aunque lo intentaron desde el principio, mi madre no se quedó embarazada de mí hasta cumplir los treinta y seis años… Creo que el hecho de ser un bebé tan deseado marcó bastante a mi madre. Para ella, el embarazo fue lo mejor que había vivido en su vida y cuando nací se sintió vacía, desdichada… No se contentaba con nada, ni siquiera con verme sana y feliz, y poco a poco, sin poder hacer nada por remediarlo, comenzó a caer en una fuerte depresión que la llevó a dar el paso hacia la ruptura definitiva con mi padre. Hablándolo con él años después, dice que no sabe cómo ocurrió, si ella fue a buscarlos o sucedió al revés, pero el hecho es que mi madre, con la autoestima por los suelos y con ganas de llorar todo el día, me sacó de la cuna y me llevó con ella a un especie de santuario donde se predicaba el amor al prójimo, la paz en el mundo y la adoración a su mesías… —Hizo una pequeña pausa para serenarse.

—¿Te llevó a una secta? —preguntó atónito, sin perderse detalle del cambio en el semblante de ella.

—Sí —siseó Abril con desgana—. Lo peor de todo no era que me hubiese llevado a una comunidad donde se vivía alejado del mundo real, sino que mi padre no sabía dónde estábamos…

—¡Joder! —exclamó Julen angustiado—. Continúa, por favor.

—Durante diez años viví en esa comunidad, creyendo que la vida era así de estrambótica y que mi padre era el mesías al que debía adorar por encima de todas las cosas, incluida mi madre. Viví rodeada de amor, de demasiado amor, donde hombres y mujeres se relacionaban íntimamente unos con otros casi ante los ojos de los demás, donde no importaban la fidelidad ni el matrimonio; todos eran libres de amar a todos, con la única condición de que el mesías, el que nos guiaba en ese disparate de vida, impusiera las normas y los demás las acataran sin rechistar… —Tragó saliva y abrió los ojos para que no se notase que estaba a punto de que se le cayera la primera lágrima—. Mi madre se convirtió en otra persona, más preocupada por contentar al mesías que de estar a mi lado. Crecí rodeada de otros niños, que pasábamos de mano en mano, sin importar quién era nuestra madre o nuestro padre. ¿Sabes lo peor de todo? —preguntó con voz llena de emoción y mirándolo por primera vez a los ojos.

Julen negó con la cabeza, temeroso de romper aquel momento con su voz.

—Lo peor era que yo creía que todo eso era normal. Había crecido ahí, ¿cómo podía pensar que fuera de esa comunidad mi padre estaba buscándonos? ¿Cómo podía ni siquiera imaginar que fuera de aquellos muros existía otra realidad?

—Debió de ser un horror —dijo él, cogiéndole la mano para tranquilizarla.

Ella miró sus manos enlazadas y sonrió con desgana.

—Aunque crecí entre esas personas, con esa idea de la vida, con esos pensamientos tan arraigados y caducos, nunca me acostumbré. Para ellos era como una oveja negra en medio de su rebaño, una

vergüenza para mi madre, que vivía feliz en brazos de todos los hombres que había en la comunidad… Intentaron modificar mi conducta aislándome del grupo, tratando de convencerme de que aquello era el paraíso, hablándome sin parar de las grandes cosas que había hecho el líder por nosotros, controlando todo lo que podía oír, lo que podía ver, que no difería mucho de todo lo que ellos querían que creyese.

»Acabé repitiendo hasta la extenuación los cánticos donde se ensalzaba al líder como si fuese un dios, repitiéndolos como un mantra. Me privaron de sueño, incluso de alimentos, hasta que al final comprendí que no me dejarían en paz hasta que aceptara ese tipo de vida, y por tanto aprendí a ocultar mis verdaderos sentimientos… Con diez años había visto más de lo que debiera ver un niño, había vivido situaciones demasiado disparatadas como para relatarlas y con la triste convicción de que todo eso era lo normal… —comentó, mientras una lágrima resbalaba por su mejilla y el pesar invadía su cuerpo—. Cuando mi padre al fin nos encontró, sentí miedo, terror incluso, porque no sabía que tuviese un padre distinto al mesías. No sabía que se podía vivir de otra forma, pensar diferente a como me tenían acostumbrada…

—Tu padre tardó mucho en encontraros, ¿verdad?

—Desde el mismo día en que desaparecimos, empezó la búsqueda y no descansó hasta encontrarnos. Fue a hablar con la policía, contrató a unos detectives, se gastó una fortuna sólo para hallarnos, ya le daba igual si vivas o muertas, porque, después de tanto tiempo, no sabía ni siquiera qué nos había pasado. Tras años de búsqueda, el detective privado que tenía contratado encontró una prueba de que seguíamos vivas; alguien, en un pueblo a más de mil kilómetros de distancia de Valencia, había visto a mi madre…

—¿La vio fuera de la comunidad?

—Sí… Todos los habitantes de aquel lugar se relevaban para salir a comprar y nunca salían dos veces seguidas, pero el azar hizo que un vecino del pueblo, que sabía de la existencia de esa comunidad por un familiar que pertenecía a ella, la viera en varias ocasiones

comprando víveres. No fue un trabajo fácil ni rápido, el detective contratado por mi padre se recorrió España entera buscando alguna pista, repartiendo fotos de mi madre por todas partes, hasta que, tras diversas pistas e informaciones, y después de haber pasado por aquel pueblo, ese vecino vio a mi madre y la relacionó con la foto que le habían enseñado. Ese hombre le contó a mi padre que no se podía entrar tan fácilmente en aquella comunidad, ya que exigían a quien fuera que se sometiera al mesías, jurándole devoción el resto de su existencia…

—Entonces, ¿cómo lo hizo tu padre?

—Antes de entrar tuvieron que asegurarse de que éramos realmente mi madre y yo las que estábamos allí. Después de mucho indagar, fotografiando el lugar y sus habitantes, y de preguntar a muchos vecinos de la zona, al fin pudieron ver a mi madre…

—¿Tu padre la vio?

—Sí, incluso le preguntó por mí… Ella, como si no supiera con quién estaba hablando, huyó al interior de la comunidad sin responder a ninguna cuestión. El trabajo más complicado fue encontrarme… La última vez que mi padre me vio yo tenía seis meses, imagínate, era bastante complicado que me reconociese… —Volvió a tragar saliva y se centró en mirar de nuevo las llamas de la chimenea, mientras se soltaba de la mano de Julen, que le quemaba la piel y la hacía perder el hilo de lo que le estaba relatando—. Mi padre estuvo varios meses detrás de la comunidad, haciendo indagaciones, hablando con abogados, con la policía, con jueces… hasta que al final, tras entregar las pruebas irrefutables que evidenciaban que mi madre y yo estábamos retenidas allí, consiguieron una orden judicial para poder entrar en aquel lugar… Recuerdo aquel día como si fuese ayer… La policía irrumpió con fiereza en la pacífica comunidad e hizo que todas las niñas de diez años saliesen de donde estuviesen. Una a una, fuimos observadas por mi padre, que intentaba encontrar algún parecido conmigo, mientras la policía recogía muestras de saliva para hacernos pruebas de ADN. Yo temblaba de miedo, porque no sabía qué hacía allí esa

gente vestida de una manera tan extraña para mí, acostumbrada a la ropa sencilla de la comunidad. Pero cuando lo miré a los ojos, algo de repente se calmó en mi interior. Vi mis ojos en sus ojos… ¡No sé cómo explicártelo!, pero sentí que era su hija, o por lo menos deseaba con todas mis fuerzas que así fuera… Al día siguiente, con los resultados de las pruebas, me sacaron de allí. Mi madre ni siquiera se molestó en darme un beso de despedida, le daba igual que su hija se marchara de su lado, al fin y al cabo, nunca se había preocupado por mí…

—¿Desde entonces no la has vuelto a ver?

—No, ni ganas… No sé siquiera si sigue en esa comunidad, aunque supongo que sí.

—¿Tienes hambre? —preguntó Julen, dándole un pequeño respiro al ver el dolor que reflejaban sus ojos.

—Sí.

—Ven conmigo, seguramente serás mejor cocinera que yo —comentó, levantándose del sofá y ayudándola a levantarse también —. Creo que en la despensa tengo macarrones y una lata de boloñesa.

Entraron en la cocina y sacó los ingredientes de la pequeña despensa.

—Me gusta tu cocina.

—Úsala cuando quieras.

—¡Mira qué listo! —exclamó ella en broma, haciendo que Julen sonriese al oír su tono de voz normal y aquella chispa tan característica suya—. Seguro que eres de los que tienen en la nevera un yogur caducado y un limón seco.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó guiñándole un ojo—. Soy pésimo cocinando, pero soy el mejor lavando platos.

—Bueno es saberlo —comentó ella lavándose las manos bajo el grifo del fregadero y cogiendo el cazo que le ofrecía Julen para poner a cocer los macarrones.

—Dime, ¿fue duro acostumbrarse a otra vida? —preguntó él mientras abría el bote de la salsa y se apoyaba en la encimera para

observar a Abril, que echaba sal al cazo de agua colocado sobre los fogones.

—Fue como volver a nacer… —susurró—. Tuve que aprenderlo todo, acostumbrarme al colegio, a estar rodeada de personas a las que no conocía, a otro estilo de vida, a otras normas y, también, a la libertad. Al principio fue duro, muchísimo, las pesadillas no me dejaban respirar y me despertaba angustiada viéndome de nuevo en aquella comunidad, preocupada por las represalias que pudieran tomar al haberme ido; el mesías era un hombre rígido, al que no le temblaba la mano cuando alguien se saltaba las normas… Pero no todo fue malo. Mi padre me enseñó muchísimas cosas, tuvo una paciencia admirable conmigo y, pasito a pasito, pude acostumbrarme a esta nueva vida…

—¿En la comunidad no había colegios?

—No como a lo que estamos acostumbrados aquí. Allí había habitaciones donde reunían a los niños para enseñarles a leer de una manera muy básica y a adorar al mesías, algo que hacían con mucho ahínco durante todo el día. Nuestra enseñanza se basaba en aprendernos casi de memoria una biblia que él creó a su gusto, donde el amor al prójimo y el libertinaje estaban permitidos, y además se proclamaba el culto y el respeto al líder, que se consideraba a sí mismo un dios...

—¿Cómo fue entrar por primera vez en un colegio de verdad? —preguntó Julen, observando cómo Abril echaba los macarrones en el agua hirviendo.

—Uf… Fue complicado. Era la rara de la clase. La que no sabía multiplicar, ni sumar y que leía como un niño de cinco años. Ya sabes cómo son de crueles los críos a veces. Yo fui una víctima en sus manos, el centro de todas las bromas y de todas las burlas.

—Madre mía, era lo que te faltaba, después de haber vivido aquel infierno.

—Sí, pero parece que las cosas malas vienen todas juntas —dijo con una triste sonrisa.

—¿Tenías amigas por esa época?

—Ninguna. Además, no me invitaban a los cumpleaños ni a sus fiestas, era la marginada del grupo. Tampoco encajé ahí…

—Me parece difícil verte en ese papel, ahora pareces tan sociable, tan animada, incluso podría afirmar que habrías sido de las más populares del colegio.

—Bueno eso es porque me has conocido después de que cambiara mi manera de ser.

Julen la miró extrañado.

—Yo no era así de sonriente, ni de alegre… Era un alma en pena, que intentaba encontrar su lugar en el mundo. El pasado me golpeaba con fuerza cada dos por tres e intentaba deshacerme de él centrándome en los estudios, en la lectura y en la cocina…

—¿Cuándo decidiste cambiar?

—Cuando conocí a Maca —dijo con una sonrisa, removiendo los macarrones con una cuchara de madera—. Fue en la universidad. Hasta entonces no sabía lo que era tener amigas, era un ratón de biblioteca, centrada sólo en aprender, cada día más y más. Obligándome a ser mejor, la mejor de mi clase, la mejor en todo.

—Cuéntame cómo fue —la apremió él, al divisar un destello de alegría en aquellos ojos opacos.

—Fue el primer día de clase. Fui a la cafetería de la universidad a almorzar y me senté a una mesa, la más retirada de la gente, ya que yo misma me automarginaba. Al poco se acercó ella, con su ropa oscura, su cabello morado y un piercing de aro en la nariz, y me preguntó si podía sentarse allí. La verdad es que creo que ni le respondí, ella simplemente se sentó y empezó a hablarme.

»Me dijo que era nueva en la ciudad, que estaba estudiando Bellas Artes y que aquella noche pasada había estado al borde de un ataque de ansiedad. Al principio casi no hablé, ¡no sabía qué decirle!, pero su carisma, su fortaleza, su manera de vivir la vida me gustó. Comenzamos a ser amigas desde ese momento. Me enseñó muchísimas cosas que yo ni sabía que existían, y gracias a su amistad empecé a verme desde fuera como me veían los demás y comprendí que no podía ser así siempre. Las personas que me

rodeaban no tenían la culpa de que yo hubiese vivido aquella etapa tan dura en mi vida y poco a poco comencé a sonreír más, a mostrarme alegre, aunque por dentro siguiera sintiendo lo mismo. Al principio me esforcé mucho por conseguirlo, pero los resultados de ese cambio de carácter fueron rápidos. La gente me miraba, me saludaba y comencé a soltarme más y más. ¡Me divertía! Sí, algo que creí que nunca conseguiría. Maca me ayudó a respirar fuera de mi burbuja de plástico gris, me ayudó a ser como soy ahora y me ayudó a no tener miedo de relacionarme con los demás.

—Pero no llegaste a sanar por completo, ¿no? —preguntó Julen casi en un susurro, sin apartar la mirada de ella.

—No, algo quedó como tapado, como escondido en algún lugar recóndito de mi ser. De vez en cuando se asoma, me saluda y me destroza de nuevo. Son demasiados interrogantes los que llevo encima, demasiada confusión, aún no sé por qué mi madre me llevó con ella a aquel lugar, era como si yo no le importara… Sabía que era mi madre, pero nunca ejerció como tal. —Hizo una pequeña pausa y apagó el fuego—. ¿Tienes un colador?

—Sí, toma —dijo él, que se había quedado callado, pendiente de su historia—. ¿Cómo conociste a Ernesto?

—Buf… —resopló. Luego sonrió y echó los macarrones en el colador —. Lo conocí en la universidad, era el chico más popular, el más guapo y el que acaparaba todas las miradas, incluida la mía… Con sólo una mirada me cautivó, y eso que no iba dirigida a mí, imagínate. —Sonrió con melancolía—. Aunque Maca me advirtió de que no era la mejor elección para una chica que no había tenido nunca novio… Ahora entiendo por qué me lo dijo.

—¿Qué pasó? —preguntó Julen mientras le daba el bote de salsa y ella lo volcaba en el cazo donde estaban los macarrones ya escurridos.

—Una noche, en una fiesta de una discoteca, me lo encontré. Aún recuerdo lo que sentí al verlo. Nunca me había pasado nada igual; estuve toda la noche mirándolo desde la distancia, embobada con sus movimientos, con sus gestos. Lo veía reírse con sus

amigotes, coquetear con las mujeres y sólo deseaba que se fijara en mí. Esa noche Maca y yo nos quedamos hasta el final, y cuando las luces se encendieron dando por finalizada la fiesta, salí a la calle con ella, dispuestas a marcharnos a casa…

»Pero de repente salió él, solo, me miró, creo que fue la primera vez que se fijó en mí, y comenzó a coquetear conmigo de un modo muy explícito. Es como si estuviese viendo ahora mismo la mirada de desaprobación de Maca cuando le dije que él me acercaría a casa… No sé qué me pasó, bueno, sí, pero por aquel entonces no lo sabía. Te recuerdo que yo acababa de empezar a vivir de verdad, que estaba aprendiendo sobre la marcha… Ernesto no me llevó a mi casa, como te imaginarás, me desvirgó en su coche, sin protección, saciando sus ganas de sexo y dejándome dolorida y con una sensación confusa de lo que era aquello. Después me acompañó a casa, sin hablar en todo el trayecto, y ya no se volvió a acercar a mí nunca más…

—Qué hijo de puta… —gruñó Julen, disgustado por cómo la había tratado ese hombre.

—Bueno, es lo que hacéis todos, ¿no? —dijo ella sentándose a la mesa junto al ventanal; fuera ya era completamente de noche.

—No todos, Abril. Yo nunca follo sin condón, eso es súper importante, tanto para ellas como para mí.

—Eso fue fallo mío también, era nueva en todo y aunque Maca me lo había explicado, me dejé llevar por aquella sensación tan nueva para mí…

Julen se quedó observándola con mayor atención. Comprendió cómo debió sentirse respecto a todo lo que le había relatado. Siendo muy joven había pasado por muchas cosas e intentaba encontrar un hueco en aquella caótica vida. Aunque no se diese cuenta, Abril era una auténtica luchadora.

Cogió la jarra de agua y le sirvió en su vaso, mientras la observaba comerse los macarrones.

13

Era posible que estuviese tirando demasiado de la cuerda invisible que era la fortaleza de Abril haciendo que le contase todo aquello, pero su curiosidad podía más que la empatía que sentía por aquella mujer que lo había encandilado con su sonrisa y esa felicidad que transmitía sin siquiera sentir.

—Te quedaste embarazada esa noche, ¿no?

—Sí… Al mes siguiente de haberme estrenado —dijo, haciendo una mueca que parecía una sonrisa—, me preocupé porque no me venía la regla y se lo conté a Maca. Ella me compró una prueba de embarazo… No te sabría explicar lo que sentí al saber que en mi vientre crecía un bebé… Primero me avergoncé por lo que pudiera pensar mi padre, luego lloré de emoción al darme cuenta de que yo podía ser madre, una madre de verdad, no como la que yo tuve; y después tuve miedo, porque no sabía qué sería de mí, embarazada con veinte años de un hombre al que sólo había visto una vez…

—¿Se lo llegaste a decir o lo averiguó él? —preguntó Julen, pinchando con el tenedor los humeantes macarrones.

—Se lo dijo Maca en un encuentro nada casual en la universidad… —Hizo una mueca de disgusto—. Imagínate cómo se puso, le dijo que yo era una mentirosa, una cualquiera, que se dejaba meter mano en coches de extraños…

—Mal nacido… —gruñó Julen con rencor, pensando en ese hombre que la había utilizado sin importarle nada más que su propio disfrute en aquel momento.

—¿Cómo se lo tomó tu padre?

—Regular. —Sonrió con tristeza—. Creyó que el culpable era él, por no haberme hablado de los hombres, del sexo seguro y que, por culpa de su timidez a tocar esos temas con su única hija, yo me había quedado embarazada tan joven, desaprovechando así mi juventud y mi carrera universitaria… Cuando al fin comprendió que él no era el culpable, sino yo, le dije que quería continuar con el embarazo. Fue el primero en mostrarme su apoyo. No le gustaba que me hubiese quedado embarazada tan joven, pero entendía mis razones como nadie las entenderá nunca. Quiero hacer un inciso: yo no busqué quedarme embarazada, no busqué esta vida, pero Zoe es lo mejor que me ha pasado en mis veintiséis años. Ella me da las fuerzas que necesito cada día para levantarme y, aunque Ernesto no me lo ha puesto nunca fácil, no me arrepiento de haberme dejado querer en la parte trasera de un coche…

—Entonces, ¿en el embarazo estuviste sola?

—Sí, respecto a eso te conté la verdad —dijo con una tímida sonrisa—. Él siguió acostándose con todas las tías que le gustaban y, mientras tanto, hablaba a mis espaldas, criticándome y asegurándole a todo el que quisiera escuchar, que la criatura que yo llevaba en mi vientre era de otro hombre y que ni siquiera yo sabía con certeza exactamente de quién era. Me tachó de... ya sabes qué… cuando fue él quien me desvirgó...

—¿Qué lo hizo cambiar de opinión para darle el apellido a Zoe?

—Sus padres, por supuesto. Las habladurías del barrio no tardaron en alcanzar a sus progenitores, que al enterarse de que había dejado embarazada a una chica y que no quería asumir sus responsabilidades, lo obligaron mediante amenazas tanto de desheredarlo como de echarlo de casa, para que asumiera sus errores y no dejara a esa criatura, que en parte era también de él, sin un padre.

—¿Sus padres tienen dinero? —preguntó Julen con curiosidad.

—Sí, son una familia muy respetable y muy bien asentada.

—¿Y cómo fue la bajada de orejas? —dijo con una sonrisa, con ganas de saber qué hizo cambiar de opinión a ese hombre que se había portado tan mal con Abril.

—No fue una bajada de orejas en toda regla. Ernesto seguía asegurando que yo no me había quedado embarazada de él, sino de otro tío, o de varios, él siempre ha tenido respuesta para todo… Cuando nació Zoe, sus padres me visitaron en el hospital, me trajeron un sonajero y varios conjuntos de ropa para el bebé; además venían acompañados de un amigo suyo que era médico forense… Imagínate, tan pequeña, a mi Zoe le sacaron una diminuta muestra de saliva para estudiarla y así poder decir si Ernesto era o no el padre.

—Bah… —soltó Julen de malas maneras—. Ese tío es un impresentable y un malnacido.

—Recuerda que ellos son de buena familia y yo de una familia desestructurada y humilde, con un pasado extraño y con una madre desaparecida; era comprensible que hicieran sus indagaciones, aunque yo nunca les pedí nada, al contrario…

—Me da igual. ¡Eso no se le hace a una mujer!

—Eso era lo que menos me importaba en esos momentos. Creí que me querían quitar a Zoe y se lo comenté a sus padres, llorando por el temor a perder a mi niña, antes de que supieran los resultados. Ellos, al verme tan desesperada, me hicieron una promesa que han cumplido hasta ahora.

—¿Y cuál fue?

—Que nunca me quitarían a Zoe y velarían por su bienestar. —Hizo una pequeña pausa para beber agua—. Al día siguiente Ernesto vino a conocer a su hija. La miró, le dio un beso en la frente bajo la atenta mirada de sus padres, que lo habían acompañado, y me pidió la custodia compartida. Dijo que quería darle sus apellidos y ejercer como padre…

—¿Era eso lo que tú querías?

—¡No! Claro que no. Era mi hija. Yo no la quería compartir con nadie y me negué mil veces, incluso grité histérica… Luego mi padre

me sosegó y me hizo comprender que no era justo para Zoe que hiciera eso, al fin y al cabo, tenía derecho a tener a su padre. Cuando salí del hospital, mi padre habló con su abogado y comenzaron los trámites para que Zoe fuera hija legítima de Ernesto y la negociación para una custodia compartida de quince días cada uno.

—Pero era recién nacida, esperarían unos meses hasta que dejaras de amamantarla, ¿no?

—He tenido mala suerte hasta para eso… —bufó con una triste sonrisa—. No pude darle el pecho ya que mi leche no la alimentaba. Por tanto, a las pocas semanas de nacer, comenzó la custodia compartida.

—En estos seis años que hace que compartís a vuestra hija, ¿ha intentado algún acercamiento contigo?

—No, qué va —dijo, negando con la cabeza y sonriendo divertida ante aquella idea tan absurda—. Para él sigo siendo lo peor del mundo. Una lianta que lo sedujo para quedarse embarazada y así poder tener una hija de él. Ernesto me aborrece y yo, si te digo la verdad, lo aguanto porque no tengo más remedio. Zoe no tiene por qué ver que no nos tragamos.

—¿A ti te habría gustado que te propusiera matrimonio cuando se enteró del embarazo?

—No, por supuesto que no. Estaba cegada por él, es verdad, pero era más una atracción física. Recuerda que no sabía cómo era de verdad, habíamos intercambiado dos frases, poco más… No me hubiera casado con él. Ernesto no me quería, sólo fui un remedio para su calentón de aquel sábado por la noche.

—Después de él ¿ha habido otros? —preguntó en un susurro, dejando el tenedor sobre su plato vacío.

—Bueno, creo que eso no es importante para tu película —contestó Abril, mientras se limpiaba los labios con la servilleta.

—Sí lo es. Necesito saber cómo eres para poder trabajar el personaje.

—Uf… —resopló ella, viéndose de nuevo entre la espada y la pared—. No Julen, no ha habido otros. Ninguno. Ni novios ni amigos con derecho a roce ni aventuras ni rolletes ni tonteos ni nada de nada. Sólo él y mira el recuerdo que llevo encima.

—¿Por qué? Eres atractiva, muy guapa, simpática… ¿Por qué no ha habido nadie más? —preguntó, sorprendido por su confesión.

—No lo necesito —contestó con una sonrisa tímida, mientras dejaba la servilleta a un lado de su plato vacío—. No necesito a nadie más en mi vida. Ya tengo a Zoe, ella me lo da todo.

—Pero se hará mayor algún día y se irá de casa. ¿Qué harás entonces? Eres muy joven para quedarte para vestir santos.

—Cuando ella se vaya de casa, haré otras cosas. A lo mejor mi empresa va de lujo y me puedo dedicar en exclusividad a ella.

—Otra cosa que no entiendo —comenzó a decir Julen, en tanto ella se levantaba para recoger la mesa. Él hizo lo mismo—. ¿Por qué una mujer que no necesita amor en su vida se dedica a organizar las bodas a los demás? No lo entiendo.

—En un principio la idea fue más de Maca que mía; le gustaba la fotografía y era una manera de ganarse la vida. Yo me dejé arrastrar por las locuras que, de vez en cuando, le dan a mi amiga. Pero cuando empecé a organizar la primera boda, comprendí que me encantaba hacerlo. Era una manera de enterrar mi propia frustración, era maravilloso ver a los novios ilusionados y enamorados y que fuera yo la encargada de hacer realidad su sueño. Poco a poco me enamoré de mi trabajo y de mi empresa y cada día que pasa me gusta más y más —dijo, mientras observaba a Julen lavar los platos y los utensilios que habían utilizado.

—¿Nunca has tenido ganas de ser tú la que se case? Vamos, de organizar tu propia boda, ser tú la protagonista…

—No, nunca, pero es normal —contestó con serenidad.

—Un momento —dijo él, quedándose petrificado con la cazuela y el estropajo en la mano, dándose cuenta de algo que ella había dicho antes, pero a lo que entonces no le había dado importancia, ya

que estaba más pendiente de saciar su sed de información que de atar cabos—: ¿Me estás diciendo que nunca te has enamorado?

—De todo lo que te he contado, vas y te fijas en eso —dijo Abril, apoyándose en la encimera y poniendo los ojos en blanco—. Creí sentir amor cuando conocí a Ernesto, luego la realidad me hizo ver que fue sólo atracción sexual —añadió riéndose; se notaba que esa parte de su vida no le dolía tanto como la primera.

—Yo no le veo la gracia. Podrías haber conseguido a otro hombre si hubieras querido.

—Es posible. Pero es que no quiero, Julen —contestó con rotundidad.

—Entonces, ¿por qué me besaste en Corfú?

—¡¿Perdona?! —soltó ofendida—. Te recuerdo que fuiste tú el que me persiguió y me engatusó para que me dejara besar. Yo no quería nada contigo.

—Claro, claro, se te notaba el sufrimiento en los ojos cuando mis labios rozaron los tuyos —dijo con guasa, mirándola de reojo.

—¡Bah! Si sólo fue un beso de pitufos, nada importante.

—Pues parecía que te hubieses quedado con ganas de más.

—Cosas tuyas… Me hiciste un favor cuando te marchaste, así pude terminar mi trabajo con toda la profesionalidad que requería esa boda —contestó con desdén.

—Me marché porque no quería quedar mal con mi amigo. Si no hubieses sido la organizadora de esa boda, te puedo asegurar que aquello no se habría quedado sólo en un beso… —dijo, secándose las manos con el trapo.

—Eso tú no lo sabes —bufó ella envalentonada, desafiándolo con la mirada.

—Si hubiese querido, tú y yo habríamos acabado en la cama de tu hotel.

—Me da a mí que eres demasiado presuntuoso —replicó Abril, mientras se dirigía de nuevo al sofá. La cabaña ya se había calentado y se estaba de maravilla—. No hubiese aceptado irme contigo a ningún lado y mucho menos a mi habitación.

—Tu cuerpo, tus gestos, tu mirada no me decían lo mismo. Esa noche te gusté, como tú me gustaste a mí —apuntó Julen, sentándose en el sofá a su lado.

—Afirmas las cosas con demasiada rotundidad, Julen. ¿De verdad te sirve esa táctica con otras mujeres?

—Cada mujer es un mundo, aunque no te puedo negar que tengo algunos trucos que sirven para todas… —dijo con una sonrisa, mientras se descalzaba y apoyaba un pie en el asiento del sofá.

—Claro y tú sabes cómo entrarles a todas. Debes de tener una historia mucho más extensa que la mía, ¿por qué no te ha dado por contarla en una de tus películas? Ah, claro, ya lo sé, ya se han hecho demasiadas películas de hombres que van de mujer en mujer, como las abejas de flor en flor. Dime, Julen, ya que estamos sincerándonos, ¿ha habido alguna mujer por la cual estuvieras a punto de renunciar a la soltería?

—Sí, sí la hubo —dijo, mirándose la pernera de sus pantalones vaqueros con gesto distraído.

—¿Y qué pasó para que no se convirtiera en la señora Blanch? —preguntó Abril, observándolo con atención.

—Fue mi segunda novia, una cordobesa capaz de parar el tráfico —comenzó a explicar con una sonrisa—. Su padre tenía muchas tierras, un viñedo y muchísimo dinero. La conocí mucho antes de pensar siquiera en dedicarme al cine y lo nuestro fue amor a primera vista. La cortejé como lo hacen los caballeros, con sus flores y sus bombones. Esperé un número prudencial de citas para darle el primer beso y ya ni te digo lo que esperé para poder meterla en mi cama. Sí lo has oído bien, en mi cama. Me enamoré como un idiota, sin pensar en nada más que en ella, en sus ojos negros como la noche, su piel aceitunada, su cabello azabache. Estuvimos juntos un año y medio, viviendo sólo para nosotros, hasta que un día ella simplemente me dejó...

—¿Qué dices? —soltó sorprendida, sin entender cómo una mujer había podido dejar escapar a un hombre como Julen.

—Fue la primera vez que amé de verdad, sin importarme nada más que ella, que después arrojó todas mis ilusiones y mis sentimientos a la basura sin inmutarse siquiera.

—¿Qué pasó?

—Conoció a otro hombre…

—Vaya… ¿Cómo se llamaba esa mujer?

—Rosa, mi Rosa… —susurró Julen con melancolía.

—¿Qué hiciste para olvidarla?

—Viví la vida loca. Durante ese año salí sin parar, acostándome con todas las mujeres que se cruzaban en mi camino y, poco a poco, empecé a pensar en ella sin que se me desgarrara el corazón. Son cosas que pasan. El destino lo llaman, aunque ya sabes que yo no creo en él. Fue algo que pensé que nunca me ocurriría a mí. Fue el desencadenante para que me fijara en el cine, para que intentara transmitir los sentimientos a través de la pantalla, y para que me centrara en crear una obra inolvidable.

—Y así nació tu primera película.

—Así nació mi pasión por ser director —dijo, perdiéndose en la mirada de Abril—. Nunca le había contado esto a nadie, ¿sabes?

—Bueno, es justo, yo tampoco voy contándole mi historia a todo aquel que me pregunta —contestó con una sonrisa, un poco más recuperada.

—Te ha costado mucho. Mira lo que he tenido que hacer para que me lo contarás… —dijo, señalando la cabaña—. Eres la primera mujer, no familiar, que ha entrado en esta casa.

—No hacía falta romper esa regla —contestó ella guiñándole un ojo—. Podías haberlo conseguido en España.

—¡Eso no te lo crees ni tú! —exclamó riéndose—. Me contaste una patraña para que me fuera de tu casa, no me puedes decir ahora eso, Abril —dijo, arrastrando la última palabra como si la saborease.

—Bueno, como comprenderás, no es una historia que me guste recordar —replicó inquieta, más por el cambio que notaba en el

ambiente que por su afirmación—. Tuve que intentar despistarte, aunque eres mucho más cabezota de lo que yo creía…

—Dime, ahora después de tantos años, ¿crees que eso te ha marcado en cierta manera?

—Claro que lo creo. Aunque salí de allí con diez años, lo que viví dentro lo tengo nítido en mi mente y sé que me ha marcado para siempre. No es que viviera todo el rato mal, no es eso; al final, cuando se convencieron de que yo asumía sus reglas (algo que aprendí a fingir con el paso del tiempo), se relajaron y me dejaron un poco más a mi aire... Para que me entiendas, aquello era el país de las maravillas, demasiado perfecto e irreal. Tan repetitivo y estricto que abrumaba y aburría a partes iguales. Creo que la base de mi rebeldía era que, simplemente, yo no encajaba. No sé si es a causa de mi carácter, mi manera de pensar, o mi naturaleza… la cuestión es que no era afín a ese lugar. Estuve muchos años escondiéndolo en mi interior para que nadie se diera cuenta y me convertí en una persona huraña e introvertida, incapaz de disfrutar con las demás personas. Era desconfiada, temerosa; me convirtió en algo que yo no quería ser. Tuve suerte de conocer a Maca. Cuando más perdida estaba en mi mundo interior, ella hizo que mirase a mi alrededor con otra perspectiva, hizo que comenzara a sonreír…

—Maca se preocupa mucho por ti, me lo confesó cuando hablé con ella.

—Es mi mejor amiga, es normal que se preocupe. Ella lo sabe todo, me conoce mejor que nadie, y sabe que, aunque voy mejorando, aún no estoy del todo bien…

—¿Y qué falta para que estés del todo bien?

—No lo sé, aunque ella tiene una teoría —dijo Abril con una sonrisa nerviosa.

—¿Me la cuentas?

—Piensa que necesito enamorarme de un hombre y confiar tanto en él como para mostrarme como soy, tanto por fuera como por dentro.

—Es posible que tenga razón, Abril, y seguro que encuentras a alguien que te sane del todo.

—Es difícil encontrar algo cuando no se busca, Julen —susurró, encogiéndose de hombros con indiferencia.

—Mi hermana conoció a Richard de casualidad. Es posible que a ti te pase lo mismo.

—Lo dudo —dijo ella con un suspiro—. Y ahora que ya sabes mi historia, ¿me dejarás marcharme a España? Tengo que preparar una boda y voy un poco justa de tiempo.

—Aún no, Abril. Necesito tenerte aquí. Has despertado en mí las ganas de escribir el guion de mi próxima película —comentó con ilusión—. Y no te preocupes por la boda, sólo serán unos días, luego podrás volver a trabajar en ella, sino mi hermana vendrá aquí y me arrancará la cabeza. —Sonrió al pensar en lo que sería capaz de hacer Carola por recuperar a su organizadora.

—Entonces, ¿qué haré yo aquí durante ese tiempo? —preguntó cruzando los brazos sobre el pecho, sintiéndose de nuevo frustrada con aquel hombre.

—Tú eres mi guía para plasmar en papel todo lo que me has contado. No vas a tener tiempo de aburrirte, ya lo verás. Además de trabajar, haremos excursiones, no creas que te voy a tener a pan y agua.

Abril lo miró con desgana. Le había abierto el corazón, le había contado toda la verdad de su vida y aun así no había conseguido que la dejara marchar. ¿Es que no se daba cuenta de que tenerlo tan cerca la hacía sentir cosas que hasta ese momento no había sentido nunca por un hombre?

Suspiró para tranquilizarse y observó su perfil sereno, tan masculino y perfecto que la dejaba sin respiración. Estar allí con él iba a ser una auténtica tortura para ella. Esperaba poder controlar sus emociones y mostrarse en todo momento como la Abril que creía ser: sonriente, leal y reservada.

14

Fue una noche extraña, llena de sueños demasiado tórridos, en los que el único protagonista era Julen, ese hombre que dormía a escasos metros de su cama, con una pared de por medio. Se levantó al alba, con los primeros sonidos de las aves que sobrevolaban los frondosos árboles escoceses en busca de comida para sus polluelos. La pequeña cabaña olía al dulce aroma de la madera joven que se había consumido en el transcurso de la noche. Se acercó al ventanal del salón y observó la tenue luz de ese nuevo día, que iluminaba con delicadeza aquella pradera de ensueño. Se apoyó en el marco de la ventana y se imaginó a su hija correteando por aquellas tierras, libre de las preocupaciones de los adultos, totalmente dichosa, sin necesitar tener a sus padres juntos en la misma casa y sintiéndose al fin una niña como las demás. Ahogó un suspiro, mientras se metía las manos por dentro de las mangas del único jersey de lana que se había llevado, color chocolate.

—Buenos días —dijo Julen.

Abril se volvió y al hacerlo maldijo por dentro. ¿No podía ser tan sólo un simple mortal que se levantase desgreñado y sin atractivo? Llevaba unos vaqueros viejos, desgastados, y una sudadera negra con capucha y, para colmo, iba descalzo. Algo que la hizo estremecer. Pero ¡si sólo eran unos pies! Pero qué pies… Tragó saliva y se recompuso. ¿Cómo era posible que la hiciese sentir esos calores? Miró hacia la chimenea, que se había apagado durante la noche… No podía culparla a ella del calor que sentía, la culpa era

toda de aquel hombre tan seductor que la tenía prisionera en su propia cabaña de ensueño…

—Buenos días —contestó ella—. Espero no haberte despertado, damisela descalza —añadió con una sonrisa, mientras se alejaba de la ventana y se recuperaba del efecto que le causaba.

—¿Damisela descalza? —Se extrañó Julen. De golpe se miró los pies y empezó a reírse—. Tranquila, no me has despertado. Me gusta levantarme temprano y así aprovechar el día al máximo. Coge la chaqueta, nos vamos a desayunar y a hacer una buena compra para llenar esta nevera raquítica.

Y mientras lo decía se dirigió hacia la puerta de entrada, donde tenía unas botas camperas.

El pueblo, Stirling, no estaba muy lejos de donde se encontraba el refugio de Julen, a unos diez minutos en coche. Pararon en una cafetería a la entrada, donde todo el mundo conocía a Julen; le preguntaban cómo estaba y si se quedaría más tiempo. Abril sonrió al verlo tan contento, rodeado de aquellas personas que se alegraban de volver a verlo y la miraban a ella con curiosidad.

Desayunaron mientras anotaban, en una libreta pequeña, las cosas que necesitarían para pasar unos días en la cabaña. Después del nutritivo y caliente desayuno se fueron al supermercado, que consistía en un ultramarino con los productos básicos, pero aun así no echaron nada en falta y pudieron cargar bastante comida en la camioneta, comida que luego pasó directamente a la despensa y a la nevera de la cabaña.

Abril no tuvo tiempo de recorrer las calles de aquella población con tanto encanto y se tuvo que contentar con ver una pequeña parte, casi las afueras, antes de volver a la casa para guardar la compra.

—He pensado en preparar un caldito de pollo y unas croquetas caseras —dijo, lavándose las manos en el fregadero de la cocina.

—Me parece estupendo. Mientras tú cocinas, ¿qué te parece si retomamos tu historia donde la dejamos ayer? —comentó él. Luego

salió de la cocina y al poco volvió a entrar con un ordenador portátil en las manos.

—¿Estás inspirado? —preguntó Abril, secándose las manos.

—¡Sí! —exclamó extasiado—. Deseaba sentirme así de emocionado por algo. No te molesto si me pongo aquí, ¿verdad? —preguntó, acomodándose en la mesa de la cocina.

—No, claro que no —contestó ella, mientras sacaba una olla exprés del armario y empezaba a limpiar el pollo—. Estoy pensando seriamente en cobrarte. Vas a utilizar mi historia, te inspiro y además te preparo la comida… Vamos, que estoy a un paso de sentirme tu esclava —dijo con guasa.

—No te preocupes por el aspecto económico, ya te dije que te recompensaría. Te pagaré una buena suma de dinero por todo esto —dijo él trasteando con el ordenador portátil, sin apartar la mirada de la pantalla rectangular.

—Espero que haya muchos ceros en esa suma de dinero —contestó Abril en broma, haciendo que Julen la mirase. Ella respondió sacándole la lengua—. Me tienes aquí en contra de mi voluntad, algo tengo que sacar de beneficio. A ver si es lo suficiente como para poder llevar a Zoe a Disneyland París.

—Te dará para ir allí varias veces —respondió en tono serio, volviendo a fijar la vista en la pantalla del ordenador.

—Con poder ir una vez me doy por satisfecha —dijo Abril, metiendo los trozos de pollo y la verdura en la olla.

—¿Te acuerdas de cómo era la comunidad en la que viviste? —preguntó Julen, tras abrir un documento Word.

—Uf… Más o menos —contestó pensativa—. Recuerdo que era todo verde, había muchas plantas y árboles, las casas eran pequeñas y hechas de madera; en el centro del poblado había un edificio más grande, de ladrillo y con los ventanales enmarcados en cobre, la residencia del mesías; creo recordar que no le faltaba detalle en la fachada. Todo era muy vistoso y caro.

—¿Sabes dónde se encontraba?

—No. —Hizo una mueca mientras encendía el fuego para poner a cocer la comida—. Recuerdo que mi padre y yo tardamos muchas horas en llegar a Valencia. Incluso hicimos una parada a mitad de camino y dormimos en un hotel, para luego proseguir hasta nuestra casa. Pero él nunca me dijo dónde se encontraba aquel sitio y la verdad es que yo tampoco se lo pregunté.

—Por cómo me lo describes, debía de estar por el noroeste de la península.

—Es posible.

—¿Podrías preguntárselo a tu padre?

—No es buena idea, Julen. Mi padre lo pasó fatal y no quiero volver a remover el pasado.

—Lo entiendo. Bueno, creo que ubicándolo cerca de un pueblecito de Galicia, por ejemplo, no quedaría muy alejado de la realidad.

—Como quieras —murmuró ella, limpiando con un trapo la encimera.

—¿Cómo eran las personas que vivían allí?

—Analizándolo con la perspectiva que tengo ahora, creo que eran personas necesitadas de cariño o de estabilidad, me parece que eso era lo que utilizaba el líder para tenerlos atados a aquel lugar. Les prometía una vida plena y feliz.

—¿Crees que no eran felices?

—Bueno… supongo que sí, aunque no lo sé. Su vida consistía en hacer lo que el líder les mandaba, orar por todo y por todos, y amar al prójimo todo lo que el prójimo se dejara. —Abril se sentó al lado de Julen, mientras él tecleaba en su ordenador—. Nos tenían separados del mundo, sin tecnologías para que no pudiéramos ver lo que ocurría fuera, viviendo de una manera rudimentaria, bastante parecida a como lo hacían nuestros antepasados, y nos inculcaban a diario que esa manera de vivir era la mejor y la más dichosa.

—Menudo control mental… —Julen chasqueó la lengua sin parar de teclear.

—Todo era supervisado por él, incluso la ropa. Vestíamos prendas de lino de color blanco, una especie de camisola holgada, sólo los hombres podían llevar pantalones, y en invierno únicamente podíamos ponernos encima de esa ropa ponchos de lana del mismo color.

—Me parecen unas prendas demasiado livianas para el norte del país.

—Decían que el frío nos endurecía y nos purificaba —explicó Abril con una triste sonrisa, haciendo que él cerrase los puños, molesto por lo que ella había tenido que vivir en el pasado.

Julen continuó saciando su sed de información, preguntando detalles de la convivencia, el aspecto del líder, sobre si habían riñas dentro del poblado y Abril intentaba responder a todas sus dudas, aunque algunas veces su memoria no fuese más allá de sensaciones o imágenes sueltas, algo lógico, al haber vivido ese episodio siendo tan pequeña.

Julen estaba pletórico, le habían vuelto las ganas de hacer una nueva película. Se sentía bien con la historia, y con Abril a su lado, guiándolo para que no dejara volar demasiado su imaginación. Sin darse cuenta, la mañana se esfumó en la mesa de la cocina, trabajando codo con codo, hasta que Abril le dijo que era hora de comer, que ya estaba lista la comida. Comió con ganas, saboreando aquel delicioso plato casero, sintiéndose bien después de tanto tiempo de parón creativo.

—Eres una fantástica cocinera —dijo, mientras ayudaba a recoger los platos y empezaba a lavarlos, ya que para él solo nunca había visto necesario comprar un lavavajillas.

—Gracias —susurró Abril con una sonrisa complacida.

—He pensado que vayamos a dar una vuelta por el pueblo. Tienes que ver el castillo de Stirling, es precioso.

—Me parece una idea estupenda. ¡Ya me sentía como el prisionero de Azkaban! —comentó Abril con alegría, deseando poder

ver aquel lugar con tanto encanto y haciendo reír de nuevo a Julen con su desparpajo.

Después de lavar los platos y recoger la cocina, se pusieron las chaquetas y fueron con la camioneta hasta el pueblo. Abril se sentía animada de nuevo. Recordar ese oscuro episodio de su infancia le hacía decaer los ánimos, pero aquella excursión le había devuelto la sonrisa y las ganas de bromear.

—Mira, eso que se ve encima de la montaña es el castillo —señaló Julen, mientras conducía hacia ahí—. Se construyó encima de un volcán extinguido. ¿Ves la forma de peñón que tiene?

Abril asintió con la cabeza, embelesada por el paisaje que se desplegaba ante ella.

—Es imponente, ya lo verás. Sus escarpados precipicios rodean tres lados de la edificación. Además, su ubicación hace que, para ir al norte, debas cruzar esas tierras.

—Es impresionante —susurró ella mientras se acercaban.

—¿Sabías que el lobo es el símbolo de la ciudad?

—¿Como en Roma? —preguntó perpleja.

—Más o menos —dijo él con una sonrisa—. Cuenta la leyenda que, cuando Stirling iba a ser atacada por los vikingos, un lobo aulló alertando a los vecinos para que se pusieran en guardia. Gracias a ese lobo, la población consiguió salvarse de los invasores… También se afirma que es aquí donde se cazó el último lobo que habitó las tierras escocesas. Y de ahí han sacado el emblema de la ciudad, aunque yo me inclino más por la primera opción, por lo menos es la que más me gusta.

—Vaya… Se nota que te gustan las historias… —susurró Abril, fascinada por la leyenda que le acababa de contar.

—Siempre intento enterarme de la historia de las ciudades que visito. Es estimulante saber que aquí, por ejemplo, han sucedido tantas cosas.

Detuvieron el coche y se apearon al pie del castillo. Abril contempló la construcción medieval y el precioso paisaje que se divisaba desde aquel lugar y se dejó guiar por Julen. Estuvieron

paseando por fuera de la edificación, admirando los impresionantes acantilados, observando desde allí el monumento que se erigió al héroe William Wallace, hablando sobre el misterio que albergaba el jardín llamado King´s Knot o nudo del rey, deteniéndose a mirar las vistas que daban a las Tierras Altas, una excursión que Julen le prometió hacer con ella antes de que regresaran a Valencia.

Tras admirar todos los recovecos del exterior, entraron en el castillo. Abril se quedó boquiabierta, dentro se mezclaban los tesoros del pasado con recreaciones de las personas que habían vivido ahí.

—Esto es precioso —dijo, acercándose a un rincón donde había mesas y taburetes en una especie de terraza.

—Sí, es un sitio mágico, ¿verdad? Es lo que te quería explicar cuando me preguntaste por qué había escogido comprarme una casa aquí.

—La verdad es que es un lugar único —contestó, sentándose a una de las mesas redondas de madera—. Es normal que te compraras una casa aquí. Dan ganas de no salir de estas tierras, es como si te envolviese la magia… —comentó, admirando el paisaje sin igual que se podía divisar desde allí.

—Abril, yo te quería contar una cosa… Me prometí que contigo no habría mentiras o medias verdades, y he faltado a mi palabra —comenzó a decir Julen, mirándose nervioso las manos.

—No soy tu madre, Julen. No hace falta que te obligues a ser siempre sincero conmigo. Ya sé cómo sois los hombres…

—Ése es el problema, que no quiero que pienses eso de mí. A ver, no suelo hacer estas cosas y me está costando un mundo poder relajarme en tu presencia. Quiero que comprendas que nunca he hablado tanto con una mujer, ni siquiera me he preocupado de conocerlas, sólo quería saber si yo les gustaba y así poder disfrutar con ellas… Pero creo que es justo para ti que sea sincero, ya que continúas aquí y has decidido quedarte…

—No me has dejado mucha alternativa. Pero cuenta y no te vayas por los cerros de Úbeda —dijo con una sonrisa.

—Estoy arruinado, Abril. En números rojos, sin un euro, como lo quieras decir. Sí, no me mires así, sé que parece otra cosa, que tengo un avión privado, una cabaña, una casa en Madrid y varios coches… Pero la verdad es que lo único que tengo son deudas y la avioneta no es mía, sino de un amigo que me la presta cuando la necesito… Nadie más sabe mi actual situación, ni siquiera mi hermana. Cuando se estrenó la película, me vi con muchísimo dinero en los bolsillos y me volví loco creyendo que siempre duraría en mi billetera. Compré, gasté y salí a celebrarlo todas las noches con amigos más interesados en que los invitase que en verme. Ahora mismo tengo la casa de Madrid embargada, el coche que utilizo en España estoy a punto de venderlo y lo único que no me pueden quitar porque ya está pagado es esta cabaña y la camioneta…

—Madre mía, Julen… Ahora entiendo por qué nada te inspiraba, estabas agobiado con las deudas y no hacer nada aún te agobiaba más.

—Estaba en un agujero negro y cavando cada vez más hondo, hasta que tú entraste en mi vida… —susurró serio.

—No hace falta que me pagues nada. Soy un poco bruta a veces y digo las cosas en broma, aunque la gente a menudo se lo toma en serio.

—No te he explicado esto para no pagarte. Además, cuando la película se estrene, volveré a tener dinero y podré saldar mis deudas, incluida la que tengo contigo, es sólo cuestión de tiempo. Sé que Richard moverá mi película lo antes posible, ya que el público está esperando desde hace mucho tiempo que vuelva a filmar... Te puedo asegurar que tu hija irá a Disneyland París.

—No hace falta, de verdad… Pero ¿por qué no se lo has contado a tu hermana? Seguro que ella te podría haber echado una mano.

—Carola no tiene que pagar los platos que el loco de su hermano rompió. Sólo necesitaba tener una idea para una película, para poder volver a encauzar mi vida, y tú me la has dado.

—¿Por qué no me contaste esto desde el principio? Te hubiese ayudado sin poner tantas trabas…

—Lo sé. Pero no quería que sintieses lástima por mí.

—No es lástima, es empatía. Te entiendo y, la verdad sea dicha, me ha sorprendido que seas capaz de aceptar tus errores. No pareces de ese tipo de hombres.

—Es que no me conoces, Abril, y creo que nadie a excepción de mi hermana sabe cómo soy. Es mucho más fácil mostrarse como un tío frío, insensible, juerguista, que como la persona que soy…

—Es una pena que des una imagen de alguien que no eres…

—Tú también lo haces, ¿no?

—No, yo soy así, como me ves. Un poco loca, un poco sensata, un poco obsesiva, un poco irónica, un poco sobreprotectora, un poco aburrida cuando me toca hablar de mi pasado —dijo, guiñándole un ojo—. Sé que soy complicada y como una montaña rusa de emociones, al minuto estoy saltando de alegría porque acabo de escuchar mi canción preferida, y al minuto siguiente me invade una desazón que no me deja continuar. Pero tengo que vivir con ello, Julen. No puedo detener mi vida y no quiero que mi hija vea que su madre a veces se encuentra mal.

—Pero es que su madre también es humana.

—Es posible, pero ella aún no tiene que ver esa parte de la vida.

—Ven, vamos a continuar nuestra excursión —dijo él levantándose del taburete—. Dime, ¿qué es lo que más te gusta?

—¿Lo que más me gusta de qué? —preguntó Abril levantando una ceja y mirándolo con desconfianza.

—¿Qué haces para divertirte? —contestó con una sonrisa, olvidándose por un momento de que le acababa de contar su mayor secreto.

—Te vas a reír —dijo ella carcajeándose—. ¡Me encanta cantar en los karaokes!

—¡Nooooo! —exclamó sorprendido—. Eres la primera mujer que conozco que asume con alegría y orgullo que le gustan los karaokes.

—Me vuelven loca. No sé… Será la música, el ambiente o la carencia del sentido del ridículo, pero es entrar y me transformo.

—¡Eso lo tengo que ver yo! —contestó Julen con una sonrisa, al darse cuenta de que Abril no se había tomado tan mal que le hubiese mentido.

—¿Vamos a ir a un karaoke? —preguntó mirándolo con ilusión—. A Maca no le hacen mucha gracia y a veces me toca arrastrarla para que me acompañe… —explicó haciendo un mohín.

—Vamos, creo que hay uno por el centro —dijo él sin dejar de sonreír—. Si no lo han cerrado…

—Ay, no me digas eso —respondió de manera teatral, apoyándose con delicadeza una mano sobre el pecho, simulando gran pesar ante esa idea.

Cogieron el automóvil y se dirigieron al centro del precioso pueblo. La calzada era de adoquines grises y, en las amplias aceras, las señoriales casas, de dos o tres plantas, se habían transformado en comercios o locales. Al final de la alargada calle se podía ver la escultura de homenaje al héroe local, que desde su posición privilegiada parecía vigilar a la población de Stirling. Julen estacionó el coche y se fueron andando hacia un bar de copas, donde, en un pequeño letrero, se podía leer que había karaoke. Al entrar los recibió la hospitalidad de aquella gente, el calor del interior recubierto de madera, la suave música y la tenue luz de varias lámparas de tulipas colgadas del techo. No estaba muy lleno, unas diez personas sin contar la camarera, que les explicó dónde estaba el listado para elegir la canción que querían cantar.

—Aquí canciones españolas no habrá…

—No pasa nada, se me dan bien los idiomas —dijo Abril guiñándole un ojo y sujetándose el pelo en una coleta alta.

Julen la miró con atención. Viéndola así, concentrada en la lista de las canciones y sabiendo qué se escondía en su interior, pensó que Abril era especial, una persona no muy fácil de encontrar, inteligente, divertida y optimista, con ese punto de locura que lo hacía sonreír sin parar, transmitiéndole las buenas vibraciones que ella se había trabajado durante tantos años para ocultar su verdadero sufrimiento.

Abril lo miró y sonriendo le mostró la canción elegida. Julen sonrió también al pensar que revolucionaría aquel bar en breves instantes y solamente por ese detalle se sintió dichoso de haberla conocido…

Ella se preparó en el pequeño escenario, concentrada en la pequeña pantalla donde saldría la letra, aunque no le hacía falta leerla, había cantado esa canción multitud de veces. Julen la observaba sentado a una de las mesas más próximas, sin querer perderse detalle de aquella nueva faceta de ella. La observó con detenimiento: iba vestida con sencillez, un jersey y unos vaqueros, botines planos y el pelo sujeto en una coleta alta que se le movía con gracia cada vez que Abril giraba la cabeza para sonreír a las personas que la animaban desde sus mesas. Aun con esa sencillez, Julen supo que muchos de los hombres que estaban en aquel bar darían lo que fuera por acercarse a ella. Tenía ese tipo de belleza hipnótica, más por lo que transmitía que por la perfección de sus rasgos.

Las primeras notas de la canción comenzaron a sonar, haciendo que los presentes se fijaran en Abril. Con soltura y gracia, comenzó a cantar las primeras palabras de *I Will Survive*,[1] de Gloria Gaynor, sintiendo cada frase como propia, haciendo de esa canción que se había convertido en un icono durante años, un himno para ella. Su dulce voz entonaba con precisión la melodía, sorprendiendo a Julen por la calidez de su timbre, mientras se movía al ritmo de la música, sintiendo cada palabra que pronunciaba como propia, haciendo que los presentes diesen palmas e incluso se animasen a bailar.

Así era ella, capaz de revolucionar un apacible bar en Stirling, de poner a bailar a los escoceses e incluso al propio Julen, al que arrastró, sin dejar de cantar, para subirlo al pequeño escenario entre risas tímidas de él, mientras Abril le acercaba el único micrófono que tenía para que cantara con ella. Interpretaron los dos la canción, casi desgañitándose con el estribillo, creyendo que realmente iban a sobrevivir a todo lo malo que les había pasado o estuviera pasando,

pensando que si lo gritaban cada vez más alto lo lograrían con mayor facilidad.

Se reían cuando la música sonaba y les daba un respiro para bailar, se abrazaban al entonar las frases previas al estribillo, se miraban el uno al otro, y cuando la canción llegó a su fin, se miraron con los ojos brillantes de emoción, de adrenalina y de diversión. Un magnetismo los atrajo el uno hacia el otro casi a la vez, casi de golpe, haciendo que sus labios se juntasen con deleite, sintiendo una urgencia por saborearse, notando aún en sus cuerpos el optimismo de aquella canción y sellando la promesa de seguir sobreviviendo con aquella caricia tan íntima. Fue como si se parase el tiempo, ellos dos sobre el escenario, las luces deslumbrándolos y sus labios encontrándose de nuevo, casi como si fuese la primera vez, sintiendo la calidez, la textura, el sabor del otro... De repente los aplausos de los espectadores los sacaron de su ensimismamiento, haciendo que se separasen en un segundo, como si aquel contacto formara parte del espectáculo y estuviese ensayado, un colofón final. Sonrieron a los presentes, disimulando lo que habían sentido con el beso. Abril, con la soltura que la caracterizaba, se volvió hacia el público e hizo una reverencia, logrando que los presentes aplaudiesen con mayor efusividad. Mostró su eterna sonrisa y saludó como si fuese una estrella de la canción. Julen simplemente la miró risueño, deleitándose con aquella persona que había tenido el placer de conocer en profundidad y viendo, por primera vez en su vida, en una mujer algo más que su físico.

15

«Disimula», se repetía Abril una y otra vez, mientras sonreía y bajaba del escenario. No sabía qué había pasado. Estaba cantando, bailando y divirtiéndose como hacía tiempo que no lo hacía y, de repente, notó los labios de Julen sobre los suyos, su cálida y jugosa boca, su mano apoyada en la cintura y se olvidó de todo, de todos e incluso de que se encontraba encima de un escenario en otro país. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Su memoria le había jugado una mala pasada, el beso que recordaba se había quedado a la altura del betún comparado con el que le acababa de dar. Pero ¿qué le pasaba con ese hombre? Mientras se sentaba a la mesa que ocupaban, lo miró y maldijo por dentro. Ahí estaba lo que ella no quería para su vida: un rompecorazones, un mujeriego, alguien acostumbrado a tener a todas las mujeres que había querido, otro Innombrable… Aunque él jurara que no era como parecía, ella no podía dejar de mirarlo como si lo fuera.

—Has estado fantástica —dijo Julen acalorado.

—Tú también has cantado muy bien —contestó Abril, disimulando el fuego que le recorría el cuerpo encendiendo cada poro de su piel.

—¿Nos tomamos las cervezas y nos vamos a la cabaña o prefieres cenar aquí?

—Es mejor que vayamos a la cabaña. No puedes estar gastando un dinero que no tienes —contestó, cogiendo su vaso y dándole un trago largo, sintiendo el placer del líquido que le resbalaba por la

garganta, aliviando un poco aquella quemazón que le había provocado los labios de Julen.

—Tienes razón —susurró él taciturno, mirando el ancho vaso con la bebida ámbar.

El camino de vuelta fue tenso, el silencio lo llenaron las canciones que sonaban por la radio local. Julen estaba pendiente de la carretera, con gesto serio, mientras Abril oteaba por la ventanilla el paisaje de aquellas tierras verdes y frondosas, cuando comenzaba a disminuir la luz, creando sombras y juegos de colores preciosos. Sin dejar de pensar en los labios de Julen sobre los suyos, se preguntó qué ocurriría ahora entre ellos, cuando, nada más llegar a Escocia, él le había dejado claro que no intentaría nada con ella, que sólo la quería para saltar aquel escollo en su carrera profesional… Entonces, ¿qué había sido aquello? Comenzó a tejer suposiciones en busca de una respuesta; seguramente habría sido un momento de euforia por parte de él, algo efímero, a lo que ahora mismo, sentado junto a ella mientras conducía en silencio, estaría tratando de encontrar una explicación lógica por su parte, para poder solventar aquel lío en el que se había metido él solo...

Llegaron al cabo de unos minutos, Julen detuvo la camioneta en la entrada de la cabaña y salieron cabizbajos sin ni siquiera decirse nada, para entrar en la confortable casa. Fuera hacía frío, el viento creaba una dulce melodía al traspasar los árboles, unas nubes grisáceas oscuras comenzaron a cubrir el cielo rojizo, anunciando tormenta.

—Voy a encender la chimenea —dijo Julen.

—Vale… Mientras yo voy a preparar algo de cena —comentó Abril, quitándose la chaqueta y dirigiéndose a la cocina.

«Tranquila, no pasa nada. Él se ha dado cuenta de que ha sido un error, no hace falta poner el grito en el cielo. Ya le habías dado un beso antes, ¡por uno más no se va a acabar el mundo!», se decía Abril en tanto abría la nevera para sacar lo necesario para preparar una ensalada. No podía negar que estaba alterada, preocupada y al borde de un ataque de nervios, eran ya dos las veces que había

caído rendida ante ese hombre, dos veces que había dejado que la besase y que, además, ansiaba hacerlo cada vez que posaba los ojos sobre él. Estaba mucho más que nerviosa o preocupada, estaba muerta de miedo. No sabía qué iba a pasar después de ese pequeño encuentro… No podía poner tierra de por medio para asegurarse de que no ocurriría nada, pues estaba allí, en su pequeña cabaña, en su territorio, los dos solos, sin nadie que los molestase, sin que nadie interrumpiese lo que pudiese ocurrir…

Un estremecimiento la recorrió de golpe de la cabeza a los pies al ver que él acababa de entrar en la cocina. Abril disimuló lo mejor que pudo, cortando casi a cámara lenta las verduras que iba a echar en la ensalada, convirtiendo en un ritual el proceso, sin levantar siquiera la vista de su quehacer, temerosa de encontrarse con aquella mirada que despertaba tantas cosas en su interior y que la estremecía como jamás lo había hecho nadie.

—Abril… —susurró Julen muy cerca de ella.

—Dime —dijo, controlando su voz al máximo, no quería que notase que la afectaba su presencia.

—Me gustaría que hablásemos de lo que ha pasado en el bar… —contestó, apoyándose en la encimera a escasos centímetros.

—No hay nada de que hablar, Julen —dijo ella, mientras lo miraba y le sonreía, ocultando lo que sentía—. Son cosas que pasan. Nos ha podido la euforia de la canción y ha sucedido, no hay que darle más vueltas.

—Son cosas que pasan… —repitió él atónito tocándose la cabeza con una mano, acariciándose el pelo con gesto nervioso, sin dejar de mirar cómo cortaba la lechuga.

—Sí… No hay que darle más importancia de la que ha tenido. Ninguno de los dos queremos tener nada con el otro, es mejor dejarlo así por el bien de tu película y por el bien de ambos —concluyó Abril, cogiendo una lata de aceitunas y echando unas cuantas en la gran ensaladera de cristal.

—Claro, por el bien de la película… —siseó Julen, observando cómo ella cogía una aceituna con los dedos y se la llevaba a la boca.

—¿Quieres? —preguntó Abril, dándose cuenta de que él no había perdido detalle de sus movimientos.

Julen asintió sin apartar la mirada de su boca.

Abril cogió una aceituna y se la acercó para que la cogiese, pero él no la cogió con los dedos, como ella esperaba, sino que se le acercó con parsimonia, le cogió el brazo para alzarlo un poco y así poder atrapar la aceituna con la boca, arrastrando sus labios por los finos dedos de Abril, que contuvo un gemido casi inaudible ante aquella acción que le pareció sorprendentemente erótica y que la excitó en segundos. Julen la miró a los ojos mientras mordía la aceituna, saboreándola, y ella se perdió en ese gesto, centrando su atención en aquellos labios que había probado hacía tan pocos minutos, sintiendo el aura de seducción que siempre sobrevolaba a aquel hombre deslumbrante, maldiciendo haber caído en sus redes de nuevo y no tener nada o a nadie que la hiciese salir de ese dulce e hipnótico encantamiento.

Julen movió una mano y la apoyó sobre el rostro cálido de Abril, haciendo que ella cerrase los ojos al sentirlo. La acarició con delicadeza, recorriendo su mandíbula, su cuello, sus pómulos y deteniéndose en sus labios entreabiertos. Sin más palabras, dio un paso hacia ella, que lo miraba temblorosa, bajó la cabeza hasta su altura y acercó su boca a la suya. Primero despacio, recreándose en notar su calidez y su sabor, mezclado con el sabor ácido de la aceituna, después, al ver que se mordía el labio inferior, la estrechó contra su cuerpo y se hundió en su boca, buscando su lengua, enseñándole lo que era un beso de verdad, de esos que hacen parar el tiempo y dan ganas de más. Cumpliendo al fin la promesa que le hizo en Corfú de poder volver a besarla de verdad, sin impedimentos, sin nadie alrededor, solo él y aquella rubia que lo atraía como si fuera un imán.

Abril se dejó llevar como nunca antes lo había hecho, sintiendo en su cuerpo algo que creía inexistente. La piel le ardía, parecía que iba a prenderse en llamas en cualquier momento y lo único que deseaba era que él no parase, que siguiera besándola de aquella

manera tan enloquecedora, para saciar, al fin, aquel fuego que recorría cada parte de su ser cuando estaba cerca de ella. Lo tocó, por primera vez, posó una de sus manos en el hombro de Julen y con la otra le acarició el cuello con delicadeza, sintiendo cada vena en su recorrido, notando cómo su piel respondía al paso de la yema de sus dedos.

—Joder —gimió él, mientras la levantaba del suelo con soltura y la sentaba sobre la encimera, colocándose entre sus piernas sin dejar de besarla.

Abril dejó de pensar completamente, sólo sentía las manos de Julen introducirse por debajo de su jersey, acariciándole la cintura, recorriendo con sus dedos un camino ascendente hacia su pecho. Sentir aquella intromisión en su cuerpo hizo que se calentara todavía más y, para su sorpresa, notó que su sexo palpitaba con urgencia, reclamando a la desesperada atenciones.

—Oh… —gimió, asustada al notar aquel grado de excitación que jamás, en sus veintiséis años de vida, había sentido.

—Eres increíble, Abril —susurró Julen contra su boca, sin apartar los besos, ni detener las caricias y aproximándose todavía más.

Se acercó a ella tanto como pudo, le cogió las piernas para que lo rodease con ellas y así conseguir que notase lo que le hacía sentir en esos momentos, teniéndola tan cerca, a merced de la pasión que sentían.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Abril, al notar la excitación de Julen contra su sexo.

Él sonrió complacido, sin detener sus besos ni el sinuoso recorrido que trazaba por su cálido y suave cuerpo. Llegó a la copa de su sujetador y deseó arrancárselo allí mismo… Pero no quería ir tan rápido con ella, ¡oh, no! Deseaba pasarse toda la noche entre sus piernas, saboreándola, haciéndola gemir y descubriéndole lo que era el sexo de verdad. Sus dedos recorrieron la tela de raso del sujetador, trazando círculos, primero grandes, abarcando todo el pecho, y poco a poco cerrándolo cada vez más hasta convertirlo en círculos pequeños que acariciaban sus erguidos y excitados pezones.

Abril comenzó a moverse involuntariamente, nerviosa, excitada y eso hizo que Julen se endureciera aún más. Cuando llegó al pezón, oyó cómo Abril gemía en su boca, mientras cerraba los ojos, perdiendo la poca cordura con cada caricia de él… Era tan bella en esos momentos. La miró a los ojos y ella le devolvió la mirada, acalorada, ruborizada. Julen sacó la mano de debajo del jersey y, con delicadeza, se lo quitó. Llevaba un sujetador de raso blanco y estaba preciosa, pero él ansiaba más. Le acarició los brazos con delicadeza, haciendo que se erizase por el contacto, y luego ascendió hasta su cuello y bajó las manos por su espalda, donde encontró el broche del sujetador, que no dudó en abrir, liberando así sus turgentes y perfectos pechos. Sabía que no podía darle opción a pensar, por tanto, optó por volverla a besar, mientras su mano cubría uno de sus pechos y ella gemía con él. Le recorrió la boca con sus labios, la clavícula, el cuello, el escote, hasta llegar a los pechos.

Abril estaba absorta, extasiada, como si aquello no fuera real, sintiendo la magistral boca de Julen besarle los pezones, notando que las palpitaciones de su sexo se habían convertido en ligeros pinchazos de placer que gritaban que alguien se ocupara de él. Necesitaba liberar aquella tensión que crecía y crecía sin límites. Intentó reprimir sus gritos de placer mordiéndose el labio inferior. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, notando que Julen estaba igual de excitado que ella, sintiendo aquel bulto cada vez más hinchado contra su propio sexo. Su balanceo hacia delante y hacia atrás la estaba llevando a la locura. Lo deseaba, no sabía cuánto lo deseaba. Quería tenerlo todo de él.

Julen levantó la cabeza y la miró con una sonrisa que le achicaba los ojos y le daba ánimos a Abril para dar el gran paso con él. Vio que se quitaba el jersey de un movimiento, tirándolo al suelo, muy cerca de donde había caído el de ella. Abril lo miró boquiabierta, aquel hombre era una tentación para cualquier mujer. Con timidez, comenzó a tocar su torso atlético, con los músculos marcados pero sin llegar a ser demasiado exagerados. Julen la miró con una sonrisa mientras se desabrochaba el pantalón y se quedaba en calzoncillos.

Ella no pudo disimular donde había ido a para su mirada: ¡Julen era enorme!

—Iré con mucho cuidado —susurró él, al observar la expresión de miedo de Abril, que asintió con la cabeza, nerviosa.

Julen la ayudó a quitarse los pantalones vaqueros y se quedó sólo son unas diminutas braguitas blancas. Él dejó los pantalones sobre el montón de ropa que había en el suelo de la cocina y se volvió a poner entre las piernas de Abril. Al notar la calidez de su sexo y la humedad de la braguita, no pudo refrenarse y devoró su boca con ansia, necesidad y pasión.

Abril gemía entre beso y beso, sujetándose a la espalda de él, notando cómo se hundía entre sus piernas para que lo notase, para que sintiese su pene erecto aprisionado en unos bóxers negros. Bajó una mano con curiosidad hacia el foco central de su pasión y al notarlo tantear el borde de su braguita, se asustó e intentó cerrar las piernas, pero los besos de Julen, las caricias en su pecho y su buen hacer consiguieron que se relajara. Se agarró clavando las uñas en la espalda de él al notar que le acariciaba el clítoris con delicadeza, trazando pequeños círculos, haciendo que ella buscase con sus movimientos de cadera su dedo explorador, para darse mayor placer, tenerlo más cerca…

—Ay, Dios mío —repitió entre respiraciones entrecortadas, sintiendo cómo crecía en su interior un placer nunca antes experimentado.

Julen comenzó a acariciarle el clítoris cada vez más rápido, más, más, mucho más, hasta que Abril ahogó un grito mientras arqueaba la espalda hacia atrás, haciendo que él se deleitara ante la preciosa visión de verla tan excitada. Cuando ella abrió los ojos, Julen la volvió a besar con devoción, sabiendo que era el primer hombre que la había hecho alcanzar el clímax.

—¿Cómo estás? —preguntó entre beso y beso, saboreando los últimos gemidos de ella.

—Muy bien —susurró Abril con una sonrisa complacida.

—No te muevas, ¿vale? —dijo, antes de salir de la cocina y dejándola sobre la encimera, vestida solamente con las braguitas húmedas.

Enseguida volvió a entrar, trayendo un preservativo; se lo enseñó y ella sonrió avergonzada. Volvió a ponerse entre sus piernas y la volvió a besar, mientras le acariciaba los pechos, le recorría con la lengua los pezones duros como guijarros y, poco a poco, Abril comenzó a volver a querer más, más de Julen y más de lo que acababa de pasar, volviéndose a perder ante aquella pasión que sentía cuando él la besaba y la tocaba. Las braguitas desaparecieron casi en un abrir y cerrar de ojos, los calzoncillos fueron los siguientes en aterrizar sobre el montón de ropa que descansaba en el suelo.

Abril observó cómo Julen se ponía el preservativo en su prominente pene y tragó saliva con miedo; no sabía si sería capaz de hacerlo gozar y si gozaría ella también con aquel encuentro. Él la miró a los ojos, volviéndose a acercar, y besó sus labios que no se cansaba de devorar, mientras poco a poco, con ayuda de su mano, fue adentrándose en su interior. Ella lo miraba asustada, cerrando las piernas instintivamente, pero él la besaba sin cesar, acariciándola, para que lo dejase entrar; lo hacía con dulzura, con cariño, preocupándose por su bienestar, haciendo de aquel acto algo bonito de recordar. Con un gemido al unísono, se adentró del todo. Abril lo miraba con los ojos muy abiertos, temiendo el dolor.

Julen comenzó a moverse hacia dentro y hacia fuera, despacio, acompasado, notando la estrechez de aquella mujer en su glande, volviéndose loco con el roce y sintiendo que, probablemente, no tardaría mucho en alcanzar el clímax, pero antes debía alcanzarlo ella, era muy importante que fuera así.

Abril comenzó a acostumbrarse a la intromisión, a aquel roce que empezaba a volverla loca, a excitarla de nuevo, haciendo que se relajase entre sus brazos.

Esa postura, ella sobre la encimera y él de pie, empujando cada vez más adentro, a Julen lo estaba volviendo loco. Con una mano comenzó a acariciarle el clítoris, sin dejar de entrar y salir de ella,

notando que se iba acomodando más a su miembro, sintiendo cómo se balanceaban sus pechos contra él. Se mordió el labio, tenía que frenarse, no podía dejarse ir tan pronto. Comenzó a incrementar el ritmo, cada vez más profundo y cada vez más rápido, hasta que la oyó gemir entrecortadamente y sintió que le clavaba las uñas de nuevo en la espalda. Julen se mordió el labio inferior, debía aguantar un poco más, ella estaba cerca, tan cerca que notaba cómo crecía su orgasmo en su propio pene. ¿Era eso posible? No lo sabía, pero él podría jurar que lo sintió.

—Aaaaaaaaaaaaaaaahhhhhhh —gritó Abril fuera de sí, llegando por fin al clímax.

Julen sonrió, mientras se hundía más rápido y más profundo en ella, alcanzando en dos embestidas más un orgasmo atronador.

—Uuuuooohhh —gimió, antes de detener sus movimientos.

Luego la miró, varios mechones de la coleta se le habían soltado, tenía las mejillas ruborizadas y perlas de sudor cubrían su frente. Era la mujer más bonita que jamás había visto. La besó con deleite y tranquilidad, jugueteando con su lengua, rozando sus labios con devoción.

—¿Cómo estás? —preguntó, saliendo de ella con cuidado.

—Muy bien —susurró avergonzada, mientras cerraba las piernas e intentaba ocultar su desnudez, tapándose con las manos.

—¿Has…?

—Oh sí… —contestó rápidamente, antes de que él pronunciase la palabra «orgasmo».

—Mírame, Abril —pidió, buscando su mirada avergonzada—. Ha sido magnifico, tú eres magnifica, ¿me has entendido?

—Claro —dijo con una sonrisa, mientras se bajaba de un salto de la encimera e iba hacia donde estaba la ropa para buscar en el montón sus prendas.

—Eres preciosa. Deberías ir desnuda todo el día —comentó, admirando su cuerpo.

—Claro, es lo que estaba pensando hacer ahora mismo. Creo que mañana, cuando bajemos a Stirling, me pondré sólo las botas —

contestó en broma—. Voy un momento… bueno, ya sabes, a asearme y todo eso —dijo, cogiendo su ropa y saliendo de la cocina, dejando a un sonriente Julen que no se había perdido detalle de su cuerpo.

Abril se encerró en el cuarto de baño y se miró en el espejo sujetándose en el lavabo. Había sucedido después de tantos años, había vuelto a tener un encuentro sexual con un hombre y esta vez podía decir abiertamente y con la cabeza bien alta, que había disfrutado al máximo. Se sorprendió al verse sonreír en el reflejo del espejo. Aún se le erizaba la piel y se le endurecían los pezones al recordar a Julen besándola como si se acabase el mundo, rozando su piel como si estuviese tocando la tela más valiosa del mundo y llevándola a rozar el éxtasis con la yema de los dedos como si hubiese nacido para ese fin. De repente, sorprendiéndose a sí misma, una lágrima resbaló por su mejilla. Se la secó con un dedo y en esos instantes se sintió liberada de un peso que se había impuesto a sí misma. Se metió en la ducha sin dejar de sonreír por haber tenido dos orgasmos con un hombre. ¡Con un hombre! Se secó, se vistió y salió del cuarto de baño. No sabía qué ocurriría a partir de ese momento, pues habían traspasado la frontera que él mismo había trazado. No lo sabía y por primera vez en su vida, esa incertidumbre no le importó.

Ella no tenía ningún problema con el sexo, como había creído alguna vez, al recordar el aparatoso encuentro con el padre de su hija, y tampoco era una frígida, como alguna vez había sido acusada por el Innombrable. Debía ser justa en ese aspecto, no podía culpar totalmente a Ernesto de no haber disfrutado del sexo. En esos seis años no había vuelto a probar con nadie más por temor a volver a tener un mal recuerdo, por miedo a no saber qué hacer o no hacer, por pánico a descubrir que era ella la que fallaba; había podido más eso que la curiosidad de saber que no era así… Su primera y única vez fue casi un coito entre roedores, rápido, fugaz, sólo satisfactorio para el hombre, totalmente distinto a lo que acababa de suceder. Julen la había ayudado, casi sin proponérselo, a calmar esa vocecilla

entrometida que le decía constantemente que ella no podía ser como las demás mujeres en ese aspecto. Le había demostrado que podía alcanzar el clímax en un encuentro sexual y que podía disfrutar al máximo de él.

Se encaminó a la cocina, reflejando en su rostro la dicha que sentía en esos momentos, y esperando cualquier cosa por parte de Julen, incluso que se sintiese culpable por lo que acababa de pasar en aquella cocina, que le pidiese que lo olvidara y, claro, que le dijera que jamás ocurriría de nuevo. No le extrañaría que hiciera todo eso, al fin y al cabo todos los hombres eran iguales, ¿no?

16

Se vistió en un santiamén, esperando que en cualquier momento volviese la rubia que lo había cegado hasta tal punto que había hecho caso omiso a su propia regla. Cogió un trapo y comenzó a limpiar la encimera, intentando borrar lo que acababa de suceder en aquel rincón de su cómoda y apacible cocina… que ya nunca sería la misma, pensaba, mientras en su rostro se dibujaba una sonrisa al rememorar lo sucedido. Pero ¿qué le había pasado? Intentó recordar el punto exacto que lo cambió todo. Él no quería nada con Abril, porque eso conllevaba muchas complicaciones; su lado consciente lo sabía, pero algo hizo que se nublase su razón… Comenzó a recordar todo el día que habían pasado juntos, las conversaciones, el paseo hasta el castillo, su mirada ilusionada, su risa chispeante y de repente lo supo, no había sido sólo una cosa lo que lo llevó a besarla y a querer más. No fue sólo verla contonear las caderas al ritmo de la música, ni tan feliz mientras cantaba aquella canción, fue el cúmulo de todo el día. Se habían ido sumando pequeñas cosas casi sin darse cuenta, hasta que ya no pudo frenar más sus impulsos…

Se secó las manos mientras observaba a un lado de la encimera la ensaladera y algunas verduras cortadas, cogió el cuchillo e intentó terminar aquella tarea con más o menos gracia. Ahora tenía que pensar si lo que acababa de pasar afectaría al plan de tenerla allí en su casa unos días para poder terminar de dar forma a la idea principal sobre la que giraría el guion de su próxima película. Comenzó a echar la zanahoria, la lechuga y el aguacate en la

ensaladera, mientras sopesaba los pros y los contras de haber hecho el amor con Abril… Resopló nervioso, nunca se había visto en aquella tesitura y no sabía qué hacer o qué decir. Estaba acostumbrado a largarse a su casa después de tener sexo con una mujer, algo que no podía hacer, porque ya estaba en su casa. Se le ocurrió decirle que ya no la necesitaba para la película, que podía irse a España a la mañana siguiente, que ya tenía suficiente material para poder trabajar en la soledad de su cabaña… Era un buen plan, podía salir bien incluso. Aunque su idea inicial se iba al garete, podría trabajar con lo poco que ella le había contado, aunque… ¿y si volvía a zambullirse en aquel pozo negro donde no podía pensar con claridad?

Necesitaba tenerla allí con él por lo menos hasta que acabase de escribir el primer boceto del guion, sólo unos días, nada más. ¿Podría tener las manos quietas hasta entonces? Esperaba que sí, porque aquello no podía volverse a repetir. Por el bien de Abril, a la que no quería engañar con falsas promesas, y por el suyo propio, ya que Carola se enfadaría muchísimo si su organizadora de boda salía lastimada. Oyó sus sensuales pasos acercarse a la cocina y su pene saltó, como avisándolo de su proximidad… Vale, eso también era nuevo para él y en cierta manera lo asustaba. Pero ¿qué narices le pasaba?

—He intentado preparar la ensalada, pero acércate y comprueba si lo estoy haciendo bien —comentó con voz serena cuando Abril entró en la cocina, tratando de que no se notase lo que le hacía la proximidad de ella a su cuerpo.

—Está muy bien. Ahora hay que echar un poco de pavo y condimentarlo con especias.

Julen la observó en silencio mientras realizaba esa tarea, y de repente su pene dio otro brinco. Él se movió incómodo, intentando relajar esa parte de su cuerpo que tenía vida propia cuando ella estaba cerca, y sorprendiéndose de querer más cuando acababa de saciarse hacía tan poco rato. Abril se había hecho un moño descuidado, de esos que se hacía casi sin mirarse al espejo, dejando

libre su perfecto y esbelto cuello, que él de pronto deseó saborear… Desvió la mirada de golpe, obligándose a parar ese bucle tan peligroso de pensamiento que podía poner en riesgo su película e incluso la relación con su hermana… Pero ¿qué narices había hecho?

—Dime, ¿quién te enseñó a cocinar? —le preguntó, tratando de despejar su mente calenturienta y el sentimiento de culpabilidad que empezaba a sentir.

—Mi padre. —Abril sonrió mientras cortaba en pequeños dados el pavo—. Fue una de las cosas que nos ayudaron a conocernos, a poder tener una relación normal… Gracias a la cocina nos entendimos y empezamos de cero, sin mi madre, aunque hubiésemos estado esos diez años sin vernos. Fue mi primer recuerdo agradable, el que hizo que me evadiese de todo lo malo que había vivido. Además, nos ayudaba a abrirnos al otro, pues mientras cocinábamos nos lo contábamos todo, nuestros sueños, nuestro día a día, lo que nos gustaría hacer en el futuro, lo que temíamos… Aún ahora, cuando voy a su casa a verle, nos ponemos a cocinar hablando de nuestras cosas. Y sé por Zoe que con ella está haciendo lo mismo.

—Por cómo me lo describes debe de ser un hombre extraordinario.

—El mejor, de eso estoy segura —dijo, cogiendo la aceitera y echando un buen chorro en la ensalada—. Pon la mesa, que esto ya está.

Julen se movió para hacer lo que le acababa de pedir, mientras Abril se acercaba a la mesa con la ensaladera, dos platos y los tenedores.

—Mis padres no han estado tan involucrados en nuestras vidas. No nos han enseñado a montar en bici, ni a cocinar, ni a nadar… —comenzó a decir Julen, cuando se sentaron alrededor de la mesa—: Al contrario que los tuyos, a nosotros nos tuvieron de muy jóvenes. Yo soy el mayor y me llevo sólo un año con Carola… No te estoy diciendo que fueran malos, porque la verdad es que siempre hemos

tenido todo lo necesario para sentirnos bien, pero sí es verdad que de lo que carecía nuestra familia era de compañerismo.

»A mis padres les ha entusiasmado viajar, les ha encantado salir por las noches con sus amigos y no echaron el freno a su frenética vida por nosotros. Cuando salían, que era todos los fines de semana, Carola y yo íbamos a casa de los abuelos, donde éramos mimados hasta el extremo. Nos dejaban el viernes después del colegio hasta el domingo por la noche, en que venían a por nosotros. Entre semana, después del colegio íbamos de actividad extraescolar en actividad extraescolar, y sólo teníamos un par de horas para estar en compañía de nuestros padres, que nada más se preocupaban de que fuéramos los mejores en todo aquello en lo que nos tenían apuntados, sin importarles lo que pensábamos nosotros de todo eso.

»Creo que eso hizo que Carola y yo nos uniéramos más y más. Siempre nos lo hemos contado todo, nos hemos ayudado en todos los aspectos de la vida y sé que siempre la tendré a mi lado.

—¿Sigue siendo igual la relación con tus padres?

—Peor… Casi nos hemos distanciado por completo. Ellos siguen viviendo en el adosado donde estábamos de pequeños entre semana, a unos cuantos kilómetros de distancia de donde nosotros residimos actualmente y ni ellos ni nosotros hacemos el menor intento de visitarnos.

—¿Saben que Carola está embarazada?

—No y creo que no se lo dirá hasta que nazca el bebé…

—Pero sí están invitados a la boda —comentó Abril, recordando sus nombres en la lista.

—Sí, pero mi padre no será quien lleve a mi hermana con Richard, seré yo. Quien siempre ha velado por ella y quien la conoce de verdad. Mi padre y mi madre serán dos invitados más a la ceremonia

—Vaya, aún no habíamos hablado de ese punto del enlace y la verdad es que había dado por hecho que lo haría vuestro padre —dijo Abril, observando los ojos oscuros y profundos de Julen—. Dime, ¿te gusta Richard para ella? —preguntó luego, echándose

ensalada en el plato y sintiéndose sorprendentemente cómoda a su lado, a pesar de haber practicado sexo con él escasos minutos antes.

—Sí, creo que es el primer hombre que me gusta para ella. Antes tuvo algunos novietes que también me presentó y al momento descarté por ser poco para lo que Carola se merece. Ahora parece que ha encontrado al marido perfecto y la veo muy feliz a su lado —explicó, mientras echaba vino en las copas.

—Sí, se nota que se quieren… ¿Qué pensaste cuando ella te dijo que estaba embarazada?

—No me vas a creer —contestó apoyando la espalda en la silla y mirándola con una de aquellas sonrisas que le achicaban los ojos, formándole arruguitas en los contornos, haciéndolo aún más atractivo de lo que era.

—A ver, sorpréndeme —lo apremió Abril, contagiándose de su sonrisa.

—Pensé que yo sería el mejor tío que pudiera tener un niño. Me vi llevándolo de la mano, jugando con él y enseñándole karate…

—A lo mejor antes no me hubiera creído tus palabras, pero he visto cómo jugabas y te entendías con mi hija y te puedo asegurar que vas a ser un tío excepcional.

—Espero que sea así. No quiero fallarle a mi sobrino o sobrina…

—No lo harás… Dime, ¿y cómo eran tus abuelos? Yo no pude conocer a los míos... Murieron antes de que yo naciera.

—Los mejores, Abril —dijo con una sonrisa melancólica—: Carola y yo hemos tenidos la suerte de poder conocer a nuestros cuatro abuelos… Los maternos eran los más caseros, nos enseñaban a hacer manualidades en casa, a bailar con alguna canción que a ellos les gustaba o, simplemente a sentarnos a su lado y contarnos historias… Mis abuelos paternos eran con los que más salíamos, íbamos al parque, nos enseñaron a patinar y a ir en bici, a jugar en equipo y a hacer amigos… Gracias a todos ellos hemos sido felices. Imagínate, desde el lunes comenzábamos a contar los días que quedaban para que llegase el viernes por la tarde. Estar con ellos

era como unas vacaciones, nos divertíamos, nos querían y lo demostraban continuamente.

—¿Y ahora cómo es tu relación con ellos?

—Bueno, no todos siguen vivos, por desgracia… —susurró con pesar—. Mi abuela materna murió muy joven, ya sabes, la enfermedad del maldito cangrejo deja a muchas familias tocadas… Y, claro, eso ha afectado mucho a mi abuelo, que la adoraba por encima de todas las cosas. Intento ir a verlo cuando estoy por Madrid, paso el día con él y me cuenta su historia con mi abuela… Y los paternos están pachuchos y ya no salen tanto como antes, la edad no perdona a nadie… Pero bueno, sigo yendo a verlos también y les cuento mis cosas y sé que se alegran de que lo haga.

—Es bonito que mantengas tu relación con ellos.

—Los quiero más que a mis padres. Es duro decirlo, pero es que nos hemos criado con ellos, es lógico que les tenga más apego.

—Normal… —musitó pensativa Abril.

—¿Te apetece ver mi película cuando acabemos de cenar? —preguntó Julen de repente, mientras pinchaba los últimos trozos de aguacate y lechuga. Intentaba reconducir la conversación, ya que no entendía por qué le había hablado a Abril de ese aspecto de su vida, algo que no solía hacer con nadie.

—Claro.

—Espero que seas sincera en tu valoración.

—No encontrarás para esa tarea a ninguna más indicada que yo —respondió, guiñándole un ojo y llevándose la copa de vino a los labios.

Después de terminar de cenar y de dejar los platos en el fregadero, se fueron al salón, donde la chimenea creaba una cálida luz y una temperatura deliciosa. Se sentaron en el sofá uno al lado del otro, pero sin llegar a tocarse. Julen encendió la televisión y puso en marcha el reproductor de DVD. El sonido de una música tétrica, casi de miedo, hizo que Abril se abrazara las piernas, subiendo los pies, cubiertos con unos calcetines gruesos, encima del asiento. Julen la observaba de reojo, recreándose en sus gestos, sabiendo

con certeza lo que le gustaba o disgustaba de la película a medida que la cinta avanzaba. Su rostro era muy expresivo, mucho más que sus palabras.

—Si no paras de mirarme es bastante complicado que me centre en la película —dijo ella, sin dejar de mirar la película.

—¿Y cómo sabes que te estoy mirando? —preguntó con una sonrisa, divertido de que lo hubiese sorprendido.

—El reflejo de la televisión te delata —informó, señalando la gran pantalla y mirándolo a la cara.

—Vaya, pillado en mi propia casa —bromeó, alzando las manos en señal de rendición.

—¿Me dejas proseguir con la historia?

—Por supuesto.

Julen se aguantó como pudo la risa, mientras se obligaba a apartar la mirada de ella. Pero le estaba siendo difícil, ya que saberse la película de memoria no ayudaba y Abril era como un libro abierto cuando estaba callada.

Abril intentó concentrarse en la película con todas sus fuerzas, poniendo cada uno de sus sentidos en aquella cinta que Julen había creado con tanto cariño, pero sentía sus penetrantes y oscuros ojos mirándola casi sin parpadear, observándola. Pero ¿qué miraba? Volvió a respirar profundamente para tranquilizarse y no enviarlo a pastar por la pradera escocesa. «¿Por qué la protagonista grita ahora? ¡Jolín! Ya me he perdido algo. A ver, recapitulemos: habían entrado en una casa, habían encontrado una fotografía, habían salido unos ojos desconocidos que seguramente sean los del malo, y de repente, el grito…», pensó, concentrada en la película y nerviosa por notar aún la mirada de Julen sobre ella.

—Vale, me rindo. ¡Yo así no puedo! —dijo al cabo de un rato, cuando se dio cuenta de que lo que se había perdido era crucial para el desarrollo de la película—. Mira, si quieres me la prestas y la veo estos días que no tengo a Zoe en casa.

—Pero ¿por qué no la quieres ver ahora? —preguntó él, mordiéndose el labio para no reírse a carcajadas.

—No te hagas el inocente. Ya sabes por qué. Bueno —dijo , poniéndose en pie de golpe—, mañana más, que este cuerpo valenciano necesita sus ocho horas de descanso.

—¿Te vas ya a la cama? —preguntó él, deteniendo el DVD y levantándose también.

—Sí, estoy cansada… Buenas noches, Julen —susurró, mientras se deshacía el moño y se dejaba el cabello suelto.

—Espero que duermas bien —contestó en voz muy baja, acercándose lentamente a ella sin dejar de mirarla.

—Seguro… —titubeó Abril, sintiendo cómo un fuego ascendía desde la parte baja de su vientre al ver que la mirada de él se había tornado más oscura y seductora—. Hasta mañana…

—Sí… Hasta mañana, Abril —susurró Julen, frenando sus impulsos que lo dirigían hacia ella.

Abril entró en el pequeño dormitorio de invitados y cerró la puerta con el corazón saliéndosele del pecho. Esa atracción, ese cosquilleo que sentía cuando él la miraba era demasiado nuevo para ella. Se puso el pijama y se metió enseguida en la cama, consciente de que en el cuarto de al lado dormía Julen, ajeno a lo que ella sentía cuando la miraba de esa manera sensual y pecaminosa. Apagó la luz y se quedó mirando el techo sin ver nada, sólo la oscuridad. Se sentía nerviosa, sin nada de sueño, sólo notaba ese cosquilleo que había despertado él con sus caricias, sus besos y sus palabras… Resopló dándose la vuelta en la cama, sintiéndose incapaz de coger el sueño esa noche, pensando en que él estaba a escasos metros de ella…

¿Y si…? No, no podía hacer eso, no sabría cómo, ella era tan novata en esos temas, tan inexperta… Pero ¿y si…?

De un salto, se levantó de la cama, decidida a tomar sus propias decisiones, sin miedo al después, sólo pensando en ese momento, en cómo se sentía y qué quería volver a sentir. Abrió la puerta del dormitorio con mucho cuidado, sin hacer el menor ruido y salió casi

a cámara lenta, intentando que las pupilas se le adaptasen a la escasa luz del salón, únicamente iluminado por el fuego de la chimenea.

—Ay —se asustó Abril al ver una sombra delante de ella.

—¿Adónde vas? —preguntó Julen en voz muy baja y ronca.

—Yo… Bueno… —titubeó, mientras esbozaba una sonrisa nerviosa.

—No puedes dormir —afirmó él, dando un paso hacia a ella.

—Y tú tampoco…

—Tampoco —susurró Julen, mientras le acariciaba la mejilla con delicadeza.

—Julen… —musitó ella, perdiéndose en sus facciones, en su mirada y notando que se dejaba llevar de nuevo por aquella caricia.

—¿Qué me has hecho, Abril?

Sin darle ocasión de contestar, la tomó entre sus brazos y la besó con exigencia, con pasión, saciando esa sed repentina que tenía de ella, que no lo dejaba pensar con claridad en las consecuencias de sus actos, sólo deseando tenerla así, a su merced, para saborearla despacio, mientras le iba quitando la ropa, tumbándola en la suave y esponjosa alfombra, al lado de la chimenea que creaba una danza sin igual de sombras en la pared. Donde ellos dos eran los únicos protagonistas de esa noche que deseaban que nunca terminase.

Julen la besó despacio, recorriendo cada centímetro de su piel, deteniéndose en partes donde jamás la habían besado, haciendo que gimiese sin control, dejándose llevar por la maestría de su experta lengua, sintiendo que entre sus brazos podía ser una persona normal.

17

Sintió que Julen apoyaba un brazo sobre ella, cercándola y aproximándola a él, un suave ronquido la avisó de que era la primera en despertarse. Abrió los ojos poco a poco, temerosa de corroborar lo que había pasado la noche pasada, observando que continuaban tumbados sobre la alfombra, tapados con una fina manta, los dos completamente desnudos. Frente a ellos, en la chimenea ardían las últimas ascuas y la luz de un nuevo día se colaba por las ventanas, haciendo todo aquello demasiado real.

Cerró los ojos y maldijo por dentro. Sabía que había sido por su culpa, que había salido de su habitación para buscarlo, pero en un recodo aislado de su mente, esperaba no tener el valor suficiente como para llamar a su puerta. Pero no le hizo falta tomar esa decisión, porque se lo encontró a mitad de camino, con la misma intención que ella, y así, casi sin hablar, habían hecho el amor en el suelo, de una manera mucho más lenta que la primera vez, sintiendo que se detenía el tiempo entre besos, caricias y oleadas de placer, mucho placer, haciendo que gritase fuera de sí cuando llegó al clímax. Aún recordaba lo que había sentido, el gozo extremo, su suave boca recorriendo su cuerpo, su lengua acariciando su clítoris, sus manos atrayéndola hacia él. Había hecho el amor de una manera deliciosa, sin preocuparse por el tiempo, sólo con aquella necesidad de sentir más y más. Abril se sentía entre avergonzada y orgullosa de haber sido capaz de darle placer con la boca, algo que había deseado hacer al sentirse extasiada cuando él le había provocado un

orgasmo con su lengua. Julen la había ido dirigiendo y lo que ella sintió fue indescriptible: se había sentido poderosa, capaz de cualquier cosa, porque el notar su pene erecto en el interior de su boca, observar sus facciones al borde del orgasmo, escuchar sus palabras cargadas de erotismo, dándole ánimo para que prosiguiera, le creó un deleite difícil de explicar.

Descubrió nuevas posturas que le producían un éxtasis que jamás creía que sentiría, y lo deseaba más y más, sin sentirse satisfecha del todo, temiendo que a la mañana siguiente aquella atmosfera sexual se disipara por completo, convirtiéndola de nuevo en la última mujer en la que Julen se fijaría.

Notó que la mano de él se movía hacia su pecho, aprisionándoselo en una íntima caricia y cerró los ojos para controlar las ganas repentinas de volver a repetir aquella experiencia sobre la tupida alfombra. Comenzó a decirse una y otra vez que aquello se acabaría cuando Julen abriese los ojos, que esa intimidad que habían disfrutado era producto de una noche, no más. Que él nunca se podría fijar en una mujer como ella, con tantas complicaciones en su vida y con un pasado tan especial…

Muy despacio, comenzó a retirar la mano de él, procurando que no se despertara, intentando salir de aquella burbuja de lujuria que se creaba al tener cerca a ese hombre. Se levantó y empezó a moverse por el salón de puntillas, recogiendo por el camino la ropa que había ido cayendo de una manera tan natural que incluso la asombraba, y se fue corriendo también de puntillas, casi dando saltitos, hasta el cuarto de baño, donde se encerró y pudo mirarse en el reflejo del espejo. Le devolvía la mirada una Abril despeinada y sonrojada, con un brillo en los ojos que no reconoció. Se metió en la ducha, luego se lavó los dientes y se desenredó la maraña en que se había convertido su melena. Antes de salir, se volvió a mirar en el espejo, dándose el valor necesario para demostrarle a Julen que seguía como siempre, que aquello no la había afectado, aunque en parte sí lo había hecho…

Inspiró hondo y salió al salón, donde él y las evidencias de lo sucedido, habían desaparecido. Se fue directamente a la cocina para preparar el desayuno; prefería que la encontrase haciendo algo rutinario, como si lo sucedido hubiese sido producto de su imaginación. Comenzó a cortar naranjas para hacer un zumo, mientras en la tostadora se calentaba el pan. Se concentró al máximo en aparentar normalidad, aunque su interior estuviese revolucionado por la noche que había pasado entre los brazos de ese hombre que le había descubierto un mundo nuevo.

—Buenos días —dijo Julen al entrar en la cocina.

—Buenos días. ¿Quieres café solo o con leche? —preguntó ella sin siquiera mirarlo, llenando los vasos con zumo recién exprimido.

—Con leche, gracias —contestó, observándola detenidamente, estudiando sus movimientos para averiguar qué le estaría pasando por la cabeza.

—Por favor, lleva esto a la mesa mientras saco las tostadas —dijo Abril, tendiéndole los vasos de zumo y, por fin, mirándolo a la cara.

—Claro —susurró él, mientras hacía lo que le había pedido, sin saber cómo debía comportarse después de haber sucumbido dos veces al placer con ella.

Abril sacó las tostadas, cogió los cafés con leche y lo dispuso todo en una bandeja que había encontrado rebuscando por los muebles de la cocina. Se acercó a la mesa donde Julen la esperaba, consciente de que la estaba observando y con especial cuidado de no ponerse nerviosa y tropezar, confirmando así, con esa torpeza, que la escena no era tan normal como querían aparentar. Dejó la bandeja sobre la mesa y empezó a colocar las cosas.

—Estaba hambrienta —confesó, dándole un mordisco a la tostada que acababa de untar con mantequilla y mermelada de fresa.

—Sí, yo también tenía hambre —respondió Julen removiendo el café con leche, mirando el remolino que estaba creando al darle vueltas y armándose de valor para cruzar aquella línea de aparente normalidad—. Creo que tenemos que hablar de lo que sucedió ayer…

—No es obligatorio hablar de nada, Julen —dijo Abril, cambiando de expresión y obligándose a sonreír para que no se diera cuenta de que ella no deseaba escuchar lo que él le diría—: Son cosas que pasan y que no van a volver a suceder.

—Yo sólo te quiero decir que eres fantástica —declaró Julen con seriedad, mirándola a la cara.

—Mira, Julen, si quieres que continúe aquí contigo, ayudándote con tu guion, es preferible que dejes de decir cosas como ésa. A veces es mejor no poner palabras a lo que ya se sabe de antemano, creo que es lo mejor para ambos —concluyó, con el estómago encogido, intuyendo que él estaba arrepentido de lo que había pasado.

—Como quieras… Además, me parece —tragó saliva para continuar hablando— que hoy podemos terminar el primer boceto y mañana ya podrás volver a tu vida.

—¡Estupendo! —exclamó con una alegría que no sentía—. Tengo una boda que organizar y un vestido que ayudar a elegir.

Julen la miró con detenimiento, parecía aliviada al saber que al día siguiente volvería a su vida, aliviada de perderlo de vista… Tragó saliva de nuevo y siguió comiendo, sin hambre, sólo sintiendo una especie de culpabilidad y algo nuevo, algo que no supo reconocer y que lo hacía sentirse inquieto y confuso.

—Ponte a trabajar mientras yo recojo la cocina —dijo Abril cuando terminaron de desayunar en silencio, al tiempo que ella se levantaba y comenzaba a llevar los platos y los vasos al fregadero.

Julen cogió su ordenador portátil y se puso a trabajar, obligándose a centrarse en la tarea, aunque su subconsciente lo dirigía hacia Abril, que estaba de espaldas, lavando los platos, concentrada en aquella tarea cotidiana. Se obligó a mirar de nuevo el ordenador. La idea la tenía clara, sabía qué tenía que hacer, qué escribir y cómo hacer de la historia que le había contado Abril un éxito en las pantallas, pero algo le faltaba para sentirse como antes. Había traspasado su límite dos veces, con la misma mujer y en su misma casa…

—¿Te ayudo en algo?

—¿Eh? —soltó Julen, saliendo de sus pensamientos de golpe. Abril estaba a su lado, mirándolo con su eterna sonrisa—. No, de momento voy bien.

—Perfecto. He pensado en dar un paseo por aquí cerca. Si me necesitas, envíame un mensaje al móvil y vendré enseguida.

—De acuerdo. Llévate una chaqueta, fuera hará mucho frío —susurró sin ánimo de nada y menos de que ella saliese de la casa sin él.

—Claro. —Sonrió con gracia mientras se daba la vuelta y caminaba hacia el salón, contoneando las caderas y haciendo que Julen se quedase hechizado por el movimiento de sus piernas enfundadas en aquel vaquero tan estrecho.

Apoyó los codos sobre la mesa y se sujetó la cabeza con las manos. Él también necesitaba salir, pasear, respirar aire fresco y poder pensar con claridad, pero no podía moverse, algo se lo impedía y lo mantenía anclado a la mesa, sabiendo que ella danzaba como un espíritu libre por la pradera, sola, ajena al caos que se había instalado en su cabeza y en su cuerpo. No podía culparla de nada, era tan dulce y excepcional que no sería legal hacerlo. El culpable era él, que no podía frenar sus impulsos, no podía quedarse quieto y cumplir su propia palabra…

Miró a través del ventanal de la cocina y vio a Abril alejarse de la casa, su larga melena se movía con el viento, llevaba las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no echar a correr detrás de ella alcanzarla y que pudieran charlar como el día anterior, para poder reír con sus gestos, sus irónicas salidas y esa manera de pensar que lo animaba y lo arrastraba al optimismo. Inspiró hondo, intentando relajarse para así concentrarse en lo que de verdad importaba en esos momentos: su película. Miró la pantalla del ordenador portátil y las palabras que aparecían en ella y de repente sus dedos comenzaron a deslizarse por el teclado, sintiendo que por fin se liberaba. Escribió sin saber

muy bien hacia dónde lo llevaría aquello, escribió sólo por el placer de verlo convertido en una realidad.

No supo cuántas horas estuvo allí, en la cocina, tecleando sin descanso. Oyó a Abril volver de su paseo, incluso oyó sus pasos al entrar en la cocina, su trastear por allí, el olor de la comida que estaba preparando. Sintió su mirada en él, pero Julen necesitaba acabar aquel guion, aquellos puntos importantes para la película, el eje principal que lo haría volver a introducirse en el mundo del cine.

Sin decirle nada, Abril le dejó un plato de comida al lado, mientras ella se sentaba enfrente. Comió en silencio, respetando ese momento tan importante para él, que sólo interrumpía el trabajo para comer el delicioso asado de carne que ella había preparado, para saciar a su estómago, ya que su mente no se encontraba en aquella cocina, sino en otro lugar, viviendo la vida que Abril le había relatado.

Julen era consciente en cierta medida de lo que sucedía a su alrededor. Sabía que Abril había acabado de comer, que había recogido la cocina y que se había marchado al salón a ver la película que no había podido terminar la noche anterior. Mientras, él seguía perfilando su guion, sintiéndose capaz de superarse en ese proyecto, poniendo en cada idea, en cada escena, en cada frase, parte de sí mismo, como si la vida de Abril estuviese estrechamente unida a la de él…

Cuando levantó la vista del ordenador ya había oscurecido por completo, se oía el ulular de las aves nocturnas y el viento que soplaba a través de los árboles. Apagó la pantalla y se levantó de la silla, estirando su cuerpo en el proceso. Se encontraba entumecido y un poco embotado, pero acababa de dar el primer paso para su segunda película. Salió al salón, la luz de la televisión era la encargada de iluminar aquella estancia, la chimenea estaba apagada y sintió el frío en su cuerpo. Vio a Abril tumbada en el sofá, tapada con la manta y profundamente dormida. Se puso de cuclillas para poder verle mejor el rostro y sonrió al percibir su tranquilidad. Un mechón le caía sobre la cara y, con mucho cuidado, se lo apartó.

—Hummmm… —ronroneó ella, moviéndose despacio y abriendo lentamente los ojos para posarlos en él—. Hola.

—Hola —dijo Julen con una sonrisa—. No quería despertarte.

—No pasa nada… ¿Has terminado?

—Más o menos —contestó sin apartar la mirada de ella.

—He visto tu película —comentó estirándose.

—¿Y qué te ha parecido? —preguntó, sin apartar los ojos de sus movimientos para sentarse en el sofá.

—Una película interesante, que te hace pensar y te mantiene en vilo… Pero me ha faltado algo…

—¿El qué? —preguntó con curiosidad.

—Sentir la historia. Te ha faltado traspasar la frontera que separa una película buena de una película que volvería a ver mil veces.

—Eres la primera persona que me ha dicho algo así.

—Te dije que sería sincera, espero no haberte molestado.

—En absoluto. Me gusta que digas lo que piensas…

—¿Tienes hambre? Yo estoy famélica —dijo, apartando la manta y poniéndose de pie.

—Un poco sí… —susurró él mientras la seguía hacia la cocina—: Abril, no hablaba en serio.

—¿Respecto a qué? ¿No tienes hambre? —preguntó, cogiendo el pan de molde y sacando fiambres de la nevera.

—Sí tengo hambre. Me refería a lo que te he dicho esta mañana… No quiero que te marches aún…

—¿Y por qué no? Me has dicho que ya no me vas a necesitar, es lógico que me vaya. Además, ya he reservado vuelo para mañana a primera hora.

—¿Ya has reservado vuelo?

—Sí, esta mañana. Y he concertado una cita con una tienda de vestidos de novia. He hablado con Carola para que estuviera preparada y he reservado una noche de hotel en Madrid —explicó con tranquilidad, detallando todo lo que había hecho mientras él estaba absorto delante de la pantalla del ordenador.

—¿Has hablado con mi hermana? —preguntó con un nudo en la garganta.

—Sí —contestó—. Tranquilo, ella no sabe nada —añadió, adivinando sus pensamientos.

—Guarda todo eso. Nos vamos a cenar fuera —dijo él en tono serio.

—No puedes permitirte cenar siempre fuera, Julen.

—Es tu última noche, no me digas que no puedo permitírmelo. Gracias a ti, dentro de poco tendré suficiente dinero como para no preocuparme por nada más —comentó, cogiendo las cosas que ella había sacado y guardándolas en su sitio.

—Como quieras… Dame un par de minutos que me cambie de ropa —pidió, mientras se dirigía al dormitorio.

—Vas bien así… —dijo, observando que llevaba unos vaqueros y un jersey blanco.

—Déjame que me arregle un poco para salir a cenar —insistió ella con una sonrisa encantadora.

Julen se pasó la mano por el pelo, nervioso, no sabía por qué le molestaba tanto que Abril estuviese deseando marcharse de su cabaña, al fin y al cabo, había sido él quien se lo había propuesto… Se fue a su dormitorio a cambiarse de pantalones y a ponerse un jersey oscuro de cuello alto, se miró en el espejo y casi se asustó al ver su rostro cansado, desorientado y pálido. Se lavó la cara con agua fría para intentar despejarse y se tranquilizó al pensar que se sentiría mejor cuando saliese a la fría noche escocesa.

Volvió al salón y la vio de pie junto a la chimenea. Llevaba un vestido negro de punto de manga larga, unos botines del mismo color y unas finas medias. Se había recogido el pelo en una coleta alta, se había maquillado muy poco, resaltando sus labios tentadores y atrayendo la mirada hacia aquellos ojos castaños que decían más que las palabras que pronunciaba aquella rubia.

—Estás muy guapa —balbuceó Julen como pudo, sintiéndose un bobo nada más pronunciarlas.

—Gracias. —Abril sonrió con timidez—. ¿Nos vamos?

Dio un paso hacia la puerta de la calle, cogió su bolso y la chaqueta y Julen hizo lo mismo, mientras contemplaba aquella perspectiva de ella; era un auténtico regalo para la vista. Cogieron la camioneta y se dirigieron hacia el pueblo. Él intentó concentrarse en la carretera, obligándose a no mirar aquellas largas piernas que tenía al lado. Al cabo de unos minutos detuvo el automóvil ante un restaurante famoso de Stirling, se apearon y se dirigieron al cálido interior. Julen habló con el dueño, al que conocía algo, y los llevaron a un rincón íntimo. La decoración era clásica, con maderas oscuras y paneles del mismo material recubriendo toda la estancia. En las mesas había manteles verdes y lámparas de tulipa colgaban del techo, dándole aún mayor calidez al local. Julen advirtió que Abril estaba más callada de lo normal, la observó leer la carta que les había ofrecido el maître y sintió unas ganas irrefrenables de estrecharla entre sus brazos. Inspiró hondo y se centró en su propia carta, en el hambre que no sentía y en aquel vacío que se había instalado en su interior al saber que ella ya había reservado un pasaje para marcharse a la mañana siguiente.

—Al final no hemos podido ir a visitar las Tierras Altas —comentó cuando el maître se marchó con el pedido escrito en su pequeña libreta.

—No pasa nada. —Abril sonrió recostándose en el respaldo de su silla—. No se van a evaporar de la noche a la mañana; ya vendré algún año de éstos a hacer turismo.

—Muchas gracias por haberte quedado estos días conmigo. Me has ayudado mucho, no te imaginas cuánto…

—De nada… —musitó sin dejar de sonreír, mientras se colocaba la servilleta sobre el regazo—: Dime, después del primer boceto ¿qué tienes que hacer?

—Debo trabajar el guion, enviarlo a corregir y luego, cuando lo tenga redactado, se lo mandaré a Richard para que le eche un ojo y poder trabajar ya con él. Es una tarea muy exigente, buscar los actores idóneos, los escenarios, el ambiente y, por supuesto, encontrar el título.

—¿Aún no lo has pensado?

—No… Ya saldrá más adelante. Lo más importante es tener la idea trabajada, algo que llevaba buscando desde hace años; cuando comience a perfeccionar el guion, seguro que se me ocurre un título perfecto —explicó, mientras el camarero comenzaba a depositar los platos solicitados sobre la mesa—. Sé que te voy a pedir demasiado, pero me gustaría que fueras de las primeras en ver la película…

—Buf… —resopló ella, cogiendo el tenedor y el cuchillo—. No sé si podré soportar ver mi propia historia en la gran pantalla.

—Cuando la tenga lista, te llamaré, espero que para entonces hayas cambiado de opinión y que vengas.

—No te prometo nada, Julen. Aún me cuesta pensar en ello sin que me duela.

—Lo sé… —Hizo una pequeña pausa—. ¿Te gusta jugar a los bolos?

Abril lo miró con una ceja enarcada, sorprendida por su pregunta, y asintió con alegría. Julen sintió como si se ensanchara por dentro al verla sonreír de verdad. Ese sentimiento era algo demasiado nuevo para él, algo que lo asustaba, pero a la vez lo reconfortaba. Pero ¿qué le ocurría cuando tenía al lado a aquella mujer?

18

Después de una cena deliciosa acompañada por una botella de vino tinto, se fueron andando hacia una bolera cercana. El cielo estrellado y la luna en cuarto menguante los acompañaban por las calles casi desiertas de Stirling. Aunque era de noche, aún no era tan tarde como para cerrar los establecimientos de ocio. Hacía frío, pero bajo sus chaquetones lo podían soportar. Hablaron del tiempo, de la historia de aquella ciudad, de los maravillosos paisajes de Escocia y de la boda de Carola. Poco a poco, la incomodidad de haber mantenido relaciones sexuales, sin derecho a nada, se fue evaporando, y consiguieron un ambiente más amistoso y festivo, ayudado con la ingesta del alcohol consumido en la cena.

—Prepárate, Julen, jugando a los bolos soy una máquina —lo informó Abril, mientras se ponía los zapatos especiales para poder pisar aquel suelo de parqué brillante.

—Creo que la rubia nos ha salido competitiva.

—No sabes tú cuánto —dijo ella con una sonrisa, poniéndose de pie y dirigiéndose hacia la pista para coger una bola.

Se concentró al borde de la línea de tiro, mirando los bolos y sopesando la bola morada que sostenía con una mano. Sabía que Julen la estaría observando detenidamente y se demoró en los movimientos previos al lanzamiento. Soltó la bola con soltura, observando cómo se deslizaba con rapidez por el carril, chocando con fuerza contra los bolos. En esa tirada los derrumbó todos menos uno.

—Buena tirada —comentó Julen con voz ronca, al haber estado más pendiente del cuerpo de Abril que de la tirada en sí. Se puso de pie y se acercó a ella—. A ver cómo derribas el último.

Abril le sonrió segura de sí misma, cogió otra bola y, haciendo los mismos movimientos, la soltó. La bola se deslizó por el carril e impactó contra el único bolo que quedaba en pie. Luego se dio la vuelta y le regaló una magnífica sonrisa triunfal.

—Muy buena —dijo Julen, asintiendo conforme—. Ahora me toca a mí.

Cogió una bola de color verde, se dirigió hacia la línea de tiro y de un movimiento la soltó con fuerza haciendo que impactase con rotundidad contra los bolos, derribándolos todos de una sola tirada.

—¡Toma! —soltó con alegría.

—Va a ser una partida muy interesante —comentó Abril, dirigiéndose hacia las bolas.

—¿Quieres tomar algo?

—Un refresco —contestó, mientras cogía de nuevo la bola morada, animada por el juego.

—¿Un refresco? No sabía que fueras una gallina —soltó él, incitándola a que cambiase de opinión.

—Gallina, dice… Venga, machote, lo mismo que tú.

—Así me gusta —contestó, antes de dirigirse al bar y pedir un par de cervezas.

Estuvieron jugando, bebiendo, azuzándose, esperando que el adversario perdiera, riéndose por los fallos, gritando cuando realizaban un pleno y divirtiéndose con cada jugada, todo ello sin parar de mirar al otro cuando tiraba, repasando con la mirada la postura de su cuerpo, sabiendo a ciencia cierta lo que escondía la ropa. Poco a poco, sin saber muy bien cómo, los roces entre ellos, las caricias intencionadas, fueron la tónica de aquella velada. Se buscaban para darse una palmadita, primero en la espalda, pero a medida que las cervezas pasaban por la mesa, fueron bajando hacia las nalgas. Estaban animados, divertidos por la partida tan

interesante que estaban disputando, y sin pensar en otra cosa más que en pasarlo bien.

En la primera partida ganó Julen y Abril le pidió la revancha, envalentonada por sus ganas de querer ganarle y por darle en los morros a aquel hombre que no paraba de hacer gestos triunfales y la provocaba mientras le daba algún cachete en el trasero, al cual ella respondía con una sonrisa triunfal lanzando besos al aire y notando cómo su cuerpo se calentaba cada vez más y lo buscaba para sentirlo contra su piel. Desde fuera parecían una pareja más, que no podían mantener las manos alejadas el uno del otro, que se buscaban, excitados, en aquel juego previo a una noche que todo hacía pensar que acabaría en sexo... Las cervezas fueron las causantes de esa muestra en exceso de cariño por parte de los dos. Las risas comenzaron a ser más asiduas y, entre un lanzamiento y otro, se olvidaron de su rivalidad y comenzaron a jalearse para realizar plenos.

—¡¡Síiii!! —gritó Abril extasiada al hacer un pleno, mientras saltaba de alegría y se abrazaba a Julen.

Él la estrechó contra su cuerpo y aspiró su dulce aroma, perdiendo por completo el pudor y la razón.

—Si consigues otro pleno en esta tirada extra, me ganarás —susurró, al notar que Abril se despegaba de su cuerpo y se dirigía hacia donde estaban las bolas. No pudo evitar mirar cómo contoneaba las caderas al andar y se acercó, para tenerla más cerca y sentir su piel contra su cuerpo.

Abril se concentró al máximo, sólo tenía que realizar otra tirada perfecta y le habría ganado. El alcohol que había ingerido durante toda la noche hacía que aquella tarea resultase más complicada. Ya no recordaba cuántas cervezas había tomado y se sentía un poco mareada y demasiado desinhibida.

—Tú puedes, Abril. Fíjate en los bolos y colócate justo en el centro —la animó Julen a su lado, apoyando una mano en la parte baja de su espalda, haciendo que ella inspirase con fuerza para concentrarse en el juego y no en su cálido y sugerente contacto.

Realizó los movimientos estudiados y soltó la bola con fuerza, haciendo que impactase con fuerza contra todos los bolos.

—¡¡Toma yaaaaaaaaa!! —gritó con júbilo, al ver que había derribado todos los bolos.

Se dio la vuelta para mirar a Julen, que le sonrió orgulloso y la cogió en volandas, haciéndola girar por la pista mientras la miraba embelesado.

—Enhorabuena, campeona —dijo, dejándola de nuevo en el suelo y dándole un suave beso en los labios que le supo a ambrosía.

—Gracias —contestó ella con una sonrisa nerviosa, notando una fiesta instalada en el interior de sus braguitas con sólo sentir los labios de Julen sobre los suyos.

—¿Otra partida?

—Por mí no. Creo que un empate está muy bien para dar por finalizada la noche. Además, mañana tengo que madrugar y no quiero acostarme muy tarde —explicó Abril, yendo hacia donde tenía el bolso y la chaqueta, para poder quitarse los zapatos especiales y colocarse los suyos, intentando calmar su deseo repentino por aquel hombre con el que no había parado de tontear durante toda la velada.

—Claro… —farfulló él, poniéndose rápidamente sus botas, para así seguirla hacia la calle, y sintiendo que la diversión y el buen rollo que habían tenido se había evaporado al oírla pronunciar esas palabras.

El frío los espabiló de golpe y se dirigieron hacia el coche por las desiertas calles, sin hablar, sin comentar lo bien que lo habían pasado esa noche. Julen condujo en silencio, concentrado en la carretera, sin ganas de volver a su cabaña, sin ganas de nada, sólo de detener el tiempo y poder retener así a la sugerente y magnífica mujer que era Abril a su lado…

Llegaron a la cabaña bien entrada la noche. Julen encendió la chimenea mientras Abril iba al aseo. Se quedó en cuclillas, admirando el fuego que acababa de encender, sintiendo el calor en sus mejillas y en sus manos. Oyó que la puerta del cuarto de baño

se abría y buscó a Abril con la mirada, tragando saliva mientras se levantaba.

—Me voy a dormir ya, Julen. Sólo quería darte las gracias por esta noche, lo he pasado muy bien —comentó ella con timidez, jugando con la manga de su vestido.

—Debería ser yo quien te diese las gracias. Has conseguido que lo pasara genial… —susurró, pasándose una mano por la cabeza, nervioso, mientras se acercaba a ella con paso seguro—. Cuando vuelva a Madrid, podríamos quedar para tomar una cerveza, ¿no?

—Oh, no, Julen, no hagas promesas que no vayas a cumplir. Es mejor acabar las cosas de esta manera, sin palabras, sin obligaciones, sólo recordando lo bien que lo hemos pasado y que, al final, nos hemos ayudado mutuamente. Nada más que eso —declaró Abril con elocuencia.

—Te puedo asegurar que no lo digo por decir. Me ha encantado conocerte a ti de verdad —dijo, mirándola a los ojos con devoción.

—Hummmm… Buenas noches, Julen. —Abril titubeó pero finalmente se dio la vuelta para dirigirse a su habitación.

De repente él la cogió de la mano deteniendo su trayectoria. Ella se volvió para mirarlo, temiendo ver aquella mirada que la enloquecía y que le hacía perder la noción del tiempo y del espacio. Sin tiempo para reaccionar, sintió la boca de Julen aprisionando sus labios, sus manos acariciando su cuerpo, mientras le subía el vestido despacio, excitándola en un segundo. Entre jadeos, comenzaron a desnudarse, con prisas, sin hablar, sólo sintiendo. Julen la llevó a su cama y, despacio, la tumbó sobre el cómodo colchón. Disfrutando de la visión de su cuerpo sólo con las finísimas medias, la ropa interior y los botines. Se quitó el pantalón casi de una patada, sabiendo que ella lo estaba mirando, reteniendo en sus pupilas aquella última noche, aquella despedida. Antes de tumbarse a su lado, le quitó las medias, relamiéndose de gusto al ver su cuerpo desnudo, sintiendo las ganas irrefrenables de arrancarle las pocas prendas que tapaban su esbelto cuerpo.

Abril gemía con cada caricia, con cada beso y también cuando Julen se tumbó encima de ella y la besó como si fuera la última vez que lo hacía. Saboreándola por completo, entregándose en cuerpo y alma a aquel menester. Era un gozo tenerla entre sus brazos, ver cómo se retorcía con las caricias que le proporcionaban sus manos, escuchar aquellos jadeos cortos, casi inaudibles, que lo volvían loco de placer. En segundos, lo poco que los cubría desapareció, dejándolos libres para rozarse, para juguetear con sus manos y descubrirse con sus bocas.

Julen creía que iba a estallar cuando vio las intenciones de Abril. Poco a poco, con aquella mirada felina que tenía cuando hacía el amor, bajó hacia su pene y se lo rodeó con los labios. Luego fue deslizándose hacia abajo, introduciéndoselo en la boca, mientras pasaba despacio la lengua por su longitud, haciendo de aquella caricia algo brutal. Julen tuvo que cogerse del colchón con ambas manos, reteniendo las ganas de dejarse llevar por aquella boca que lo volvía loco desde la primera vez que la vio. La miró embelesado, mientras ella succionaba su pene erecto lentamente, llevándolo al borde de la locura, como él mismo le había enseñado a hacer, de una manera pecaminosa.

—Abril, no podré aguantar más… —farfulló como pudo.

Ella lo miró y le sonrió, encantada de haber conseguido que estuviera al borde del clímax, orgullosa de poder excitar a un hombre como él. Julen no pudo contenerse más y, con un movimiento rápido, la atrajo hacia sí para devorarle la boca, mientras su mano viajaba al interior de sus piernas y le acariciaba el clítoris, introduciendo primero un dedo y después otro. Estaba tan húmeda, tan preparada para él, que se sintió complacido. Ella lo rodeó con las piernas, dándole mayor acceso y Julen, sin apartarse, cogió un preservativo, se lo colocó y se hundió en su interior en un solo movimiento. Sentirla, tenerla debajo oyéndola gemir al lado de su oreja, notar su suave trasero chocar contra él, era lo mejor que le había pasado en la vida. La penetró con fiereza, con ganas y con pasión, sintiendo que en cada movimiento Abril se abría más a él,

que estaba al borde del clímax. Con destreza, uno de sus dedos fue a acariciar ese botón hinchado de su cuerpo, que había probado con su boca hacía pocas horas y que, de repente, se le antojó demasiado apetecible como para no volverlo a probar de nuevo. La acarició mientras la penetraba con mayor profundidad, escuchando sus gemidos, su respiración acelerada, notando cómo su pequeño pecho subía y bajaba, rozándose contra su torso; hasta que al final oyó el alarido que anunciaba el orgasmo.

Tuvo que hacer un esfuerzo brutal para no dejarse ir con ella, pero no quería que esa última vez fuera tan rápida. Deseaba hacerle el amor durante toda la noche, oírla gemir hasta el amanecer, notar su cálida y suave piel hasta que el sol la iluminase… Deseaba que aquella noche no terminase nunca. La besó con devoción mientras ella se deshacía de placer entre sus brazos, absorbió sus gritos, consciente de que aquella intimidad que había alcanzado con ella no la volvería a experimentar con nadie más.

Abril le sonrió con los ojos brillantes y las mejillas ruborizadas. Julen le acarició la cara con ternura sin dejar de mirarla a los ojos. Ella se movió y se puso a cuatro patas, mirándolo picarona al adoptar una de las posturas del día anterior, enseñándole su perfecto trasero. Julen no lo dudo, se puso de rodillas la acarició con parsimonia, notando que ella comenzaba a querer más y más. Se mordió los labios mientras introducía un dedo en su sexo, notando cómo se contraía. Se acercó y le lamió la espalda, bajando con su lengua hacia sus glúteos, mientras escuchaba los jadeos de Abril, que empezaba a moverse para notar más aquel dedo que la estaba incitando.

Julen miró de nuevo su cuerpo, sintiéndose un canalla con suerte, mientras dirigía su pene al sexo de Abril, que, al notarlo, ronroneó de gusto. Cogiéndola con fiereza de las caderas, comenzó a penetrarla así, haciendo chocar su trasero contra sus muslos, escuchando sus gemidos, su respiración acelerada. Debía aguantar, quería aguantar, pero al verla tan entregada, saber que él era el causante de esos jadeos, se volvió loco. Mientras la penetraba, cada

vez más hondo y más rápido, empezó a acariciarle el clítoris con una mano, mientras con la otra se sujetaba para no caerse encima de ella.

—Oh, Julen… Más, más fuerte, más fuerte —jadeó extasiada.

Y él la embistió con todas sus fuerzas, y la oyó alcanzar el clímax de nuevo. Y dejándose llevar por ese momento tan erótico, también se derramó en ella con un grito seco y gutural.

—Uf… —resopló agotado, saliendo de su interior y tumbándose a su lado, al tiempo que se quitaba el preservativo con cuidado.

—Otra vez… —siseó Abril con un hilo de voz, mientras se dejaba caer boca abajo, ocultando con la almohada la sonrisa de satisfacción que se le había quedado en la cara.

—¿Te arrepientes? —preguntó Julen en voz muy baja, acariciándole la espalda con cuidado, notando cómo la piel se le erizaba al contacto con sus dedos.

—No —dijo ella volviendo la cabeza para mirarlo a la cara—, aunque es posible que dentro de unos días sí lo haga.

—¿Por qué?

—No suelo hacer estas cosas, Julen. Ya lo sabes… Pero en cierta manera, me alegro que haya sucedido. Creía que tenía un problema con el sexo, pero ahora veo que no es así.

—Lo que te hizo ese insensato no fue muy brillante, sobre todo siendo tu primera vez… Has esperado mucho tiempo para volver a probar con otro.

—Tenía miedo de que me pasara otra vez… Creía que era de esas mujeres que no disfrutan con el sexo.

—No hay mujeres que no disfruten del sexo, hay hombres ineptos que sólo piensan en ellos y no se esfuerzan por complacer a sus amantes.

—¿Tú siempre has logrado que alcanzaran el orgasmo?

—Por supuesto. Por lo menos lo he intentado con todas mis fuerzas —dijo sin dejar de acariciarla.

—¿Con cuántas mujeres te has acostado?

—No sé… —susurró encogiéndose de hombros—. Han sido bastantes en los últimos años. Me ha ayudado bastante ser famoso.

—Claro.

—Pero nunca ha sido como contigo —murmuró frunciendo el cejo, preocupado.

—No hace falta que me regales los oídos —soltó ella con una sonrisa, inquieta por sus palabras.

—No lo hago, te digo la verdad. Ya sabes que nunca lo hago en mi propia casa o en mi propia habitación de hotel…

—Era bastante complicado no hacerlo, ya que estoy hospedada en tu casa —comentó divertida, advirtiendo en la mirada de él algo diferente, aunque no sabía definir qué era.

—Ésa no es la razón por la que he hecho oídos sordos de mi propia regla. No sé, Abril, contigo todo es distinto, más natural, más espontáneo… Me gusta.

—Ha estado bien, pero como todas las cosas, se acaba… Mañana por la mañana cogeré ese vuelo, nos volveremos a ver en la boda de tu hermana y esto será sólo un recuerdo.

—Entonces, hasta que llegue ese momento, voy a disfrutar del ahora contigo —contestó, con una sonrisa repleta de tentadoras intenciones.

—No puede ser que tengas ganas de más —dijo ella, adivinando sus pensamientos.

—Te voy a contar un secreto —respondió Julen acercándose y dándole suaves besos en el cuello—: Contigo soy insaciable.

Abril sonrió mientras la suave boca de Julen le recorría la clavícula, y sus manos acariciaban el interior de sus muslos. De repente, se puso a horcajadas sobre él y empezó a besarlo con pasión. Mientras, Julen recorría con las manos su cuerpo desnudo, memorizando cada recodo de su piel, notando que los pezones se le endurecían cuando él pasaba su mano cerca y que su pene se endurecía al mismo tiempo sólo con tenerla así, para él.

Ella empezó a acariciarlo y a besarlo con aquella dulzura que lo enloquecía y deseó, por primera vez en su vida, que aquella mujer

se quedase para siempre entre sus sábanas para poder besarla eternamente y dormirse observando su rostro risueño.

19

Se despertó antes de que la luz del sol entrase por las ventanas de la cabaña de Julen, se volvió despacio para mirarlo por última vez. Era tan guapo que parecía irreal, de esos hombres que Maca fotografiaba a diario y que sólo se veían en las pasarelas o en las revistas. Sonrió instintivamente al pensar que había sido ella la primera en yacer en su cama después de lo ocurrido con su última novia, algo que la hizo sentirse bien consigo misma, ya que no había sido una más en su interminable lista de conquistas. Le echó una última mirada y, casi obligándose, salió con cuidado de la cama para comenzar a prepararse y así dejar aquel nido de erotismo y sexo que habían fabricado en tan poco tiempo. No sabía cuáles eran las causas, pero ese hombre, con sólo una mirada, la llevaba a rozar la luna y a querer más y más.

Cogió su pequeña maleta, la chaqueta y el bolso y, dando un último vistazo a aquella encantadora cabaña donde había aprendido tantas cosas de sí misma, salió a la fría mañana. Caminó unos pasos, los justos para que él no la viera desde la ventana de su casa, y llamó un taxi, que tardó unos minutos en llegar, para que la llevara al aeropuerto de Glasgow. Miró por la ventanilla todo el trayecto, imaginándose lo que pensaría Julen cuando se despertara y viese que ella ya se había marchado sin decirle adiós, sin dejarle una nota. Aunque las palabras no acudieron a ella ni siquiera para eso, sí le dejó algo sobre la encimera de la cocina, un llavero que le regaló Maca hacía tiempo, cuando empezaron a imaginarse lo que sería

tener un negocio entre las dos. Antes de abandonar aquel lugar donde había aprendido tanto, Abril supuso que a él le gustaría tenerlo, como recuerdo de esos días que había compartido con ella. Era pequeño, una baratija, pero con un gran valor sentimental para Abril, que sintió la necesidad de regalarle una pequeña muestra de lo que había significado para ella estar esos días con él, aunque no tuviese la osadía de explicárselo con palabras mientras lo miraba a los ojos.

Pero la verdad era que se sentía más segura de sí misma, notaba que podía conseguirlo todo, sentía que nadie podría derrotarla. Era posible que Julen pensase que era ella la que lo había ayudado a él, pero Abril sentía que era al revés. Lo supo aquella mañana, cuando salió en solitario a dar un paseo por los bosques de alrededor de la cabaña mientras él escribía en su portátil. Julen le había mostrado como era ella de verdad y, lo más curioso, era que a Abril le había gustado lo que había visto.

Llegó con tiempo suficiente al aeropuerto y aprovechó para desayunar en una pequeña cafetería. Sacó su teléfono móvil y comenzó a planificar ese día que auguraba bastante productivo. De repente, un mensaje hizo que se pusiera en alerta. Lo abrió temerosa de encontrarse cualquier cosa que estropeara aquel final tan fantástico, pero lo que vio hizo que sonriera como una tonta, sintiendo cómo su pecho se ensanchaba pletórico. Era una foto de Julen haciendo pucheritos, mientras le mostraba el llavero de Campanilla que le había dejado sobre la encimera. En el texto ponía:

Me gustaba más la Campanilla de carne y hueso.

Negó con la cabeza mientras sonreía y comenzó a escribir un mensaje de respuesta:

Te he dejado a mi sustituta, es mucho más ocurrente que yo y más eficaz. Espero que te dé mucha suerte y que puedas acabar el guion para filmar tu película.

Él no tardó mucho en contestar:

Gracias por todo lo que me has dado, incluida a tu sustituta. Nos veremos pronto. Besos.

Abril sonrió mientras apagaba el móvil y se levantaba para pagar el desayuno. Era inevitable no volver a verlo, aunque no sabía muy bien qué harían cuando llegase el momento. Cogió su pequeña maleta y se dirigió a la puerta de embarque. Tenía por delante un par de horas de vuelo, que aprovecharía para poner a punto su abandonada agenda y retomar el trabajo de la boda.

El cielo de Madrid estaba nublado y el frío seco hizo que Abril se subiera la cremallera de la chaqueta hasta arriba del todo. Cogió un taxi en la parada de la terminal y dio la dirección de la tienda de novias donde había quedado con Carola. Miró el reloj por enésima vez consecutiva. Iba bien de tiempo y esperaba que el característico tráfico de la capital de España no la hiciera llegar tarde a la cita.

—Perdona por el retraso —dijo Abril casi sin aliento al entrar en la boutique. Carola la esperaba sentada en uno de los sillones del local. Iba preciosa, con un vestido holgado de alegres colores y unas botas altas negras.

—Tranquila, acabo de llegar hace unos minutos —comentó, levantándose para darle un par de besos—. ¿Cómo estás?

—Muy bien, ¿y tú?

—Casi al borde de la histeria. Menos mal que me llamaste ayer. Estaba a punto de coger un avión y presentarme en casa de mi hermano. ¡Ya podía haber esperado a que yo eligiera el vestido! —exclamó, cogiéndola del brazo y echando a andar hacia donde se encontraban los vestidos de novia—. Espero que se haya portado bien contigo. Antes de acceder a su plan, le hice prometer que se portaría como un caballero —susurró, mirando de reojo su rostro relajado y risueño.

—Lo ha hecho, tranquila. Ha estado trabajando mucho estos días y ayer consiguió terminar el primer boceto del guion.

—Me alegro. Ya le tocaba poner fin a esa sequía de ideas. Muchas gracias por haber contribuido a que volviese a escribir y por tener tanta paciencia con él. La verdad es que me estoy llegando a creer que de verdad eres como el hada vestida de verde —dijo, apretándole el brazo con cariño.

—No hace falta que me agradezcas nada… —contestó avergonzada, desviando la mirada hacia los vestidos expuestos—. Bueno, ahora nos toca centrarnos en ti. Dime, ¿cómo te gustaría que fuera el vestido?

—Me gustaría no desentonar con el precioso lugar que nos has buscado para decir el «Sí, quiero». Quiero algo que se funda con el castillo, con el romanticismo y con ese paisaje tan especial.

—Creo que sé más o menos de lo que hablas. Ven, vamos a hablar con Elsa, es la encargada de esta magnífica tienda y seguro que tiene algo especial para ti.

—¡Qué ganas tenía de que llegase este día! —exclamó Carola entusiasmada.

Abril habló con la encargada para que les enseñara vestidos de estilo princesa, de diferentes formas, más pomposos, con más volantes o menos, para que Carola se probase distintos estilos, pero sin abandonar el tema característico de aquella boda: el cuento de hadas.

—¿Te gusta? —preguntó Abril, cuando la joven salió del probador con el tercer vestido que se había probado.

—Bueno… no está mal —murmuró Carola con indiferencia, mientras se miraba en el espejo y acariciaba la suave y suntuosa tela.

—Elsa, ¿podrías sacarle el vestido que te pedí antes de venir? —le preguntó Abril a la encargada.

—Ahora mismo —dijo, dándose la vuelta y yendo en busca del vestido solicitado.

—¿Le pediste un vestido?

—Sí, lo busqué por internet. No lo tenían en la tienda y me lo han pedido para que te lo probases.

—¿Por qué no me lo has enseñado antes?

—Porque quería que te vieras con diferentes modelos, para que estuvieras segura de tu decisión y no condicionarte con mi propuesta —explicó Abril con ternura.

Elsa le dejó el vestido en el probador y Carola se fue hacia allí para probárselo.

—Oh, madre mía, Abril —balbuceó desde dentro del probador al cabo de unos minutos.

—Sal para que te vea —dijo ella con una sonrisa al notar la emoción en su voz.

Carola salió, luciendo un precioso vestido vaporoso, con volantes en la falda. El cuerpo era entallado, bordado y con perlas plateadas cosidas. El escote tenía forma de corazón y justo por debajo del pecho la tela adquiría una caída espectacular. Carola subió a la pequeña tarima que había dispuesta en el salón y se miró en el gran espejo bajo la atenta mirada de Abril, que sonreía mientras a ella se le empañaban los ojos de lágrimas.

—¿Te gusta?

La joven sólo pudo asentir, mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas, sin dejar de mirar el reflejo del espejo.

—Es precioso, Abril. Justo lo que yo quería… ¿Cómo sabías que esto era lo que yo tenía en mente? —logró decir, totalmente emocionada.

—Porque sé escuchar lo que no se dice —susurró, dándole las manos para transmitirle su cariño.

—Cada vez estoy más segura de que eres un hada que hace realidad los sueños de los demás —sollozó sin poderse reprimir al haber encontrado su vestido, mientras Abril sonreía con sus ocurrencias.

—Voy a hacerte esa pregunta que siempre oigo en los programas de televisión y que siempre había tenido ganas de repetir —dijo Abril poniéndose seria y mirándola a los ojos—: ¿Es éste tu vestido?

Carola rio mientras asentía dichosa.

—Sí, definitivamente lo es.

—Elsa, ¿tendrías una estola para combinar con el vestido y unos zapatos de tacón cerrados? Se va a casar casi en invierno y no queremos que la novia pase frío.

—Claro —dijo la encargada, dirigiéndose hacia donde se encontraban los complementos.

Al poco, Carola llevaba una estola de piel blanca sobre los hombros y unos zapatos de tacón del mismo color, y se contemplaba en el alargado espejo.

—He pensado que te hagan un tocado vistoso para el cabello, no muy exagerado, para que no desentone con el vestido, pero algo que sea romántico.

—Cuando me vea vestida, maquillada y en aquel paraje de ensueño, creo que no me lo voy a creer. Abril ¡que me caso! —exclamó entusiasmada, abrazándola.

—Sí, y aún me quedan muchas cosas por hacer —dijo Abril entre risas.

Después de encargar el vestido y los complementos, se fueron a comer juntas a un restaurante cercano.

—Antes de la boda, hay que hacerte la prueba del peinado y la prueba del maquillaje. Cuando llegue a Valencia hablaré con la chica que se encarga de eso y te diré qué día le viene bien venir hacia aquí —explicó, cogiendo la copa de agua y bebiendo un poco.

—Oh, no, sólo faltaría eso. Iré yo a Valencia y así no tenéis que desplazaros las dos hasta Madrid —contestó Carola secándose los labios con la servilleta y dejando los cubiertos sobre el mantel.

—No sería ninguna molestia hacerlo, forma parte de nuestro trabajo.

—Lo sé, pero prefiero ir yo. ¿Cuándo te vendría bien?

—Mañana vuelvo, te llamo desde ahí y concretamos el día.

—Perfecto. Entonces, ¿te quedas aquí esta noche?

—Sí, no he encontrado billete de tren para volverme por la tarde y he tenido que reservar uno para mañana a primera hora. Pero bueno, así podemos aprovechar al máximo el día y adelantar cosas.

—¡Qué bien, qué bien! —exclamó Carola, dando pequeñas palmaditas, emocionada por adelantar los preparativos.

Después de comer se fueron a mirar detalles para los invitados, ropa interior para debajo del vestido de novia y para la noche de bodas e incluso se acercaron a una joyería para comenzar a mirar los anillos nupciales y las joyas que llevaría Carola ese día.

—Estoy cansadísima, Abril —susurró la joven, después de haber caminado toda la tarde.

—Por hoy creo que ya está bien. Por lo menos hemos avanzado bastante —dijo ella con una sonrisa.

—Ahora toca descansar y cenar. Vamos a parar un taxi y que nos lleve a casa.

—Yo tendría que irme al hotel a preparar mi vuelta.

—¡Oh, no! De eso ni hablar. Cenas con nosotros y luego te acerca Richie al hotel.

—De verdad que te lo agradezco, pero mañana salgo a primerísima hora y necesito descansar. Posponemos la cena para otro día, ¿de acuerdo?

—Como quieras. Abril, de verdad, muchas gracias por todo.

—Es mi trabajo, Carola. No hace falta que me lo agradezcas —dijo ella con una sonrisa sincera.

—No es sólo tu trabajo… Eres una fantástica persona y me alegro muchísimo de haber tenido la oportunidad de conocerte —susurró la joven, visiblemente emocionada.

—Creo que las hormonas se te están revolucionando —dijo Abril acercándose a ella y dándole un afectuoso abrazo—. Vas a ser una madre maravillosa, Carola.

—¡Ay, no me digas esas cosas, que lloro! —exclamó, mientras de sus ojos se deslizaban lágrimas incontrolables.

—Mira, acaba de parar un taxi, ve a casa y descansa. Mañana te envío la fecha para la prueba de peinado y maquillaje.

—Nos vemos, Abril —dijo Carola, abriendo la puerta del taxi y mirando a su organizadora con cariño.

Abril se quedó observando cómo se alejaba el taxi con una sonrisa. Simpatizaba mucho con Carola, pensaban de manera similar y conectaban en gustos. Paró otro taxi y le dio la dirección de su hotel. Estaba deseando llegar, darse una ducha y meterse en la cama. Habían pasado muchas cosas en pocos días y se sentía exhausta.

El viaje de vuelta fue un poco aburrido, aunque Abril intentó aprovecharlo para organizar la agenda de esa semana, después no supo muy bien qué hacer. Se entretuvo lo mejor que pudo, mirando el paisaje por la ventana y poniéndose al día en sus redes sociales, aunque al cabo de una hora ya lo tenía todo revisado y por delante otra hora más que no quería utilizar recordando los detalles de aquellos días en Escocia. Era mejor pensar que había vivido algo muy bonito, pero que nunca más volvería a ocurrir; no quedarse anclada en aquellas sensaciones vividas y no avanzar…

—Hola, Maca ¿dónde estás? —preguntó Abril llamando a su amiga con su teléfono móvil.

—Saliendo de casa para irme a la revista.

—¿Comemos juntas?

—¡¿Ya estás aquí?! —preguntó Maca casi gritando.

—De camino.

—Claro que comemos juntas. ¿Me recoges en la revista?

—Por supuesto. ¡Ah! Prepárate, que te voy a dar un buen tirón de orejas.

—Anda, petarda, no te hagas la dura. Seguro que has disfrutado como una jabata montándote a Julen. Iiiiiijaaaaaa!!! —exclamó con un grito vaquero que a Abril la hizo reírse a carcajadas.

—Luego hablamos, linda vaquerita —dijo con una sonrisa, mientras finalizaba la llamada.

Al fin llegó a su ciudad natal, cogió el metro y se fue a su casa para dejar la maleta y cambiarse de ropa. Aprovechó para poner un poco de orden y para hablar con la encargada del supermercado. Iría a trabajar al día siguiente. Dio gracias por tener a una encargada tan maja y no haber abusado en el pasado de las bajas laborales, si no, aquel viaje sorpresa le hubiese salido muy caro.

Cuando se acercó la hora acordada con Maca, salió de su pequeño piso y se fue a coger el metro para dirigirse a la revista donde su amiga trabajaba, que se encontraba cerca del centro de Valencia.

—Hola, lianta —saludó Abril cuando vio a Maca, que le sonreía acercándose a ella.

—Anda, anda, no digas tonterías. Vamos a comer y a cotillear a gusto —dijo, cogiéndola del brazo y alejándose de allí.

Fueron a un bar cercano donde servían menús, se sentaron en el interior y eligieron los platos que querían comer. Mientras Abril bebía del vaso de Coca-Cola que le había traído el camarero, Maca no disimuló que la estaba mirando con gran interés.

—¿Qué miras? ¿Tengo algo pegado en la cara? —preguntó ella, dejando el refresco sobre la mesa.

—Sí, una sonrisa tonta que no te había visto nunca —replicó Maca, cogiendo su caña y dando un trago.

—Pues, hija, es la misma de siempre.

—Venga, cuéntame qué tal —la apremió su amiga con curiosidad.

—Si olvidamos el hecho de que me recogió, pilotó un avión y me llevó a Escocia sin mi consentimiento, pero sí con el tuyo, podría decir que he estado en situaciones mejores.

—Bah… alguien tenía que hacer algo para acercarte a él. Es que, Abril, cuando se te mete la idea de que no quieres nada con ningún hombre, de verdad que te pones un pelín insoportable. ¡Chica, está como un queso! Debes darle alegría a ese cuerpo que en unos años estará arrugado y no servirá para nada.

—Maca, no iba a una orgía organizada. Iba a contarle mi pasado a un completo desconocido que, además, lo iba a utilizar para

mostrárselo a todo el mundo.

—¿No ha habido sexo? —preguntó Maca entre sorprendida y preocupada, mientras se inclinaba sobre la mesa para mirarla a la cara escrutándola.

—Eso es lo de menos… —susurró Abril, recostándose en el respaldo de la silla.

—¡Ha habido sexo! —afirmó Maca casi gritando. Alzó las manos al cielo y bailoteó sin levantarse de la silla, feliz del desenlace de aquella escapada que ella había ayudado a materializar.

—Maca, para. ¡Maca! —masculló Abril, mirando detrás de su amiga.

—¿Qué? —preguntó Maca sin entender nada.

—Acaba de entrar Ernesto —farfulló Abril en voz baja, cambiándole el semblante.

Maca se volvió sin ningún disimulo y lo miró con mala cara. Abril maldijo por dentro al ver que se acercaba a donde ellas estaban sentadas. ¿Y ahora qué querría el Innombrable?

20

Ernesto era uno de esos hombres que daba gusto mirar, apuesto, llamativo, sereno y con la total seguridad de quien se sabía objeto de deseo de muchas mujeres. Se acercó a paso lento, casi estudiado, sin apartar su mirada gélida de Abril y obviando a Maca, a la que siempre había detestado y cuya forma de vestir le desagradaba. Ese día él llevaba un traje gris con corbata roja y zapatos relucientes. Abril sabía que los trajes se habían convertido en su uniforme de trabajo. Ahora él era quien llevaba la empresa de sus padres y se había convertido en un empresario de gran reputación.

—¿Dónde has estado? —preguntó sin saludar siquiera.

—¿A qué te refieres? —preguntó Abril, cansada de los absurdos acertijos que siempre utilizaba para dirigirse a ella.

—Ayer estuve en tu casa y no había nadie.

—¿Y para qué viniste a mi casa? ¿Le ha pasado algo a Zoe? —soltó preocupada, al momento de darse cuenta de que era extraño que él la buscara allí.

—No le ha pasado nada. ¿Podemos hablar en privado? —preguntó Ernesto, mirando a Maca de reojo.

—Puedes hablar delante de ella. Ya sabes que es como de la familia.

—Ya… —gruñó él de malas maneras, sin disimular lo que sentía por la amiga de la madre de su hija—. Aun así, prefiero hablar de estas cosas a solas. Esta tarde me pasaré por tu casa.

—No. Mejor quedamos en algún sitio público.

—¿No quieres que entre en tu casa? —preguntó socarrón.

—Creo que allí no se te ha perdido nada. Sólo eres el padre de mi hija, nada más —contestó Abril muy seria.

—Vale. A las siete y media en la cafetería de la plaza de la Reina.

—Allí estaré.

Sin decir nada más, Ernesto se dio la vuelta y se dirigió a la barra del bar, donde había un par de hombres que, al verlo, hablaron con él y miraron sin disimulo hacia donde se encontraban ellas sentadas, con una actitud prepotente y ofensiva, pero que Abril prefirió obviar para no montar un numerito delante de unos extraños que no tenían culpa de que el Innombrable fuese un sinvergüenza.

—Gilipollas —soltó Maca, sin apartar la mirada de rencor de Ernesto.

—Buf… —resopló Abril, cogiendo su bebida y bebiendo un trago —. A ver qué me querrá contar éste ahora…

—A lo mejor que se va a casar con la mamá de Irene —contestó Maca con sorna.

—¿Y qué quiere, que le dé la bendición? —gruñó Abril con ironía.

—Querrá una última noche de pasión contigo.

—¡Ay, Maca, calla, no seas desagradable! Lo miro ahora y me entra hasta repelús. ¿Qué vi en él para dejarme embaucar?

—Un cuerpo, un formidable cuerpo. Pero en la azotea no tiene nada, sólo paja. Ése es el problema.

—Aunque para los negocios parece que sí tiene buena cabeza.

—Eso no tiene mérito, sus padres se lo han dado todo mascado —replicó Maca con solemnidad—. No me gusta ni un pelo, Abril. Esta tarde estaré con Almu por ahí cerca, vigilándolo, y cuando acabe de decirte eso tan importante que no puede hablar delante de mí, nos vamos de cenita, ¿qué te parece?

—Me parece una idea genial —dijo Abril con una sonrisa, mientras el camarero dejaba los primeros platos sobre la mesa. Agradecía la preocupación de Maca. A ella tampoco le gustaba aquel interés repentino por hablar a solas.

—Y ahora no te hagas la loca y cuenta qué tal con Julen —la apremió su amiga, haciéndola sonreír mientras negaba con la cabeza.

—Muy bien.

—¡Toma ya! Lo sabía, lo sabía. Mira, me entran ganas de ir ahora mismo delante del Innombrable y decirle: «¡Chúpate ésa!» —dijo en un tono de voz más alto del normal, haciendo que Abril no pudiese reprimir las carcajadas e intentando no mirar en la dirección donde se encontraba el susodicho y que suponía que las estaría observando.

—Maca, controla, que es el padre mi hija y, por desgracia, me tocará verlo el resto de mi vida.

—Vaya cruz te ha caído con ese hombre… En fin, entonces ¿ya sabes lo que se siente cuando se está con un hombre de verdad? —preguntó Maca a continuación, mientras subía y bajaba repetidamente y muy deprisa las cejas.

—¡Sí! —exclamó ella acalorada.

—Espérame aquí un segundo, vuelvo enseguida.

—¿Adónde vas ahora? —preguntó Abril, extrañada al ver que dejaba los cubiertos sobre el mantel.

—A tocar las campanas de la iglesia —soltó su amiga con seriedad.

—¡Serás payasa! —exclamó ella entre risas.

—Soy la payasa que te ha ayudado a averiguarlo —canturreó Maca con alegría, empezando a pinchar la ensalada con el tenedor —. No es por nada, pero me debéis una mención especial en esa película.

—Eso háblalo con él —dijo Abril con una sonrisa.

—¿No lo vas a volver a ver?

—Lo tendré que volver a ver en la boda de su hermana.

—¿Entonces…?

—Entonces nada. Ha sido algo esporádico, Maca, nada más.

—Vaya… Yo ya me había hecho mis planes. No todos los días tu mejor amiga se ennovia con un director de cine famoso.

—Pues lo siento por ti, pero no hay noviazgo por ninguna parte.

—Es una pena.

—No te creas, no siento pena de que haya acabado así. Los dos sabíamos que no iba a durar más que el tiempo que ha durado... Recuerda que yo tengo a Zoe y a él le dan alergia las mujeres con hijos.

Maca la miró con una ceja enarcada. Se la veía bien, mejor que nunca, pero a ella le hubiese gustado que Julen hubiese sido más que algo pasajero para su amiga…

Después de comer se despidieron hasta la tarde, Maca se fue a la revista y Abril se dirigió a casa de su padre para hacerle una visita. Le habló del viaje que había hecho a Escocia, aunque omitió el hecho de que había sido forzada a hacerlo y que había compartido casa con un director de cine interesado en llevar su vida a la gran pantalla. Aunque al principio dudó si contarle la verdad, creyó que no hacerlo era lo mejor para su padre, que había sufrido muchísimo con todo lo sucedido en el pasado. Después se fue a su casa y se cambió de ropa para ir hacia donde había quedado con el Innombrable.

Se sentó en la cafetería y dio un último repaso a cómo iba vestida: pantalones negros con brillo estilo *leggins*, jersey blanco, botas de tacón negro y la chaqueta de piel, que descansaba en el respaldo de la silla. Se había dejado el pelo suelto, con grandes ondas enmarcando su rostro, y se había maquillado, ya que después de la conversación se iría a cenar con sus amigas, que en ese momento estaban en el bar de al lado, esperando a que acabase de hablar con Ernesto.

—Perdona el retraso —dijo éste al llegar, mientras se sentaba enfrente de ella. Llevaba el mismo traje de esa mañana, dando a entender que no había tenido tiempo de volver a su casa.

—Tú dirás —contestó Abril con entereza, obviando el formalismo y pasando al quid de la cuestión.

—Zoe quiere ir a Disneyland París.

—Ya lo sé.

—Y la voy a llevar yo dentro de dos semanas.

—Dentro de dos semanas me toca quedármela a mí.

—Me alegro de que te hayas dado cuenta a la primera, por esa razón quería hablar contigo. No he podido encontrar fecha en mis quince días…

—Podías haber esperado a que te volviese a tocar.

—Ya… pero es que no me voy solo.

—Ah… ya veo. ¿Te vas con la madre de Irene, tal vez?

—Sí, me voy con Conchi. Tiene vacaciones por esas fechas y nos vamos de viaje con las pequeñas. Creo que Zoe lo va a disfrutar mucho más si va con su mejor amiga, que sola contigo…

—Vaya, qué considerado eres ahora… —siseó Abril de mala gana —. ¿Y si me niego?

—No puedes negarte. Soy su padre.

—Y yo su madre… Entonces, esta semana Zoe viene a casa conmigo, ¿no?

—No, esta semana me toca a mí y, además, es el cumpleaños de mi madre y ya sabes que le gusta que Zoe esté en la celebración.

—Ah… ¡perfecto! —exclamó ella con sarcasmo alzando los brazos exasperada por las peticiones de él—. ¿Me estás diciendo que no la veré hasta dentro de tres semanas?

—Sí, es lo que te estoy diciendo.

—Sabes que podría negarme y que la ley me daría la razón, ¿verdad? —preguntó, apretando la mandíbula por la rabia que sentía en esos momentos.

—Soy consciente de lo que te estoy pidiendo, pero también sé que quieres a tu hija y que harías cualquier cosa que a ella le gustase. E ir a ese lugar es en estos momentos lo que más desea — dijo en tono serio, mientras Abril maldecía por dentro, porque había dado en el clavo. Sabía que Zoe se pondría como loca al enterarse del viaje…

—Vale, pero sólo te digo una cosa, como me entere de que en el viaje estás más pendiente de Conchi que de tu propia hija, no voy a ser tan benevolente como ahora.

—Mira, Abril, te puedo asegurar que a Zoe la quiero muchísimo. ¡Es mi hija!

—Sí, es tu hija, aunque sólo quisiste saber de ella cuando tus padres te obligaron.

—Era un crío, no me puedes echar la culpa de mis acciones pasadas. Creo que he sido un buen padre estos años.

—Un buen padre vela por su hija siempre, no cuando su nueva «amiguita» se ha marchado de casa.

—¿Qué dices, Abril? No tienes ni idea de lo que estás hablando.

—Sólo te recuerdo que tu hija ahora lo cuenta todo y que se fija en cosas que tú ni te imaginas.

—Ya sé que lo cuenta todo. —Sonrió prepotente—. Por ejemplo, sé que hace poco estuvo un hombre cenando en tu casa. ¿Qué, ya te lo has follado para quedarte de nuevo embarazada?

—Ya sabía yo que tu invitación para hablar escondía algo… —farfulló cansada de sus continuos reproches—: Ernesto, yo no soy como tú, eso no lo olvides. Y cuando vuelvas del viaje, quiero mis dos semanas con mi hija. Y no me valen excusas de cumpleaños ni viajes ni quedadas…

—No disimules, Abril, sé que en el fondo estás saltando de alegría. Vas a poder tener una semana más para quedar con ese hombre…

—¡Qué asco me das! —soltó, molesta por sus palabras—. Espero que mantengas las manos alejadas de Conchi cuando tu hija esté delante.

—Ella ya sabe que Conchi es mi novia.

—Anda, ¿tan pronto te ha cazado? Menudo récord… ¿No te ha dado urticaria al formalizar lo vuestro? —soltó con socarronería.

—¿Celosa? —preguntó Ernesto, recostándose en el respaldo de la silla y mirándola con superioridad.

—¿Yo? Ni una pizca. Lo que ocurre es que siento lástima por Conchi. Menuda cruz le ha caído contigo…

—La cruz me ha caído a mí contigo… No sé por qué hice lo que hice hace seis años.

—¿No lo sabes? Vaya… yo te refresco la memoria, hombre. —Sonrió con guasa—. Sólo pensaste en ti y en tu calentón. Aunque eso es lo que siempre haces, ¿no? —soltó levantándose de la silla—. ¿Algo más, Ernesto?

—Veo que tienes prisa. ¿Has quedado con alguien?

—Sí y es mucho más interesante y divertido que tú.

—Espero que a él no lo engañes como hiciste conmigo.

—Es increíble que después de tanto tiempo sigas con la misma cantinela. ¡Yo quería criar sola a Zoe, sin ti y sin tener que verte la cara cada dos por tres! —exclamó molesta.

—Blablablá… Eso es lo que oigo cuando abres la boca —se burló él de malas maneras.

—Adiós, Ernesto, y cuida a mi hija, por tu bien —dijo Abril, cogiendo la chaqueta y saliendo del bar.

Caminó a grandes zancadas, harta de ese hombre, cansada de verle la cara y agotada de tener que ceder ante sus peticiones. Vio a Maca y a Almu en una terraza. Al verla, se levantaron y se marcharon de allí con ella. Su expresión taciturna delataba que la conversación había acabado mal, como siempre que hablaban…

—¿Vuelvo y le pateo el culo? —soltó de repente Maca, haciendo que Abril saliese de sus pensamientos.

—Es un desgraciado…

—¿Qué ha pasado?

—Nada… lo de siempre. Me exige cosas, yo siempre acabo cediendo y después me siento como una completa imbécil.

—Pues ¡dile que no, para variar! —exclamó Almudena, que caminaba al lado de Maca. Era la más bajita de las tres y acostumbraba a vestir con alegres colores, todo lo contrario que Maca.

—Pero yo pienso en mi hija, Almu. Ella está deseando ir a Disneyland París, ¿cómo le voy a negar eso cuando no sé si yo la podré llevar algún día? —preguntó abatida.

—¿Se la lleva de viaje?

—Sí, además en la semana en que me toca tenerla a mí…

—¡Anda que no tendrá él tiempo en sus quince días!

—Pues sí, pero es que su Conchi tiene vacaciones en esas fechas —contestó con retintín.

—Uy, la Conchi, sí que mea alto ésta, ¿no?

—Como siempre ha hecho —terció Almu—. A su ex le sacó hasta el último céntimo, y cuando ya no había más dinero, lo dejó tirado y se llevó a la niña con ella. Le está haciendo la vida imposible, no para de pedirle cosas y de malmeter a su hija con las cosas que le desagradan de él.

—Joder con Conchi y parecía tonta… —chasqueó la lengua Maca —. Oye Almu, ¿y tú cómo sabes tantas cosas de ella?

—Su ex es amigo de mi hermano.

—Pues menuda joyita se ha quitado de encima.

—Sí, aunque lo pasó mal al principio, ahora se está dando cuenta que está mejor sin ella. Lo malo es que utiliza a su hija y, claro, a él no le gusta que haga esas cosas con la pequeña.

—Normal… ¿Lo ves, Abril? No todas son tan buenas como tú… Aunque ya sabéis el dicho: «Dios los cría y ellos se juntan» —concluyó Maca.

—Hagas lo que hagas, siempre se quejan de una… —farfulló Abril, abrochándose la chaqueta sin detenerse—. Bueno, chicas ¿adónde vamos a cenar?

—¡Ésta es mi Abril! —exclamó Maca, orgullosa de su amiga—. ¿Un Foster?

—¡Sí! —dijeron Almu y Abril a la vez, y luego se rieron las tres a carcajadas, mientras se dirigían a ese restaurante americano tan famoso en la ciudad.

No era sencillo mantener el optimismo cuando había personas empeñadas en que Abril se sintiese mal, pero, a base de caídas y desengaños, ella había aprendido que lo mejor para sentirse bien consigo misma era centrarse en las personas que realmente sabía que la querían. Había pocas, eso era cierto, pero le bastaban.

Las tres amigas cenaron entre risas, chistes y comentarios jocosos de Maca. Poco a poco, Abril comenzó a disfrutar de verdad

de aquella noche de chicas y se convenció de que no podía hacer otra cosa que ceder ante la petición de Ernesto. Como bien le había dicho él, ella siempre pensaba en la felicidad de su hija y no en sí misma.

21

Había pasado demasiados días sin verla, demasiados días leyendo una y otra vez aquella historia que le había contado con tanto dolor y resentimiento, consiguiendo ver a la verdadera Abril, la que se escondía detrás de la preciosa sonrisa perenne que lo había cautivado. En todos esos días Julen había trabajado duramente en el guion de la película, cuidando cada detalle y contándolo todo con una delicadeza nada común en él, para no dañar la imagen de Abril. Aunque ella no quisiera que la relacionasen con esa película, él creyó que era importante poner especial cuidado en la percepción que pudiera tener el espectador de la historia, por lo que se entregó con toda su alma, volcándose por completo en la tarea. Volvió a Madrid tras dos largas semanas encerrado en su cabaña en Escocia, con el guion impreso y la esperanza de que a su futuro cuñado le gustase tanto como para ponerse a trabajar casi al momento.

—¡Qué mala cara traes, Julen! —exclamó Carola nada más verlo traspasar la puerta de la preciosa casa que compartía con su prometido, en una de las urbanizaciones más exclusivas de Madrid.

—Estás preciosa, Carola —dijo su hermano dándole un par de besos y obviando su para nada afectuoso saludo.

Él mismo era consciente de su aspecto: barba sin cuidar, ropa arrugada y el pelo más largo de lo habitual, sin siquiera adecentarlo con un poco de gomina.

—¿Has terminado ya? —preguntó Carola, sentándose en uno de los tres sofás negros que presidían el salón.

—Sí. Hace un par de horas que le he dejado el guion a Richard en la productora.

—Seguro que ahora mismo lo está leyendo —dijo ella con una sonrisa afectuosa.

—¿Cómo van los planes de la boda?

—Genial. Lo tenemos todo preparado y sólo nos queda esperar a que llegue el último día para probarme el vestido y marcharnos al valle del Loira.

—Muy bien, ¿y cómo te encuentras con el embarazo?

—Bien. Más cansada de lo normal, pero me comentó Abril que era algo normal.

—Por supuesto… ¿La has visto? —preguntó Julen casi en un susurro, sintiéndose avergonzado por querer saber todavía de ella.

—Claro, es mi organizadora… Estuve hace poco en Valencia para hacerme una prueba de peinado y maquillaje y conocí a su amiga Maca. ¡Madre mía, no tiene nada que ver con ella!

—Sí, son totalmente opuestas… —Sonrió al recordar las diferencias de las dos mujeres.

—También conocí a su hija, es una ricura de niña…

—Sí, Zoe es muy simpática… —susurró él con pesar.

—Cada día me cae mejor, ¿sabes?

—Normal. Abril es una magnífica persona —murmuró, observándose sus manos con gesto distraído.

—¿Qué te pasa, Julen? Te veo raro, como alicaído.

—No sé… —resopló, atusándose el cabello con ambas manos, sin disimular la desazón que se había instalado en su cuerpo nada más marcharse Abril de su cabaña.

—¿Pasó algo entre tú y ella en Escocia?

—¿Te lo ha contado Abril? —preguntó con una pizca de esperanza, alzando la mirada para observarla.

—No, pero tú mismo me acabas de responder… —dijo Carola, levantándose del sofá para ir a sentarse al lado de su hermano—.

Cuéntame, ¿estás así por la película o por cierta rubia risueña?

—Buf… —bufó él, mientras ella lo cogía de la mano—. No me la puedo quitar de la cabeza, Carola. Lo he intentado con todas mis fuerzas, pero la tengo aquí alojada —comentó derrotado, señalándose la cabeza con el dedo índice—. Y no sé si es a causa de haber trabajado en el guion o por algo más…

—¿Qué sientes? —preguntó su hermana con ternura sin soltarle la mano.

—¿Ahora mismo?

—No, cuando estás con ella.

—Es complicado de explicar —dijo Julen, apoyando la espalda en el respaldo del sofá y mirando al techo en busca de las mejores palabras para explicar lo que lo invadía al tener a Abril cerca—. Es como si hubiese estado caminando por el desierto, muriéndome de sed y ella fuera el agua que tanto ansío. Estos días que hemos pasado juntos en la cabaña han sido especiales para mí, he podido contarle cosas que jamás le he dicho a nadie. Hemos conectado de una manera que incluso me sorprende… Abril está tan llena de energía, de vitalidad, de buen rollo, de ganas de divertirse, que hace que yo sienta lo mismo. No sabes por todo lo que ha pasado esa mujer y creo que por eso vive así su vida. Abril es única…

—Julen —dijo Carola con una gran sonrisa—, acabas de decir que Abril es única, creo que ya sabes la respuesta a tu duda, lo que ocurre es que temes aceptarla.

—¿Crees que estoy enamorándome de ella? —soltó con un hilo de voz, inclinándose hacia su hermana para saber su opinión y así quizá poder ponerle nombre a lo que le ocurría.

—Sólo tú puedes responder a esa pregunta.

—¡Es que no lo sé! Hace tanto tiempo que no siento nada por nadie… Lo pasé tan mal con, ya sabes con quién, que me convencí de que no volvería a sentir nada parecido…

—¿Sientes lo mismo por Abril?

—No, es diferente. Lo que experimento cuando estoy a su lado es colosal, no podría compararlo con nada que haya sentido en el

pasado. Es como si quisiera protegerla del mundo con mis brazos, poder darle lo que necesita y hacer que sea feliz —explicó concentrado al dar forma a sus sentimientos.

—Ay, Julen, el amor es un sentimiento altruista, que no atiende a razones y que hace que las personas hagamos cosas sólo por el bien de la persona amada, aunque no sean nada favorables para uno mismo. Te atrapa de golpe, sin darte cuenta, y no tienes más remedio que aceptarlo y pelear por esa persona.

—Vamos, que te convierte en un calzonazos… —replicó nervioso.

—No, Julen, te convierte en una persona mejor. El amor no es hacer lo que el otro siempre desea, como te pasó con Rosa, al fin y al cabo, ella se aprovechó de lo que tú sentías y después, simplemente, te desechó por otro con más dinero. El amor verdadero debe ser equitativo, es un toma y daca. Debe haber equilibrio para que perdure la relación. No creo que desear el bien del otro te convierta en calzonazos. Te conviertes en eso cuando te dejas vapulear a su antojo y sin tener las mismas condiciones.

—¿Cómo has conseguido que tu relación dure tanto?

—Hablando mucho, Julen, y queriéndonos aún más. A veces le toca dar un paso atrás a Richard, pero a veces también me toca darlo a mí. Creo que lo importante es tener un equilibrio y, sobre todo, amor, mucho amor. El amor lo arregla todo, incluso la discusión más fuerte y el inconveniente más grande.

—Me alegro mucho de que tú lo hayas encontrado, Carola —dijo con satisfacción.

—Tú también lo has encontrado, lo que ocurre es que tienes que escuchar a ese corazón adormilado que tienes y hacer lo que te dicte —comentó su hermana con ternura.

—¡Menos mal que estás aquí! —exclamó Richard entrando en el salón a grandes zancadas, interrumpiendo la conversación—. Te he estado llamando al móvil.

—Lo tengo en silencio… —contestó Julen, asimilando todavía todo lo que le había contado su hermana.

—Ya me parecía a mí raro que no me contestases… —dijo Richard, acercándose a su novia para darle un beso en los labios y sentándose luego a su lado—. Ya he leído el guion. Sí, lo sé, me lo has dado hace poco, pero es que no he podido parar de leer.

—¿Qué te parece?

—¡Una genialidad! Me encanta.

—Gracias —musitó él mirándose las manos pensativo.

—Voy a poner en marcha la producción. ¡Creo que has conseguido superar tu primera película!

—¿Tan bueno es? —preguntó Carola, orgullosa de su hermano.

—Es sublime y ¿el título? ¡Oh, madre mía cuando he visto el título! —exclamó Richard con entusiasmo—. Me lo he imaginado en las carteleras de los mejores cines del país y nominado a los premios de los certámenes más importantes.

—¿Cómo se llama? —preguntó Carola con interés.

—¿No te lo ha dicho Julen? —preguntó Richard extrañado.

Ella negó con la cabeza.

—¿Preparada? —preguntó Richard.

Carola asintió.

—Se llama: *Campanilla olvidó volar*.

—Vaya… ¡me gusta mucho! ¿Tiene alguna explicación?

Julen se sacó del bolsillo el llavero que le dejó Abril antes de marcharse de su cabaña y lo miró con una tímida sonrisa. Desde que lo encontró sobre la encimera de la cocina, lo había mirado más veces de las que le gustaría reconocer ante nadie, ya que ese simple objeto le recordaba a la preciosa mujer que había entrado en su vida sin que él se diera cuenta y lo había marcado para siempre.

—Cuando conoces a Abril, piensas que es como el hada vestida de verde del logo de su pequeña empresa: dicharachera, divertida, feliz… Te crees esa parte de ella, incluso llegas a pensar que no tiene problemas y que no sabe lo que significa la tristeza. Pero cuando la conoces en profundidad, te das cuenta de que tiene una herida en su interior, algo que le impide confiar en los demás, que hace que renuncie a la posibilidad de ser completamente feliz,

porque cree que algo falla en ella, que ha olvidado cómo hacerlo. Por eso lo contrarresta con su manera de ser, para que nadie se fije en que en su interior falla algo…

—Pero ¿qué ha olvidado?

—Ha olvidado perdonar a todos los que la han herido, además de a sí misma, y seguir adelante… Sigue siendo esa niña que no encajaba en ningún sitio, que pensaba que nadie la querría por lo que era, que nadie se preocuparía por su bienestar. Sigue creyendo que las personas son egoístas, que no piensan en los demás y que ella debe luchar con uñas y dientes para que su entorno, esas pocas personas que son lo más importante en su vida, sean felices y no se preocupen por lo que de verdad siente… Todo lo hace por ellos, para que estén bien, para que estén tranquilos… Oculta sus pesares, esconde su tristeza, los tapa con un tul de sonrisas… Ella es risueña, sí, pero a veces la sonrisa no le sale de dentro, es como algo aprendido. Sabe que si sonríe, si demuestra a la gente que es feliz, nadie le preguntará qué le pasa… nadie la juzgará por haber crecido en una secta, nadie la marginará por ser diferente a ellos. Ha aprendido que, demostrándole a la gente que es divertida y dichosa, puede esconder su verdadero resentimiento. Pero a ella, como al hada vestida de verde, le hace falta recordar cómo se vuela para sentirse completa y poder sentir de verdad esa felicidad que tanto se esfuerza en demostrar.

—Guau —soltó Carola, asombrada por la explicación de Julen.

—La verdad es que esa chica ha pasado por mucho —asintió Richard ante la explicación de Julen.

—Pues se merece encontrar a alguien que le haga recordar que las cosas pasan por algo, que no vale la pena encariñarse con el dolor que sientes y que debe encontrar la manera de despojarse de ese resentimiento que no la deja continuar —declaró Carola.

—Me voy —susurró Julen, más para sí mismo que para los demás.

—¿Adónde? —preguntó extrañada su hermana.

—A verla… —contestó él con decisión poniéndose de pie.

—¡Ay, mucha suerte, Julen! Y no tengas miedo de nada. Las cosas que salen del corazón siempre están bien hechas —gritó Carola emocionada para que él la oyese mientras se dirigía hacia la puerta de la casa.

Salió con paso decidido, cogió el coche y condujo primero a su casa, para asearse, cambiarse de ropa y coger una pequeña maleta con ropa de repuesto. Algo en su interior lo había empujado hacia Abril. El hecho de tener que explicar el significado del título que le había puesto a su película hizo que, por fin, viese la realidad. Abril le gustaba, le gustaba mucho, muchísimo. Tanto que necesitaba que ella fuese feliz, enseñarla a volar si era preciso y lo quería hacer él. Sólo él. No tenía miedo, ya no.

Condujo las cuatro horas que separaban Madrid de Valencia pensando en Abril, en lo que conllevaba que él diese ese paso. Ella tenía una hija, una preciosa niñita que se le parecía tanto que ya le había cogido cariño. Era algo extraño en él, lo sabía. Había estado durante muchísimo tiempo huyendo del compromiso, huyendo de todo lo que conllevase quedar más de un día con la misma mujer. Lo había pasado bien, no lo podía negar, pero también debía ser justo consigo mismo. Esos días que había pasado al lado de Abril habían sido maravillosos y especiales. Le encantó poder tenerla en su casa, despertarse a su lado, con el brillo de su cabello cayendo como una cascada, sus labios entreabiertos mientras respiraba con dulzura, su gesto tranquilo, dulce… Pudo comprobar las distintas maneras que tenía de sonreír: cuando lo hacía de verdad, se le iluminaba la mirada; cuando le tomaba el pelo, achicaba los ojos y mostraba una amplia sonrisa, y cuando lo hacía sólo por formalismo, aquella sonrisa nunca subía a sus ojos. Pudo comprobar cómo se transformaba en otra persona cuando cocinaba, se relajaba, incluso se ponía más seria de lo normal, era como ver a Abril en estado puro. Comprobó que al lado de él se había divertido de verdad; sus gestos, su sonrisa eran un reflejo de lo que ella sentía, y supo que no fingía. Cada minuto que pasaba con ella hacía que la conociese mejor y aun así necesitaba saber más de esa mujer, como si fuese

una especie de droga, una de esas que te enganchan y difícilmente te dejan salir de su influjo.

Y había podido saborearla, amarla y verla con sus propios ojos, en su totalidad, dispuesta a recibir placer y a darlo por igual. Insaciable como él, sensual e increíblemente adictiva. Lo había hechizado de tal manera que esas semanas sin ella en Escocia se habían convertido en un agujero negro en su vida. Se levantaba cuando ni siquiera había amanecido, deseando retomar el guion, pudiendo así tenerla aunque fuera en su mente y en la pantalla de su ordenador. No salió para nada de la cabaña y a veces se quedaba mirando la encimera de la cocina, imaginándose a Abril cocinando allí o, mejor aún, a él haciéndole el amor justo en aquel lugar. En el salón le ocurría lo mismo… Toda su casa estaba repleta de recuerdos de ella, incluso su dulce aroma seguía estando en algún rincón de su cama o de su sofá.

Al principio creyó que se estaba volviendo loco, nunca le había pasado nada parecido, ni siquiera con su primera novia. Y pensó que con el trascurso del tiempo volvería a ser el de siempre. Pero se equivocaba. La extrañaba, la extrañaba tanto que se pasaba minutos eternos mirando el llavero que le había dejado como regalo, sonriendo como un bobo al ver similitudes con ella y, de repente, un día, mientras contemplaba a aquella hada vestida de verde, el título de la película apareció en su mente. Era una simple frase, pero escondía la esencia de Abril. De esa Campanilla que había olvidado volar a causa del duro pasado que le había tocado vivir.

Casi sin darse cuenta llegó ante la casa de Abril, aparcó el coche, se apeó y se dirigió al portal del edificio. Se quedó mirando el telefonillo más rato de lo normal. Estaba nervioso, le sudaban las manos e incluso le temblaba el pulso; sabía que aquello no iba a ser tan fácil. Abril no le abriría la puerta y se echaría en sus brazos nada más verlo, debía tenerlo presente para que no se derrumbaran sus esperanzas de tenerla algún día para siempre. Debía hacer que confiase en él, que olvidara sus antiguos prejuicios que lo hicieron

apartarse de ella en cuanto vio a su hija… ¿Cómo iba a explicarle que eso ya no le importaba?

Inspiró lentamente, relajando el impulso que lo hacía imaginarse subiendo los escalones de tres en tres y besando a Abril sin darle tiempo a nada más. Debía hacerlo bien. Ella era muy importante para él, tanto que estaba dispuesto a abandonar sus reglas y su vida de fiestas y mujeres por tenerla a su lado todos los días. A abrirle su corazón e incluso su alma. Abril lo había encandilado con su manera de ser, ahora él debía enamorarla y hacer que superase el pasado.

El portal se abrió y unos jóvenes salieron del edificio. Al verlo, lo saludaron y él aprovechó para entrar. Subió en el ascensor hasta la planta donde vivía Abril, que seguramente estaría jugando con su hija vestida de princesa, con la cara maquillada por Zoe, y lo miraría enarcando las cejas, sorprendida y extrañada al verlo en su puerta. Volvió a inspirar despacio mientras se acercaba a la puerta. Se quedó mirando el timbre, pensando que aún estaba a tiempo de echarse atrás y volver a su vida vacía y gris. Sonrió, como sólo lo hacen los enamorados, consciente de que ya no podría volver a vivir de esa manera. Abril lo llenaba todo, todo. Y en su vida sólo había espacio para ella.

Tocó el timbre y su corazón comenzó a galopar desbocado, sintiendo el bombeo de la sangre en sus oídos. Oyó pasos acercándose a la puerta. Allí estaba ella, a escasos metros, separados únicamente por una puerta y por las heridas sin curar de esa rubia que le había recordado lo que era amar.

22

Los días transcurrían lentos cuando Abril no tenía en casa a su preciosa hija. Ayudaba bastante a que no se sintiese decaída del todo el hecho de que tenía un trabajo muy movido por las mañanas y que las tarde las dedicaba a perfilar los últimos detalles de la boda de Carola y Richard. Estaba al día con los preparativos, la novia ya se había hecho las pruebas de peinado, maquillaje e incluso se había vuelto a probar el vestido por si había que retocar algo antes de la prueba final. Lo tenía todo preparado y sólo cabía esperar que llegara el momento, a dos semanas vista, de viajar al valle del Loira.

En todos esos días no había sabido nada del Innombrable, que partía en breve a Disneyland París con Zoe, Irene y Conchi; y tampoco supo nada de Julen, ni siquiera por boca de su hermana, aunque no le extrañó, él ya había obtenido lo que quería de ella… Aprovechó los ratos de ocio para quedar con Almu y Maca siempre que podía; ellas la ayudaban a divertirse y despejar la mente que constantemente la enviaba a aquel viaje que su hija haría sin ella… También volvió a visitar a su padre, estuvieron cocinando de nuevo juntos y hablando de la vida, de los problemas en el gobierno y de cualquier otro tema que estuviese en boca de todo el mundo.

—Vale, ¿entonces me estás diciendo que has conocido a alguien? —resumió Abril, mientras Maca asentía con una sonrisa.

—Es más que «alguien»… ¡No sé cómo explicártelo! Nos miramos y algo ocurrió dentro de mí —explicó su amiga, cogiendo un cojín del cómodo sofá de Abril.

—¿Lo conozco?

—No. Es un ilustrador que acaba de empezar a trabajar en la revista. Es desgarbado, alto como una espiga, lleva el pelo más largo de lo habitual y unos caracolillos se le enredan en la nuca, utiliza esas gafas de pasta negras típicas de los nerds y… aunque te estés imaginando un orco por la descripción que te he hecho —dijo entre risas, dándose cuenta de la cara de extrañeza de su amiga—, es súper mono y, lo más importante, me hace reír.

—Me alegro mucho por ti, Maca. Pero dime, ¿por qué no me lo has presentado ya?

—Bueno, la verdad es que aún no estamos saliendo y creo que ni siquiera sabe que me gusta, y mucho. Hablamos en el trabajo, nos tomamos el café juntos, pero no me dice nada de quedar y a mí me cuesta hacerlo también… —explicó con un hilo de voz, avergonzada de su propia actitud.

—¡No puede ser! ¿Tú cortada por hablar con un hombre? —soltó Abril asombrada.

—Ya te he dicho que es algo más que «alguien»… —dijo Maca con una sonrisita, mientras jugueteaba con sus pulseras de cuero negro.

—No soy nadie para decirte lo que tienes que hacer, pero sabes que, en un caso como éste, tú misma dirías que es mejor que te digan que no, que quedarte con la duda…

—Lo sé… Creo que voy a aprovechar ahora, cuando vuelva a la revista. Tenemos que trabajar juntos en el proyecto de la portada y lo voy a invitar a cenar.

—¡Bien dicho! —exclamó Abril.

—Y dime, ¿tú tienes alguna novedad de cierto director de cine?

—No, pero vamos, eso ya lo sabíamos, ¿no? Ya tiene material para trabajar en su nueva película y, además, ha conseguido de mí lo que quería… Es normal que no vuelva a saber nada de él.

—No lo entiendo, parecía realmente interesado por ti.

—No, Maca, Julen estaba interesado por mi historia… Uy… ¿quién será? —preguntó extrañada al oír el timbre, ya que no esperaba a

nadie.

Se acercó a la puerta y atisbó por la mirilla. Cuando vio quién era tuvo que sujetarse para no caerse al suelo de la sorpresa. ¡¿Qué hacía Julen allí?!

—Hola —saludó Abril con desconfianza cuando abrió.

—Hola. —Julen sonrió al ver de nuevo su rostro y aquel gesto contrariado que esperaba de ella—. ¿Puedo pasar?

—Claro… —musitó, echándose a un lado y señalándole el salón, extrañada de volver a verlo, de tenerlo de nuevo en su casa.

—¡Hombre, si es mi director de cine favorito! —exclamó Maca cuando lo vio entrar, mientras se levantaba del sofá para saludarlo y aprovechar para echarle una mirada llena de curiosidad a Abril, que seguía sin dar crédito a verlo allí.

—¿Qué tal, Maca?

—Bien, aquí, haciéndole una visita a mi amiga, pero… ¡Uf, qué lástima! Me tengo que ir ya —dijo, mirando su reloj de pulsera.

—No hace falta que te vayas —intervino Abril, acercándose a ella y pidiéndole con la mirada que no la dejara sola con él.

—Tengo que preparar una intervención muy importante —contestó Maca guiñándole un ojo—. Os dejo, sed malos —añadió con una sonrisita, mientras cogía su chaqueta y su mochila y se dirigía a la puerta.

—Por favor, Julen, siéntate —susurró Abril nerviosa por quedarse a solas con él, al tiempo que ella se acomodaba en el sofá.

—Gracias —respondió él. Se oyó el sonido de la puerta al cerrarse—. Creía que Zoe estaría contigo.

—Buf… —resopló nerviosa—. En estos momentos estará terminando de preparar la maleta. Su padre se la lleva a Disneyland París.

—¿En tu semana? —preguntó él sorprendido.

—Sí… Bueno, es largo de contar —susurró, percatándose de que Julen estaba al tanto de las semanas que le tocaba tener a la niña—: Dime, ¿qué haces aquí?

—Richard ha leído el guion y quiere producir la película. Vamos a ponernos a trabajar en breve con ella —explicó, para romper un poco el hielo, aunque lo que menos le apetecía en esos momentos era hablar de trabajo con ella.

—Muy bien —contestó Abril, mientras cogía un cojín y lo abrazaba, sintiéndose cada vez más alterada de tenerlo al lado, de volver a ver su mirada tentadora, de sentir aquella atracción cuando lo tenía cerca—. Pero eso me lo podrías haber contado por teléfono y te hubieses ahorrado el viaje.

—Lo sé, pero entonces no podría haber sido testigo de eso que acabas de hacer —replicó, sin apartar los ojos de ella.

—¿Qué gesto? —preguntó sorprendida.

—Cuando hay algo que te preocupa, abres mucho los ojos.

—¿Hago eso? —preguntó desconcertada.

—Sí. —Julen sonrió cautivado—. Te he echado mucho de menos, más de lo que quisiera reconocer… —comentó con voz profunda, perdiéndose en su mirada aturdida.

—¡Bah! —soltó ella, restándole importancia a sus palabras y aferrándose a la realidad mientras estrechaba más el cojín entre sus brazos y se centraba en no perder, de nuevo, los papeles con él—. No hace falta que disimules conmigo. Ya has conseguido que te contase mi historia e incluso que nos acostáramos. Dime, ¿qué necesitas ahora?

—Sólo te quiero a ti, nada más —respondió con rotundidad.

—Uy, Julen, me estás sorprendiendo. No sabía que eras de ésos… —dijo con una sonrisa socarrona, aferrándose a la imagen que todos tenían del hermano de Carola y no a la que ella conoció a solas con él en Escocia.

—¿A qué te refieres? —preguntó enarcando una ceja, intrigado por su salida.

—Creía que no preferías repetir con la misma mujer.

—Sí y así era. Pero si te das cuenta, hablo en pasado. Eso era antes. Antes de conocerte, de compartir esos días contigo en mi

pequeña cabaña y de que me enseñaras tantas cosas que nunca tendré tiempo suficiente para agradecértelo.

—Anda, mira tú qué bien —ironizó Abril mirándolo con desconfianza—. ¿Y qué es lo que te ha hecho cambiar?

—Tú.

—Te recuerdo que soy madre —replicó, sin creerse sus palabras.

—Lo sé. Y no me importa. Zoe forma parte de ti y, si me dejas, la querré como a mi propia hija.

—Ella ya tiene un padre —saltó a la defensiva, sin entender de qué iba aquella conversación y aquel cambio de pensamiento por parte de Julen.

—Pues tendrá dos. Lo he sopesado todo, Abril, y me he dado cuenta de que no me importa cuán complicada sea tu vida, me da igual, porque yo quiero formar parte de ella.

—Puf… —bufó ella, poniendo los ojos en blanco, sin creerse las palabras de Julen, que la miraba con un extraño brillo en los ojos.

—Sé que te va a costar confiar en mí, que piensas que será algo pasajero, efímero… Pero Abril, me gustas muchísimo. No porque seas una cara bonita, o tengas un cuerpo de infarto y una de las personas con la sonrisa más deslumbrante que he conocido. No. Me gustas con tus ironías, con tu pasado, con tu hija, con tus problemas, con tu manera de ver la vida, con tus locuras y con todo lo que significas. Sólo quiero estar contigo, despertarme cada mañana junto a ti, dormirme mirando esos expresivos ojos que tienes y saber que soy el hombre con más suerte del mundo por tenerte conmigo.

—¿Y qué se supone que debo hacer? ¿Creerte? —soltó molesta al sentir que se derrumbaba su convicción de que le estaba mintiendo —. Tengo grabada en la retina cómo miraste a mi hija la primera vez que la conociste. Aún oigo tus palabras cuando me dijiste que no querías tener nada conmigo. ¿Qué hago con eso? ¿Lo dejo pasar? ¿Lo entierro y me creo lo que ahora me dices? Lo siento, Julen, pero no puedo. Como bien has dicho, tengo una vida complicada y a veces hago cosas que rozan la locura. Pero quiero que sepas una

cosa, algo que va implícito en mi ser, no puedo pensar sólo en mí. Tengo a Zoe, que es lo más valioso que hay en mi vida, y no voy a trastocar la suya permitiendo que le coja cariño a una persona que en unos meses se olvidará de todas sus promesas y nos dejará solas, con un vacío en nuestras vidas que no sabré cómo compensar.

—Ya hemos hablado de esto antes, Abril, y no puedes pensar sólo en tu hija. ¿Y tú? Dime, ¿qué quieres tú?

—Yo deseo la felicidad de Zoe, nada más que eso —contestó categórica.

—Vale, Abril, me parece muy bonito que digas esas cosas, te hacen ser la mejor madre del mundo. Abnegada y pensando solamente en tu hija… Pero Zoe crecerá, se hará mayor, comenzará a salir, conocerá a un hombre… Dime, ¿qué harás entonces, cuando ella ya no dependa de ti? ¿Qué harás cuando te encuentres sola en esta casa?

—Para que ocurra eso queda mucho tiempo. Zoe tiene seis años, ¡seis! No puedo alterar aún más su ya de por sí caótica vida, por un capricho, por un hombre que sé que se olvidará de nosotras al cabo de un tiempo, cuando se dé cuenta de que no quería esto en su vida —explicó, visiblemente dolida.

—Zoe es una niña adorable, que se hace con todo el mundo. ¿De verdad crees que le va a afectar negativamente que tú tengas pareja?

—Es posible —contestó nerviosa, mientras estrujaba el cojín entre sus brazos, calmando así el desasosiego que sentía en esos momentos.

—Tú lo has dicho, es posible. Por tanto, también es posible que no le importe, que no le afecte verme contigo.

—¡Vale! No le afectará. Pero cuando me dejes, ¿qué le diré? Dime qué leches le diré a mi hija cuando me abandones —le espetó, molesta por ese final que preveía.

—Abril, yo no sé qué ocurrirá en el futuro, ni tú tampoco. Lo único que te puedo decir ahora, aquí, sentado en el sofá de tu casa, es que haré todo lo posible para que eso no ocurra —dijo,

cogiéndole la mano y clavando su hipnótica y cautivadora mirada en ella—. Te quiero, Abril, como nunca había creído que querría a nadie. Me encantaría poder mostrarte lo que siento ahora mismo al ver tu cara de incertidumbre, enseñarte que hablo con total sinceridad, demostrarte lo que siento en mi interior para así despejar todas esas dudas que te impiden confiar en mí.

—Son palabras, Julen, sólo palabras… —susurró Abril con pesar, mientras se soltaba de su agarre y se aferraba a sus convicciones, a esa vocecilla que le gritaba desde su interior que no debía creer en él, que si lo hacía le haría daño.

—Pero si me dejas, estas palabras se pueden transformar en actos.

—No voy a arriesgarme para comprobarlo, Julen.

—Abril, ¿de qué tienes miedo?

—No tengo miedo de nada. Lo único que ocurre es que no quiero arriesgar el bienestar que tan duramente me he trabajado para mi hija por un encaprichamiento momentáneo de un hombre acostumbrado a saltar de mujer en mujer...

—He venido hasta aquí, sólo para decirte lo que siento. ¿Tú crees que es un encaprichamiento momentáneo?

—No lo sé, Julen. Lo único que sé es que eres un mujeriego acostumbrado a decir las palabras necesarias para que las mujeres caigan en tus brazos. Un encantador de serpientes, como todos los demás… —bufó con resentimiento, sintiendo que se le formaba un nudo en la garganta que le impedía tragar y notando que sus defensas comenzaba a flojear, al límite de sus fuerzas.

—Esto no es ningún truco… Te conté lo mal que lo pasé cuando mi exnovia me dejó, eso no se lo he contado a nadie y menos aún a una mujer. Dormiste en mi cama, ¡nadie lo había hecho antes! No es algo momentáneo, no es algo con fecha de caducidad… Te quiero, Abril —dijo, acercándose un poco más a ella y acariciándole la mejilla con ternura.

Ella lo miraba a los ojos atraída por sus palabras, por su manera de hablar, por su cercanía, por ese sentimiento que siempre le

nublaba la razón haciendo que olvidara sus convicciones.

—Creía que nunca diría estas palabras, que estaba condenado a permanecer solo para siempre, que no conocería a la mujer que me hiciera echar el freno a mi alocada vida y que me diese lo suficiente como para volver a creer en el amor. Pero estos días en Escocia han hecho que cambie mi manera de pensar. Durante las semanas que pasé solo, revisando el guion, al pensar en ti, me di cuenta de todo lo que me hacías sentir. Y luego, cuando hablé con mi hermana, lo vi claro, y he venido hasta aquí para declararte mi amor. Déjame enseñarte lo que es amar de verdad, Abril —susurró, acercando su boca a los labios entreabiertos de ella, sellando así su promesa de amarla para siempre.

El beso fue dulce, suave, repleto de las palabras que no conseguían explicar todo lo que sentía por ella. Pausado, saboreando cada textura de aquellos labios que desde que conoció a Abril lo volvieron loco. Sintió que ella se relajaba entre sus brazos, se dejaba llevar por aquella conexión entre ellos. Sintió la mano de Abril sobre su nuca, su respiración entrecortada y la estrechó entre sus brazos con anhelo y desesperación. La amaba, más de lo que Abril creía, tanto, que estaría dispuesto a hacer cualquier cosa por ella, cualquier cosa.

—Para —dijo ella, apartándose de golpe y levantándose de un salto del sofá, sintiéndose desorientada y sin aliento.

Aferrándose a ese segundo que tuvo de lucidez, pudo salir de entre los brazos de ese hombre que la atraía tanto que dejaba una parte de su ser al descubierto.

—Abril, por favor… —suplicó Julen, viendo que había vuelto a enfundarse en su dura coraza y que se apartaba de él como si fuera la última persona a la que quisiera ver.

—No, Abril, por favor, no. No puedes venir aquí, regalarme los oídos y que yo caiga rendida a tus pies. Las cosas no funcionan así conmigo, Julen, y deberías de haberlo sabido antes de exponerte a venir hasta aquí, a saber con qué intenciones ocultas… —dijo alterada, gesticulando con las manos, moviéndolas de un lado a

otro, sintiendo la necesidad de expresar con ellas lo que estaba explicando.

—Te lo he dicho antes, Abril; no te estoy engañando. Nunca he hablado tan en serio como ahora.

—Permíteme que lo ponga en duda —dijo ella con sarcasmo—. Por favor, Julen, sal de mi casa.

—¿Por qué? ¿Por qué me echas? ¿Acaso temes no poder controlar tu instinto? —preguntó, mientras se levantaba para aproximarse a ella—. Dime, ¿desconfías de tu propio autocontrol, Abril?

—Bah… —soltó ella con altanería, desafiándolo con la mirada—. No vengas ahora con ésas. Que nos acostáramos en Escocia no significa nada.

—¿Ah, no? —preguntó él con una sonrisa ladeada—. Ahora me dirás que para ti esos días no significaron nada, ¿verdad?

—Es que no significaron nada, Julen —contestó con calma, sosteniéndole la mirada—. Siento mucho herir tu orgullo de rompecorazones, pero sólo fue sexo.

—Aunque me lo jures, sé que no piensas eso. Te conozco mejor de lo que crees. Sé incluso cuando estás mintiendo y ahora mismo lo estás haciendo en mi propia cara —dijo con una sonrisa, dando un paso más hacia ella.

—No te acerques más, Julen, por favor —susurró Abril apretando la mandíbula, temerosa de que no le hiciese caso y de no tener fuerzas para volver a frenar aquella fuerte atracción que sentía por él.

—¿Por qué? Si sólo fue sexo no deberías alterarte con mi proximidad.

—Julen… —dijo con voz temblorosa—. Vete, por favor.

—Voy a luchar por ti, Abril. Haré lo que sea necesario para que me creas y poder demostrarte que tú también tienes derecho a volar.

Ella se quedó mirándolo, extrañada al oír esa promesa que le hacía, sin entender muy bien a qué venía eso de volar. Julen dio

media vuelta con tranquilidad y se dirigió a la puerta dejándola sola, alterada, un poco acalorada y perdida…

Abril se sentó en el sofá y observó la pared, convenciéndose de que aquello era lo mejor para ella, lo mejor para todos. Sin que lo pudiera controlar, una lágrima resbaló por su mejilla y ella reprimió un gemido y se armó de valor. No podía arriesgarse otra vez, no podía volver a entregarle su corazón a nadie más. Si lo hacía y salía mal, no podría remontar de nuevo. Le había sido tan difícil hacerlo todos esos años, que sabía que no podría volver al punto de partida, aunque eso significase la posibilidad de perder a aquel hombre que probablemente estuviese diciendo la verdad. Pero… ¿y si era otra burda mentira?

23

Todo lo que siempre has querido está al otro lado del miedo. George Addair.

Abril releyó la breve nota que había recibido esa misma mañana en el buzón. Venía sin remitente, aunque no le hacía falta para saber quién estaba detrás de aquel mensaje tan sutil. Había pasado una semana desde que Julen apareció en la puerta de su casa prometiéndole amor eterno. Una semana que ella había pasado angustiada por el viaje de su hija, que había vuelto encantada de aquel paraíso infantil. Siete días en los que había tenido tiempo de sobra para pensar en todo lo que le había dicho Julen, subiéndola a una montaña rusa de sentimientos contradictorios: enfado, ilusión, desengaño, alegría, frustración, deseo, tristeza, cólera e incertidumbre. Una semana en la que había sufrido los interminables sermones de Maca, que al enterarse de que había echado a Julen de su casa, casi sufre un síncope y a la que tuvo que frenar para que no confeccionara un cartel diciendo que era fan indiscutible de ese director que se había propuesto desbarajustar la vida de Abril. Ciento sesenta y ocho horas en las que comenzaron a llegar a su casa flores frescas de distintos tipos, a veces en pequeños ramos, otras veces sólo una preciosa y delicada flor; cajas de bombones de todos los sabores, cartas con mensajes románticos o con frases que escondían un doble sentido. Pero Julen no tenía bastante con llenarle la casa de detalles románticos, además aprovechaba las

nuevas tecnologías y le enviaba canciones que parecían hechas para ellos, mensajes con cualquier pretexto, saludos cuando se despertaba y deseos de buenas noches cuando se iba a dormir y un sinfín de palabrería que a Abril la dejaba un poco alelada por no saber qué responder, para que él se olvidara de ella, sin herirlo y no quedar mal con Carola y con Richard.

—¿Te has asegurado de cogerte los días del enlace de Carola? —le preguntó Abril a Maca, mientras hojeaba su agenda por si se le quedaba algún fleco suelto.

—Sí, tranquila. Iremos juntas a Francia y comenzaremos con el reportaje, como me dijiste, fotografiando todos los momentos clave: antes, durante y después —dijo Maca, dejando la taza de café sobre la pequeña mesa redonda de la cafetería donde habían quedado aquella tarde.

—Perfecto —susurró Abril, mientras apuntaba algo en la agenda.

—¿Qué harás con Zoe? —preguntó Maca, observando a la pequeña trepar por unas colchonetas enormes dispuestas en aquel lugar acondicionado para niños.

—Me encantaría llevármela… —contestó ella, buscándola con la mirada—, pero no podría atenderla como es debido… Por tanto, se quedará con mi padre. Además, sólo serán tres días.

—¿Te ha contado algo nuevo del viaje?

—No, lo que ya sabíamos: que lo pasó muy bien, que se hizo muchas fotos y que quiere volver a ir.

—¿No te ha comentado nada de la nueva amiga de su padre?

—No… Parece ser que Ernesto se portó bien y mantuvo las formas delante de las niñas —dijo, cogiendo su café y terminándoselo de un trago.

—¿Cómo llevas que él haya encontrado a alguien más o menos formal? —preguntó Maca con curiosidad.

—Bien. A mí él ya no me importa, si es lo que te preocupa. —Sonrió adivinando la intención de su amiga—. Desde que vi con mis propios ojos cómo me repudiaba por haberme quedado embarazada, dejó de interesarme en el acto.

—Él y todos los demás de su especie —replicó Maca, levantando una ceja y mirándola con suspicacia, retomando el eterno tema de cierto director de cine que se había encaprichado de ella.

—Ya empezamos… —resopló Abril, poniendo los ojos en blanco.

Veía por dónde iba su amiga y no tenía ganas de volver a enzarzarse en una de aquellas conversaciones en las que Maca ensalzaba a Julen y ella sólo le negaba lo obvio.

—Abril, de verdad que no te entiendo. Tienes detrás de ti a un hombre que es guapo, interesante, inteligente, con casa en Escocia, y lo dejas de lado por… ¡Ni tú sabes por qué le has dado la patada! —exclamó Maca, desconcertada por la decisión de su amiga de no darle una oportunidad a Julen.

—Maca, no tengo yo el día para hablar de este tema otra vez… —comentó, cansada de aquella conversación.

—Tú nunca tienes el día para nada que tenga que ver contigo. ¡Abril, que ya tienes edad de sentar la cabeza! —exclamó Maca envalentonada.

—¿Sentar la cabeza? —repitió ella mirándola sorprendida—. Te recuerdo que soy un año menor que tú.

—Ahora no estamos hablando de mí.

—Claro, porque no te conviene…

—Por lo menos yo no me he rendido. Sí, soy rarita para encontrar un hombre que me guste, lo sé, pero cuando lo encuentro, lucho para que se fije en mí. Y no lo aparto por si me sale rana, como los demás…

—Y me alegro por ti, no sabes bien cuánto. Me encanta saber que Ismael y tú empezáis a quedar fuera de la revista, que estés ilusionada por un hombre y, sobre todo, verte feliz. Pero no me puedes obligar a que yo haga lo mismo que tú. Sé que lo dices por mí bien y todo eso, pero me gusta estar sola con mi hija.

—Sabes que eres una cobarde, ¿no?

—¿Por qué me sueltas eso ahora?

—Porque es lo que pienso y me sorprende más que a ti esa afirmación, si te digo la verdad. Pensaba que eras una de esas

mujeres capaces de todo, que no se achantaban ante nada ni nadie, que hacían lo que querían en cada momento y ahora me he dado cuenta de que no es así del todo. Eres una gran madre, podría incluso arriesgarme a decir que eres una madre ejemplar, pero sólo eso, una madre, una hija, una amiga, una organizadora de bodas y una ex… Te falta algo, algo crucial para estar completa, algo que te haría sentirte mejor contigo misma.

—Y, claro, tú me vas a decir lo que me hace falta… —contestó, levantando la mirada al techo, cansada de todo aquello y de que no la dejaran en paz.

—Por supuesto, para eso estamos las amigas… —dijo Maca con una sonrisa—. Te falta ser una amante, una novia, una esposa y el eje central de otra persona que no sea Zoe. Te falta tu medio pomelo.

—De verdad, que melosa te estás volviendo con la edad —protestó Abril—. Hace unos años me dicen que tú, la viva imagen de alguien que pasa de todo y más del amor, me estarías metiendo por los ojos a un hombre con estos argumentos tan, pero tan, rosa, de verdad que no me lo creo. ¿Qué te ha pasado para cambiar tanto?

—Es posible que me esté haciendo mayor, aunque yo creo que es debido a que he conocido a Ismael… —dijo Maca con una sonrisa bobalicona—. Yo tampoco me reconozco a veces. ¡Yo hablando del amor! De risa, ¿verdad? —Rio encantada, mientras movía sus pulseras de tachuelas negras—. Pero no sé, creo que cuando lo encuentras, te das cuenta de lo bonito y valioso que es. Por eso no quiero que tires a la basura todo lo que está haciendo Julen por ti; la verdad es que es muy atento y romántico.

—Maca, de verdad, me estás dando un poco de miedo. ¿Te gustan todos esos detalles suyos? —preguntó con cara de asco, al recordar todo lo que había recibido.

—A lo mejor las rosas me parecerían demasiado, pero todo lo demás me encanta.

—Quién te ha visto y quién te ve… —bufó Abril, sin creerse lo que presenciaban sus ojos—. ¡Tú exaltando el amor!

—Tampoco seas tan exagerada, no es que odiase las relaciones de pareja ni nada de eso. Es que no había encontrado con quién ser romántica y me he dado cuenta de que lo soy y mucho.

—Espero que Ismael y tú duréis muchísimo —dijo Abril con una sonrisa, contenta de ver a su amiga enamorada.

—Yo también lo espero. —Rio—. Pero bueno, paso a paso se recorre el camino. Y ahora, señorita negada al amor, ¿te relajarás un poco delante de Julen cuando nos vayamos a Francia o me tocará darte una colleja para que espabiles?

—Buf… —resopló ella, llevándose las manos a la cara, nerviosa al pensar que lo tendría que volver a ver de nuevo.

—Sé que tienes miedo, Abril, pero confía en él. Se nota que te quiere de verdad —dijo Maca levantándose y dirigiéndose hacia donde se encontraba Zoe.

Abril observó cómo su amiga se agachaba para hablar con la niña, que asentía mientras ella le comentaba algo. La imagen era curiosa, Zoe vestida de un rosa muy alegre, con sus dos coletitas rubias a cada lado de su preciosa cabecita y Maca toda de negro, con ropa ancha, pulseras nada femeninas en las muñecas y calzando botas militares. Eran el yin y el yang, nada que ver entre ellas, pero tan necesarias las dos en su vida.

En ese instante recordó que no siempre había sido así, esa complicidad que tenía con Maca había sido duramente trabajada por esta última, que a base de hablar con Abril, poco a poco consiguió que empezara a abrirse a una desconocida…

Se notaba el estómago encogido, estaba aterrorizada, muerta de miedo. No quería volver a pasarlo mal, no quería poner su vida en manos de alguien que pudiera destrozarla por completo. La asustaba aceptar que sentía algo por ese hombre, porque eso equivaldría a dar un paso al frente hacia lo desconocido, hacia la posible destrucción de su fachada perfecta.

—Mami, mami —dijo Zoe corriendo hacia ella—, ¿puedo quedarme a dormir en casa de la tía Maca?

Abril se quedó extrañada ante esa pregunta y buscó a su amiga con la mirada. Maca le sonreía mientras se acercaba a ellas.

—¿Y eso?

—¿Debe haber una razón especial para que quiera quedarme con mi sobrina?

—No, claro que no.

—¿Puedo mami? Me ha dicho que veremos juntas la saga completa de *Star Wars* —comentó entusiasmada.

—Claro, cariño, puedes ir —dijo Abril con una sonrisa al ver iluminarse los ojos de su hija.

—¡¡Yupiiiiiiii!! —exclamó Zoe abrazando a su madre.

—¿Vamos a casa y le preparo una pequeña maleta con la ropa? —le preguntó Abril a Maca.

—No, aún tengo en casa el pijama y una muda de ropa interior que me dejaste la última vez que Zoe se quedó.

—Tía Maca, ¿nos vamos ya? —preguntó nerviosa la niña, impaciente por tener aquella noche especial.

—Sí, vámonos ya. Dale un beso a tu mami.

Zoe se acercó a Abril y la abrazó con fuerza, mientras le daba muchos besos.

—Pórtate bien, tesoro. Te quiero —dijo ella, estrechándola entre sus brazos.

—Yo también te quiero, mami —dijo la pequeña con dulzura.

Salieron juntas de la cafetería, se despidieron de nuevo en la calle y Abril se quedó observándolas alejarse. Zoe iba feliz de la mano de Maca, hablando con ella de todo lo que harían esa noche. Con una melancólica sonrisa, Abril dio media vuelta y se encaminó hacia su casa, pensando en lo que podría hacer para ocupar la noche y así no pensar en aquel hombre de mirada seductora que se había inmiscuido en su vida y que no paraban de recordárselo.

Llegó a casa dispuesta a limpiar y ordenar, sin importarle la hora que era, lo esencial era sentirse activa y mantener a raya su mente. Se hizo una coleta alta y comenzó a mover juguetes de un lado a otro, fregando suelos, limpiando cristales, muebles, cocina y aseo.

Así estuvo varias horas sin parar, descargando en esas tareas hogareñas su nerviosismo.

Tenía que reconocer que no le gustaba estar sola en su casa. Cuando no estaba Zoe se sentía perdida y desolada ante aquel silencio que reinaba entre aquellas paredes.

Cuando lo tuvo todo limpio, se fue a la ducha y se puso el pijama. Cuando estaba desenredándose el pelo, oyó el timbre de su casa.

—¿Quién es? —preguntó al telefonillo.

—Soy yo.

Abril abrió el portal y se extrañó de la hora tardía de aquella visita.

—Hola, cariño —saludó su padre al entrar en la casa, dándole dos besos en las mejillas.

—Hola, papá, ¿ocurre algo? —preguntó, mirando sus facciones intentando adivinar las razones por las que la visitaba a esas horas.

—No, he ido a tomar a unas cañas con los amigos y he pasado por aquí —explicó, mientras se dirigía al sofá para sentarse.

—Muy bien. Iba a cenar, ¿te apetece comer algo?

—No… —contestó titubeante—. Siéntate un momento conmigo, Abril.

—Ya sabía yo que ocurría algo… —dijo ella, haciendo lo que le había pedido.

—Hoy Maca ha venido a hablar conmigo. Está muy preocupada por ti, dice que te has encerrado en ti misma y que no quieres darle una oportunidad a un hombre que está loco por ti —explicó casi de carrerilla.

—No le hagas caso, está obsesionada con ese tema, pero estoy bien, ¡mírame! —dijo, mostrándole una amplia sonrisa.

—En todos estos años he estado especialmente pendiente de ti, quería asegurarme de que estuvieses bien y ahora sé que no he logrado lo que me propuse cuando te saqué de aquel lugar…

—No digas tonterías, papá. Estoy bien —volvió a decir ella.

—No, no lo estás, sólo disimulas delante de la gente —comentó con tristeza, pasándose la mano por la cara con nerviosismo y preocupación—. Te tengo que contar una cosa, Abril, no sé si te ayudará o no, pero creo que necesitas saberla…

—¿Qué me tienes que contar?

—Uf… A ver cómo empiezo… —susurró, más para sí que para su hija—. Hace unas semanas, tu madre vino a casa a verme. Si te soy sincero, casi no la reconocí. Había cambiado muchísimo desde la última vez que la vi en aquella comunidad alejada del mundo real.

—No puede ser —susurró perpleja, sin poder asimilar que su madre hubiese vuelto a dar señales de vida.

—Yo tampoco daba crédito a lo que veían mis ojos, pero ahí estaba ella, preguntándome por ti, queriendo saber qué había sido de tu vida, pidiéndome una oportunidad… —resopló nervioso.

—Ay, Dios… —balbuceó ella, recostándose en el respaldo del sofá mientras asimilaba la noticia—. ¿Sigue en la comunidad?

—No, me contó que los había abandonado hacía un tiempo, que por fin pudo abrir los ojos a la realidad y que desde entonces había estado intentando ser la que fue…

—A buenas horas… —replicó Abril de mala gana—. Espero que no le dijeras donde vivo.

—No, no se lo dije. Aunque quiere verte y conocer a Zoe.

—¡¿Le has hablado de Zoe?! —preguntó, levantando un poco la voz, molesta porque le hubiese mencionado la existencia de su nieta.

—Me preguntó por ti, quería saber todo lo que se había perdido…

—Se lo perdió porque ella quiso. Nadie la obligó a que se metiera en aquel sitio y, de paso, me obligara a crecer con semejantes ideales —comentó resentida.

—Está arrepentida de todo lo que nos hizo, cariño… —dijo su padre con dulzura, cogiéndole la mano—. Ha dado un paso muy difícil yendo a verme, pidiéndome perdón, sincerándose conmigo y dándome las razones que yo necesitaba para entender por qué hizo lo que hizo. No creas que la perdoné en el acto, me costó muchísimo

volver a hablar con ella después de lo que pasó… Pero luego, tras quedar varias veces, supe que me decía la verdad…

—¿Y por qué lo hizo, papá? Yo sigo sin entenderlo, de verdad —dijo con congoja.

—Tenía depresión posparto y esos insensatos se aprovecharon de su debilidad para introducirla en aquel mundo.

—Las depresiones no duran tanto… —masculló molesta.

—Cariño, una depresión es una enfermedad muy grave si no se trata como es debido y si además encuentras a alguien que la utiliza en tu contra, puede ser catastrófico. Es lo que le ocurrió a ella —explicó con paciencia.

—Puaj… Te la ha dado con queso, papá —contestó Abril sin creerse la historia de su madre.

—He hablado largo y tendido con ella y te puedo asegurar que es sincera.

—¿Así que la has visto varias veces?

—Sí, durante estas semanas hemos estado quedando para hablar… Ahora mismo vengo de estar con ella.

—¡Papá! —soltó Abril herida—. Ella te abandonó sin explicaciones, sin una nota, llevándome con ella y apartándome de tu lado. ¡No puedes olvidar eso!

—No lo olvido, cariño. Pero durante todos estos años no he podido seguir adelante porque me faltaba su explicación.

—No te hace falta nada de ella, te lo digo yo… —murmuró, mirando a la pared, preocupada por la vuelta inesperada de su madre.

—¿Y tú?

—¿Yo? —preguntó contrariada ante la pregunta.

—Sí, ¿no te hace falta nada de ella?

—No quiero ni verla, papá. ¡La odio! —exclamó, sorprendiéndose a sí misma al pronunciar esas últimas palabras.

—Ella quiere verte, Abril; quiere pedirte perdón.

—No quiero perdonarla, no quiero verla. No quiero nada de ella, ¡nada! —declaró dolida.

—Creo que deberías reconsiderarlo. La vida puede darnos duras lecciones…

—No me hace falta reconsiderar nada —farfulló indignada.

—Abril, tu madre se está muriendo… —dijo al fin con voz temblorosa, haciendo que ella lo mirase a los ojos sorprendida.

—Ya entiendo. Ahora que le ve las orejas al lobo, viene con el rabo entre las piernas… Lo siento, pero no quiero nada de esa mujer —reiteró, levantándose del sofá y yéndose hacia la cocina, disgustada por las noticias.

—Creo que te ayudará bastante poder darle significado a esa parte de tu vida que siempre ocultas. Ella es la única que puede solventar tus dudas, la única que puede sanar esas heridas profundas que te impiden confiar en la gente.

—Papá, por favor, déjalo. Para mí murió hace casi veinte años.

—Piénsalo, ¿vale? No te digo que me contestes mañana mismo, pero piensa que si ha dado ese paso es porque está arrepentida de verdad.

—Ha dado ese paso porque se está muriendo, papá. No te equivoques… —farfulló con resentimiento.

—Desde bien pequeña te he enseñado que hay que perdonar a la gente que se arrepiente de verdad, darles una segunda oportunidad, porque a veces, y sólo a veces, esa oportunidad lo puede cambiar todo.

—No puedo, papá, en serio, no puedo —sollozó Abril al borde de las lágrimas, sintiendo que se le desbordaba el dolor que sentía en su pecho al recordar aquel oscuro episodio de su vida.

—Sé que ella tiene la culpa de que te sientas insegura, de que te cueste tanto abrirte a los demás, de que no hayas encontrado el amor y que tuvieras que buscar un poco de cariño en los brazos del hombre equivocado. Pero Julen parece bueno, parece que te quiere de verdad.

—¿Por qué hablas de Julen como si lo conocieras? —preguntó, volviéndose hacia su padre para mirarlo a la cara, sorprendida de aquella revelación.

—Porque fue él quien vino a verme y no Maca —contestó con gesto serio y preocupado.

24

Abril se quedó paralizada al saber que Julen había ido a hablar con su padre, y a contarle que ella no era feliz, pero ¿por qué? ¿Es que no le bastaba con atosigarla con sus continuos regalos y mensajes, que además tenía que preocupar a la persona que más quería?

—Me gustó, Abril, me gustó para ti. No se parece en nada a Ernesto, ese indeseable. Pero Julen… es un hombre que se viste por los pies y que me ha demostrado que te aprecia mucho al venir a verme para contarme lo que te ocurre. ¿Por qué no hablaste conmigo? Yo podría haberte ayudado, podría haberte contado que, aunque pasé un calvario cuando tu madre y tú desaparecisteis, volvería a casarme con ella otra vez. ¿Sabes por qué? Porque a su lado supe lo que era el amor y porque ella me dio el regalo más hermoso que jamás nadie me podrá dar: tú.

—Julen no tendría que haber ido a verte ni a contarte nada, papá —susurró Abril, sintiéndose ultrajada por aquella acción y notando que estaba al borde de las lágrimas.

—¿Cómo que no? El muchacho hizo bien. Está preocupado por ti, piensa que necesitas hablar del pasado, que necesitas poner punto final a todo eso para poder avanzar.

—No, papá, está equivocado. Estoy bien, mírame —dijo mientras se señalaba, ocultando lo que de verdad sentía en esos momentos, disfrazándolo con una de aquellas sonrisas que utilizaba para tranquilizar a sus seres queridos—. Julen no está preocupado por mí, sólo está interesado en saber más de nosotros porque va a utilizar

nuestra historia para llevarla al cine, ¿a que eso se le olvidó decírtelo?

—Fue lo primero que me dijo y veo que diste un paso muy grande al reconocer, por primera vez en tu vida, tu historia. Nadie elige dónde crecer ni con quién, estamos expuestos a lo que ocurre en nuestro entorno. Tú pasaste por una situación extraña que te ha marcado más de lo que yo pensaba, y que todavía no has superado, algo que yo creía que sí habías hecho. Siempre has sido mi niña introvertida, mi muñequita sonriente, dispuesta a pasarlo bien, a hacerme reír, a contarme historias… Pero esa felicidad que intentabas demostrar no salía de aquí —dijo, señalándose el corazón —. Has aguantado mucho, cariño, demasiado. Pero necesitas deshacerte de ese lastre que te impide sentir esa alegría que nos quieres demostrar a todo el mundo.

—Papá, yo… —sollozó Abril, mordiéndose el labio inferior para aguantar el llanto que le provocaba aquella conversación—. Tengo miedo —reconoció, abrazándose con desesperación a su padre, dejando a un lado su control y liberando su dolor en forma de lágrimas incontroladas.

—Lo sé, cariño, lo sé. Pero sentir miedo a veces es bueno. Es mejor sentir algo que no sentir nada. Es el primer paso para experimentar la dicha completa. Ya sabes que si no existiera la oscuridad no podríamos ver las estrellas… —comentó con voz pausada, acariciándole la cabeza con dulzura, mientras Abril lloraba afligida contra su pecho.

—No sé qué hacer, ese hombre me hace sentir diferente — susurró entre lágrimas.

—Dime, ¿te gusta? —preguntó él sin dejar de abrazarla.

—No lo sé… Nunca he sentido algo igual.

—Cuando estés a su lado lo sabrás, no te angusties por eso ahora y deja atrás los miedos. Sólo siente, Abril. No finjas nunca nada, ni siquiera por nosotros, ni siquiera por tu hija.

Ella levantó la mirada y se vio reflejada en los ojos de su padre, que la miraba con una sonrisa mientras le acariciaba el mentón.

—Te has convertido en una mujer excepcional y es lógico que ese hombre esté loco por ti. Ahora sólo falta que tú te des cuenta de que también estás loca por él —comentó con sabiduría.

—Buf…—resopló nerviosa, secándose las lágrimas.

—Escúchame, Abril, hay que vivir la vida, sentir de verdad, no fingir nunca y amar como si no hubiese mañana.

—No sé hacerlo, papá… —musitó avergonzada, mientras se limpiaba la última lágrima que le resbalaba por la cara.

—Vístete —pidió el hombre con ternura, dándole un fuerte abrazo.

—¿Adónde vamos? —preguntó a la defensiva, con los ojos hinchados por el llanto.

—Tranquila, sólo vamos a cenar algo por ahí —dijo él con una sonrisa.

Abril se fue a su dormitorio, se lavó la cara, se cambió de ropa y fue al salón, donde su padre la esperaba. Salieron de la casa hablando del pasado, pero de uno más dulce, mucho más sencillo de recordar y que la hizo reír con anécdotas graciosas de cuando ella era niña. Caminaron por las frías calles de la capital del Turia, alumbradas por altas farolas, y se dirigieron hacia un bar cercano donde servían bocadillos y tapas. Se sentaron a una de las mesas de madera y pidieron algunas tapas para compartir y una jarra de cerveza.

—Papá, ¿por qué no has rehecho tu vida con otra mujer? —inquirió Abril, pinchando con el tenedor una patata brava.

—Es difícil rehacer tu vida cuando sigues enamorado… —murmuró él mientras cogía la copa y se la llevaba a los labios.

—¿Continúas enamorado de ella? —preguntó anonadada.

—Sí, eso nunca ha cambiado desde el primer día… —contestó con timidez.

—Pero si se fue sin dar explicaciones y se quedó allí viviendo una vida de libertinaje…

—Sé todo lo que ha hecho tu madre en aquella comunidad, Abril. Todo. Me lo ha contado y aun así no puedo ocultar que mis

sentimientos por ella se han despertado.

—¿Eso qué quiere decir?

—Que soy tonto —dijo con una sonrisa, negando con la cabeza —. Lo he pasado mal, no te lo puedo negar, pero volver a verla, el hecho de hablar con ella, de que se haya sincerado conmigo y me haya pedido perdón, para mí ha supuesto mucho. Me ha liberado del resentimiento que sentía.

—¿Volverás con ella? —preguntó Abril, apretando la mandíbula y obligándose a mantener a raya sus emociones y la rabia que sentía ante aquella confesión.

—No lo sé… Ahora se encuentra con fuerzas, aunque su enfermedad no le va a dar mucho tiempo para sentirse así… —susurró, mirando la copa de cerveza que tenía delante.

—¿Cáncer?

—Sí.

—Ya… —dijo ella, dándole un largo trago a su cerveza.

—¿Cuándo es la boda? —preguntó él para cambiar de tema.

—El sábado que viene, aunque nos tendremos que ir el jueves. Hay la despedida de solteros conjunta, la comida familiar previa a la boda y luego el enlace.

—Muy bien. Seguro que sale todo fenomenal.

—Eso espero.

Estuvieron hablando de la boda, de los proyectos que Abril tenía para que la empresa siguiese creciendo y poder dejar así el trabajo de cajera en el supermercado, siempre obviando aquel tema tan peliagudo que ensombrecía la mirada de ella, haciendo que no pareciese la misma.

Después de cenar, su padre la acompañó a su edificio y se despidió de ella con un cariñoso beso, sabiendo que tenía que hacer algo para ayudarla.

Los días pasaban veloces cuando tenía a su hija en casa y más aún cuando tenía al teléfono a una nerviosa novia con mil dudas de

último momento. Aquella mañana, cuando Abril dejó a Zoe en el colegio, se dirigió a su casa a terminar de preparar las maletas. Se había cogido unas pequeñas vacaciones en el supermercado para poder hacerse cargo de la boda. Estuvo toda la mañana metiendo ropa en dos maletas, una para ella y otra para su hija, que se quedaría con Salvador, el padre de Abril, esos días. Fue a recogerla al colegio y comieron juntas, charlando de todo lo que había hecho Zoe en clase. Luego, mientras la niña veía dibujos en la televisión, ella recogió la cocina y el salón y la volvió a llevar al colegio.

—¿Lo tienes todo preparado? —le preguntó Abril a Maca al verla llegar. Ella estaba en la puerta del colegio, esperando que su hija entrara.

—Casi. ¿Nos tomamos un café?

—Vamos —contestó Abril echando a andar.

—¿Qué tal va todo?

—Sin parar. Carola está histérica.

—Pero está todo controlado, ¿no?

—Sí, pero se acerca la fecha y está nerviosa —dijo con una sonrisa comprensiva al pensar en la futura novia.

—Normal… Cuéntame novedades. Hace días que no te veo —la apremió su amiga, mientras se sentaba a una pequeña mesa y le pedía la consumición al camarero.

—No hay ninguna novedad, Maca —contestó Abril echándose el pelo hacia atrás—. ¿Qué tal con Ismael?

—¡Genial! —exclamó sonriente—. ¡Nos hemos besado!

—Muy bien. Esto avanza.

—Sí. Fue un beso muy bonito… Estábamos en la revista, trabajando con la portada del especial de Navidad… y de repente nuestros dedos se rozaron sin querer, nos miramos sorprendidos y me besó. ¡Uffffffff, Abril! Qué beso. De esos para enmarcar.

—Me alegro mucho por ti, Maca. Se nota que te hace feliz.

—Sí, de momento todo está saliendo muy bien. Anoche quedamos para cenar y, claro, el primer beso dio pie a muchos, muchos besos —explicó mientras se mordía el labio inferior.

—¡Eso está bien! —rio divertida.

—Cuenta, ¿qué te ha enviado Julen estos días?

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—No… De repente han dejado de llegar cosas —comentó encogiéndose de hombros con indiferencia.

—¿No has hablado con él?

—No.

—¿Ya no te envía mensajes?

—No. Nada —reiteró, negando con la cabeza, impasible, sin que la afectase aquella falta de detalles por parte de él.

—Qué raro… —murmuró Maca.

—Yo no lo veo tan raro.

—Bueno, no pensemos mal. A lo mejor está muy liado rodando la película.

—Maca, pensemos con lógica: se ha dado cuenta de que no quiero nada con él y punto.

—Ay, hija, qué desaborida eres cuando quieres… ¡Si hasta fue a hablar con tu padre!

—Algo que no debería haber hecho.

—Es una muestra irrefutable de que le gustas, Abril.

—Bah, deja de hablar de ese hombre y cuéntame más cosas de ti y de Ismael —la apremió con una sonrisa, cogiendo la taza de café que le acababan de dejar en la mesa.

Maca sonrió y comenzó a hablar de aquel hombre que le estaba empezando a gustar tanto. Después del café se fueron a buscar a Zoe al colegio, que salió muy contenta de poder ver, aunque fuera unos minutos, a la gran amiga de su madre.

—¿Y Zoe?

Salvador estaba sentado en el sofá de su casa, leyendo un libro, cuando su hija llegó. Iba, como siempre, con unos pantalones de tela y un jersey.

—Está en casa de una amiga. Hoy tenía merienda de chicas… —dijo Abril con una sonrisa, poniendo los ojos en blanco y dejando una pequeña maleta en el suelo.

—Esa niña tiene una agenda repleta de acontecimientos sociales.

—Ya te digo… Tiene más vida social que yo —comentó ella, sentándose al lado de su padre—. Luego iré a buscarla y te la dejo ya aquí. Te he traído ropa suficiente para estos días.

—¿Sales mañana?

—Sí, a primera hora.

—¿Estará Julen en la boda? —preguntó él con curiosidad.

—Debe estar, es el hermano de la novia —contestó con una sonrisa, disimulando lo que sentía al oír ese nombre y el nerviosismo que tenía desde hacía unos días al saber que lo volvería a ver de nuevo.

—¿Has cambiado de opinión?

—¿Respecto a qué?

—Respecto a él, respecto a volver a confiar en alguien y volver a creer en el amor.

—No —contestó ella con convicción.

—Vale. —Sonó el timbre de la puerta y Salvador se levantó del sofá—. Espero que con el tiempo entiendas por qué lo he hecho —dijo con seriedad mientras iba a abrir.

—¿Hacer qué? —preguntó Abril sin entender nada.

—Hola, Abril… —dijo su madre entrando en la casa, mientras Salvador cerraba y se colocaba justo a su lado.

El estómago de Abril se cerró de repente. Sabía que estaba pálida, que había abierto mucho los ojos y que respiraba a un ritmo demasiado acelerado.

—Siéntate, Montse —pidió Salvador, tomando las riendas de aquella situación tan embarazosa para su hija.

—Estás preciosa, Abril… —dijo Montse sentándose a su lado, sin dejar de mirarla.

—¿Qué hace ella aquí? —preguntó Abril con un hilo de voz, mirando a su padre e intentando no mirarla a ella.

—Ya va siendo hora de que hables con tu madre, de que te enfrentes con tu pasado —explicó él con ternura, intuyendo que era la única forma para que su hija dejará atrás todo el sufrimiento pasado.

Abril la miró nerviosa, sintiéndose diminuta a su lado. Se notaba que los años habían pasado también para ella, ya no era la mujer que recordaba. La persona que tenía delante tenía arrugas en la cara, sus ojos habían perdido el brillo y debajo se le veían unas sombras muy marcadas. Llevaba el pelo muy corto, de un tono casi cenizo. Estaba muy delgada, tenía los pómulos muy marcados y vestía con ropa oscura y pasada de moda, algo que a Abril le chocó, al tener en su mente la imagen de una mujer vivaracha, vestida con un finísimo vestido blanco, a la que llegó a odiar con todas sus fuerzas. Había cambiado por fuera, algo lógico después de casi veinte años, pero a su lado ella se sintió igual como cuando tenía diez años: temerosa, inadaptada, poco agraciada y, en definitiva, alguien que nunca encajaría en ninguna parte.

25

—¿Y tu hija? Me había dicho tu padre que también estaría aquí… —dijo Montse, buscando a la niña con la mirada.

—Está en casa de una amiga… —susurró ella, sin llegar a creerse que estuviese viviendo aquella escena tan surrealista.

—Me ha contado tu padre que tienes una pequeña empresa y que te está yendo muy bien —comentó con voz dulce, como si aquella visita fuese algo normal.

—¿Qué pretendes viniendo aquí? —preguntó Abril, armándose de valor y olvidándose de los formalismos.

—Quería volver a verte, poder hablar contigo, intentar que me perdonaras… —contestó su madre con voz compungida.

—Ya me has visto, ya has hablado conmigo y perdonarte no voy a poder hacerlo nunca. Tú me obligaste a crecer en un sitio que no me pertenecía. Me obligaste a vivir bajo unas normas nada normales. Me abandonaste, prácticamente, con esa gente. Sin importarte qué sentía yo cuando te veía, desde lejos, sin ni siquiera acercarte a mí en días, en semanas… Siendo repudiada por mi propia madre —declaró con rabia.

—Abril, sé que lo hice mal, sé que te estoy pidiendo mucho, pero créeme cuando te digo que yo no era esa mujer que veías. Ellos me convencieron de que lo mejor para nosotras era esa vida, que seríamos felices en esa comunidad, que nada malo nos pasaría si estábamos entre esos muros. Yo les creí totalmente, confié ciegamente en que ellos me decían la verdad. Dejé mi vida y la tuya

en sus manos, acatando sin rechistar sus leyes, sus costumbres y su forma de vivir. He estado ciega muchos años, demasiados. Creyendo que yo era una privilegiada por haber encontrado aquel lugar en el mundo y pudiéndote ofrecer un futuro mejor que viviendo aquí.

—No hace falta que me expliques lo ciega que estabas. Aunque era pequeña, recuerdo perfectamente tus palabras de reproche cuando yo no acataba sus órdenes, cuando me sublevaba, cuando me negaba a participar en cualquier acto para aquel líder que se consideraba a sí mismo un mesías… Me fui de allí con diez años, sí, pero recuerdo con claridad todo lo que viví entre aquellos muros que tú tanto y tanto elogiabas.

—Dios mío —murmuró su madre afligida, tapándose la boca con la mano—. Tenías razón, Salvador —dijo mirando a éste—. Abril, me arrepiento tantísimo de haber ido a aquel lugar, de haberte arrastrado conmigo, tanto que jamás me lo perdonaré. Pero hija mía, nunca he dejado de pensar en ti. Todos estos años me imaginaba que nos volveríamos a ver, que me abrazarías y que me perdonarías —dijo con gran emoción, saltándosele las lágrimas al comprobar el dolor que le había infligido a su única hija, por la decisión que había tomado en aquella etapa de su vida tan extraña.

—¿Por qué te fuiste de allí? —preguntó Abril, sin importarle que su madre estuviese al borde del llanto.

—No sé qué me pasó, si te soy sincera. Pero de repente, abrí los ojos y lo que vi me horrorizó.

—Mientes —dijo con voz fría.

—Tienes razón. —La mujer sonrió con nerviosismo, sintiendo que su hija veía más allá de sus palabras—. La verdad es que no hace dos años que me fui de esa comunidad, ni tampoco me pasó de repente, como por arte de magia… No, no fue así —explicó mirándose las manos, sintiéndose culpable por haberlos intentado engañar—. Hace un par de semanas, más o menos, vino un chico a verme y me habló de ti. Al principio no quise escucharle, pero luego algo me llevó a hacerlo, incluso me escapé de la comunidad para poder hacerlo libre de oídos que deseaban escuchar… Ese muchacho

me abrió los ojos de golpe al comentarme por todo lo que habías pasado en tu vida, por cómo aún te sentías por mi culpa y por qué no podías avanzar… Él me hizo ver la realidad y me di cuenta de lo egoísta que había sido, de todo lo que había arriesgado por una quimera…

»Y me escapé con su ayuda. Él ha estado conmigo estos días, hablándome de ti sin parar, haciéndome ver que estaba haciendo lo correcto, que el perdón era difícil, pero que valía la pena… No sabía que mis acciones te hubieran afectado tanto, no tenía ni la más remota idea de que no fueras feliz, mi dulce niña… Es verdad que pensaba en ti mientras vivía en la comunidad, pero creía que eras dichosa, que no te hacía falta una madre un poco loca, que se dejó llevar por el ansia de sentirse bien, olvidando que lo único que podría borrar ese mal sabor de boca que sentía lo tenía justo a su lado.

»A tu padre ya le he pedido perdón, y soy muy afortunada de que me lo haya concedido tan pronto, pero sé que ahora debo pelear por obtener el tuyo y que no va a ser tan sencillo... Quiero volver a empezar, quiero conocerte, saber de tu vida, poder ayudarte, poder demostrarte todo lo que te he querido y lo que te quiero. Mira, quiero enseñarte una cosa —dijo, mientras abría su bolso y cogía una foto arrugada—. Esta foto la he llevado conmigo todos los días. Siempre la miraba y pensaba que tú habrías logrado todo lo que deseabas, me imaginaba que estarías casada, con hijos y siendo completamente feliz…

Montse se la ofreció y Abril la cogió. Al mirarla se vio a sí misma con cinco años, con un vestido blanco, peinada con una coleta alta medio deshecha y descalza. En la instantánea sonreía, pero era una sonrisa forzada. En sus ojos se reflejaba la tristeza que sentía al no tener a su madre al lado, sintiéndose extraña en una comunidad que la apartaba por ser distinta de las demás niñas de su edad.

—Siempre has sido una preciosidad, pero ahora eres una mujer deslumbrante.

—No me ha servido para nada bueno ser una cara bonita… —farfulló Abril, devolviéndole la foto.

—Salvador, te pido perdón por la pequeña mentira que te conté, pero el chico no quería que supierais que había venido a verme… —comentó arrepentida.

—Dime, ¿de verdad te estás muriendo? —preguntó Abril sin mostrar ningún sentimiento por aquella mujer vulnerable que tenía al lado.

—Algún día me moriré, pero no, no estoy enferma… —susurró afligida al verse de nuevo desenmascarada—. Pensamos que necesitabas un aliciente para verme, algo que te tocara el corazón e hiciera que me dieras una oportunidad.

—¿Quiénes lo pensabais?

—Tu padre y yo… —masculló nerviosa, buscando con la mirada a Salvador, que no se perdía detalle de aquel encuentro entre madre e hija—. Abril, estas semanas fuera de la comunidad han sido muy duras para mí, no te puedo decir lo contrario. Me ha tocado asimilar las consecuencias de mis actos, he tenido que aprender lo que era vivir de nuevo en la realidad y me he sentido sola, horriblemente sola. Yo sólo quiero que me perdones, que entiendas que no lo hice para perjudicarte, sino al contrario. Quiero que entiendas que yo estaba mal, en serio, viví un embarazo tan mágico contigo, que al nacer tú me quedé desolada, sentía que me faltaba algo, que estaba hueca por dentro. Conocí al líder una mañana en el parque, había ido a pasear contigo, y comenzó a hablarme, a contarme lo maravilloso que era el lugar donde él vivía… Todos los días iba al parque a verle, para poder hablar con él, para que me hiciera sentir en paz conmigo misma, porque yo no lo lograba sola. Era como si estuviese viviendo en un pozo muy oscuro, sin alegrías a mi alrededor, sin importarme que lloraras porque tenías hambre… —explicó afligida—. Un día me propuso que me fuera con él y que te llevara conmigo, porque era un sitio maravilloso donde poder vivir. Y le dije que sí sin pensar, deseando marcharme con él para continuar sintiendo esa paz que me transmitía con sus palabras… Ahora, visto

desde lejos, me doy cuenta de que se aprovechó de mi debilidad, que me contó lo que yo necesitaba escuchar para sentirme bien. Sé que él me cegó por completo, haciendo que yo me sintiese mal si no estaba cerca de mí, jugó conmigo para tenerme en esa comunidad, para poder aprovecharse de mis pocos ahorros, para utilizar el trabajo que pudiese hacer…

»Cuando tu padre te sacó de allí, me repudió delante de todos, dejándome apartada en un rincón. Viví durante todos esos años sintiéndome una escoria, trabajando más que nadie para poder pagar mi estancia en aquel lugar. No me marché porque no sabía adónde ir, no sabía qué pensaría tu padre si volvía de nuevo a vuestra vida. Me quedé por miedo, por miedo a que me rechazarais vosotros también… Hasta que vino ese chico a verme y me contó que tú no habías podido avanzar. Entonces encontré la excusa que necesitaba para salir de allí y poder presentarme delante de vosotros.

—¿Por qué te repudió el líder al marcharme? —preguntó Abril con interés.

—Él siempre acogía a personas con mucho dinero o con hijos, así se aseguraba de que su comunidad tuviese mano de obra joven y, además, captadores atractivos para que continuasen aumentando sus filas.

—¿Los echas de menos?

—No, ya te he dicho que era una paria entre ellos.

—Vale… Bueno, se me hace tarde, tengo que ir a por Zoe. Cuando vuelva no quiero que estés en esta casa. No quiero que mi hija te conozca. Para ella sólo tiene tres abuelos, y ninguno de esos tres eres tú —comentó Abril mientras se levantaba del sofá y la miraba desafiante, capaz de hacer cualquier cosa por salvaguardar a su hija de aquella parte de su vida de la que se avergonzaba.

—Lo entiendo, pero ¿podremos volver a vernos tú y yo? —preguntó su madre con un hilo de esperanza.

—No tengo nada más que hablar contigo —dijo ella cogiendo su bolso y saliendo de la casa de su padre con un portazo.

Estaba acalorada, nerviosa, sintiéndose como si no fuera ella. El frío húmedo de la calle la estimuló un poco, lo justo para poder recomponerse antes de que la viese su hija. Respiró con pausa, tranquilizando así su corazón, que latía con fuerza al haber visto a su madre delante de ella. Durante tantos años había deseado saber las razones por las cuales se la llevó consigo, que ahora, al saberlas, la habían dejado fría, como si le estuviesen hablando del tiempo o de cualquier otra cosa que no fuera con ella.

Estaba rodeada de mentiras, mentiras por todos los lados, las que dijo el líder de aquella comunidad para engatusar a su madre, las utilizadas por ésta para poder acercarse a ella, las del Innombrable para que accediera a hacer el amor sin protección en la parte trasera de un coche, las de Julen para volver a acercarse a ella, incluso Maca y su padre le habían mentido… Todos sin excepción la habían engañado, de una manera u otra habían jugado con ella. Y ahora Abril no sabía ni quién era en realidad, ni qué pensaba de todo eso. ¿Era la chica sonriente que siempre veía el vaso medio lleno? ¿O en cambio era la que nunca encajaría en ninguna parte? Llegó a casa de la amiga de Zoe, tocó el timbre y la niña salió seguida de la madre de su amiga.

—¿Cómo se ha portado? —preguntó Abril, con su habitual sonrisa.

—Genial. Tienes una hija que es un encanto —dijo la mujer.

Abril abrazó a Zoe, se despidieron de su amiga y se dirigieron a casa de Salvador. Mientras la pequeña le contaba lo que había hecho aquella tarde, Abril supo que teniendo a su lado a su hija siempre se sentiría menos infeliz.

Al llegar a casa de su padre, se alegró de ver que le habían hecho caso y que Montse no estaba allí. Cenaron los tres en la mesa del salón, y Abril intentó que no se le notase que estaba molesta con su padre. Le puso el pijama a Zoe, la arropó en la cama que le había pertenecido a ella de pequeña y le dio un beso de buenas noches.

—Haz caso al abuelo, ¿vale? —susurró mientras la acariciaba la cabeza con ternura—. Dentro de unos días estaré por aquí y nos

iremos al cine.

—¿A ver la película de las princesas?

—Claro que sí —dijo con una sonrisa—. Te quiero, mi vida, más que a nada en el mundo.

—Yo también te quiero, mami —dijo Zoe con voz medio adormilada.

Ella le dio otro beso y salió de la habitación.

—Bueno, papá, me voy para casa.

—Llámame cuando llegues a Francia.

—Lo haré —dijo, poniéndose la chaqueta y cogiendo el bolso—. Papá, no quiero que Zoe la vea, ¿me has entendido? —preguntó con voz fría y seria.

—Es su abuela…

—No me quiero enfadar más contigo, lo de esta tarde ha sido un golpe bajo y aún no entiendo por qué lo has hecho… Pero si me entero de que la ha visto, no te lo perdonaré nunca, y te lo digo en serio.

—De acuerdo, Abril. Hasta que tú no quieras, Zoe no verá a Montse —respondió con pesar.

—Vale. Buenas noches, papá —dijo, dándole un par de besos en la mejilla.

—Buenas noches, hija mía, espero que estos días te ayuden a ver esto desde otra perspectiva. Ella nos quiere.

Abril lo miró con gesto serio, suspiró tranquilizándose y salió de la casa para dirigirse a la suya. No tenía ganas de discutir con su padre y menos aún cuando el eje principal de esa discusión era su madre.

Apagó el despertador y se quedó observando el techo. Había pasado una noche horrible, llena de pesadillas, y no lograba quitarse de encima una sensación de desasosiego. Se levantó de la cama, se duchó rápidamente y se vistió. Había quedado con Maca para ir

juntas al aeropuerto y desayunar allí. Cuando ya se encontraba en la puerta, con todo preparado, llamaron al timbre y bajó.

—Buenos días —dijo Maca con una sonrisa.

—Buenos días, ¿preparada para organizar otra boda? —preguntó con una sonrisa, obligándose a enterrar toda la tristeza y el aturdimiento que sentía en aquellos momentos.

—¡Por supuesto!

El camino en taxi al aeropuerto fue bastante entretenido gracias a la conversación de Maca, que presentía que algo le ocurría a su amiga, al verla aparecer con aquellas ojeras y el gesto mustio. Al llegar al aeropuerto facturaron el equipaje y desayunaron en una cafetería, mientras Abril la ponía al día de la apretada agenda que tenían esos días.

—¿No me vas a contar lo que te pasa? —preguntó Maca, cansada de esperar a que saliese de ella y viendo que Abril prefería quedarse callada—. ¿O prefieres que lleguemos al valle del Loira para hacerlo?

—¿Ahora? —preguntó Abril apartando la vista de la pequeña ventanilla del avión.

—Creo que es el mejor momento. Estamos a no sé cuántos pies del suelo y nos queda un buen rato para aterrizar.

—Uf… No me apetece hablar ahora de eso, Maca…

—Tu madre, ¿no?

—¿Lo ves? ¡Hasta lo sabías antes que yo! —dijo exasperada, cerrando los ojos para controlar la rabia que sentía por ser la última en enterarse de las cosas.

—Bueno, tu padre me llamó anoche preocupado por ti y me hizo prometerle que te vigilaría —explicó con cariño.

—Uf… —bufó, inspirando lentamente para tranquilizarse—. Otras veces he estado mejor, pero ahora eso no importa, tenemos que centrarnos en la boda de Carola y de Richard.

—Es una pasada todo lo que está haciendo Julen por ti —dijo Maca con orgullo.

—Julen se está entrometiendo demasiado en mi vida y lo que está consiguiendo es que le coja ojeriza.

—No lo dirás en serio… —respondió mirándola a la cara—. ¡Lo dices en serio! —exclamó, señalándola con el dedo como acusándola de algo atroz—. Abril, te está demostrando que te quiere de verdad, que le importas tanto que incluso fue a buscar a tu madre para que hablase contigo y así pudieras pasar página.

—Pero es que yo no quería eso. Todos opináis, pensáis, os entrometéis. Pero no os paráis a pensar qué es lo que yo quiero de verdad.

—Dime, Abril, ilumíname, ¿qué es lo que tú quieres?

—Que me dejéis vivir como yo quiero —gruñó, cansada de todo aquello, de que le repitieran una y otra vez su triste pasado.

—¿Me estás diciendo que tú quieres vivir así siempre? ¿Sola cada quince días? ¿De verdad es eso lo que deseas? Ay, amiga, creo que el miedo no te deja ni pensar. Y un día, cuando te encuentres sola de verdad, porque tu hija tenga marido e hijos, tu padre ya no esté con nosotros y yo esté con Ismael, entonces y sólo entonces, te arrepentirás de tus palabras. Porque ya no podrás volver atrás, porque ese tren habrá partido hará mucho tiempo y tú estarás sola sin querer estarlo, sintiéndote mal contigo misma y sabiendo que has malgastado tu vida por nada, por temor a lo desconocido, por no saber qué habría ocurrido si hubieses tomado una decisión diferente, arriesgada, sí, pero capaz de cambiarlo todo.

Abril se quedó observando el gesto serio de su amiga y supo que tenía razón. Inspiró con lentitud y miró por la ventanilla del avión cómo éste traspasaba las nubes algodonosas. No sabía qué hacer, se sentía desorientada y muerta de miedo.

26

Abril condujo en silencio por la carretera en dirección al pequeño pueblo donde se celebraría la boda. Habían aterrizado a la hora fijada y el coche que había alquilado estaba esperándolas cuando recogieron las maletas. Maca no paró de hablar en todo el viaje, animándola algunas veces y otras haciendo que pensase en ella misma por una vez en su vida.

Llegaron al *château* de Cop-Choux, el hotel reservado para los invitados y para los novios, que se alojarían también allí los días previos a la boda, para hacer de la estancia en el castillo de Challain algo mucho más especial el día del enlace.

—¡Abril! —exclamó Carola en cuanto vio a su organizadora entrar en el vestíbulo del hotel—. ¡Ya ha llegado el día! —dijo emocionada.

—Ahora a disfrutar al máximo, ¿vale? Ya estamos nosotras aquí para ocuparnos de todo —comentó con ternura Abril, estrechándola en un afectuoso abrazo—. Estás preciosa.

—¿Yo? Mírame la cara… ¡Tengo una espinilla! —exclamó Carola horrorizada, señalándose un pequeño puntito rosado en su rostro de marfil.

—Eso son los nervios. No te preocupes, el día de la boda nuestra maquilladora te tapará todas las imperfecciones que pudieras tener y, además, Maca hace maravillas con el Photoshop.

—Ay, no sé qué haría sin ti —gimió la joven, emocionada por la tranquilidad que siempre le daba Abril.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó Richard, acercándose a ellas para saludarlas.

—Muy bien —contestó Abril, dándole un par de besos—. ¿Ha llegado algún invitado?

—No, todos vendrán después de comer, como hablamos. Así nosotros estamos ya aquí, tranquilos, y cuando lleguen podemos marcharnos para asistir a la cena de nuestra despedida de solteros.

—¡Genial! Vamos a dejar nuestras maletas en la habitación y bajamos ya —dijo Abril señalando el equipaje.

—Os esperamos aquí —informó Richard, volviéndose a sentar en los sillones que había en el vestíbulo.

—Qué majos son… —comentó Maca mientras subían en el ascensor después de registrarse en el hotel.

—Sí, la verdad es que Carola y yo hemos congeniado mucho, y Richard es un encanto de hombre —dijo Abril, apoyándose en la pared y mirando de reojo su reflejo en el gran espejo.

Llevaba un abrigo corto color gris, un vestido de punto rojo y unas botas altas grises. Elegante pero sencilla, ése era su lema. Debía mostrar siempre una imagen impoluta para sus clientes, aunque a Maca eso no le importase mucho, ya que, como siempre, iba con unos vaqueros negros, jersey y botas militares del mismo color.

Entraron en la amplia estancia de dos camas, dejaron las maletas y colgaron las prendas susceptibles de arrugarse en el armario. Antes de bajar de nuevo al vestíbulo, Abril llamó a su padre para avisarle de que ya habían llegado y, de paso, preguntar cómo estaba su hija.

Comieron en el restaurante del hotel, mientras Abril les comentaba el plan de aquella noche y todo lo que pasaría en los sucesivos días, demostrando tener todos los detalles controlados.

—Mañana, antes de celebrar la comida pre-nupcial que pedisteis, me pasaré por el castillo para comprobar que todo está como deseamos —explicó Abril, dejando la servilleta sobre la mesa y dando por concluido el almuerzo.

—Pero estarás con nosotros en la comida, ¿no? —preguntó Carola con un hilo de voz.

—No te preocupes, estaré presente en todos los momentos importantes de la celebración para asegurarme de que todo va como la seda —contestó ella con una sonrisa.

—¡Genial! —exclamó Carola aliviada.

—¿Cómo va la película de Julen? —preguntó Maca de repente, dirigiéndose a Richard.

—Avanzando a pasos agigantados. Hemos encontrado a los actores perfectos enseguida y además tenemos un equipo que estaba deseando poder trabajar de nuevo con él —contestó Richard con orgullo—. Si todo va como está previsto, para el mes que viene ya estará rodada y sólo quedará el arduo trabajo de producción.

—¿Dónde está él? —quiso saber Maca.

—Está al llegar. Quería supervisar una escena que estaban rodando esta mañana… —explicó Richard, mirando de reojo a Abril, que se había quedado en silencio mientras jugueteaba con la servilleta con gesto nervioso.

—Estoy deseando ver cómo queda —declaró Maca con alegría—. Anda, mira, por ahí viene.

Esas palabras hicieron que Abril levantase la mirada de la servilleta para encontrarse con los ojos cautivadores de Julen. Su porte, como siempre, era espectacular. Llevaba unos vaqueros desgastados y un jersey de cuello vuelto color marrón. A Abril le dio un vuelco el corazón al notar su mirada en ella, mientras se acercaba a la mesa que ocupaban, y se sintió ridícula por estar nerviosa como una niña. Se obligó a tranquilizarse e, incluso, a apartar la mirada de él; no quería darle indicios de nada y tampoco quería que Maca tuviese motivos para echarle un sermón de los suyos.

—Perdonad el retraso —dijo Julen acercándose a Carola para darle un par de besos—. Cuando he acabado he cogido el primer vuelo que salía hacía aquí —explicó, saludando a los demás

integrantes de la mesa, dándole la mano a Richard y un par de besos a Maca y dejando a Abril para el final.

—¿Has comido? —preguntó Carola.

—Sí, en el avión nos han dado algo —contestó, mientras se acercaba a Abril y le daba también un par de besos en la mejilla, que a ella le supieron a poco, apenas un roce de mejillas y poder inhalar de nuevo su colonia.

Luego se sentó al lado de su hermana, dejando a Abril temblando como una hoja y sin reparar, casi, en ella.

—¿Todo bien? —le preguntó Richard a su futuro cuñado.

—Sí, todo está yendo como esperábamos —respondió Julen, centrando su atención en Richard y Carola.

Abril seguía extrañada ante el frío saludo de Julen, no era que quisiera que la besara en los labios mientras le prometía amor eterno, pero su saludo había sido exactamente igual que el que le había dedicado a Maca, como si Abril se hubiese convertido en una más, en una extraña… Se quedó pensativa, intentando comprender por qué había cambiado tanto, hasta que cayó en lo obvio: ya se había olvidado de ella, claro…

—¿No, Abril? —preguntó Carola, sacándola de sus pensamientos de golpe.

—¿Cómo? Perdona, Carola, pero no te estaba escuchando —dijo, avergonzada por haber desconectado de la conversación, para analizar el comportamiento de Julen al volver a verla, después de tantas semanas recibiendo miles de regalos, mensajes y románticas palabras.

—Te preguntaba si podíamos ir a descansar un rato a nuestras habitaciones antes de que empiecen a llegar los invitados.

—Claro, es muy buena idea. Id. Nosotras nos pasaremos por el restaurante de la despedida para asegurarnos de que todo está preparado para esta noche —contestó Abril recomponiéndose.

—Perfecto. Pues vayamos entonces —los apremió Richard levantándose de su silla.

Salieron del restaurante todos juntos, Carola, Richard y Julen hablando entre sí, mientras Abril y Maca se quedaban en segundo plano, caminando detrás de estos.

—Descansad, luego nos vemos —les dijo Abril al despedirse.

—Hasta luego —contestó Carola con una sonrisa, mientras seguía a los dos hombres al interior del ascensor. Ellos sólo habían levantado la mano a modo de despedida, sin interrumpir su conversación.

—Joder, ¿soy yo o Julen está cada día más bueno? —preguntó Maca al salir del hotel y ciñéndose bien su cazadora negra.

—No sé, no me he fijado… —contestó Abril mientras sacaba de su bolso las llaves del coche alquilado y disimulaba su desconcierto ante ese atractivo hombre que había pasado de ella casi sin pestañear.

—Anda, que no… —soltó Maca con socarronería—. Que no me chupo el dedo y te has quedado embobada cuando lo has visto aparecer.

—Exagerada.

—De exagerada nada, digo lo que tú no te atreves a pronunciar. Que Julen está para hacerle un monumento y ofrecerle las bragas cada vez que pasas por delante mientras gritas: olé, olé y olé —soltó con gracia, al tiempo que hacía el saludo típico de los toreros.

—Corre con él si tanto te gusta —replicó Abril subiendo al coche, molesta por las palabras de su amiga.

—Yo ya tengo a mi Ismael, pero vamos, que no le faltarán pretendientas, te lo digo yo… —dijo, sentándose en el asiento del copiloto.

—Pues que le aproveche —gruñó ella de malas maneras, al tiempo que ponía el motor en marcha.

—¿Celosa?

—¿Yo? ¿De él? ¡No me hagas reír! —soltó con los dientes apretados, haciendo que Maca sonriese divertida al apreciar el cambio que había experimentado su amiga nada más volver a ver a Julen.

Fueron al restaurante, hablaron con el encargado e incluso entraron en la cocina para poder ver in situ lo que iban a cenar aquella noche los invitados de los novios. Cuando Abril comprobó que todo marchaba según lo previsto, cogieron de nuevo el coche y volvieron al hotel para poder descansar un poco y prepararse para el primer evento de la boda.

—Maca, porfa, abróchame la cremallera —pidió Abril, saliendo del cuarto de baño de la habitación del hotel.

—¡Madre mía, Abril! —exclamó su amiga al verla enfundada en un ceñido vestido rojo brillante de tirantes.

—¿Qué? ¿Voy mal? —preguntó ella, mirándose en el espejo del cuarto de baño.

Se había alisado un poco el pelo, dejando unas ondas muy marcadas en las puntas y se había maquillado concienzudamente, tapándose las ojeras y aquel color ceniciento que había aparecido en su piel. Se veía guapa, algo que necesitaba aquella primera noche, pues aún sentía la mirada de indiferencia de Julen.

—Estás preciosa, de verdad. Esta noche te vas a llevar más de una mirada, eso que te quede claro… —contestó Maca.

—¿Tú qué te vas a poner?

—Esto —dijo su amiga, señalándole una falda de cuero negra y un jersey del mismo color.

—¿Quieres que te maquille o te peine? —preguntó Abril, pasando cosas de un bolso a otro más pequeño que llevaría esa noche.

—No, ya me maquillo yo después. ¿Por qué no vas a ver cómo está Carola? Seguro que ella te necesita más que yo.

—¿Estás segura?

—Sí… Abril, te pondrás algo encima de ese escueto vestido, ¿no? Te recuerdo que fuera hace frío y mucho.

—Sí, tranquila, me he traído un abrigo que abriga bastante.

—Perfecto —respondió Maca, sin dejar de admirar lo favorecida que estaba Abril con esa ropa—. Nos vemos en el vestíbulo.

—Vale, voy a llamar a Carola antes de presentarme en su habitación. No quiero interrumpir nada —añadió con una sonrisa nerviosa, mientras cogía su teléfono móvil y marcaba el número.

—¡Abril! Te iba a llamar ahora mismo —dijo Carola con la voz alterada—. ¡Te necesito!

—Voy para allá —contestó con una sonrisa, antes de colgar la llamada—. Ponte guapa —le dijo luego a Maca.

—No quiero hacerte sombra, rubia —replicó su amiga con guasa, mientras Abril cogía su bolso y el abrigo y salía de la habitación.

La de Carola y Richard estaba en la misma planta. Abril tocó con los nudillos en la puerta y al poco apareció Carola con albornoz, los ojos hinchados de llorar y sin peinar.

—¿Qué te pasa?

—¡No quepo en el vestido! —gimió en tono lastimero, haciéndola pasar a la habitación.

—A ver, póntelo.

—Pero no te rías… —susurró la chica, entrando en el cuarto de baño.

Al poco salió con un precioso vestido gris perla con pedrería, largo hasta los pies y tan ceñido que se le marcaba su pequeña barriga de embarazada.

—Creo que me he ensanchado… —dijo, tocándose las caderas.

—Es normal. Te recuerdo que estás embarazada —comentó Abril con una sonrisa cariñosa—. A ver qué podemos hacer —añadió, mirando el vestido desde todas las perspectivas.

Luego se acercó a Carola y comenzó a arrugarle el vestido hacia arriba, creando un fruncido que comenzaba justo en la cintura. Cogió unos imperdibles que siempre llevaba en el bolso y empezó a asegurar el fruncido por la parte de atrás, creando una nueva versión del modelo.

—Mírate en el espejo, a ver si te gusta —dijo, después de darle ella el visto bueno a su idea.

—¡Oh, Abril! Ha quedado estupendo y ni siquiera se me nota la barriga. ¡Eres la mejor! —exclamó emocionada, abrazándola,

contenta de verse guapa con la creación de Abril.

—Ven que te voy a maquillar y a peinar —dijo ésta, al tiempo que entraba en el cuarto de baño para poner elegante a la protagonista de aquella noche—. ¿Y Richard?

—Se ha ido con Julen a recoger a los invitados al aeropuerto.

—Genial. Ya verás cuando te vea —dijo Abril, aplicándole base de maquillaje en la cara.

—No sé qué hubiera hecho sin ti… —comentó Carola, visiblemente emocionada.

—Para eso me contrataste, para que tú sólo te dediques a disfrutar de estos días —respondió ella con una sonrisa, infundiéndole los ánimos que tanto necesitaba.

27

Todo estaba yendo como Abril había previsto. Los invitados estaban sentados a la gran mesa del restaurante, mientras los novios hablaban con unos y otros. Aquella noche estaban allí los amigos de Carola y Richard, personas a las que apreciaban tanto que deseaban tenerlas en la despedida de su soltería. También había algún familiar, como los hermanos de ambos, pero eran los menos numerosos.

Maca estuvo dando vueltas por la mesa, haciendo fotos en grupo, parejas e incluso a todos los allí reunidos, mientras Abril, desde una distancia prudencial, supervisaba que todo saliese como los novios deseaban. La bebida no dejaba de circular por la mesa, la exquisita comida salía caliente de la cocina y sonaba una melodiosa música. El restaurante estaba reservado únicamente para ellos, como le habían dicho al contratarla, la intimidad era algo crucial para los novios, ya que entre sus amistades había actores famosos, directores de cine, productores y deportistas de élite.

Abril se encontraba en su salsa, le encantaba organizar y supervisar, aquella tarea le daba vida y estuvo entretenida, trabajando durante horas mientras los demás disfrutaban de la velada. No podía negar que, más veces de las que hubiese querido, había mirado a escondidas a cierto moreno atractivo que se había sentado entre dos preciosas actrices famosas y que no había reparado en ella en toda la noche. Aún más, había estado coqueteando durante toda la cena con las dos mujeres, sin dedicarle siquiera una mirada de simpatía a Abril, como si para él ya no

existiera, como si sólo fuera la organizadora de la boda de su hermana…

Después de la cena, en el mismo restaurante habían dispuesto una sala adjunta para que disfrutaran de la música y la barra libre. Todos se dirigieron hacia allí, momento que Abril aprovechó para dirigirse al aseo y retocarse el maquillaje.

Se miró en el espejo y vio en su rostro la inseguridad que tanto odiaba en sí misma, que hacía que se sintiese de nuevo una marginada, alguien que no encajaba en ninguna parte. Se pintó los labios de rojo, al tiempo que se obligaba a ahuyentar de su mente esos pensamientos que siempre la dañaban y a centrarse en aquel trabajo que le daba la ilusión que había perdido tantos años atrás. Guardó el pintalabios en su pequeño bolso y salió del aseo a grandes zancadas, tropezándose con alguien que pasaba por allí.

—Perdona, no te había visto —se disculpó ella.

—¡No puedes salir así de los sitios, Abril! —exclamó él molesto.

Ella levantó la cara y lo miró; sus ojos negros, sus marcados rasgos, su incipiente barba y aquel halo de seducción que siempre lo rodeaba la bloquearon, haciendo que le fuese difícil hablar. Tragó saliva y cuadró los hombros, mientras esbozaba una amplia sonrisa, intentando ocultar lo que se despertaba en ella cuando él estaba a su lado.

—Hombre, pero si es el entrometido director de cine —soltó, retándolo con la mirada.

—El mismo y tú eres la mujer que prefiere hacer creer a todo el mundo que es feliz, pero ¡oh, sorpresa!, no lo es —replicó Julen con ironía.

—Eso ahora no te tiene que importar. Ya he visto que has estado trabajando en nuevas conquistas.

—Ya sabes lo que se dice: un clavo saca otro clavo, y si son dos a la vez, sale mejor y más deprisa —respondió dando un paso hacia ella, desafiándola con la mirada.

—¡Mira qué bien! —exclamó Abril con sorna, apoyándose una mano en la cadera—. Habrá que llevarlo a ley, lo de los tríos digo.

—Debería hacerse, sí —dijo él sin apartar la mirada de ella—. ¿Te vas a quedar toda la noche en la puerta de los aseos? —añadió, al ver que no se marchaba.

—Por supuesto que no. Sólo te quería decir, como inciso nada más, que espero que no te vuelvas a inmiscuir en mi vida y que, de una vez por todas, me olvides.

—¿Olvidar qué? Ay, perdona, he estado tan ocupado con mis dos preciosas amigas que se me ha olvidado lo que hice en el pasado —explicó con pedantería.

—Ya veo…

Abril chasqueó la lengua y pensó que era lógico; era muy poca cosa para un hombre como él, que además ya había conseguido de ella lo que quería.

—¿Vas a entrar conmigo al aseo o seguimos hablando aquí? Quisiera recomendarte lo primero, ya que tengo un desnudo muy bonito —comentó con guasa.

—Muy graciosillo —masculló Abril con rabia, consciente de que aquellas cosas la intimidaban—. Me voy ya, tengo una despedida de solteros que supervisar.

—Sí, no vaya a ser que se descontrole y la gente empiece a divertirse.

—Ja, ja y ja —soltó ella de malas maneras, haciendo que él reprimiese una carcajada—. Que te vaya bien con esas dos morenas.

—Seguro que sí y a ti que te vaya bien… bueno, ya sabes, estando sola —replicó Julen alejándose de ella y entrando en el servicio de los hombres.

Abril se quedó mirándolo con un nudo la garganta. ¿Qué había ocurrido? Se había imaginado aquel encuentro más veces de las que le gustaría reconocer ante nadie, pensando que aquella atracción que sentían el uno por el otro surgiría de nuevo nada más verse. Y sí, ella la había sentido, pero él… ¡Él la había ignorado por completo! Pero ¿por qué? ¡Claro! Por qué iba a ser… Porque al final Julen era como todos los hombres, sólo estaba interesado en una cosa: el sexo. Era cierto que había estado agasajándola con multitud de

regalos, notas y mensajes, pero ella, casi inconscientemente, esperaba ver qué ocurría con el transcurrir del tiempo. No quería hacerse la mojigata o la dura, no era eso, lo único que pasaba era que temía que él jugase con ella y ahora tenía delante la verdadera cara de Julen, que nada más divisar un pequeño escollo, uno diminuto, se había rendido, pasando hoja automáticamente y fijándose en otras mujeres, aunque ella estuviese siendo espectadora de todo ello.

Era algo que ya sabía y se repetía hasta la extenuación, aunque en un rincón de su interior esperaba que aquello no fuera el final. Se dio la vuelta y volvió a la fiesta, notando que sus sentimientos empezaban a descontrolarse, necesitando algo para paliar la desazón que crecía dentro de ella y la angustia que amenazaba con surgir en cualquier momento. ¡Se estaba volviendo loca! Y aquello acababa de empezar.

—¿Estás bien? —le preguntó Maca en cuanto la vio aparecer en la sala pálida y nerviosa.

—Sí, fenomenal —contestó Abril, mientras alcanzaba una copa de champán de la bandeja de un camarero y la vaciaba de un trago, calmando el resquemor que sentía.

Estuvo dando vueltas por el salón, mientras Maca continuaba haciendo fotos, esta vez mucho más divertidas, gracias a las copas de alcohol ingeridas durante y después de la cena. Abril se sentía como en un sueño, y bebía champán para calmar su ansiedad cada vez que veía a Julen rodeado de bellas mujeres, sonriendo y divirtiéndose ajeno a ella.

No sabía qué le pasaba, eso era lo que quería, que la olvidara, que la dejara en paz con su rutina, pero al tenerlo tan cerca, con esa atracción que ejercía sobre ella, notaba que la piel se le erizaba y todo aquello que creía le parecía absurdo y carecía de importancia. Se sentía aturdida por pensar una cosa y al minuto siguiente la contraria. No sabía lo que quería ni lo que no quería, estaba demasiado confusa para tomar una determinación.

Cogió una nueva copa de champán; había perdido la cuenta de las que llevaba. La fiesta prácticamente funcionaba sola y Abril empezó a relajarse un poco más de lo necesario. Se volvió hacia la pista de baile dando pequeños sorbos a la bebida burbujeante, sintiéndose más segura de sí misma o más mareada, no sabía bien cuál de las dos cosas, ya que su mente se había convertido en un caos que ni ella misma entendía. El caso era que comenzó a disfrutar de aquella fiesta que había organizado con tanto cariño y dedicación, obligándose a no mirar donde sabía que encontraría a Julen, junto a aquellas morenas que no se apartaban de él ni con agua hirviendo, y sonrió al ver bailar a los novios en mitad de la pista.

Vio que Maca había acabado de hacer fotos y que se estaba tomando una copa al lado de unos actores amigos de los novios. Entonces reparó en sí misma, sola en un rincón, bebiendo alcohol sin control, sintiéndose vacía, desorientada e infeliz. Giró la cabeza y miró a Julen sin disimulo, apuró la copa que tenía en las manos con un largo trago, la dejó en una de las bandejas que portaban los camareros y se dirigió hacia él con paso seguro, sintiéndose atractiva, fuerte y capaz de cualquier cosa. Se le puso delante, mostrándole una amplia sonrisa mientras lo miraba a los ojos, obviando a aquellas preciosas morenas que le daban veinte mil vueltas tanto en belleza como en curvas, pero a ella en aquellos momentos no le importaba. Sólo tenía en mente lo que sentía cuando lo tenía al lado, lo que vivió durante aquellos días en Escocia, lo que descubrió de sí misma entre sus brazos.

—¿Ocurre algo? —preguntó Julen al verla plantada delante.

—Sí, algo que sólo puedes solucionar tú —dijo medio arrastrando las palabras por culpa del champan que había ingerido—. ¿Vienes?

—¿Adónde?

—Fuera. Necesito que me ayudes.

—¿No te puede ayudar otro? —preguntó él en tono seco, apartando la mirada de ella y sonriéndoles a sus amigas.

—No —contestó Abril, intentando reprimir las ganas de gritarle lo que deseaba hacer en esos momentos.

—Ahora vuelvo, chicas —les dijo Julen con calma y chulería a las actrices, que la miraban a ella con desaprobación, molestas porque las privase de la compañía del atractivo director de cine.

Julen y Abril caminaron juntos hacia la salida de la sala sin hablar, sólo concentrándose en salir de allí. Ella se detuvo en un rincón alejado de miradas indiscretas, haciendo que también se parase él, que la miraba con desconfianza.

—Julen… —susurró en tono meloso mientras se acercaba a su deliciosa boca, anhelando probar de nuevo sus labios.

—¿Qué haces, Abril? —preguntó él, cogiéndola del hombro y deteniendo así su avance hacia su boca.

—Quiero besarte… —murmuró, mientras le acariciaba el torso con delicadeza, maravillándose al notar los músculos por encima de la fina camisa blanca que llevaba y sintiéndose como en casa al tenerlo tan cerca.

—¿Por qué? —preguntó, extrañado por su cambio de parecer.

—Nunca me han besado en Francia —dijo, recordando la frase que utilizó Julen cuando le dio su primer beso en Corfú.

—No, Abril, así no —dijo separándose de ella—. ¡De verdad eres increíble! —soltó molesto, dando un paso hacia atrás—. Has tenido que verme con otras, has tenido que verme pasando de ti para querer acercarte a mí. ¿No te das cuenta de que todo era una farsa para ver qué harías? Yo pensaba que no caerías en este engaño tan malo, que eras una mujer demasiado inteligente como para dejarte arrastrar por los celos y por una absurda competición entre mujeres. Me has tenido a tus pies durante semanas, ofreciéndote todo lo que poseía, dándote lo más valioso que tengo y me lo has tirado a la cara sin inmutarte, sin importante mis sentimientos, dándote igual qué pensaba cuando tú no me contestabas los mensajes que te he enviado día tras día. Lo más gracioso es que luego te quejas de que todos los hombres somos iguales, pero eso es lo que a ti te gusta, es lo que pides en tu vida: alguien que te lastime, alguien que juegue

contigo, que no se preocupe por ti… —declaró, visiblemente molesto.

—Yo… —titubeó, despejándose de golpe con su explicación—. ¿Era todo una mentira? ¿No me estabas ignorando?

—Ahora qué más da… Me has demostrado que no te intereso para nada, que te has quedado anclada en el pasado y que no tienes ninguna intención de solucionar tus problemas. Te gusta sufrir, reconócelo. No quieres que nadie te saque de esa zona de confort que te has fabricado, crees que no tienes derecho a sentirte mejor y que no vale la pena arriesgarse para averiguar lo contrario… Te gusta ser la pobre chica desvalida, que tiene que hacer esfuerzos sobrehumanos para demostrarle a la gente que es feliz… Así eres tú Abril, Campanilla, sí, pero incapaz de volar…—Hizo una pausa—. Pues como tú desees, ahora soy yo quien no quiere estar contigo.

—Julen, escúchame, yo… —imploró, desconcertada ante aquella revelación.

—No, Abril, ya es demasiado tarde. Yo también tengo sentimientos, yo también tengo problemas, yo también sufro, no sólo lo haces tú —dijo en tono frío, apartándose de ella y dejándola sola en aquel rincón, sintiéndose una escoria.

Abril no volvió a la fiesta, no podía. Le envió un mensaje a Maca diciéndole que estaba indispuesta y que se marchaba al hotel. Caminó por las calles desiertas de aquel pueblo francés, con el bolso en la mano y ciñéndose el abrigo al cuerpo. Hacía mucho frío, aunque casi ni lo notaba, porque las duras palabras que le había dicho Julen todavía resonaban en su cabeza como un eterno eco, martirizándola con su acierto. No supo ni cómo llegó a la cama de su habitación, pero se tumbó sobre ella y dejó salir todo el dolor que sentía desde hacía años y lloró sin consuelo. La culpa de que estuviese así no era de nadie más que de ella. Abril tenía la llave para acabar con todo ese rencor, era la única capaz de permitirse ser feliz, la única. Y de que no lo fuera no tenían la culpa ni su madre, ni el lugar donde creció ni los compañeros de clase que tuvo en la infancia ni nadie que no le hubiese dado una oportunidad por ser

una muchacha tímida, a la que le costaba mostrarse como era… No, la culpa la tenía ella, porque durante todos esos años se había olvidado de algo crucial, había olvidado aceptarse a sí misma, con sus defectos y con sus virtudes, queriéndose como era, para así poder dejar que otros también la quisieran… ¡Qué ciega había estado durante todos esos años! Ahora lo podía ver todo desde otra perspectiva y era consciente de que ella sola se había trabajado la desdicha de su vida, creyendo que era culpa de terceros, cuando era la única causante.

De repente dejó de llorar y percibió en su interior una especie de alivio, una paz que nunca había concebido, se sentía mejor consigo misma y pudo aceptar que era así, bastante complicada, un poco veleta, temerosa de amar a un extraño, valiente cuando le tocaban a su hija y cariñosa cuando estaba con su padre o con Maca. Era desconfiada por naturaleza, alguien a quien le costaba más de lo normal aceptar la intromisión de otras personas en su vida; era vivaracha, alegre, pero también tremendamente responsable y seria. Con ese nuevo descubrimiento se quedó dormida, todavía con aquel precioso vestido rojo puesto, con la cara bañada en lágrimas y el rímel corrido, sintiéndose más ella que nunca.

Se despertó sobresaltada, sin saber qué hora era, miró el reloj y se volvió a tumbar en la cama. La cabeza le retumbaba y tenía la garganta seca. Se levantó con cuidado para no hacer ruido, pues Maca dormía plácidamente en la cama de al lado. Se duchó y se vistió en pocos minutos con un elegante vestido entallado de color crema y manga larga, cogió un bolso, el abrigo y salió de la habitación. Debía continuar su trabajo y había quedado con el encargado del castillo para supervisar la decoración y los últimos detalles para el día siguiente. Se dirigió al restaurante del hotel para desayunar algo rápido. Al terminar, cogió el coche y se dirigió al castillo. Nadie la vio, todos dormían plácidamente después de la fiesta de la noche pasada.

Estuvo toda la mañana de acá para allá, organizando la colocación de las flores, comprobando que la vajilla que utilizarían para la cena fuera la apropiada, asegurándose de que el dormitorio destinado a los novios después del enlace estuviese perfecto; hasta el más mínimo detalle supervisó y puso en aquella tarea todo su ser. Miró la hora y tuvo que darse prisa, debía estar en la comida pre-nupcial y sólo quedaba una hora para que comenzase. Condujo deprisa hasta el hotel. Había muchos invitados por el vestíbulo, esperando a los novios. Abril los saludó mientras avanzaba hasta el ascensor y, al abrirse las puertas de éste, se encontró de cara con Julen.

—Hola —lo saludó Abril, dejando que saliese del ascensor para poder entrar ella.

—¿Dónde estabas? Carola anda buscándote —comentó con severidad, mostrándole de nuevo aquella frialdad tan desconcertante para ella.

—Estaba trabajando; ahora voy a verla —contestó nerviosa, sintiéndose como una adolescente cuando lo tenía cerca. Todo en él la ponía nerviosa, incluso su voz.

—No tardéis —dijo Julen dándose la vuelta para encontrarse con los demás invitados.

—¡Abril! —exclamó Carola con alivio cuando abrió la puerta de su dormitorio y se encontró con la organizadora de su boda—. No te separes de mí, por favor. ¿Se me nota el embarazo? Ay, madre mía, estoy que me da algo… —gimió nerviosa, sin parar de dar vueltas por la habitación. Se puso los pendientes y eligió una pulsera, todo ello mirándose sin cesar en el gran espejo que presidía la estancia, para comprobar, una vez más, que aquel vestido vaporoso en color morado le quedaba bien.

—Relájate. Estás preciosa. No se te nota nada de nada. Y dime, ¿qué es lo que te preocupa? —comentó con voz dulce, mientras la cogía de la mano para que se tranquilizara.

—Básicamente mis padres. Ya han llegado. Lo sé porque me lo ha dicho Julen, pero yo aún no he tenido fuerzas para ir a verlos.

—Escúchame, nadie te va a arruinar estos días. Si necesitas aire, relajarte o lo que sea, llámame, iré enseguida a rescatarte.

—¡Madre mía, Abril! —sollozó llevándose las manos a la cara—. Hace meses que no veo a mis padres y no quiero, no puedo, permitir que me quiten la alegría que siento, o que sentía… ¡Ya no sé ni lo que digo!

—Sólo tienes que saludarlos, un beso, unas palabras y te vas con Richard a saludar a otros familiares, como por ejemplo tus abuelos. Respira tranquila, estáis separados en la mesa, no tendrás que hablar con ellos más de lo estrictamente necesario. Por tanto, sonríe mucho, que ellos no noten que te afecta su presencia, y disfruta de este almuerzo —susurró Abril con cariño.

—¡Julen te ha contado cómo son nuestros padres! —exclamó, asombrada al saber que su hermano había dado ese paso tan grande con una mujer.

—Sí, algo me contó… —susurró Abril arreglándole el pelo y concentrándose en ella y no en su hermano—. Pero tú no te centres en eso. Piensa que estás viviendo uno de los días más felices de tu vida, que te vas a casar con un hombre maravilloso y que vas a tener un precioso bebé.

—Julen nunca le había contado a nadie cómo son nuestros padres… —susurró Carola, todavía asombrada por la iniciativa de su hermano—. Vale, te haré caso —dijo con un suspiro, acercándose a ella y dándole un abrazo—. No sabes la pena que me da que al final Julen y tú no hayáis acabado bien… Me hubiera gustado tenerte de cuñada.

—A mí también me da pena, sobre todo cuando me he dado cuenta de tantas cosas…

—¿Quieres decir que te estás arrepintiendo de haberle dicho que no? —preguntó con una pizca de esperanza de que Abril hubiese recapacitado.

—La verdad es que no sé qué siento por Julen, pero sí sé que siento algo… —declaró ella con timidez.

—¡Ay, Abril! Eso es fantástico —soltó Carola emocionada, mirándola a los ojos—. ¿Quieres…? —Levantó las cejas, mientras esbozaba una amplia sonrisa repleta de intenciones.

—No puedo decir que lo quiera, pero sí voy a intentarlo. La vida es de los valientes, ¿no? —dijo con alegría, sintiéndose que liberaba un poco más aquella presión que siempre tenía en el pecho y que le impedía estar bien de verdad.

—¡¡Ayyyyyyyy!! —dijo Carola dando saltitos de alegría y estrechándola después contra su pecho.

28

Repetir hasta la extenuación que estaba trabajando en una nueva película se estaba convirtiendo en un martirio. Todos —familiares, amigos, compañeros de profesión, actores— le preguntaban de qué iba la película, cómo surgió la idea y, sobre todo, cuándo la verían en la gran pantalla. Al principio Julen respondía con ilusión, deseando que llegara el día del estreno para ver las reacciones de esas personas tan vinculadas a él, pero al final, tanto repetir la misma retahíla se estaba convirtiendo en algo tan tedioso que ya no le apetecía ni hablar… Sobre todo porque, por cosas del azar —algo en lo que nunca había creído pero que comenzaba a tener más en cuenta—, se había enamorado hasta las trancas de la musa de aquella historia.

Se aflojó un poco la corbata al ver a sus padres acercarse a él. Odiaba esas cosas. Tener que fingir delante de la gente que mantenía una relación aparentemente normal con sus progenitores era agotador, pero necesario para que nadie sospechase que Carola y él habían crecido sin el cariño de ellos.

—Hola, Julen —lo saludó su padre, un hombre alto, de cabello negro, porte serio y elegantemente vestido.

—Hola —respondió él, obligándose a tenderle la mano a su padre y a darle un beso en la mejilla a su madre.

—Haz el favor de ponerte bien la corbata, pareces un andrajoso —masculló su madre, una mujer de estatura media, delgada y

morena, acostumbrada a llevar encima ropa de firma y joyas muy vistosas.

—Yo también me alegro de veros —susurró Julen con ironía, mientras se apretaba el nudo de la corbata.

—¿Y tu hermana? Espero que tenga la decencia de ponerse las joyas de su difunta abuela… —comentó la madre con voz afilada.

—Creo que no se las ha traído, madre. Aunque eso es lo de menos, lo primordial es que su boda salga bien.

—Uf… Veremos, no les doy más de dos meses.

—¿Y eso por qué? Ni siquiera conoces a Richard para asegurar eso.

—La gente de la farándula es promiscua, Julen. Parece mentira que tú no lo sepas… —soltó la mujer con soberbia.

—Como siempre, haciendo amigos, madre… —replicó él con disgusto—. Mirad, por ahí vienen los novios —señaló hacia los ascensores, donde Richard se encontró con Carola.

—Está gorda. No le va a quedar bien el vestido de novia. Cuando yo me casé perdí diez kilos y mírala a ella… No parece mi hija —dijo la mujer, mirando a su hija con desaprobación.

—Carola está preciosa, madre. Y espero que sea eso lo que le digas cuando se acerque a saludaros.

—Bah… Como si a ella le molestase que le dijera la verdad.

—Te he dicho que no le digas eso, y mucho menos hoy —insistió Julen con seriedad, intentando proteger a su hermana de un disgusto.

—¿Quién es esa rubia que la sigue a todas partes? —preguntó su padre, interrumpiendo la conversación de madre e hijo.

—Es Abril, la organizadora de la boda… —contestó Julen, observando lo preciosa que estaba ese día.

—Muy guapa para ser organizadora de bodas, ¿no? ¿Es lesbiana? —preguntó de repente su madre.

—¡A todo le sacas pegas, madre! —exclamó, harto de esa manera de pensar tan extremista.

—Te estás volviendo un poco gruñón, Julen. Eso no es bueno para tu carrera cinematográfica.

—¿Desde cuándo te interesa mi carrera, madre? ¡Ah, sí! Desde que salgo en las revistas y puedes presumir con tus amistades… —comentó enfadado—. Sonreíd, viene ya Carola y no quiero que le estropeéis el día.

—Ay, hijo, como si fuéramos unos ogros… —protestó su madre, alzando la barbilla con insolencia.

—Hola, papá, mamá —saludó Carola, sin soltarse de la mano de Richard, nerviosa por el encuentro—. Os presento a mi futuro marido, Richard, y a la organizadora de nuestra boda, Abril —dijo, haciendo las presentaciones.

—Es un placer —contestó la madre, apretando la mandíbula para no dejar de sonreír y dándoles un repaso visual a Richard y a Abril.

—Mucho gusto. Si nos permiten, vamos a continuar con los saludos antes de pasar a comer al restaurante —comentó esta última con una sonrisa encantadora, mientras se llevaba de allí a los novios para dirigirlos donde se encontraban sentados los abuelos paternos de la novia y el abuelo materno.

—Es un poco engreída la organizadora, ¿no? ¡No nos ha dejado ni hablar con ellos! Y ese nombre que tiene, ¿es que sus padres eran hippies? —soltó la madre cuando ellos ya se habían alejado.

—Ni una cosa ni otra —dijo Julen—. Abril es una magnifica organizadora de bodas y una de las personas más cualificadas que he conocido en mi vida. Es increíble que juzguéis a alguien por el nombre tras verla un par de segundos… ¡Sois de lo que no hay! Me voy, ya no aguanto más. Intentad no hablar con nadie —añadió, cansado de soportar tantos comentarios hirientes.

—Hijo, si no te conociese, aseguraría que esa mujer te gusta… —comentó su madre con petulancia, haciendo que Julen, que ya había empezado a irse, se detuviera a un paso de ella.

—El problema es que no me conoces —dijo él con sequedad, alejándose ahora sí de sus padres.

Frustrado y asqueado, así se encontraba Julen en esos momentos. Sabía que debía estar contento, su hermana se iba a casar con un buen amigo suyo, un hombre que la amaba de verdad y que haría cualquier cosa para que fuera feliz. Pero darse cuenta de que Abril no sentía nada por él, que lo ignoraba a pesar de todo lo que había hecho por ella, hizo que su humor empeorase. Había seguido el consejo de Carola, se había dejado ver con dos amigas actrices, había estado coqueteando con ellas porque su hermana se lo pidió, todo para que Abril reaccionase. Iluso de él, creía que esa pantomima no funcionaría, que ella se daría cuenta de la farsa y no surtiría efecto. Pero cuando la noche anterior lo sacó de la fiesta e intentó besarlo, se dio cuenta de que Carola había dado en el clavo. Los celos despertaban a cualquiera de su letargo y a él eso no le hizo especial gracia. Desde que se dio cuenta de que la amaba, Julen se había volcado en conquistarla, había puesto toda la carne en el asador, convencido de que así conseguiría romper aquella coraza que Abril siempre llevaba puesta. Pero no sirvieron de nada ni las flores ni los poemas ni las notas ni siquiera los gestos románticos. Nada de eso sirvió, porque ella no quería nada de él. Pero cuando vio que pasaba, entre comillas, de ella, eso bastó para despertarla. ¡Luego decían que los hombres eran raros!

Julen decidió salir un poco a la calle, necesitaba despejarse, quitarse aquella negatividad que siempre sentía cuando veía a sus padres y, sobre todo, apartar a Abril de su mente. Esa preciosa mujer que se contoneaba delante de él como si Julen fuera de hielo, como si no le importase volver a tenerla al alcance de sus dedos…

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella, saliendo del hotel para ir a buscarlo—. Tu hermana te está esperando.

—Voy —farfulló, tragándose las palabras que le hubiese gustado decirle y caminando con ella hacia el interior del hotel, obligándose a no mirarla más de lo necesario, aparentando que ya no sentía nada al tenerla cerca…

El restaurante elegido para la comida pre-nupcial estaba a pocos pasos del hotel donde se alojaban los invitados, por lo que fueron de

un sitio a otro a pie.

Como era de esperar, Abril había hecho un trabajo excepcional en la distribución de las mesas, juntando a pequeños grupos de personas con afinidades semejantes. Julen se sentó a la mesa presidencial, al lado de su hermana, ya que era el padrino de la boda. Al lado de su futuro cuñado, estaba la madre de éste y su padre. Había conseguido que el restaurante de estilo victoriano que habían reservado fuera exclusivamente utilizado para ese fin, e incluso habían colocado tupidas cortinas en los grandes ventanales que daban a la calle, para salvaguardar la intimidad de los allí reunidos.

Julen buscó a Abril con la mirada. Estaba de espaldas a él, de pie, hablando con el encargado y con un camarero. Supuso que estaría supervisando los últimos detalles de aquella comida pre-nupcial que habían pedido expresamente los novios. Su miembro viril dio un brinco al pasear él la mirada por el trasero de Abril, que enfundado en aquel vestido tan ceñido dejaba poco a la imaginación. Tragó saliva y se movió nervioso en su asiento, intentando despejar su mente calenturienta. Se fijó en que había logrado transformar aquel restaurante en un lugar mucho más íntimo y sofisticado, con el toque perfecto de otorgarles el protagonismo a los novios, presentes en toda la estancia por medio de preciosas instantáneas y originales carteles con sus nombres.

—¿Estás bien? —preguntó Carola en un susurro al verlo pensativo.

—Sí, ¿y tú?

—Muy bien. Quiero agradecerte que me dieses el número de teléfono de Abril. Creo que no hubiese podido encontrar a ninguna mejor que ella.

—No hace falta que me agradezcas nada, Carola.

—Hoy está preciosa, ¿verdad? —preguntó, viendo que su hermano la miraba de reojo.

—Bueno… —susurró él apartando la vista.

—¿Por qué te has rendido con ella, precisamente ahora que empezaba a acercarse a ti?

—Porque me he dado cuenta de que no me quiere y que no podrá querer a nadie si no cambia…

—¿Y si ha empezado a hacerlo?

—¿Tú crees? —susurró incrédulo—. Mírala, se nota que sonríe sin ganas, como siempre…

—Es una pena, ¿sabes? Has hecho mucho por conquistarla y no me parece bien que tires tus esfuerzos por la borda cuando estás a punto de conseguirlo.

—Yo ya he hecho lo que tenía que hacer. Si quiere algo conmigo, le tocará dar a ella el paso.

—¡Ya lo dio anoche, Julen! —exclamó Carola.

—Claro, estando ebria y celosa… Eso no me vale —contestó con seriedad.

—¿No será que tienes miedo…?

—¿Miedo? Le he dicho que la quiero, la he agasajado y me he volcado en ella, creyendo que así la ayudaría a quitarse esa coraza de acero y, dime, ¿de qué ha servido? ¡De nada! Sólo al verme con otras mujeres se ha acercado a mí pidiéndome un beso… Yo no quiero eso, Carola. No quiero volver a equivocarme, como me pasó con Rosa… Quiero que la mujer que esté conmigo lo haga porque me ame de verdad, no porque sea la mejor opción a su alcance.

—¿Crees que Abril intentó algo contigo porque eras la mejor opción para ella?

—No lo sé, Carola. Me encantaría comprender lo que le pasa por esa cabecita rubia, para poder saber a qué atenerme… De momento no sé cómo hacer para averiguarlo y necesito espacio entre los dos. Al fin y al cabo, es lo que siempre me ha pedido Abril.

Una alegre música interrumpió su conversación, dando paso a los camareros, que al ritmo de la melodía servían los primeros platos.

La comida estaba deliciosa, la bebida nunca faltaba en la mesa y Maca iba por todas las mesas haciendo fotos, con un vestido negro que no desentonaba tanto como otras veces. Julen se obligó a

comer sin mirar hacia donde Abril y Maca estaban sentadas, comiendo también, e intentaba no mirarla cuando se levantaba para acercarse a los novios y lo embriagaba con su dulce aroma y con la electricidad que sentía al tenerla a escasos centímetros. Hizo un esfuerzo casi heroico para que no se le notara que aún sentía algo por ella, poniéndole malas caras o contestándole de manera fría y distante. No sabía si su decisión de dejarla en paz se debía a que había pensado que sus esfuerzos valdrían la pena en un futuro próximo, o a que sus sentimientos hacia Abril estaban cambiando.

—Está saliendo todo perfecto, ¿verdad? —le preguntó Carola después del postre.

—Sí, la gente se lo está pasando muy bien.

—Aún no me creo que, mañana a estas horas, estaré casada con Richard —dijo su hermana radiante de alegría.

—Vas a tener la boda de tus sueños, Carola, ya lo verás —contestó él con una sonrisa al verla tan feliz.

La comida se prolongó hasta la tarde y después de comer hasta no poder más, de tomar el café y el postre, y de amenizar la sobremesa con chupitos de licores, finalmente dieron la comida por finalizada bien entrada la tarde, y los novios se fueron a descansar y a reponerse para estar bien el día siguiente.

Con la simpatía y saber estar que caracterizaba a Abril, ésta sugirió a los familiares y amigos de los novios que diesen un paseo por el precioso pueblo donde se celebraría el enlace, y les entregó pequeños mapas para que nadie se extraviase, en los que había señalado los principales lugares de interés. Julen la observaba desde lejos, junto a su hermana y su futuro cuñado; él también necesitaba descansar un poco, desintoxicarse de cierta rubia risueña que tenía la fuerza de meterse debajo de su piel aunque él no lo deseara.

—¿Qué os ha parecido la celebración hasta ahora? —preguntó Abril pizpireta, acercándose a los novios.

—Genial. Lo estábamos hablando ahora mismo. Los invitados están encantados y deseando ver con qué nos sorprenderás mañana —dijo Carola con alegría.

—Me alegro mucho de que sea así —contestó Abril—. Julen, ¿no vas con tus amigos?

—No, estoy agotado… Ya puedes imaginarte, he tenido una noche movidita —dijo, sintiéndose un gusano nada más pronunciar esas palabras.

—Claro, me imagino… —murmuró con un hilo de voz, sintiendo cómo un puñal se le clavaba en el corazón al intuir cómo debió de haber sido esa noche para él.

—Bueno, nosotros nos vamos ya a la habitación. ¡Nos vemos mañana por la mañana! —dijo Carola casi de carrerilla, empujando a Richard para que se moviese y así dejarlos solos.

—Esperad, yo también voy al hotel —dijo Julen, dando un paso hacia ellos.

—Un segundo… —pidió Abril, haciendo que él la mirase—, quería hablar contigo a solas.

—Creo que no tenemos más que hablar, Abril —contestó él con gesto serio.

—Quería pedirte perdón por mi actitud de anoche… —dijo con una sonrisa, al ver que Carola y Richard se alejaban de ellos y que se habían quedado solos en un rincón del restaurante.

—Claro, ya esperaba tu arrepentimiento… Es lo que tiene beber demasiado, nos hace hacer cosas que no queremos.

—No es eso, no me arrepiento de haber intentado besarte. Sería absurdo arrepentirme de algo que deseaba hacer —respondió, sorprendiendo a Julen con esa confesión—. Me quiero disculpar por no haber visto todo lo que has hecho por mí durante estos meses. Me has ayudado a ver qué fallaba en mí, me has mostrado cómo soy de verdad y has hecho que acepte mi pasado. Aunque, si te soy sincera, lo de ir a buscar a mi madre, intento digerirlo pero no puedo —añadió con una sonrisa nerviosa, sintiéndose indefensa al mostrarse tan vulnerable delante de él.

—¿A tu madre? No te entiendo —comentó extrañado ante ese comentario.

—Sí, ahora no te hagas el discreto conmigo. Ya me explicó que habías ido a hablar con ella para que viniera a verme y así poder superar mis problemas.

—Abril, yo no he ido a hablar con nadie —respondió mirándola a los ojos para que viera que hablaba en serio.

—¿No has ido a la comunidad donde vivía mi madre para pedirle que fuera a verme? —preguntó asustada.

—No. ¿Tu madre ha vuelto? —preguntó a su vez, sin entender nada de lo que Abril le estaba explicando.

Julen vio su gesto serio y cómo palidecía y supo que algo iba mal, pero muy mal. Se acercó y la cogió del brazo, haciendo que reaccionase, ya que se había quedado como paralizada, petrificada mirando un punto fijo sin siquiera parpadear.

—Julen… —sollozó con los ojos muy abiertos.

29

La mente se le nubló y de repente no vio nada, no podía ni siquiera pensar. Descubrir que Julen no estaba detrás del retorno de su madre, hacía su vuelta todavía más extraña y una sensación de desasosiego la invadió por completo.

—Abril, ¿ha vuelto tu madre? —volvió a preguntar él, al ver que seguía sin reaccionar.

—Julen… Dijo que un hombre joven había ido a verla, que le había contado que yo estaba mal y que necesitaba que volviera a mi vida… Yo creía que eras tú, que eres la única persona que se ha preocupado por mí de verdad, que ha estado pendiente de mis sentimientos… Pero ¡dices que no eras tú! —exclamó angustiada, tapándose la boca con la mano, reprimiendo un sollozo y sintiendo que las fuerzas la abandonaban—. ¡Tengo que llamar a mi padre, él tiene que saber que ella miente! ¡Oh, Dios mío! Como se le ocurra hacerle algo a Zoe… —susurró asustada, mientras buscaba dentro de su pequeño bolso el teléfono móvil.

—¿Por qué tendría que hacerle daño a Zoe? —preguntó Julen sin comprender nada.

—Ella me lo dijo, ¡soy tonta! Ella me lo dijo —replicó Abril fuera de sí, cogiendo el teléfono móvil e intentando tranquilizarse para poder manejarlo.

—¿Qué te dijo?

—Me contó que había sido repudiada por su comunidad después de que yo me marchara, ya que no aportaba mano de obra joven y

había bajado un escalafón ante el líder… Habrá averiguado, no sé cómo, que tengo a Zoe y ha venido a por ella. ¡Se la quiere llevar a la comunidad! Quiere volver a ser considerada por el líder, quiere que la acepten de nuevo… Julen, como toque a mi niña, no sé cómo voy a reaccionar —añadió con voz dura y cargada de resentimiento, mientras tecleaba en su móvil el teléfono de su padre.

—Dime, Abril —dijo Salvador al contestar.

—Papá, ¿está bien Zoe? —preguntó sin preámbulos.

—Claro, hija, estoy en la puerta del colegio esperando que salga, para luego irnos al parque a merendar —explicó en tono calmado—. ¿Ocurre algo?

—Montse miente. Julen no fue a verla a la comunidad. Por favor, no dejes que se acerque a Zoe, vigila a mi niña… —pidió con gran angustia.

—Comprendo —dijo su padre en un susurro—. Tranquila, estaré pendiente de Zoe. —La sirena del colegio sonó en esos instantes.

—No cuelgues, necesito hablar con ella —dijo nerviosa, sintiendo que aquel desasosiego no la abandonaba, aun habiéndole asegurado su padre que la niña estaba a salvo.

—Claro. Ahora mismo está saliendo su clase… —explicó Salvador con tranquilidad, explicándole lo que estaba presenciando.

—¿La ves?

—No, aún no.

Esos segundos de espera le parecieron a Abril una eternidad. Miró a Julen, que no se había separado de ella en ningún momento, y se dio cuenta de que él también estaba en tensión, esperando que la vocecilla de Zoe sonase por el teléfono que Abril aferraba con fuerza y así poder respirar tranquilos y retomar aquella conversación crucial para sus vidas.

—Papá, por favor, dime algo.

—Abril, no la veo —titubeó su padre nervioso.

—¡¿Cómo que no la ves?! Entra y habla con la profesora.

—Es lo que estoy haciendo. Te cuelgo y ahora te llamo.

—¡No! No me cuelgues —pidió con un grito.

Abril se quedó en silencio, oyendo los pasos acelerados de su padre, la respiración agitada de éste, su voz cargada de miedo cuando se acercó a la profesora y le preguntó por Zoe. No hizo falta que le contara lo que la profesora le había dicho, ya que ésta habló lo bastante alto como para que Abril la oyese con total nitidez:

—Esta tarde no ha venido al colegio.

Esa simple frase hizo que su corazón se encogiera de miedo. Miró a Julen con los ojos casi saliéndosele de las órbitas. ¡Montse se había llevado a su hija!

Colgó el teléfono cuando oyó a su padre hablar con la profesora, asegurándole que él mismo había llevado a la niña esa tarde a la puerta del colegio. Pero la profesora sólo le pudo decir lo que sabía: que Zoe no había entrado en la clase.

—Julen, lo ha hecho… Esa mujer se ha llevado a mi niña —dijo con voz temblorosa, al borde del llanto y del desmayo al pensar que su hija pudiese vivir lo que ella vivió de pequeña.

—Escúchame —dijo él cogiéndola por los hombros para que lo mirase a la cara—. Vamos a encontrarla, ¿de acuerdo? Nadie te apartará de tu hija, te lo prometo.

—Tengo que irme, tengo que buscarla… ¡Oh, Dios mío, la boda! —exclamó, angustiada al pensar que no podía dejar abandonados a sus clientes. Ella era la única capaz de organizar el evento, porque Maca sólo se encargaba de las fotos...

—Dame un segundo, voy a hacer un par de llamadas —dijo Julen con resolución, cogiendo su teléfono móvil y apartándose un poco de Abril.

Ella no oyó la conversación, cavilando sobre la mejor manera de dar con esa mujer que se hacía llamar su madre. No sabía cómo había conseguido llevarse a Zoe, pero lo que tenía claro era que ella, y sólo ella, estaba detrás de ese asunto. El sonido de su teléfono móvil la sobresaltó, era su padre, descolgó rápidamente.

—¡Abril! La profesora dice que no ha entrado en el colegio, pero te aseguro que yo la he dejado allí, que la he visto entrar… —dijo su padre, angustiado—. ¡Esa mujer es el demonio! Y yo la he creído, yo

le he dado la oportunidad de que conociese a Zoe… Lo sé, cariño, sé que me dijiste que no se acercara a ella, pero pensé que decía la verdad, pensé que se arrepentía de corazón, que deseaba formar parte de nuestra familia… ¡Cuánto lo siento, Abril! Me siento un completo inepto, un pelele que no para de tropezar con la misma piedra.

—¡Joder, papá, te dije que no quería que la viese porque sabía que no era de fiar! —gritó fuera de sí. Luego se quedó en silencio unos segundos y recapacitó sobre sus palabras—. Papá, daremos con ella, no te preocupes. Montse no sabe con quién se la está jugando —añadió con rabia.

—¡Abril! —llamó Julen, colgando su teléfono móvil y acercándose a ella.

—Papá, te dejo, luego te llamo. Si sabes algo, por favor, llámame.

—Sí, lo mismo te digo —dijo el hombre con tristeza.

—Dime, Julen —lo apremió, mientras guardaba el móvil en el bolso.

—Acabo de hablar ahora mismo con Pablo.

—¿Con el marido de Elisa? —preguntó ella dándole un vuelco el corazón al saber que Julen había recurrido a su amigo guardia civil y el responsable de que se conocieran en su boda.

—Dice que es demasiado pronto para que la policía empiece a buscarla. Lo primero que tenéis que hacer es poner una denuncia de desaparición en comisaría, llama a tu padre y coméntaselo, y después preguntar en el entorno más próximo de la niña por si alguien ha visto algo.

—Vale, ahora mismo llamo a mi padre —dijo decidida.

—Y luego necesito que tú hagas algo.

—Dime, lo que sea —contestó alterada.

—Quiero que te quedes aquí, que te asegures de que todo vaya según lo planeado, mientras, yo iré a buscar a Zoe. Dile a mi hermana que llegaré a tiempo de acompañarla al altar…

—No puedo quedarme aquí, tengo que ir a buscar a mi niña… Además, ¿adónde vas a ir ahora?

—A Valencia, ya te lo he dicho. Tengo que ayudar a tu padre a encontrar a Zoe —contestó con decisión.

—Julen, no me pidas que me quede aquí. Yo necesito ir también a buscarla.

—Escúchame —dijo él cogiéndola por los brazos y acercándose para que lo mirase a los ojos—, voy a encontrarla y la traeré aquí contigo. Sé que te costará un mundo hacer lo que te pido, pero mi hermana te necesita aquí, no puedes dejarla ahora. Te prometo que haré todo lo necesario para encontrar a Zoe. Tienes que confiar en mí, ¿de acuerdo?

Abril simplemente asintió con la cabeza, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas al verse allí impotente, a miles de kilómetros de su hija. Julen le rozó con ternura la mejilla sin dejar de mirarla, intentando secar las lágrimas que le caían sin control.

—Haz lo necesario para que vuelva —sollozó abatida, confiándole lo más valioso para ella a ese hombre que le había mostrado cómo era la verdadera Abril.

—Te lo prometo —susurró él acercándose y dándole un apasionado beso, sellando así su promesa y transmitiéndole las fuerzas necesarias para continuar allí—. Te llamaré en cuanto sepa algo. No te preocupes, daré con Zoe —aseguró, alejándose de ella y dejándola apesadumbrada en el ya desierto restaurante.

Abril se dirigió a su habitación del hotel, sin ganas de nada más que de llorar. Al verla, Maca se asustó y corrió hacia ella. Abril le contó lo sucedido y su amiga la consoló durante horas, mientras esperaban que el teléfono de Abril sonara para decirles que ya la habían encontrado. Al final se quedaron dormidas en la misma cama, agotadas de hablar y llorar, ansiando las noticias que se hacían tanto de rogar.

A la mañana siguiente se levantó con un dolor de cabeza espantoso, pero se obligó a ducharse mientras Maca vigilaba el teléfono por si recibía alguna llamada. Ni siquiera lo tocaban, por si

acaso en aquellos instantes estuvieran intentando ponerse en contacto con ella. Después de vestirse y de peinarse, bajaron al restaurante para desayunar.

—¡Abril, ha llegado el día! —exclamó Carola cuando la vio aparecer por la amplia sala.

—¡Sí! —dijo ella fingiendo alegría.

—¿Sabes dónde está Julen? He ido a su dormitorio y no me contesta.

—No sé dónde está, pero te puedo asegurar que estará a tu lado cuando tengas que ir hacia el altar —contestó, aparentando tranquilidad para no preocuparla el día de su boda.

—Me estás ocultando algo —susurró Carola mirándola con desconfianza—. Maca, ¿tú sabes algo?

—¿Yo? ¡Qué va, chica! Venga, Carola, que hoy tenemos el día muy completito. Desayuna fuerte, porque no te vamos a dejar ni a sol ni a sombra —dijo, desviando su atención del rostro pálido de Abril—. ¡Mira, por ahí viene Almu!

Todas se volvieron hacia Almu, la peluquera y maquilladora. Venía cargada con una maleta bastante pesada, donde, aparte de su equipaje, llevaba todo lo necesario para poner a la novia resplandeciente.

Después de desayunar, Carola recogió su maleta y se fue en compañía de Abril, Maca y Almu al castillo donde se celebraría la boda. Un pequeño salón les sirvió como base central para poner en marcha el plan de preparar a la novia para la boda. Richard saldría del hotel hacia allí cuando faltasen unos minutos para el enlace.

—¿Te han llamado? —susurró Maca, cuando vio que Abril estaba en una esquina del salón, comprobando que no se les hubiese olvidado ningún detalle.

—No… —gimió, asustada por no haber recibido aún ninguna llamada.

—Tranquila, estarán a punto de comunicarte la buena noticia.

—Eso espero… —musitó, centrándose en no perder la compostura delante de la novia.

—Ay, nena, qué marido tan reguapo te has ido a buscar. Si es que la que sabe, sabe, y la que no, a peinar a las novias —comentó Almu, mientras le aplicaba una mascarilla en el rostro—. He visto el vestido, nena, vas a estar espectacular de verdad. Vas a ser la envidia de todo el lugar.

—Gracias —logró decir Carola con aquel potingue en la cara.

—Es que nuestra Abril hace magia con estas cosas —continuó Almu sin parar de parlotear.

—Es una gran profesional y mejor persona.

—¿A que sí? —soltó Almu, sentándose en un taburete bajo para empezar a hacerle la manicura.

—Y fíjate, aquí estamos ella y yo sin novio. ¡Ay, qué lástima de hombres! No saben lo que es bueno —siguió diciendo, mientras Abril alzaba la mirada al techo intentando tranquilizar sus nervios y comportarse como se esperaba de ella en ese día tan importante.

—Abril, ¿se sabe algo de Julen? —preguntó de repente Carola.

—Sí, ya está en el hotel con Richard —mintió Abril acercándose a ella y cogiéndole la mano para darle ánimos—. No te preocupes y disfruta de todo esto.

—¡Estoy histérica! ¿Te lo puedes creer? —dijo con dificultad a causa de la mascarilla, que ya se había endurecido y le impedía gesticular.

—Es normal. Han sido dos meses esperando a que llegase el gran día. Ya verás como todo sale a la perfección.

—Sí, es cierto, además tú estás conmigo, eso significa que todo va a salir bien —susurró convencida.

Abril sonrió como había hecho tantísimas veces, sin sentirlo, sólo porque le tocaba hacerlo para que otra persona se sintiese bien. Era justo, no podía preocupar a la novia con sus problemas personales. Aunque su hermano, el padrino de la boda, se hubiese ido a solventarlo, aunque ese hermano fuese el hombre que la había trastocado por completo, haciéndole querer algo que creía que jamás querría… Se dio la vuelta, simulando ocuparse de cualquier

otra tarea, aunque estaba a punto de tener un ataque de nervios, y el teléfono continuaba sin sonar.

Almu siguió preparando a la novia, quitándole la mascarilla y aplicándole cremas para conseguir un cutis perfecto… A la hora de comer tuvieron que hacer una pausa para poder coger fuerzas y seguir adelante. Cuando hubieron terminado, comenzó la parte más importante: el maquillaje. Almu le aplicó la base, tapando las imperfecciones de la piel, y la maquilló con finura, resaltando sus preciosos rasgos. Después, le cepilló el pelo y comenzó a rizárselo con la ayuda de unos anchos rulos, creando unas ondas amplias y muy marcadas. A continuación las fue trenzando de manera sutil hacia un lateral, creando una cascada con una preciosa forma ondulada que caía con elegancia sobre el hombro izquierdo de la novia.

—Maca, yo no puedo esperar más… —dijo Abril en un susurro, mientras estaban las dos solas cerca del único ventanal de la estancia—. Voy a llamarlo, tiene que venir ya hacia aquí, quedan pocas horas para la boda.

—Es raro que no te haya llamado ya él… —murmuró Maca preocupada.

—Ya no aguanto más —repitió cogiendo el móvil, del que no se había separado desde el día anterior—. ¡Mierda! —exclamó al mirarlo.

—¿Qué pasa?

—No sé… no funciona. No me deja hacer nada —comentó, toqueteando la pantalla táctil sin éxito.

—Se te habrá bloqueado. Reinícialo —le dijo Maca nerviosa.

—Ay, madre, ¿y si han estado intentando llamarme? —comentó apagando el teléfono y volviéndolo a encender, histérica por ver si había alguna llamada perdida o algún mensaje—. Mira a ver si te han llamado a ti, Maca.

—Me he dejado el móvil en la habitación del hotel… —siseó su amiga, maldiciendo por habérselo dejado, pero tenía la costumbre de no llevarlo encima cuando trabajaba.

De repente, el móvil comenzó a sonar sobresaltando a las dos amigas. Abril rápidamente descolgó la llamada.

—¡Al fin! —exclamó Julen—. Te he llamado tres veces y no me daba línea. Tu padre ha intentado llamar a Maca y tampoco hemos conseguido contactar con vosotras, y sé que mi hermana no lleva el móvil encima, si no, también la habría llamado a ella.

—Tenía el móvil bloqueado, ¡soy lo peor! —exclamó angustiada al saber que había tratado de comunicarse con ella—. Julen, por favor, cuéntame —suplicó volviéndose hacia la ventana para que la novia no viese su expresión de congoja.

30

A veces ocurre algo que puede cambiarlo todo, incluso una manera de pensar o una creencia… Eso fue lo que le ocurrió a Abril cuando, en aquel elegante salón del precioso castillo francés donde se encontraba, oyó las palabras que le dieron ganas de dejarse caer al suelo con lágrimas en los ojos por el gran alivio que sentía en el corazón.

—No puede ser —gimió en voz baja, haciendo que Maca se preocupase.

—Espera, aquí hay alguien que te quiere decir algo —anunció Julen.

—Hola, mami —saludó Zoe al teléfono—. Estoy con Julen, ¿sabes? Y dice que nos vamos a subir a un avión y que vamos a ir a verte —comentó con alegría, ajena a la preocupación de su madre.

—¡Qué bien, cariño! Dime, ¿por qué no fuiste al cole ayer por la tarde? —preguntó.

—Jo, mami, menudo susto me di. Irene se cayó en el patio cuando estábamos a punto de entrar, le salió muchísima sangre por la nariz y yo la acompañé a la puerta del cole con su mami para que la curase.

—¿Y por qué no volviste al cole después? —preguntó, cerrando los ojos para controlar el enfado que sentía en aquellos momentos, al saber que la culpa de su supuesta desaparición había sido de la niña.

—Es mi amiga, no podía dejar que fuera sola al médico —contestó decidida.

—Claro, pero ¿sabes qué? Cuando el abuelo fue a buscarte no estabas en el cole y nos llevamos un susto muy grande, porque no sabíamos dónde te encontrabas.

—Ya me lo ha dicho él —susurró la niña con pesar—. Pero es que me quedé a jugar con Irene y luego vino papi y cenamos todos juntos…

—Ya hablaré después con tu padre de todo esto... pero quiero que comprendas que no tenías que haberlo hecho. El abuelo no sabía dónde estabas y estaba súper preocupado; y yo también.

—Lo siento, mami… —dijo Zoe con tristeza—. Dice Julen que le dé el teléfono.

—Luego hablaremos, Zoe —comentó Abril con un hilo de voz—. ¿Cómo la habéis encontrado? —preguntó, al oír la respiración de Julen.

—Bueno, no ha sido sencillo… Lo que más nos preocupaba era encontrar a tu madre, poder saber dónde estaba y si, en efecto, estaba con Zoe. Salvador estuvo durante horas intentando contactar con ella por teléfono, fuimos a donde se alojaba y ni rastro de ella. Hasta que al final, a la medianoche, Montse llamó preocupada a Salvador al ver tantas llamadas perdidas. Seguía estando en la ciudad; para ser exactos, estaba saliendo del teatro, por eso no habíamos podido contactar con ella. Cuando se enteró de que andábamos buscando a Zoe, no lo dudó y vino a ayudarnos. Después empezamos a preguntar por el barrio, casa por casa, intentando encontrar algún indicio, alguna pista que nos llevara a Zoe, pero nada...

»Cuando por la mañana hemos llegado de nuevo a casa de tu padre, seguíamos sin encontrarla. No sabíamos por dónde más buscar y hemos empezado a llamar por teléfono a amistades de tu padre y a conocidos tuyos, hemos estado horas tratando de averiguar algo, y al final hemos ido a comisaría por si se sabía alguna novedad, y nada, seguíamos sin saber dónde estaba... Hasta

que a tu padre se le ha pasado por la cabeza preguntarle a Ernesto si sabía algo. A lo mejor alguien se había puesto en contacto con él y era posible que tuviese una pista por donde seguir buscando… Cuando ha hablado con él y le ha dicho que estaba en casa de su novia, que Zoe se había quedado a dormir allí y que creía que tú lo sabías, porque la niña se lo había dicho… imagínate. Nos hemos presentado todos ahí, tu padre ha empezado a reprocharle su falta de consideración por no llamarte a ti o, en su defecto, a él, para asegurarse de que lo que decía la niña era cierto. Y que se cuidara mucho de que eso no se volviese a repetir, porque estaba dispuesto a llevarlo ante los tribunales. La verdad es que tu padre es un fenómeno.

—Sí que lo es —dijo ella con una sonrisa—. Entonces, mi madre… ¿no ha tenido nada que ver?

—No, nada. Al contrario, nos ha ayudado durante toda la noche a buscar a Zoe.

—La que he liado, ¿verdad? —preguntó avergonzada, tapándose la cara con la mano que tenía libre.

—Es normal que desconfiases de ella. Acaba de volver a tu vida y coincidió que no sabíamos dónde estaba tu hija…

—Pero lo que no entiendo es por qué nos mintió al decir que un amigo mío había ido a hablar con ella…

—Se lo pregunté mientras estábamos buscando a Zoe y me dijo que se sentía avergonzada por haber esperado tantos años para dar ese paso y que había pensado que, aprovechando que conocía mi existencia porque se lo había contado tu padre, explicarte esa historia para que así tú la aceptaras sin objeciones ni reproches.

—Entonces, ¿por qué salió de allí? No lo entiendo…

—También se lo pregunté y me contó que el líder había muerto hacía unos años, pereciendo con él la idea de esa comunidad, que poco a poco fue desapareciendo con su marcha… Le costó mucho tomar la decisión de volver de nuevo a vuestras vidas, primero tuvo que reencontrarse a sí misma, pero el tiempo la ayudó a ver las cosas con claridad y necesitó acercarse a vosotros, porque,

simplemente, ya no podía vivir por más tiempo alejada de su verdadera familia, aunque eso significase pedir perdón y aceptar cualquier objeción por vuestra parte.

—¡Qué locura! —exclamó Abril asombrada—. Esa mujer no sabe hacer otra cosa que mentir…

—Ella creyó que era lo mejor para todos, aunque ahora se está dando cuenta de que se equivocó… Abril, te tengo que dejar, vamos a coger ya el avión —dijo Julen—. Nos vemos en un rato y llevo a Zoe conmigo. Sé que estarás ansiosa por verla.

—Sí, mucho. Muchas gracias, Julen y hasta luego… —susurró cortando la llamada.

—Vale, ahora no me puedes decir que no te pasa nada… —dijo Carola, de pie delante de ella. Había sido testigo de su cara de angustia durante la llamada telefónica y de la conversación en susurros.

—Ahora puedo decirte sin mentir que no me pasa nada —contestó, acercándose a Carola para estrecharla en un afectuoso abrazo, feliz de saber que su hija estaba sana y a salvo con Julen—. Vamos, que tienes que terminar de vestirte. ¡Ha llegado tu gran día! —exclamó, sintiendo alegría y, al fin, alivio.

—Estabas hablando con Julen —dijo Carola con rotundidad—. Dime, por favor, que estará aquí a tiempo.

—Tranquila, Julen es un hombre de palabra. Si te ha prometido que estará, lo hará —declaró Abril convencida.

—Creo que me he perdido algo… —susurró la joven, mirándola detenidamente y viendo que había algo en ella que había cambiado.

—Habrá tiempo de hablar de muchas de cosas. Hoy los protagonistas sois tú y Richard —dijo Abril, acercándose a la ropa colgada en un alto perchero—. ¿Empezamos? —preguntó con una sonrisa, mostrándole el precioso vestido blanco.

Carola asintió y sonrió. Dejándose llevar por los nervios y la ilusión de su boda, pospuso aquella sensación de que le ocultaban algo y confió, nuevamente, en Abril.

Después de muchas horas de preparativos, Carola ya estaba lista. Abril la miró con una sonrisa. Estaba más que preciosa, estaba radiante.

—¿Preparada para mirarte en el espejo? —le preguntó sonriente.

—¡Oh sí! Por favor, estoy deseando verme —dijo la joven.

Abril la cogió de la mano y la dirigió donde había dejado el espejo de pie.

—¡Oh, Dios mío! No puede ser —titubeó Carola, observando su reflejo—. Estoy…

—Estás preciosa, Carola. Vas a dejar a Richard con la boca abierta —dijo Abril con ternura—. Mira, ya está aquí Maca —comentó al ver que entraba su amiga, cambiada de ropa para la ocasión, llevando su cámara de fotos—. Os voy a dejar solas mientras yo voy a ver cómo va el novio y me cambio, ¿vale?

—De acuerdo. Muchas gracias, Abril.

—Aún no me las des, espera a ver lo que hay fuera —contestó con alegría.

Abril se dirigió hacia el hotel, se duchó rápidamente y se puso el precioso vestido verde largo, que se había comprado para la ocasión. Era un diseño elegante y vaporoso, que le permitía moverse con soltura y que además podía conjuntarlo con un chal de terciopelo color crema que ya tenía. Se hizo un moño muy prieto y optó por ponerse sólo unos pendientes de perlas. Era la organizadora de la boda, no una invitada, tampoco quería pasarse de elegante. Cogió su pequeño bolso de nácar y el chal y salió hacia la habitación del novio, que la esperaba ya vestido con un chaqué gris marengo, camisa blanca y corbata dorada.

Abril le dio un fuerte abrazo para calmar sus nervios y le recordó que el coche llegaría en breve para llevarlo, junto con sus padres, al lugar del enlace. Después de asegurarse de que el chófer estaba efectivamente de camino, Abril salió corriendo hacia el castillo, preocupada por la hora y por si Julen llegaría a tiempo de acompañar a Carola al altar.

—Ya estoy aquí —anunció ella, entrando en el salón donde la novia esperaba a que llegase la hora de salir a los preciosos jardines.

—Abril, creo que no puedo hacerlo —dijo Carola intranquila.

—¿Hacer qué? —preguntó, acercándose a ella.

—No sé si podré salir ahí para casarme… —gimió asustada, señalando el ventanal desde donde se podía ver la preciosa pérgola y los invitados que iban llegando.

—Carola, es normal que estés nerviosa, es mucho tiempo el que hemos invertido en planear este día. Lo único que tienes que hacer es pensar en Richard, fijar tu atención en él, lo demás vendrá solo. Disfruta, de verdad, ya verás como la boda se te pasa en un suspiro. Yo estaré en todo momento a tu lado, velando para que salga como deseáis.

—¿Ha llegado Julen?

—Aún no. Voy a salir fuera a ver si lo veo. Tú no te muevas de aquí, ¿vale?

Carola asintió retorciéndose las manos, nerviosa e impaciente por ver a su hermano y porque iba a comenzar la ceremonia.

Abril salió por la puerta principal del castillo. Desde lo alto de la escalinata observó que los invitados comenzaban a sentarse en las sillas tapizadas con tela blanca y adornadas con lazos rojos. Estaba inquieta, quedaba poco para que comenzara la ceremonia y Julen todavía no había llegado. De repente vio un coche que entraba a gran velocidad en la propiedad. Las puertas se abrieron y de él salió aquel hombre tan seductor que la cegaba con su presencia, llevando a su preciosa hija de la mano. Sin pensárselo dos veces, bajó corriendo la escalera, cogiéndose el largo del vestido con ambas manos, y abrazó a Zoe con desesperación.

—Ya te reñiré luego, ahora sólo necesito darte mil besos —dijo Abril, abrazándola hasta casi dejarla sin aliento por la excesiva muestra de afecto.

—Mami, ¿sabías que Julen sabe pilotar un avión? —preguntó Zoe con alegría cuando Abril la soltó.

—Sí —dijo ella levantándose del suelo y mirándolo a él a la cara, estremeciéndose al tenerlo de nuevo tan cerca—. Lo primero es lo primero, creo que hay una novia que espera que la acompañen al altar —comentó, guardando sus sentimientos para después de la ceremonia.

—Pues no la hagamos esperar más —contestó Julen, antes de ponerse en marcha hacia el salón donde lo esperaba su única hermana.

Era una preciosa tarde de diciembre, el cielo, aunque un poco nublado, había dado tregua y había permitido que ese día no cayese ni una sola gota. Hacía frío, algo normal en esas fechas en aquella parte de Europa, pero merecía la pena pasar un poco de frío por poder ver in situ la preciosa decoración de aquel lugar de ensueño. La marcha nupcial anunciaba la llegada de la novia, mientras el novio, como mandaba la tradición, la esperaba ante el pequeño altar, decorado con flores frescas e instalado en medio del jardín.

Carola estaba espectacular, pero lo que más llamaba la atención no era lo bien que le sentaba aquel precioso vestido, ni tampoco lo bien maquillada que iba, ni siquiera el favorecedor peinado que le habían hecho, lo que más llamaba la atención de esa novia, era su rostro resplandeciente y su mirada llena de amor dirigida al novio, que la observaba embelesado.

La ceremonia fue sencilla pero muy romántica. Julen no se separó ni un segundo de su hermana y se lo podía ver incluso emocionado. Richard se sentía el hombre más afortunado del mundo al tener delante a la mujer que amaba, mientras que Carola, simplemente, estaba haciendo realidad su sueño. Maca inmortalizaba cualquier detalle del enlace, Almu grababa en vídeo la ceremonia y Abril supervisaba que todo saliese según lo previsto, adelantándose a los pasos que darían lo novios para que todo fuese perfecto.

Con un tierno beso de amor, pusieron punto final a la ceremonia, y todos los invitados aplaudieron con efusividad ante aquella preciosa y emotiva ceremonia. Luego, los novios, acompañados por Maca, se dirigieron a posar para el reportaje en aquel castillo de ensueño, primero con los familiares más próximos y después ellos solos. Mientras Maca trabajaba, Abril guio a los invitados a la carpa instalada a los pies de la escalinata, donde podrían tomar un aperitivo y una copa, esperando a los novios, para que después, cuando ellos llegaran, entraran todos en el salón donde se celebraría la cena en honor de los recién casados.

—¿Tienes tiempo para tomarte una copa conmigo? —le preguntó Abril a Julen, que acababa de alejarse de un grupo de amigos.

—Sí, claro —contestó, cogiendo la copa que ella le tendía.

—¿Dónde está Zoe? —preguntó Abril, buscándola con la mirada.

—Jugando con los hijos de unos amigos. Tranquila, que está controlada; les he dicho que no la pierdan de vista —explicó, mientras se aflojaba un poco el nudo de su corbata gris perla y le daba un trago a su copa.

—Todavía no te he dado las gracias por ir a buscar a mi hija… —susurró nerviosa.

—No tienes por qué dármelas. Lo he hecho porque he querido —respondió con determinación.

—Lo sé, pero aun así quiero agradecértelo. Creo que ha sido lo más bonito que han hecho por mí en toda mi vida… —dijo, dando un paso hacia él, perdiéndose en sus ojos, sintiéndose más atraída si cabe por aquel hombre tan seductor y maravilloso, que había tenido la suerte de conocer.

—De nada… —replicó él inquieto, cambiando el peso de una pierna a otra.

—Cuando acabe la boda, me gustaría poder charlar tranquilamente contigo… —dijo ella con un hilo de voz, intentando calmar el temor que sentía y que la empujaba lejos de él.

—¡Abril, ya vienen! —dijo Almu acercándose a ellos e interrumpiendo la conversación.

—Tengo que… —susurró ella con pesar, mientras señalaba a los invitados.

—Ve, luego hablamos —contestó Julen con seriedad, cogiendo la copa de ella y alejándose a grandes zancadas.

Hecha un manojo de nervios y de dudas, Abril guio a los invitados hacia el interior del castillo, donde el bonito salón los esperaba, decorado con las mejores telas y las flores más preciosas. Una dulce música les dio la bienvenida, y los camareros, junto con Abril, ayudaron a acomodar a los invitados en las mesas asignadas para ellos. Al poco, ella dio la señal para que la música cambiase y sonara la balada elegida por los novios. Cuando éstos aparecieron por la puerta, todos los invitados se pusieron en pie y aplaudieron.

Ellos saludaban felices y sonrojados, sintiéndose afortunados por poder compartir aquel día tan especial con las personas que querían.

La cena estaba deliciosa, los camareros hicieron un trabajo excepcional y los recién casados disfrutaron al máximo de todo aquello. Mientras, las miradas entre el padrino de la novia y la organizadora de la boda no cesaron en toda la velada, creando una corriente de electricidad que se extendía por toda la sala.

¿Por qué le había costado tanto darse cuenta de que Julen no era como los demás? ¿Por qué no le había dado una oportunidad antes? ¿Por qué se había centrado tanto en sí misma y no había mirado más allá de las palabras de él? Abril se sentía estúpida por haber dejado escapar a aquel hombre que se lo había dado todo sin pedirle nada a cambio, que le había demostrado lo que era amar a alguien por encima de todas las cosas, que se había marchado, arriesgándose a no estar en la boda de su única hermana, para buscar a su traviesa hija.

Abril debía hacer algo para demostrarle que había cambiado de parecer, que no le importaba jugársela si era con él. Pero el problema era que no sabía cómo definir lo que sentía, no sabía cómo podía explicarle con palabras aquel fuego y aquellos nervios que sentía cuando lo tenía al lado. ¿Amor? ¿Gratitud? ¿Conformismo? Cuanto más lo pensaba, cuanto más intentaba

buscar en su interior algún atisbo de lo que la gente decía que se sentía al estar enamorado, más confusa estaba… ¿Sería capaz de amar de la misma manera que Julen le había demostrado? ¿O estaba sentenciada a vagar sola por el mundo, sintiéndose una marginada eternamente?

La tarta, el primer baile, los detalles para los invitados, todo fue en el orden correcto, haciendo que la boda discurriese como Abril había planeado, aunque en su interior estuviese revolucionada por las preguntas sin respuesta que dictarían a partir de ese momento su futuro.

Carola se acercó a ella, mientras el salón se llenaba de personas con ganas de pasarlo bien, bailando, riendo, charlando, bromeando, todo lo que tenía cabida en una boda donde reinaban el amor y la amistad.

—Abril, gracias, gracias por haber materializado mi sueño, por hacer que haya podido tocarlo, sentirlo e incluso olerlo —dijo Carola estrechándola en un afectuoso abrazo—. Me has demostrado que eres una mujer increíble, una gran madre y una buena amiga, además de una espectacular profesional. Nunca podré agradecerle a mi hermano que se fijara en ti y que me obligara a contratarte. Él no cree en el destino, eso ya lo sabes, pero me parece que, después de esto, ha empezado a cambiar de opinión al respecto.

—Ha sido un placer poder darte tu boda soñada. La verdad es que me ha encantado conocerte y espero, pase lo que pase con tu hermano, bueno… que no sea un impedimento para que de vez en cuando podamos charlar las dos…

—Confío en que lo aclaréis de una vez y que dejéis de jugar al gato y al ratón. La vida es demasiado corta como para desperdiciarla con dudas o excusas —dijo Carola cogiéndola de la mano—. Míralo, ahí está, ve con él, marchaos de esta fiesta y hablad mostrándoos tal como sois —añadió Carola, señalando hacia donde estaba su hermano, bailando con Zoe mientras reía complacido con la compañía de la niña.

A Abril le dio un vuelco el corazón y asintió. Carola tenía razón, ya había perdido demasiado tiempo pensando y negándose a ver lo obvio. Le dio otro abrazo y se dirigió a donde estaba el hombre que lo había cambiado todo.

Recorrió los pocos metros que la separaban de él sintiéndose más como una niña a medida que se acercaba. Su sonrisa la deslumbraba y ver que se la estaba regalando a su hija, con la que bailaba en esos momentos, hacía que su pecho se agrandase al contemplar la complicidad que los dos tenían entre sí. Ahora le hacía gracia recordar que había pensado que Julen les tenía pavor a los niños, cuando demostraba que le encantaba estar con ellos y que se divertía a su lado. Lo miró casi como si fuera la primera vez, y una extraña sensación la embargó por completo. Se quedó quieta, sin dejar de mirarlo, experimentando aquel grandísimo sentimiento que le hacía cosquillas en la boca del estómago y le producían unas ganas irrefrenables de sonreír, de sonreír de verdad, con el alma, con el corazón y con cada poro de su piel…¡¡Estaba enamorada de él!!

Se llevó una mano a la boca para ocultar su sorpresa. Lo quería, sí, como jamás pensó que querría a nadie, con sus defectos y con sus virtudes, lo amaba por lo que era, por lo que sentía cuando estaba a su lado, por cómo la miraba, viendo más allá de lo que todo el mundo veía, por cómo había luchado por ella…

Se volvió en busca de la mirada de Carola, que asintió al verla parada a mitad camino, dándole ánimos para que prosiguiera. Pero Abril no los necesitaba, estaba dispuesta a caminar sobre las llamas para acercarse a él y declararle su amor. Ése no era el motivo de que se hubiese quedado a escasos metros de Julen y que no se moviera. La cuestión era si él la creería cuando pronunciase esas palabras que no le había dicho a ningún hombre, si le valdría aquella muestra de amor por su parte, o si, en cambio, creería que estaba fingiendo y que no sentía las palabras pronunciadas. Miró a su alrededor buscando una señal, algo que la inspirara para decir lo necesario

para que Julen la creyese, para que la estrechara contra él y poder ser felices para siempre…

De repente vio a Richard, que hablaba animadamente con algunos amigos suyos, y supo que para llegar hasta Julen debía hacer algo antes, algo que haría que él no dudase de sus sentimientos. Al fin y al cabo, como ella mismo dijo, las palabras se las lleva el viento, pero los actos… Éstos marcan la diferencia.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia el novio con la decisión ya tomada. Haría todo lo necesario para demostrarle a Julen que estaba perdidamente enamorada de él, aunque eso conllevase traspasar un poco su propio límite… Se miró, con aquel vestido verde se sentía más Campanilla que nunca, y quería dar un gran salto y así poder demostrarle a Julen que había aprendido a volar, que él la había enseñado a hacerlo.

31

Después de la boda, todo volvió a la normalidad, tanto, que Julen echó de menos aquel vaivén de eventos, citas y prisas por ir de un lado a otro. Se marchó del valle del Loira de los primeros, justo cuando acabó la fiesta, sin siquiera hacer noche en el hotel, y despidiéndose solamente de su hermana y de su ya cuñado, para poder coger la avioneta que le había dejado su amigo y volver a su vida sin Abril. Necesitaba poner tierra de por medio, alejarse de ella, de todo lo que le recordase su nombre, su risa o su manera de ser, algo un poco complicado, cuando en aquellos momentos, estaba dirigiendo una película sobre la persona que quería olvidar… Se había metido de lleno en su trabajo, intentando tenerlo zanjado lo antes posible para poder pasar página de inmediato, aunque disfrutaba, casi a escondidas, de todas las escenas filmadas. Los rodajes estaban saliendo según lo previsto, los actores estaban haciendo un trabajo excepcional y él, bueno, él respiraba y comía cuando se acordaba, que ya era mucho, cuando ni siquiera tenía ganas de levantarse de la cama.

—Joder, cuñado, qué mala cara tienes —lo saludó Richard llegando al set de rodaje.

—¿Qué haces por aquí tan pronto? ¿Ya te has cansado de mi hermana? —preguntó Julen en broma, mientras se daban un fraternal abrazo.

—Imposible cansarme de ella. Ahora mismo está en un spa, descansando y relajándose, ya que pronto volveremos a la rutina, y

yo he aprovechado que no teníamos que hacer ninguna excursión, para coger un avión y venir a ver qué tal andabas —explicó Richard —. ¿Cómo llevas la película?

—Muy bien, creo que en unas semanas podré finalizar las grabaciones —dijo Julen, sentado en la silla que utilizaba para supervisar las filmaciones. Se acarició la descuidada barba que ensombrecía su rostro y se subió el cuello del chaquetón de plumas negro, ya que el frío no daba tregua y menos a esas horas de la noche.

—¿Qué escena vas a filmar ahora? —preguntó Richard, mirando a los trabajadores que estaban poniendo luces por aquel precioso paisaje.

—Cuando ella me conoce… —contestó Julen carraspeando y tocándose el pelo, nervioso.

—Claro, por eso estás aquí… —susurró Richard, contemplando el maravilloso paisaje de Corfú y aquel palacio que había pertenecido a la princesa Elizabeth de Baviera y Austria, más conocida popularmente como por Sissí.

—Sí… —musitó Julen, inquieto.

—¿Las has vuelto a ver?

—No. Desde vuestra boda no he vuelto a saber nada de ella…

—Te estás arriesgando mucho al rodar una parte de su vida que va ligada a la tuya… —comentó su cuñado, mientras se apoyaba en el respaldo de la silla de Julen—. ¿No te afecta verte ahí también? —preguntó, señalando a los actores elegidos para que los encarnasen a ambos.

—Sé que es arriesgado, pero pienso que el riesgo merecerá la pena. Quiero que esta película sea un éxito, que la gente comprenda a Abril y que no la rechacen por el miedo que siente…

—Aún la quieres, ¿verdad? —preguntó en un susurro, al ver la tristeza de Julen cuando hablaba de esa mujer.

—Es difícil no querer a Abril… —Sonrió con melancolía—. ¿Te quedas a ver la escena?

—No me lo perdería por nada del mundo —respondió Richard, cogiendo otra silla y sentándose a su lado.

Julen se levantó y comenzó a darles órdenes a los actores para que se colocasen en el lugar indicado, uno que lo hacía sentirse distinto, porque allí comenzó todo…

—En esta escena quiero ver la prepotencia de él, que se cree el amo del mundo, y el carácter de ella, que reacciona al ver que alguien se quiere inmiscuir en su trabajo —les explicó Julen a los actores para que se hicieran mejor la idea de la escena—. ¿Preparados? —gritó, después de darles indicaciones a los cámaras para que recogieran distintas perspectivas de la toma—. Tres, dos, uno y… ¡acción!

Delante de ellos estaba el actor que representaba a Julen, al que habían llamado Julio, para cubrir la verdadera identidad de los protagonistas, y ahora se acercaba a la actriz que encarnaba a Abril, a la que había puesto de nombre Alba. Ésta estaba supervisando la boda y Julio se le acercó para hablarle:

—¿Es usted la encargada de todo esto? —le preguntó él en un tono demasiado frío.

—Sí, ¿ocurre algo? —susurró ella, mirándolo por primera vez a la cara.

—Pues sí, señorita, creo que usted está más pendiente de lucir palmito que de velar por la privacidad de esta boda.

—¿Y se puede saber quién es usted para decirme eso? —preguntó visiblemente molesta.

—Soy Julio, un amigo de Pedro, y he comprobado que el ala oeste del palacio está sin vigilar y que desde allí se pueden sacar fotos de los novios.

—Gracias por su ayuda —dijo Alba en tono seco, dándose media vuelta y dejándolo solo.

—¡Corten! —gritó Julen, dando por finalizada la escena del primer encuentro.

—¿Fue así como le hablaste? —preguntó Richard, mientras los actores se preparaban para la siguiente escena.

—Sí, fui un gilipollas —contestó con una sonrisa al recordarlo—. Pero después más o menos lo arreglo —añadió un poco más animado.

Delante de ellos comenzaron a preparar la siguiente escena, en la que además de Julen y Abril también estaba Pablo —al que le habían dado el nombre de Pedro—, que hizo de mediador por petición de él. Julen se acercó a los actores y les comentó lo que debían saber para dar con el espíritu de la escena. En esta toma, Pablo sacaba a Abril del restaurante para poder hablar con ella delante de Julen y aclarar un poco el primer encuentro de éste con la organizadora de su boda.

—¡Acción! —gritó Julen, para empezar a filmar aquella escena que recordaba con tanto cariño.

—Gracias por venir, Alba —dijo Pedro—. Me ha comentado Julio que ha hablado contigo antes sobre la seguridad de la boda y quería decirte, delante de él, que estamos muy contentos con la gran labor que estás haciendo.

—Gracias, Pedro… Pero la verdad es que tu amigo tenía razón y que había un lado del palacio sin vigilancia —contestó Alba.

—Pero lo importante es que ya está solucionado. Ahora, Julio, dile a Alba lo que me has dicho hace un momento. Es buen chico, aunque a veces debería pensar antes de hablar —añadió y después salió de la escena para dejarlos a ellos dos solos.

—Bueno, quería disculparme por las malas formas que he tenido antes… No suelo ser así de rudo, pero no quiero que sufran… —explicó Julio con voz profunda.

—Disculpas aceptadas, en todo caso tengo que agradecerte que me avisaras. Uno de los guardias se había equivocado y estaba vigilando un lateral donde no hacía falta

—¿Nunca has pensado en dedicarte a la seguridad civil?

—Em… no, nunca. No creo que valga para ese trabajo. ¿Eres compañero de Pedro?

—No, no soy guardia civil. —Hizo una pequeña pausa—. Aunque también me dedico a proteger a la gente.

—¿Qué eres una especie de policía secreto?

—No te lo puedo decir, si no, luego te tendría que matar… —contestó en broma—. Entonces, ahora que está arreglado el problema, ¿puedo invitarte a una copa?

—Lo siento, pero aún estoy trabajando

—Pues cuando termines de trabajar…

Alba esbozó una preciosa sonrisa, se volvió y salió de escena, dejando a Julio observándola marchar, con una boba sonrisa en la cara.

—¡Corten! —gritó Julen, dando por finalizada la segunda parte de aquella escena.

—¿En serio? —preguntó Richard extrañado—. ¿Le hiciste creer que eras policía?

—Bueno, era lo que ella quería pensar de mí —comentó su cuñado con una sonrisa divertida—. No podía sacarla de su engaño. Estaba tan guapa bajo la luz de la luna, Richard, que hubiese sido capaz de decirle que era cualquier cosa…

—Anda que no eres tú listo ni nada… —chasqueó la lengua Richard, haciendo que Julen se riera.

—Ahora viene una escena divertida —comentó éste hojeando el guion.

—Abril tiene unas salidas… —recordó su cuñado con cariño.

—Que te hacen reír sí o sí —completó Julen con una sonrisa bobalicona al recordarla—. Vamos chicos, lo estáis haciendo genial —continuó—. Ahora necesito que nuestra chica juguetee mucho con el chico… Ella utiliza mucho la ironía y coquetea, de una manera muy sutil, con él. Pensad que estáis en medio de una boda muy elegante, que ella es la organizadora y él amigo del novio. Él la busca en medio de la fiesta. Quiere hablar con ella, porque, sin

saber por qué, hay algo que lo empuja hacia esa mujer rubia que le contesta sin parpadear y que lo hace reír con sus contestaciones —les explicó Julen a sus actores—. ¡Acción!

—¿Sabes que no tienes pinta de valenciana? —le dijo Julio a Alba casi afirmando.

—Es que el estilo princesa Leia no pegaba mucho con este vestido —soltó ella, refiriéndose al peinado típico de las falleras.

—Mujer, no te lo decía por eso. —Rio—. Cuando me han dicho que eras la organizadora de la boda he pensado que serías extranjera; pareces rubia natural, pero claro, de esas cosas entiendo bien poco…

—No hace falta que jures que no entiendes… Te voy a confiar un secreto: también existen las españolas rubias naturales, no es un mito.

—Gracias por aclararme esa duda que me carcomía por dentro —replicó él sin dejar de sonreír.

—De nada, para eso estamos.

—Me encanta tu nombre, Alba…

—Me alegro por ti.

—¿Me das un beso?

—¿Qué? ¡Ni de coña! Yo no voy por ahí dándoles besos a extraños.

—¿Y si me lo gano?

—¿Cómo te lo vas a ganar?

—Salvándote.

—Puf… Ya empezamos con el discurso de: ¡¡¡¡Yo te salvaré!!!! —exclamó, exagerando la afirmación.

—Se puede salvar a alguien de muchas maneras. Puede que lo haga esta noche…

—Ale, pues buena suerte, machote —dijo Alba, dándole dos sonoras palmadas en la espalda y dejándolo, de nuevo, solo.

—¡Corten!

—Joder con Abril —comentó Richard, impresionado por la escena que acababa de presenciar.

—Y aún queda lo mejor… —dijo Julen con una sonrisa, complacido de cómo estaba quedando esa escena tan importante para él.

—¿Sexo?

—No, qué va. —Sonrió negando con la cabeza—. Es un beso pequeño, casi diminuto, que consiguió hechizarme y hacerme querer volver a verla… —explicó él con un suspiro, al tiempo que se levantaba para hablar con sus actores—. En esta escena necesito que me transmitáis mucha tensión sexual, con el toque de humor que siempre ha mantenido la protagonista. Y cuando os deis el beso, quiero notar que queréis más, pero que no podéis porque ella es la encargada de esa boda tan importante y él un buen amigo del novio, y no quedaría bien que se la llevara de la celebración —explicó, mientras los actores asentían con la cabeza—. Acordaros de que él la ha ayudado a pillar a un periodista que se había colado en la boda y que, supuestamente, la ha «salvado». ¡Pues vamos allá, chicos!

Se digirió de nuevo hacia su silla y comenzó a hablar con el cámara, quería que esa escena se pareciese mucho a la real…

—Tres, dos, uno y… ¡acción! —gritó Julen, dando luz verde para que se comenzase a rodar.

—Creo que me debes algo —dijo Julio, acercándose a Alba.

Estaban en el jardín, los dos solos, con el reflejo de la luna sobre ellos.

—¿Yo a ti?

—No soy de los que van pidiéndoles besos a todas las mujeres bonitas que conoce, pero no sé, llámame loco si quieres, pero me gustas, hay algo en ti que me atrae y sólo me pide probar esos labios de fresa.

—Uy, mira, si te ha salido el título de una canción… —soltó ella con ironía.

—Uno pequeño, sólo uno y te dejaré en paz.

—Dame una buena razón para que lo haga —dijo Alba.

—Nunca he dado un beso en Corfú y no quiero morirme sin haberlo hecho. —Una voz muy familiar para Julen recitó en ese momento la frase que debería haber dicho Julio.

Levantó la mirada y la vio allí, delante de él, a la verdadera Abril con el vestido estilo griego con que la conoció. Estaba al lado de la actriz que la encarnaba, las dos vestidas igual. Pero ella, la verdadera, hacía resplandecer aquel lugar sólo con su sonrisa, una que iba dirigida únicamente a él.

Julen carraspeó para tranquilizarse. No esperaba volver a verla de nuevo y menos en aquel lugar tan ligado a ellos, a su historia.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, levantándose de la silla y acercándose a ella.

Mientras, en un discreto segundo plano, Richard ordenaba a los actores y a los trabajadores que se marcharan y luego se fue él también, para dejarlos a solas donde se conocieron hacía unos meses, aunque pareciese que hubiera pasado mucho más tiempo.

—Quería darte una sorpresa —contestó Abril con una sonrisa caminando hacia él.

Le llamó la atención su aspecto desaliñado.

—Pues lo has logrado —susurró confuso.

—He estado mirando desde lejos nuestro primer encuentro visto por ti… —dijo ella con voz aterciopelada—. Para mí también fue algo difícil de olvidar… Dime, ¿qué habría pasado si aquella noche hubiésemos abandonado la boda?

—Lo he pensado muchas veces… y creo, casi con total seguridad, que nada habría cambiado.

—¿Tú crees? —Sonrió con coquetería—. Yo creo que no habría sido lo mismo. Este pequeño beso lo marcó todo, Julen. Fue el primer paso para que yo acabase estando profundamente enamorada de ti casi sin darme cuenta. Tú has logrado conocerme de verdad, sabes cuándo disimulo o cuándo no… Has conseguido que confíe ciegamente en alguien hasta tal punto que dejara en tus

manos encontrar a mi hija cuando creí que se había perdido. Has logrado que crea en el amor, que pueda dejarme querer y amar a partes iguales. Esa noche, cuando nos conocimos en este lugar, me dijiste que te tendría que dar un beso si conseguías salvarme. Ahora, después de todo lo que hemos pasado juntos, te puedo asegurar que me has salvado de todas las maneras posibles en que se puede salvar a una mujer, haciendo que sienta algo que creía imposible sentir debido a mis circunstancias… —explicó con voz pausada, sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Abril…

—Deja que acabe, Julen, por favor —susurró, mientras le tocaba distraídamente el brazo y se detenía a escasos centímetros de él—. Sé que te he vuelto loco, en casi todos los sentidos de la palabra, que mi cabezonería y mi miedo te han hecho perder las esperanzas y que has dado por perdido lo nuestro. Pero te puedo asegurar que has conseguido tu propósito, aunque de una manera un poco más lenta de lo que te habría gustado... —Sonrió sonrojada—. Cuando se casó tu hermana, lo vi, lo sentí, sabía que me había enamorado de ti, que te quería como nunca he querido a nadie en toda mi vida.

—¿Por qué no me dijiste nada? —preguntó él en un susurro, perdiéndose en su mirada sincera.

—Ése no era el momento adecuado para decirte esto. Sabía que, si lo hacía, después de todo lo que había pasado ese fin de semana, no me creerías y te perdería para siempre… —explicó con elocuencia —. Por eso esperé el momento idóneo, y por eso estoy hoy aquí, donde nos conocimos y donde empezó a tejerse nuestra historia. Tenías que vivir de nuevo nuestro principio, sentirlo otra vez, ver con tus ojos cómo nos conocimos, cómo nos miramos y lo que sentimos cuando nos besamos… ¡Aún recuerdo ese beso y me tiemblan las piernas! Fue pequeño, pero tan lleno de promesas, que se me quedó grabado en la piel.

»Te quiero, Julen, te quiero tanto, tanto, que ahora me parecen absurdas todas las excusas que me ponía para no ver lo que sentía por ti. He sido una tonta, una estúpida por no haberte dado una

oportunidad antes, por haberme cegado y no haber permitido que nadie se introdujera en mi corazón, cuando ya lo ocupabas tú… Sólo te pido que me des una oportunidad, que me dejes demostrarte que te digo la verdad, que lo que siento por ti es amor verdadero y que, sin ti, nunca jamás podré volar.

—¿Te ha dicho Richard el título? —preguntó con una sonrisa al oír esas últimas palabras.

—Sí, y me encanta… —contestó con alegría—. Dime, Julen, ¿me querrás dar un beso en Corfú y en todos los rincones de este mundo?

—Uf… ¡Menuda faena! —bufó él, poniendo los ojos en blanco.

—Ya… Bueno, también esperaba que no me dieras una oportunidad… —comentó con tristeza, mirando el suelo.

—No es eso… Lo que ocurre es que ahora me tocará cambiar el final de la película —explicó con guasa.

Abril lo miró y él le sonrió de aquella manera que siempre le había gustado, con una sonrisa amplia que le achicaba los ojos. La cogió de la mano y tiró de ella hacia su cuerpo, mientras le acariciaba el rostro con delicadeza.

—Lo que me ha costado enseñarte a volar, Campanilla… —susurró acercándose y dándole un maravilloso beso.

Abril le pasó una mano por el cuello y se pegó aún más al cuerpo musculoso del hombre que amaba, dejándose llevar por aquella electricidad que sentía cuando lo tenía cerca, y saboreó sus labios, sintiendo su aliento entrecortado, notando su barba áspera, sus manos recorriendo su cuerpo y deseando más, más de Julen y más de todo aquello. Creía que nunca se cansaría de tenerlo entre sus brazos. Notaba el amor creciendo en su interior y sentía que con él podría ser la mujer que era sin disimular nada, sin ocultar nada. Porque Julen la conocía de verdad y aun así la amaba con todo su ser, la amaba sin más…

EPÍLOGO

Abril levantó la vista un segundo y se quedó admirando el precioso paisaje que se veía desde la ventana de la cabaña de Julen; fuera empezaba a nevar, algo tan idílico para esas fechas que estaban a punto de celebrar, que se sorprendió al emocionarse tanto.

—¿Te ayudo? —preguntó él entrando en la pequeña cocina.

—Sí, corta estas verduras en dados —dijo Abril, entregándole una tabla y un cuchillo.

—¿No crees que te estás pasando con la comida? —inquirió Julen, mirando los platos que ya estaban preparados sobre la encimera de la cocina.

—No —dijo ella con una adorable sonrisa—. Somos muchos y ya verás como no sobra comida —explicó, mientras se acercaba a él para darle un beso en los labios.

—Eso me ha gustado. Podríamos decirles que no vengan, que la cena se aplaza para más tarde y así tú y yo nos podemos encerrar en nuestra habitación —dijo abrazándola por detrás y empezando a darle multitud de besos en el cuello.

—Ya vienen todos de camino; además, fue idea tuya que celebráramos las Navidades en tu cabaña —contestó Abril dándose la vuelta y rodeándole el cuello con los brazos, mientras se perdía en su preciosa mirada oscura y terriblemente seductora.

—Pero es que no pensé en lo obvio —chasqueó él la lengua.

—¿Y qué es lo obvio?

—Que no puedo tener las manos alejadas de ti —contestó, acariciándola y besándola apasionadamente, haciendo que ella le respondiese de igual manera.

El sonido de varios coches acercándose hizo que se detuvieran. Se miraron con una sonrisa cómplice y se acercaron a la puerta de entrada como dos niños, cogidos de la mano y con la emoción creciendo en su estómago. Fuera empezaba a cuajar la nieve, que caía despacio, y un viento gélido hacía que la sensación térmica fuera más baja de lo que ya era. De los coches salieron las personas más importantes para ellos: Maca y su novio Ismael, Carola y Richard, con la pequeña Ania en brazos; y Zoe con Salvador. Al verlos, Abril y Julen se acercaron para ayudarlos a meter las pequeñas maletas en el interior de la cabaña, mientras repartían besos y abrazos. Era Nochebuena y, aunque dormirían un poco apretados en la pequeña cabaña de Escocia, todos estaban entusiasmados por celebrarla juntos.

—Mami, ¿cuándo podré jugar con Ania? —preguntó Zoe, entrando en la cocina seguida de Carola con su pequeña hija en brazos.

—Puedes jugar un poco con ella, aunque sea muy pequeñita. Ya gatea y puede hacer cosas sencillas contigo —explicó Abril mientras le sonreía a su hija.

—¿En serio? Tía Carola, ¿puedes dejarla en el suelo? —preguntó Zoe también sonriente.

—Claro. Mira, vamos a hacer una cosa. Vais juntas al salón y os ponéis encima de la alfombra.

—¡Sí! —exclamó Zoe entusiasmada.

—Pero tienes que vigilar a tu prima, es muy pequeñaja y le gusta metérselo todo en la boca.

—Tranquila, tía; yo ya soy mayor, tengo siete años y sabré cuidarla —dijo con decisión Zoe.

Abril sonrió. Desde el principio, Zoe había hecho buenas migas con Carola y también con Richard, a los que llamaba tíos y ellos la trataban como su sobrina. Mientras terminaba de preparar los

últimos platos para la cena, vio que Carola se dirigía con las niñas al salón, donde los hombres charlaban.

—Esta casa es una pasada, rubia —soltó Maca entrando en la cocina—. Normal que aquí te despojaras de tus miedos… —susurró, levantando las cejas repetidamente.

—¡Qué exagerada! No fue la casa lo que me ayudó a dar ese paso, sino él… —contestó con una sonrisa bobalicona al referirse a su novio.

—¡Parecéis unos adolescentes! —replicó Maca, riendo complacida al ver la cara de enamorada de su amiga.

—Y que dure, porque me encanta sentirme así —comentó Abril, mientras la señalaba con una cuchara de palo haciéndola reír.

—¿De qué habláis por aquí? —preguntó Carola entrando de nuevo en la cocina.

—De los dos tortolitos —explicó Maca mientras se apoyaba en la encimera.

—No es por nada, pero yo ya sabía que haríais buena pareja —dijo Carola al tiempo que cogía una almendra de un plato cercano y se la llevaba a la boca.

—Y fuiste un poco la culpable de enredarlo todo aún más —susurró Abril al recordar la parte crucial que desempeñó Carola.

—Claro. Mi hermano se quedó congelado cuando conoció a Zoe. Tuve que darle un pequeño empujón para que viese lo que yo ya había visto al conocerte —respondió, guiñándole un ojo—. Alguien debía darle una lección y quién mejor que su hermana para hacerlo.

—Anda, Carola, hiciste de casamentera —soltó Maca emocionada —. Espera —añadió, buscando algo con la mirada—. ¡Esto se merece un brindis! —exclamó, mientras cogía una botella de Martini.

—¿Cómo te va con Ismael? —preguntó Abril, observando a su amiga servir la bebida en tres vasos bajos.

—¡Viviendo en pecado, como vosotros! Vamos a brindar por eso —dijo, mientras les ofrecía los vasos.

—Madre mía, si empezamos a beber antes de la cena, no sé yo cómo acabaremos —soltó Carola, alzando su vaso y haciéndolo

chocar contra los otros dos.

—Bah… Un día es un día. Y lo bueno es que no tenemos que volver a coger el coche —comentó Maca, llevándose el vaso a la boca y bebiendo un buen trago—. Abril, tú no has bebido… —señaló, observando el vaso intacto que su amiga había dejado sobre la encimera.

—Antes quiero terminar de colocar todo esto —contestó ella sin dejar de preparar la cena—. Vosotras bebed, luego os alcanzo enseguida.

—Me ha dicho Richard que la película está funcionando muy bien —comentó Carola.

—Sí, espero que le reconozcan a Julen el arduo trabajo que tuvo que hacer para conseguir una película tan especial —dijo Abril.

—La verdad es que sí, el pobre tuvo que luchar con uñas y dientes para sonsacarte algo —terció Maca, haciendo sonreír a las dos mujeres.

—Sí, Julen se ha ganado el cielo con esa tarea.

—¿Viste las fotos del preestreno, Maca? —preguntó Carola interesada.

—¡Oh, sí! Ibais las dos impresionantes. Parecíais hasta famosas —añadió, echando en el vaso a Carola un poco más de Martini.

—Los famosos son ellos, no nosotras. Nosotras sólo lucimos palmito en esos eventos. —Abril sonrió al recordar aquella gran noche para Julen, que, al terminar la proyección, fue ovacionado por el público durante varios minutos, emocionándolo y, cómo no, emocionando a Abril, que lo miraba con adoración pensando que había creado una preciosa historia con su pasado, que al final se entrelazaba con la de él.

—Brindemos por lucir palmito —soltó Carola, mientras chocaba el vaso con el de Maca.

—Por cierto, Carola, ¿qué tal llevas la vida de casada? —preguntó Maca.

—Genial y mucho más desde que nació Ania. Es tan maravilloso tenerla en nuestras vidas y Richard me está demostrando que es un

gran padre —explicó con una sonrisa radiante de felicidad—. Abril, ¿al final por qué no has invitado a tu madre?

—Bueno, aunque nos hablamos y hemos quedado alguna que otra vez… no me sentía aún cómoda para dar ese paso. Sólo ha transcurrido poco más de un año desde que volvió a nuestras vidas… —explicó ella—. Aunque estoy mejor, no puedo forzar las máquinas —añadió con una pequeña sonrisa.

—Claro, poco a poco… Ella, además, lo entiende. Sabe que contigo tiene que comenzar desde cero —opinó Maca, mientras se volvía a llevar a la boca el vaso de Martini—. A tu padre lo veo bien.

—Sí, para él la vuelta de mi madre es diferente que para mí —dijo, dejando el plato que estaba preparando a un lado, para después lavarse las manos.

—Es bonito que, después de haber vivido tantas cosas, se hayan vuelto a juntar —opinó Maca, observando el trajín de su amiga.

—Bueno, no sé si es bonito o no, lo único importante para mí es que mi padre es feliz, lo demás es superficial —comentó Abril, secándose las manos con un trapo—. ¿Me ayudáis a llevar todo esto a la mesa?

Las tres mujeres, con la ayuda de los demás invitados de la casa, comenzaron a colocar los platos sobre la enorme mesa de madera que habían comprado hacía poco para esa noche y que habían vestido con un precioso mantel rojo. La chimenea calentaba la casa, y el sonido del viento, junto con las risas de los ocupantes de esa casa, hacía de aquellas Navidades algo muy especial. Cenaron entre charlas y bromas, recordando episodios del pasado, hablando de las cosas que cada uno tenía pensado hacer el año venidero, todo ello mientras bebían el delicioso vino que habían traído Carola y Richard y degustaban la deliciosa cena que había preparado Abril. Después sacaron los turrones y el champán, mientras Maca se llevaba a las niñas a la habitación de invitados, para que así los demás prepararan los regalos debajo del precioso árbol que había fuera de la casa y que entre todos habían decorado lo mejor que pudieron.

—¡Oigo un ruido! —exclamó teatralmente Abril, haciendo que Maca y las niñas saliesen de la habitación.

—Mami, ¡yo también lo he oído! —dijo Zoe emocionada.

—¿Vamos fuera a ver si ha venido ya Papá Noel?

—Ay, mami… ¿y si lo vemos?… —susurró angustiada.

—Yo creo que se habrá ido, pero si lo vemos, lo saludamos y ya está —comentó Abril mientras le ponía el abrigo, el gorro y los guantes y Carola envolvía en una manta a Ania.

Salieron todos de la cálida cabaña, abrigados hasta las cejas, y vieron con una sonrisa en los labios, los regalos que les habían dejado debajo del árbol.

—¡Mami, ya ha venido! —exclamó Zoe acercándose al árbol y buscando su nombre en el montón de paquetes—. ¡Tengo cuatro regalos, mami!

—¡Madre mía! Eso significa que has sido muy buena. Corre, cógelos y entra en casa para abrirlos.

Todos se acercaron al árbol y cogieron los regalos que llevaban su nombre, pues todos se habían portado muy bien ese año, y entraron después en la cálida cabaña para abrirlos.

—Aquí hay un paquetito pequeño con el nombre de Abril —señaló Carola mientras lo cogía y se lo mostraba con una grandiosa sonrisa—. Y ya sabes lo que pienso, Abril, los paquetes pequeños contienen las cosas más grandes.

Abril la miró primero a ella, después el pequeño envoltorio y luego a Julen, que no se había perdido detalle de todo aquello. Caminó lentamente hacia donde estaba Carola y cogió el pequeño paquete. La joven le sonrió y se fue dentro, junto con los demás, para dejarles intimidad bajo aquel precioso cielo escocés, del que continuaban cayendo pequeños copos de nieve, haciendo aún más mágico aquel momento. Sin decir nada, Julen se acercó a ella, mientras Abril empezaba a retirar el finísimo papel de regalo de color rojo, descubriendo una caja de terciopelo del mismo color. La abrió y se llevó una mano a la boca.

—La semana pasada hizo un año que estamos juntos —dijo Julen —, un año que me ha sabido a gloria, en el que me he sentido el hombre más dichoso del mundo sólo por tenerte a mi lado. Hoy, rodeado de todas estas personas que nos quieren, bajo este cielo que fue cómplice de nuestros primeros pasos, te quería pedir una cosa. —Se acercó a ella y apoyó una rodilla en tierra, mientras le cogía la caja para sacar el precioso anillo que había en su interior—. Abril, eres la mujer que ha llenado de luz mi vida, de nuevos proyectos mi trabajo, que ha borrado todo lo negativo que tenía a mi alrededor, dejando sólo lo bueno. Eres la persona que me da fuerzas, la que me da alegría con nada más verte y que me da amor, mucho amor… ¿Quieres casarte conmigo y hacerme aún más feliz de lo que soy?

—Oh, ¡¡claro que sí!! —exclamó al borde de las lágrimas, mientras Julen le deslizaba el precioso anillo en el dedo.

Él se levantó y Abril se le echó encima para darle un beso apasionado en aquella noche mágica de Nochebuena.

—¿Qué le pasa a mami? —preguntó Zoe, asomándose por la puerta y viendo a su madre y a Julen besándose.

—Que es feliz y se va a casar con Julen —explicó Salvador, mientras le acariciaba la cabeza.

—Qué bien, así podré tener una hermanita… —dijo la niña con alegría—. Se lo he pedido a los Reyes Magos, espero que me lo traigan.

Su abuelo la miró y sonrió.

—Vamos dentro, no quiero que te resfríes —le susurró Julen a Abril muy cerca de su oído—. ¿Por qué no quieres que les digamos que estamos esperando un bebé? —preguntó, estrechándola contra él.

—Porque hay tiempo de celebrarlo todo. Primero las Navidades, ahora nuestro compromiso… Dentro de poco, para Año Nuevo, les decimos lo del bebé.

—Mi hermana se volverá loca.

—Y mi hija. No para de preguntarme cuándo vamos a traerle una hermanita —dijo, mientras echaban a andar hacia la cabaña, todavía abrazados.

—¿Eres feliz, Abril? —preguntó Julen, haciendo que se detuviera.

—¿Aún me lo preguntas? —dijo mirándolo a los ojos, extrañada ante aquella pregunta—. Nunca he sido tan feliz en toda mi vida. Si tú estás a mi lado, sé que todo irá bien.

—Te amo —susurró, acercándose para buscarle los labios.

—Te amo —declaró ella, sellando aquellas palabras con un precioso beso de amor.

A veces, cuando menos te lo esperas, la vida te sorprende ofreciéndote la oportunidad que necesitas para ser feliz. Pero para alcanzarla hay que aprender a dejar atrás las cosas que nos afectan, aprender a aceptarse a uno mismo, para, así, poder amar al prójimo. Pero si se consigue, el duro camino trazado hasta entonces habrá valido la pena. Porque el amor, en la definición global de la palabra, nos hace ser mejores, nos hace felices y nos hace tener ganas de vivir y no sólo de respirar.

Somos lo que somos por lo que hemos vivido y, sobre todo, por nuestras decisiones. Nunca hay que avergonzarse del pasado, sino forjarse un futuro que deje atrás los malos momentos. Sólo hay que vivir, sólo hay que amar, y todo de verdad.

Porque cuando el amor llega, hace desaparecer incluso las cicatrices más profundas y consigue que hasta nuestra Campanilla aprenda a volar junto al amor de su vida.

AGRADECIMIENTOS

Esta historia supuso un reto para mí, porque estaba acostumbrada a hacer historias donde la intriga y el suspense se entrelazaban con la historia de amor. En este caso quise cambiar y poder hacer una novela mucho más romántica y personal, que llegara al corazón, gracias a mi amiga Bea, que me animó a hacerlo.

Quiero agradecer, como siempre, a la persona que me dio el empujón para que me dedicara a escribir, pues sé que sin él esto no habría sido posible. Gracias a él, al amor de mi vida, a la persona que me acompaña desde hace dieciséis años, supe que la escritura me iba a permitir sentirme tan plena. Gracias, mi amor, por todo lo que me das, por tu amor incondicional y por tu ayuda. ¡Te amo!

A mis hijos, que sin ellos saberlo, me ayudan muchísimo en mi día a día. ¡Os quiero hasta el infinito más un millón!

A mi gran familia, gracias por estar a mi lado siempre, por vuestro apoyo y vuestro cariño. ¡Os quiero!

A mis amigas, gracias por los buenos ratos, las confidencias, las conversaciones mientras los peques juegan y por ser como sois. ¡Sois muy grandes!

A mis lectores cero, que no sabría qué hacer sin ellos, sois fantásticos.

A las mamis del cole, a las profes de mis hijos, a las amistades de mi familia, gracias por leerme, por animarme a continuar y, en definitiva, por estar ahí.

A mis lectoras, gracias por el cariño que siento día tras día, por vuestras fotos con mis libros, por vuestros comentarios tras leerlos, por compartir en vuestras redes sociales mis novedades. Gracias infinitas por estar a mi lado. Siempre os lo digo, pero es la verdad y lo que siento: sin vosotras esto no tendría sentido. Gracias por dejarme contaros historias. ¡Sois maravillosas!

A las administradoras de los grupos de Facebook, gracias por la gran labor que hacéis al compartir las novedades, por vuestro cariño y por ser como sois.

Gracias a mis chicas, esas personas que he ido conociendo a través de los años gracias a las redes sociales y que, aun separándonos cientos de kilómetros, os siento siempre cerca. Gracias por todo, chicas.

A mi hada particular, mi editora, Esther Escoriza, gracias infinitas por creer en mí, por animarme a continuar escribiendo y por seguir confiando en mis novelas. Eres una persona excepcional.

A todo el gran equipo de Editorial Planeta, tanto del sello Zafiro como de Esencia, gracias por el cariño que dedicáis para que queden perfectas nuestras historias. ¡Sois unos profesionales como la copa de un pino!

Y, en definitiva, gracias a ti, que lees estas líneas, por dejar que te cuente la historia de esta Campanilla que olvidó volar, por permitir que te emocione y por dejar hacerte sonreír. Gracias por haber elegido este libro, gracias por leerme.

Gracias de todo corazón.

BIOGRAFÍA



Loles López nació un día primaveral de 1981 en Valencia. Pasó su infancia y juventud en un pequeño pueblo cercano a la capital del Turia. Su actividad laboral ha estado relacionada con el sector de la óptica, en el que encontró al amor de su vida. Actualmente reside en un pueblo costero al sur de Alicante, con su marido y sus dos hijos.

Desde muy pequeña, su pasión ha sido la escritura, pero hasta el año 2013 no se publicó su primera novela romántica, *En medio de nada*, a la que siguieron *Ámame sin más*, *No te enamores de mí, Perdiendo el control*, *Me lo enseñó una bruja* y *Destruyendo mis sombras*.

Encontrarás más información sobre la autora y sus obras en: <www.loleslopez.wordpress.com>.

NOTA

[1] *I Will Survive*, ℗ 1982 Dessca Entertainment Company © Dessca Entertainment Company, interpretada por Gloria Gaynor. *(N. de la e.)*

Campanilla olvidó volar
Loles López

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: Cara-Foto / Shutterstock
© de la fotografía de la autora: archivo de la autora

© Loles López, 2017
© Editorial Planeta, S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición: febrero de 2017

ISBN: 978-84-08-16628-3
Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L. / www.victorigual.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!